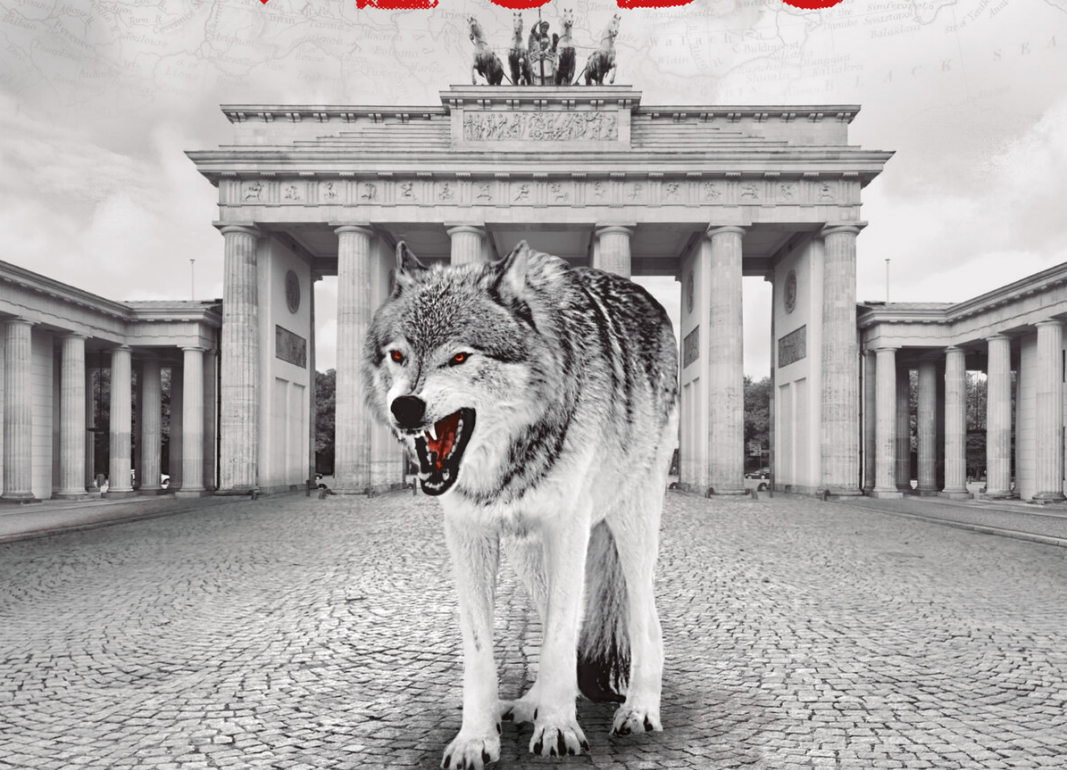
CARLOS MATEO BALMELLI

EL ANDAR DEL LOBO



SUMA de letras

CARLOS MATEO BALMELLI

EL ANDAR DEL LOBO

SUMA de letras

Para Oscar Vicente Scavone, por haber compartido ideas y proporcionado parte de la bibliografía.
A Conor McEnroy, por alentar mi destino literario.
Al amigo Andreas Jellinek, por devolverme el idioma alemán.
Para John Rex Hester, por señalar el recorrido ético de la historia.
A Tommy, por estar siempre.
A Nicolás Livieres, por ser un hijo más.

“El papel de escritor es inseparable de difíciles tareas, por la distinción, no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren”.

ALBERT CAMUS

“Los germanos nos trajeron la idea de la libertad personal, que siempre ha caracterizado a este pueblo por encima de todo”.

FRANÇOIS GUIZOT

“2 de agosto de 1914. Hoy Alemania declaró la guerra a Rusia.
Por la tarde, escuela de natación”.

DIARIOS, FRANZ KAFKA

“Nuestro siglo, frente al siglo XIX, parece un renacimiento de la fatalidad”.

ANDRÉ MALRAUX

1. Cuando la verdad te abre los ojos

Circunstancias fortuitas me allanaron el camino a esta historia. Un hecho aleatorio me permitió disponer de un expediente de primera mano. Me legaron un archivo que contenía abundante documentación. Con posterioridad, testigos me apoderaron de datos e impresiones que ciñeron el destino de Wolfgang. El devenir de los hechos desbocó mi curiosidad por entender la ambivalencia moral del hombre. Me sedujo la sugerencia de que las preocupaciones interiores son siempre contradictorias. Necesitaba comprender ¿por qué en el corazón solicitan su sitio el odio y el amor? Me inauguré experiencias insólitas que circunvalan el arquetipo de la raza superior, el desafío del superhombre, el holocausto y la pasión del amor.

Empezaré con el final. Se había muerto un alemán que combatió en la Segunda Guerra Mundial. Un misterio lo rodeaba, pero era ostensible que cargaba la sombra del pasado. No proyectaba la apariencia de un hombre añejo. No fue la vejez la causa de su muerte, murió de una enfermedad. Su nombre nadie podía pronunciarlo, por eso él pedía que lo llamaran Otto. Después de muerto se descubrió que atesoraba un archivo. De más está decir que no tenía familia, por lo menos aquí en el Paraguay. Se sabía que nunca deseó ser perdonado, buscaba ser comprendido. Evitaba el contacto social. Conversaba con los médicos y las enfermeras. No le gustaba hablar de superficialidades, de vez en cuando se le escapaban algunos recuerdos de su Deutschland. Con regularidad recibía la visita de un señor proveniente de la Argentina.

Llegó enfermo y aturdido, a pesar de su patología, se lo notaba un hombre recio que conocía de alcobas, pero que había ejercido el valor en las trincheras. Era de los tipos que requieren al cuerpo más de lo que este

está dispuesto a dar.

Debuté en la psicología que penetra en el alma de manera fortuita e involuntaria. Adquirí por interpósita persona las carpetas del manuscrito y un caudal de papeles. Cuando terminé de traducir todas las páginas distinguí la oscuridad de eventos inadmisibles. Captar cuánta verdad contenían esas hojas, en qué circunstancias y por qué se redactaron me consumió más horas de las que sospechaba. Durante un periodo estuve dominado por la curiosidad de glosar el sentido implícito y explícito de las anotaciones. Descubrí que el hombre puede ser más determinado al hacer el mal que al hacer el bien.

Remedié que se trataba de una biografía al servicio de una apología de lo injustificable. La verdad es que eso no me perturbó. La identidad y la trayectoria del difunto me fueron reveladas con la lectura del manuscrito. No obstante, corroboré que su deceso en Asunción del Paraguay no respondía a una desavenencia entre él y su destino. Presumo que se trataba de un hombre, como los otros, que procuraron subordinar, con hechos y no con palabras, al destino. Era de esos individuos que revocan la puja entre el bien y el mal. Apostó al odio como motor de la historia.

Tal vez, el acopio de crueldad nos insta a creer que Dios gobierna con furia. La idea de Dios, si no nos induce a la tolerancia, carece de utilidad práctica. En el carrusel de las especulaciones no hallaremos las razones que condujeron al pueblo más culto de Europa a la más irracional de las experiencias humanas. Alrededor de estas y otras interrogantes comenzaron a girar mis intrigas morales e intelectuales. Decidí que yo mismo debía esclarecer los claroscuros mentales. La curiosidad me dominaba y necesitaba entender por qué habitaban en el corazón sentimientos nobles y ruines. Me rebelé contra la ignorancia en este asunto. Por mi propia cuenta y de mi bolsillo encargué a un profesional la traducción de las anotaciones. Las leí con detenimiento, repetí la lectura en varias ocasiones. Mientras las leía, me trasladaba a la época, me ubicaba en el medio social e intentaba comprender la lascivia y porfiada mentalidad de los protagonistas. Acredité que somos hijos del tiempo. Certifiqué que el cuerpo y el alma no se desarrollan fuera del medio. Que conste que bajo ninguna circunstancia abrí las puertas al relativismo moral. Las lecturas las clausuré con el convencimiento de que el racismo condenaba con antelación al no nacido. Me afané en localizar la razón que explicara la maldad. Me obstiné en

entender cómo un hombre que amó honestamente a una mujer pudo haber desvalorizado, obscenamente, la vida.

Al tener en mis manos la biografía deduje que el viejo fallecido era un eslabón en la cadena que encubría la presencia nazi en Sudamérica, pero esto no era lo más significativo.

Leyendo el material, enseguida establecí que las anotaciones expresaban reflexiones, datos históricos y capítulos biográficos de Wolfgang. Consideré que la situación revestía cierta gravedad, me propuse terminar la historia de la vida del personaje. Mi empecinamiento significó enfrentar un dilema ético: ¿correspondía o no devolverles la humanidad e individualidad a los que planificaron y ejecutaron métodos de asesinato en masa? La comprobación de que los combatientes de Hitler eran humanos me provocaba desazón. Yo, sin juicio previo, los condenaba. Me eduqué en valores que adherían a la tradición judeocristiana. En mis años de formación me informaba sobre la brutalidad asesina del nacionalsocialismo. Había tomado conocimiento de la forma cínica con la que desvencijaron el derecho e iniciaron una guerra que terminaría costando cuarenta o cincuenta millones de muertos (más de la mitad civiles), el doble o triple de heridos y otros cincuenta millones de desplazados forzosos o deportados. Me propuse no exagerar en los trazos de los estereotipos, pero me preguntaba: ¿se hace justicia con las víctimas al identificar rasgos sensibles y nobles de los gestores del exterminio? ¿Debían considerarse disciplina eficaz o delirio fatal los pasos acompasados que marchaban con afán genocida?

El lector reconocerá que los personajes de este manuscrito no configuraban el tipo de sujetos que debían convencerse a sí mismos de sus verdades y actuaciones. No se mostraban de manera diferente ante situaciones contrarias. Prescindiendo de la naturaleza de las circunstancias, obraban con el mismo razonamiento y de la misma manera. No representaban la ambigüedad o la vaguedad. A solas o acompañados de personas extrañas, su naturaleza no variaba. Eran hombres determinados a gestionar el terror con tal de realizar su visión de Alemania y el mundo.

Wolfgang vivía alejado de las orillas del utilitarismo y del nihilismo. Lo afiebraba su irrefutable verdad. A quien le interese, se adentrará en la vida del protagonista principal. Este, de puño y letra, escribió sobre las impresiones que calaron en su ser. Como se podrá leer, se trataba de un

militante convencido. Mientras elaboraba el material me pasaba por la cabeza si los fanáticos eran personas perversas y honestas al mismo tiempo. Los que accedan a la versión definitiva comprobarán que Wolfgang, como narrador, almacenaba experiencias, observaciones y reflexiones que se colaban en el transcurrir de su existencia y de las que él tomaba nota. En mi condición de biógrafo, me empeñé en sistematizar toda la documentación y traté de proporcionar una coherencia interna. Al final para mí fue más importante la vida de Wolfgang que la cronología de la historia de los germanos o la fluidez sanguinaria de la Segunda Guerra Mundial. Mucho material reunido por el protagonista no lo incorporé al cuerpo de la obra. Decidí no recopilar un libro de historia provechoso en citas, fechas, batallas, estrategias, tácticas y número de muertos. Me impuse dar a luz un relato en donde los detalles bélicos no se impusieran en excesiva abundancia. Valoré y determiné que no podía publicar un compendio con todos los sucesos que componían los hechos y las circunstancias de una época convulsionada y proficua en crueldad. El material perdería agilidad, ganaría en espesura, pero me desviaría de mi propósito. Trabajé un libro para tramitar una solicitud: he procurado entender, a través de las ambiciones de Wolfgang ¿por qué al mundo no le ha sido dado moderarse, ni a los grandes esquivar el abuso de la violencia, ni a las masas evitar ilusionarse con quimeras e idolatrar estatuillas de barro? He tomado en cuenta estas interrogantes para darle forma definitiva al material que el lector tiene en sus manos. He procurado alejarme de la dispersión, no sé si lo he logrado. Me esmeré en proporcionar impulso a la obra; debido a ello he dejado que las reflexiones del protagonista fluyan a través de la realidad europea y a lo largo de su vida. Cerré el circuito existencial de Wolfgang con el relato de sus últimos días en Asunción del Paraguay.

Sugerí al traductor que vertiera al español el contenido de los comentarios de la prensa alemana. Me manifestó que eran artículos laudatorios al esfuerzo bélico alemán. Textualmente sentenció: "Es pura propaganda". Me decidí por una voz desapasionada, sonará escéptica y neutral, en cambio, la de Wolfgang adquirirá visceralidad y altanera sonoridad. Es natural que así sea, él es el actor principal de su existencia y se las jugó. Asesinó, lo quisieron asesinar y cuando pretendieron encarcelarlo, huyó. Mi situación reúne la comodidad del que deseca los

hechos, pero me propuse terminar con el periplo del andar del lobo y contar la historia de la vida de Wolfgang.

2. El dogma de la crueldad

En oportunidades he indagado si no he restringido mi vida a un esfuerzo en vano o a un columpio sisífico. He ascendido y descendido, me trataron como héroe y villano. He matado por celos y por instinto de sobrevivencia. A quienes creen que el matar solo se legitima en el ejercicio de la defensa propia, les digo que se confunden. Quienes creen en eso no diferencian el hecho de matar, como acto de afirmación o proceso de selección. En las contiendas, los más dotados siempre sobreviven. La muerte se desiguala con la vida en la dinámica de que la una sucede porque la otra ya sucedió. Lejos de Alemania he oído canturrear que la muerte es vida vivida y la vida es muerte que viene. Si se condena a quienes causan el ocaso de la existencia, entonces condenemos a quienes la comienzan. El ocaso de todo lo que se desarrolla estará en el comienzo. Los ingenuos ignoran que el matar fortalece el deseo de preminencia, se mata por desagravio, despecho y ambición. E inclusive por placer, pero jamás como pasatiempo. Hay que sacarse la máscara al reflexionar sobre la vida y su negación. Los seres humanos internan dentro de sí oscuridades no esclarecidas y lesiones no cicatrizadas. Es un contrasentido pretender enmendar la naturaleza humana. Cuando un sentimiento persiste quiere significar que lo que por derecho propio prevalece no debe ser cohibido por moralejas ni moralinas. Extirpar sentimientos y deseos genuinos amordaza la naturaleza humana. Cuando las pasiones se oxigenan por sus palpitaciones garantizan su espontaneidad, honestidad y perseverancia. No hay designio más torcido que el de transgredir los instintos ni deseo más absurdo que el de espolear al hombre

santificado. En el alma humana solicitan su sitio sentimientos encontrados. Dentro de cada uno mora un desdichado, un arrepentido, un vengativo y un componedor. Así como, en el corazón dócil hallaremos crueldad, en el corazón exaltado encontraremos ternura. El mundo de los afectos es una ciénaga espesa, enmarañada y sombría en donde se dilapidan los centelleos de la razón. Los hombres pueden ser fieros y bondadosos, son el veneno y el remedio de lo que intentan conservar o destruir. El hombre es un animal no fijado.

Lo que mengua y detiene la vida es la pereza de no ambicionar obtener el laurel codiciado. El reto consiste en mantener intacto el deseo de superación. El miedo a la incertidumbre es la cobardía de no explorar la verdad. El que se ensaña contra la vida prefiere la contemplación a detonar la dinamita. Excepcionalmente, solo un grupo minoritario llevará a hierro sus palabras hasta las últimas consecuencias. El instinto lobuno purifica la existencia de hojarascas y carroñas. Los mercaderes envilecen el honor para salvaguardar el lucro y disfrazan sus creencias para rescatar el patrimonio. El héroe épico enajenará la vida para encumbrar el honor. La insensibilidad pagará siempre el alto precio de la vulgaridad.

Empezaré diciendo que los personajes convocados incidieron en la realidad que les tocó vivir. Mi existencia no ha sido novelada por un desocupado devenido escritor. No soy un invento de la imaginación calenturienta de un autor sin fama. El perímetro de mi existencia nunca se circunscribió a la respiración: he vivido la vida. Conocí los lados oscuros y luminosos que conlleva el vivir. Estuve en la cumbre, me codeé con grandes personalidades e incluso despertaba admiración y envidia. En el presente, me parapeto en el basural de la historia. Nos han vencido. El relato del vencedor adultera las secuencias de los sucesos, perenniza héroes falsos, difama al superhombre, canoniza verdades bastardas y mancilla el ocaso del vencido. La mejor prueba de la veracidad de mi existencia, de que aún la sangre discurre por el cauce de mis venas, la constituirá la neutralidad de contemplar la historia como un conjunto de mentiras acordadas.

En mis estudios de historia he aprendido que la edad de oro no se sitúa en el pasado. Los que idealizan el pretérito suelen no entender que al querer restaurar el pasado lo matan con cariño. De igual modo,

los hombres definen el presente como la posibilidad de disponer del futuro. Me detendré a analizar la huraña utopía del futuro. ¿El futurismo utopista ofrece algo mejor? ¿Qué experiencia he sacado de haber vivido en el alucinante mundo de la utopía? He reparado que el utópico es el desterrado que vive en la constante nostalgia del futuro. La persecución de la utopía me ha servido de ingrediente para incrementar la existencia. En esa prosecución me he adiestrado en todos los crímenes posibles. Para la realización de la utopía he tenido que arrastrarme por las peores de las desgracias. Me emparenté con los fusilamientos masivos y la sobrevivencia en situaciones extremas. Muchas veces en el telar de las falsas ilusiones se han tejido mis desdichas. Todos los tiempos verbales son las mismas cosas. No hay mejor época, cada una tiene sus rasgos arcanos.

He de confesar que me bajaré del podio reservado para los Poncio Pilato, prefiero testimoniar lo que ha sucedido y lo que he experimentado. Me he curtido en el arte de la guerra y no así en la pasividad contemplativa. Refuto el lado fácil de la existencia y reivindico el heroísmo que se reinventa en la acción. He jurado no aclimatarme a los tiempos de posguerra. ¿Para qué negarlo? ¡Mis convicciones son insobornables y no mutan de acuerdo con el auditorio! Desde muy temprano tenía oídos para escuchar cosas inauditas y ojos para leer versos poéticos. La poesía significaba el contrapunto contra la fanática voluntad de la realidad. En el animar de mi intelecto me inauguré con ideas poco convencionales. Pensaba que solo al hombre ennoblecido le es dada la libertad de espíritu. Sin trámites y sin consultar a mis mayores me decanté por la existencia sin Dios, nunca quise deberles ni una vela a los santos. Las ideas cristianas maniataban mis deseos. Encarnaba un hervidero de sensaciones y tenía hambre de experiencias.

Hay que reconocer que la crueldad es el trasfondo de la cultura, y las instituciones, las religiones no aceptan este hecho. La religiosidad es la perpetua resistencia contra la realidad, en los hombres la necedad es precursora de la terquedad. Las verdades desagradables se hacen oír desde la lejanía como un sordo gruñido. No se tolera que circunstancias pasajeras se vuelvan eternas. Los difamadores de la realidad, los que se horrorizan frente a ella nunca tienen el valor de

arrancarse los ojos. La niegan como queriendo tapar el sol con un dedo.

¿Estoy arrepentido del compromiso que he asumido? No, ni siento ni pienso que me equivoqué. Además, errar es humano. El único que no se equivoca es el que nunca hace nada. No me fue posible distanciarme de la aridez que olía a muerte. Estoy libre de pecado, lo que hice lo hice cumpliendo con las leyes del destino histórico. Si no alcanzamos la meta, fue por fallas técnicas y malos cálculos, no por la desobediencia a los juicios morales.

Los hombres no escriben el guion del entresijo humano, este se escalona de forma ascendente y descendente de la frivolidad a la comedia y de esta a la tragedia. ¡¿O es que se puede conjeturar que el infierno de Dante, por no tener niños, era más benévolo que Auschwitz en donde sí hubo niños?! Los infiernos no se escalafonan por sus víctimas, tampoco por tener plazas limitadas. No son más benévolos porque no recluyen a menores. Todos los infiernos reúnen siempre la misma naturaleza y el mismo rigor. La condena inapelable y la no absolución de los condenados son las características que los definen. Los nacionalsocialistas hemos hecho lo que se venía haciendo, hemos repetido la historia, como esta se volverá a repetir en el futuro. Es probable que el lector y yo estemos en orillas diferentes, pero por el canal del medio discurre, aguas abajo, la corriente de la historia. El historiador es un profeta que mira para atrás.

¿Qué puedan pensar de mí? No me quita el sueño. No espero que a vuelta de correo estas revelaciones sean rebatidas. Tampoco especularé como un advenedizo que acepta la donación con beneficio de inventario. Asumiré la herencia del Dritte Reich sin este favor. De igual manera no dejaré que me amedrenten quienes quieran tergiversar mis revelaciones, los hechos que referiré no pueden ser desaparecidos por los panegiristas de la masonería y el judaísmo. Despolvaré los archivos que se amontonan en las repisas para refrescar la memoria de los arrepentidos y los traidores, ambas catervas sentirán la necesidad de repudiar su imagen reflejada en la fuente de la verdad.

Sin lugar a duda, seré condenado sin ser escuchado. La humanidad, que se la valora como reconocida y agradecida, juzga los hechos por la eficacia de los métodos y nunca jamás por la generosidad de los

resultados. La historia es la crónica del hecho consumado. La filosofía de la historia se reflexiona con hipocresía; en contrario, la filosofía de la naturaleza se la reflexiona sin hipocresía. En la primera hay injerencia de los valores manufacturados por los hombres, en la segunda no hay intervención axiológica.

La infancia es un periodo delicado, en ella se incuban los resentimientos. Me llamo Wolfgang, mi nombre se presta a confusiones. 'Wolf' significa lobo y 'gang', andar. De ahí que algunos lo traduzcan como el andar del lobo. Tuve un transitar altivo y sin remordimientos. El lobo no zigzaguea ni tampoco repta. Nací en 1909, en el preludio de la gran guerra. Los acontecimientos y las consecuencias de la conflagración infectaron en mí la noción del enfado histórico. Es inadmisible aceptar que hubo dos guerras. Me impacientan los que refieren que se haya tratado de dos guerras diferentes. Asentaré mi punto de vista corroborando que no fueron dos guerras, hubo una guerra que empezó en 1914 y acabó en 1945. Nunca me he arrepentido ni renegaré que de muy joven me enrolé en las filas del nacionalsocialismo. Mi afiliación no se debió a ningún cálculo frío u oportunista, me hice nacionalsocialista por convicción y devoción a Alemania. Desdeñaba la ofensa y el maltrato al que nos habían sometido.

Durante la niñez y juventud se afincó en mí la idea de germanizar el mundo. En la mocedad incubé el pensamiento de que éramos los escogidos para expandir el espíritu y la racionalidad. La raza aria, la Alemania pura, era, después de los persas, griegos y romanos, la gran fuerza civilizadora. En mi caso, interpretaba el mandato de avasallar para civilizar, destruir para construir. En la jerarquía de prioridades se inscribían —en el rango superior— religiones, pueblos y culturas que creíamos debían ser pulverizados, convertidos en polvo de la nada. Los pueblos o las culturas como la hebrea, que animaban los resentimientos del desdichado, representaban la traición y la negación de la misión del pueblo alemán. ¡¿Qué se puede esperar de una cultura en la que a la sombra del sacerdote caminaban el filósofo y el poeta?!

El judaísmo y los judíos debían ser exterminados de la tierra, no por significar una amenaza, sino porque con su lealtad monoteísta infringían el recto proceder del pangermanismo. La dialéctica nos

enseñaba que con la desaparición del judío lo que pretendíamos era positivizar lo negativo. Para ellos primero estaban el judaísmo, Judea, Palestina, Yahvé. Ellos, los judíos, nunca serían servidores leales al imperio alemán. Configuraban una minoría de chupasangre que desdeñaban lo germano, había que erradicarlos para desparasitar la cultura y la raza del germen de la decadencia. Los débiles que querían hacer del mundo una pocilga debían asumir las consecuencias de sus pretensiones. En un proyecto civilizatorio los justos nunca pagarán por los pecadores. El judaísmo fue el origen de la religión de los parias y los débiles. Los ignorantes que desconocen que el único reino respetable siempre será el de los hechos consumados menosprecian la razón de la fuerza. Solo la flaqueza o el descuido del vigilante permite el maridaje de la raza con la indecencia.

Muchos dirán que soy un asesino, que aconsejé el fusilamiento a mansalva, instruí cavar fosas comunes, el incendio de ciudades, el exterminio de pueblos enteros, el bombardeo de hospitales, la destrucción de bibliotecas, pero ninguno tendrá el coraje de reconocer que actué posterior a que la historia haya dictado su veredicto. La circunstancia que el juicio moral condena es eximida por la razón histórica. Advierto que no fuimos nosotros quienes decretamos las leyes de la historia, ellas rigen por encima de la discrecionalidad de la voluntad individual. Los individuos somos arlequines del designio histórico. En los momentos históricos dispone la necesidad y nunca jamás la piedad.

El judaísmo con la prédica del primado de los menos propiciaba la castración de los valores de la fuerza y la verdad. Había que volver a las raíces, había que alimentar la virtud desde la colmena germánica. La genealogía de la moral superior empezaba con los persas, y los alemanes encarnábamos el ensamblaje de la fuerza y la belleza. Teníamos que adquirir consciencia de quiénes éramos, solo la guerra postraría las barreras que nos impusieron. Cuando se reflexiona en términos históricos hay que retroceder siempre a las grandes ideas eternas y fijarlas en el presente. Nos domeñaba el sueño gnóstico de que las ideas puras cambian el mundo. Sucedió lo que sucede cuando impera una idea fija: acabó dominando la violencia.

3. La religiosidad política

Presenté la solicitud de afiliación al Partido Nacional Socialista Obrero Alemán el 22 de junio de 1927. Para ese entonces, sumaba 18 años de vida. El fervor nacionalista y la impaciencia por restañar el honor herido me condujeron a tomar la decisión. Me incorporé al partido que expresaba mis sentimientos, consideraba que el nacionalsocialismo era la mejor manera de servir a Alemania, servirla con lealtad, idealismo, estoicismo, dedicación y, si hacía falta, con la vida. Las veinticuatro horas del día me esmeraría en buscar la manera de castigar a quienes mancillaron nuestro nombre y mutilaron la heredad patria. Alemania se había convertido en mi obsesión y ponerla en el tablero mundial como primera potencia sería mi empeño. La aceptación de mi solicitud no demoró, daba por descontado que mi admisión no hallaría objeciones.

Físicamente encarno el prototipo ario, soy de piel blanca, de ojos azules y rasgados. Alto y de fuerte constitución. El tronco tiene una forma triangular, ancho de hombros y estrecho de caderas. Las extremidades fueron musculadas por la práctica temprana del atletismo. Mi fisonomía no daba pie a que se sospechara de mi pureza racial. La altivez de mis movimientos y la actitud recia y circunspecta me asimilaban al modelo ario. El nacionalsocialismo que profesaba fue precoz y se explicitaba en todos los aspectos de mi vida, con menos de quince años me uniformé como un miembro de la Hitlerjugend (juventudes hitlerianas). Recuerdo con añoranza que me vestí con la camisa parda, pantalón de pana negro, cinturón de cuero con cierre, correa sujeta al hombro, pañoleta y cuchillo. Me aposté en una

esquina y ensanchando los pulmones me puse a gritar “Sieg, Heil Hitler”. Cuando lo vi, elevando el antebrazo derecho, sentí una adhesión religiosa hacia él. Mi fe en Hitler se convirtió en mi norte, en él percibí la historia en acción. El Führer personificaba la voluntad al servicio del ideal. Era el movimiento que cancelaba la metafísica y posibilitaba que el idealismo se tradujera en los hechos. La situación de cercanía con el hombre que cambiaría mi vida y el destino europeo me hacían alucinar, me arrojaban al futuro y con la carga de la historia me encorvaba. Se aclararon las ideas que habían sido agrupadas por los sentimientos. En ese instante idolatrado experimenté el pozo infinito de rencor que *Mein Kampf* había inoculado en mi pecho. Esa obra maestra influyó en mí porque la llevaba en el alma. Esa tarde pude captar en su entera dimensión el eslogan: “Ein Volk, ein Reich, ein Führer”.

Por otro lado, desde el primer año escolar los maestros habían registrado mis inquietudes intelectuales. Me destacaba por el aventajamiento intelectual del que estaba dotado. Bicheaba en todos los asuntos y buscaba la explicación de aquello que me parecía confuso. Quienes me observaban cifraban que preludiaba a un científico o un filósofo. Nadie imaginaría que a la sombra de mi precocidad se forjaba un hombre de acción, alguien que quería orillar la cruda realidad para fundamentar sus decisiones. Crecí con la idea de que en el transcurrir de mi vida iba a tomar decisiones que afectarían a terceras personas. Yo mismo consideraba que no era igual a los demás. Prematuramente se manifestaba que poseía una especial preferencia por la gramática e historia. La gramática alemana como la geometría me sugerían una furiosa simetría, una adorable precisión, la ecuanimidad del orden y la jerarquía rígida. El idioma alemán me confirmó que la estética, la pureza y la perfección son conjugables en una sola resonancia cultural. La gramática alemana me templaba y limaba los pensamientos. En simultáneo, la historia me abría los ojos y hacía entrever la posibilidad de superar el presente amesetado y desmantelar el futuro desesperanzador. Era falsa la declaración de que solo es definible aquello que no tiene historia. El recurso de la guerra es la gran definidora del futuro.

En esa etapa mis maestros me consideraban un versado en la época

clásica, renacimiento, romanticismo e idealismo alemán y la era napoleónica. Adornaban mis credenciales académicas mi enfática aversión al liberalismo. Esa ideología me sacaba alergia, siempre la he asociado con la masonería y la usura. En el seno de la sociedad burguesa maduraba la inequidad social, sin pudor se arraigaban la riqueza y la pobreza. Éramos de la certeza de que los capitalistas, con tal de aumentar los dividendos, pretenderían amputar al Estado el rol tuitivo. La balanza se inclinaba a favor de los poderosos. Sin embargo, el nacionalsocialismo disciplinaba a la clase obrera, pero la protegía de los abusos de los explotadores. El Führer declaraba que era fácil partir la torta y que cada quién sabría qué parte le tocaría. Los libero masones sostenían que lo que nos tocaba nos tocaba por pura suerte. Hitler estaba dispuesto a enmendar los excesos del azar y la cuna.

Fuimos nosotros los que, por primera vez, introdujimos entre los feriados la fecha del 1° de Mayo como día no laborable. Con este acto reconocimos todas las luchas reivindicativas de la clase trabajadora y desalentábamos al marxismo, que, como doctrina de un judío, procuraba establecer la dominación judía sobre todos los pueblos. Nuestro compromiso era social y nacional; subrayaba que el pueblo es el Estado y el Estado es el pueblo. Para nosotros el Estado expresaba la síntesis del esfuerzo coordinado y solidario de las masas. El pueblo es el cuerpo del Estado, y el Estado es el espíritu del pueblo. Considerábamos que el Estado era una unidad que expresaba la comunión de todos los intereses, en contrario, el particular podía tener intereses encontrados con el Estado que encarnaba el poder de todos. El individuo formaba parte de un organismo superior, por ello su existencia individual se subordinaba a los intereses superiores y colectivos. Nunca la comunidad política que representaba la síntesis del bien común podía morir o ser decadente como el hombre. El poder débil era sinónimo de desbordes y generador de situaciones de predominio, de oligarquías plutocráticas. Sin la supervisión y la dirección del Estado, los burgueses explotaban a los trabajadores, y sin verticalidad, los sindicatos propiciaban la haraganería. Nuestro credo profesaba que todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado. La armonía social era el presupuesto de la pujanza económica.

De igual modo, mi repudio al marxismo lo había testimoniado en el

aula, las barricadas y las grescas callejeras. Impugnaba el cosmopolitismo y la sustitución de la realidad concreta de la nación por el abstracto concepto de clase social. Tanto la propuesta del individualismo como la lucha de clases se proponían fragmentar la democracia y escindir al conductor de su pueblo.

4. Una familia pudiente

Mis padres eran apolíticos. Bajo el segundo imperio se curtieron en la obediencia y el principio de la autoridad. Hubo más de una razón para que mi decisión no los entusiasmara. Mi padre combatió en la Primera Guerra Mundial y acobardado hablaba de los horrores del gas venenoso, reclamaba que ni a su peor enemigo le deseaba los padecimientos bélicos. Combatió en los campos de Francia y de las trincheras salió hecho un pacifista. Combatió en la batalla de Verdún del 21 de febrero hasta el 19 de diciembre de 1916. Luchó todos los años de la guerra, en cada ocasión que le tocó enfrentar al enemigo lo hizo con energía y determinación. Integraba la infantería y siempre presumí que en los combates cuerpo a cuerpo tuvo la oportunidad de acabar con nuestros enemigos. No luchaba por algo indefinido o una idea abstracta, peleaba por el destino histórico de Alemania. Sentía en su carne el cuerpo de todos y en sus sentimientos, el alma alemana. Después de volver a casa se convirtió en una tumba, pretendía borrar su pasado bélico. Terminó ileso, pero hecho un pusilánime. No obstante, el intenso compromiso bélico debilitó su fervor nacionalista. Continuó amando a la patria, pero lo hacía con la debilidad del distanciado y el complejo del derrotado. No hacía comentarios de sus vivencias, no quería evacuar las preguntas que le hacía.

En una oportunidad le inquirí si no se sentía orgulloso de haber servido con entrega y valentía. Le espeté por qué no lucía sus condecoraciones. Repuso a mi reclamo que ningún ser humano que haya acabado con la vida de uno o varios hombres puede ostentar con orgullo el coraje de haberlo hecho y añadió que la maquinaria militar

era la herramienta trituradora del esplendor de la juventud. La respuesta me dejó un sabor amargo. Esperaba de él otra respuesta, que me dijera que le hubiera gustado aniquilar a todos los franceses. Dilucidé que mi padre simbolizaba a los alemanes que dimitieron de la grandeza. Representaba al grupo de conformistas que preferían las fronteras fijas al espacio vital y arriar la bandera para homenajear un armisticio. Los combates lo hicieron flaquear, con tal de que no corriera sangre, aceptaba vivir constreñido bajo las onerosas exigencias que nos impusieron los vencedores. Mi progenitor se convirtió en un evangelista de los acuerdos diplomáticos, los concordatos y los tratados de paz. Pugnaba por los derechos de la entelequia humanidad en detrimento de los derechos indelegables de las naciones. Lo horripilaba el repiquetear de las balas, los soldados encasquetados, el zumbido del disparo, el barro de las excavaciones y el filo del puñal. Confirmaba que solo una experiencia bastaba para detestar la ferocidad y el pavor de los campos de batalla. Había perdido la valentía, no quería carearse con el rostro perfilado de la guerra. Olvidó que del infierno se regresa a la vida con el corazón endurecido.

También mi madre era una arrepentida de la guerra. A ella la perturbaban la implosión y la debacle del mundo de ayer. El desvencijarse de la sociedad predecible, la estratificación social jerarquizada, la política verticalizada, la economía pujante y el libertinaje de las costumbres sembraban en mi madre la aprensión a la inseguridad. Sin quererlo, desarrolló un espanto instintivo al carácter imprevisible de la vida. No aceptaba la revolución rusa de octubre. El hecho de que una gavilla de intelectuales, aliados con obreros y campesinos, tomaran el poder semejaba a un desconcierto civilizatorio. Más aún, el ocaso del segundo imperio alemán, del austrohúngaro, el otomano y la instalación de repúblicas, insertaron en ella la amenaza que significaba el ascenso de las clases medias, la aparición de las masas y la definición del individuo anodino. Si bien se trataba de un ama de casa, era una mujer instruida que comprendía que las desventuras requieren de paraísos perdidos.

Todavía se pasean por mis retinas las noches en las que mis padres leían los diarios y textos del romanticismo e idealismo. Enriquecían

sus lecturas con las obras de Cervantes, Calderón de la Barca, Goethe, Schiller, Heine, Rilke, Victor Hugo, Flaubert, Balzac, Zola, Dostoievski y Tolstoi. Mi madre gozó de los frutos del sistema bismarckiano y de la época en la que nos convertimos en la economía más progresista de Europa.

El Estado que contemplaba y satisfacía las necesidades de los trabajadores fue inaugurado por Bismarck. Sí, eso que se denomina Estado social no es invento de los ingleses o de los franceses. El canciller de hierro, de la unidad de la nación teutona, valoraba que, si no había pan en la mesa, si no había salud y educación, si no había trabajo, no era posible hablar de nación y Estado. Los requerimientos de los necesitados debían ser atendidos por el Estado. Bajo el mandato del Führer, el Estado social alcanzó la perfección. Durante el Dritte Reich se hizo realidad el derecho de que cada habitante obtenga un puesto de trabajo. Lo que instaló Bismarck fue perfeccionado por los nacionalsocialistas. Esta digresión se hizo necesaria para que el lector se dé por enterado de que fue Hitler quien hizo realidad lo que los falsarios socialdemócratas, liberales y demócratas no fueron capaces de hacer. Él dio bienestar al pueblo, cumplió cada una de sus promesas electorales.

Retomando el hilo conductor de la caracterización de mi madre, referiré que su admiración se limitaba al periodo que abarcaba del 18 de enero de 1871 al 9 de noviembre de 1918, día en el cual Guillermo II abandonó sus funciones estatales. El pasado imperial la seducía, no así el Estado nacionalsocialista. Al emperador le perdonó que haya abdicado, en cambio, al Führer no le perdonaba su origen humilde. Hasta que pudo exteriorizar su opinión, calificaba que el Führer representaba la consciencia del resentimiento del hombre de medio pelo, del pauperizado por la gran depresión de 1929, de los frustrados y venidos a menos. Definía que no era un dato menor la circunstancia de que Adolfo Hitler haya sido rechazado en la universidad de arquitectura de Viena, él mismo representaba el odio del hombre que no pudo conciliar un matrimonio y no obtuvo un grado universitario. Mi madre odiaba a Hitler, pero también repudiaba a Weimar, en el fondo creo que en algún momento llegó a creer en Hitler. Nunca fue nacionalsocialista, pero me consta que reprobaba el ejercicio

irrestricto de las libertades, las reyertas callejeras, el boicot de los sindicatos, los disturbios, los cabarets y sus espectáculos impúdicos, la fragmentación parlamentaria, la democracia sin demócratas y el flagelo de la inflación. La atemorizaba el caos y añoraba el orden. Pronosticaba, incesantemente, que la dimisión del emperador y la caducidad del imperio desestabilizarían las fuerzas y el orden, se generaría el caos y esto desembocaría en la búsqueda del salvador. Seguía siendo imperdonable el error cometido por los socialdemócratas, comunistas, católicos y republicanos. Pronosticaba que todos terminaríamos pagando el desaguisado de los improvisados. Insistía en que la renuncia del emperador Guillermo II —emperador de Alemania y rey de Prusia— el 9 de noviembre de 1918 acarrearía consecuencias ineluctables y gravosas. Advertía que cuando en la memoria del pueblo no tiene vida el pasado, el futuro es arrastrado por un tenue viento como una hoja caída.

La Constitución de Weimar del 19 de agosto de 1919 —la primera Constitución republicana y democrática— le resultaba una imposición a la idiosincrasia del pueblo. Odiaba la república, repudiaba la democracia, pero no quería que sus hijos fueran convocados al campo de batalla. No toleraba la idea de que la ambición política echara a perder el fruto de su vientre. Mi mamá detestaba la guerra, la poseía una visión uterina de la vida. La lejana posibilidad de un litigio fronterizo la intranquilizaba y la válida pretensión de revisión de un tratado la desquiciaba. Alemania debía quedarse donde estaba, si despertaba, si la ambición nacionalista se expresaba, provocaría que la muerte llamara nuevamente a la puerta de los hogares. No quería enterrar con sus manos lo que su vientre había anidado. La rabia la enceguecía cuando nos pensaba heridos, mutilados o en silla de ruedas.

A mí, sin embargo, me resultaba cobarde que mis padres no contemplaran que sus hijos fungieran de nervio y músculo que restableciera la dignidad alemana.

Ella recusaba la idea de que sus hijos pudieran ser enviados al frente, la desolaba el solo pensar que sus descendientes se alejaran de ella. Intuía que por nuestra edad y por la excelente salud de ambos, éramos candidatos para empuñar las armas y estar en la primera fila

del ataque. Sabía que nuestra juventud y fortaleza nos impedirían permanecer en la retaguardia, en el rancho o en la enfermería. A ellos, sencillamente, la primera guerra los agotó y, a pesar de ello, la anarquía de Weimar no los hacía pensar que necesitábamos al hombre providencial. No obstante, todas sus reservas contra la república nunca abogaron a favor de una política agresiva. Tampoco simpatizaban con que una sola persona concentrara toda la potestad del poder en sus manos. Estaban domesticados, necesitaban sentir el orden, pero anhelaban la paz. No adhirieron al nacionalsocialismo, sabían que votar a Hitler significaba la guerra. En cambio, yo me convertí en un fanático del partido, puesto que estaba seguro de que Hitler representaba la guerra y que su liderazgo nos conduciría a la victoria inevitable. Ellos aborrecían la guerra y yo la deseaba. Apostaban a que el músculo reposara, en cambio, yo buscaba hacer trabajar la ambición. Les importaba un bledo el honor de los derrotados si para restaurarlo había que volver a litigar en los campos, en los mares y en los aires. Consideraban que Alemania fue maltratada y humillada, pero que con más belicosidad y peroratas chauvinistas no habría paz duradera. Juzgaban que la cláusula del artículo 231 de la culpabilidad era ignominiosa, pero preferían honrar las imposiciones. Entendían la injusticia de la disposición del tratado que responsabilizaba a Alemania y sus aliados por haber causado todas las pérdidas y daños. Con esta infamia nos obligaban a reparar el perjuicio que no causamos, pero mis padres sentían miedo de lo que denominaban el horror de las bombas y el matadero del frente militar. Pensaron que mi entusiasmo expresaba la inevitabilidad de la beligerancia y la carnicería de los bombardeos.

Mi hermano, un año menor, nunca entendió el porqué de mi resolución. Él era una persona mansa que deseaba tener una profesión, empleo y una familia. Así de simples y planas eran sus ambiciones. No pongo en duda que se trataba de una buena persona, pero era consciente de que no era portador de un destino. Carecía de instinto de grandeza. Se conformaba con lo poco, jamás pretendió lo mucho, su mirada estrechaba sus pareceres y sus inseguridades achicaban los límites. Comparando nuestras vidas, se puede juzgar que él estaba en lo cierto y yo era el equivocado. Sería irreal mirar la vida desde el

ángulo de Alfred, después del fracaso de la invasión a la Unión Soviética lo mantuvieron en cautiverio por diez años en Siberia. Fue sometido a un régimen de trabajo forzado y a un adoctrinamiento bolchevique. La adquisición de la nueva ideología solamente le sirvió para justificar su cautiverio y la noción de que de nuevo nosotros éramos los culpables exclusivos de la segunda conflagración. Jamás comprendí que alguien que haya leído Goethe, Schiller y Hölderlin —en sus años escolares— pudiera aceptar las falacias y las falsedades eslavas de la historia. Lastimosamente él se convirtió en un *schwein*, un traidor de su pasado y su porvenir. Así como al mariscal de campo Friedrich Paulus, a mi hermano le lavaron el cerebro.

5. La naturaleza lobuna del ser humano

A pesar del tiempo transcurrido y de todos los acontecimientos que he sobrellevado en mi vida, mis opiniones siguen siendo las mismas. El hombre es un animal hostil con el hombre. La potencia puede hacer a la fealdad más fea, la fuerza hace a la maldad del alma más cruel y el odio enfurece la violencia. El impulso por la preeminencia exige sumariar al enemigo. He visto pugnar a los hombres por una mujer y, ahí también, somos capaces de fulminar al oponente con tal de no ceder la hembra, preferentemente la mujer se sentirá amparada y asegurada con el más fuerte. El instinto de conservación y el orgullo justifican hacer de los hombres medios de nuestros fines. No solo superviven los que se adaptan mejor, sino también los que madrugan sus decisiones. La vida es de naturaleza mezquina y áspera. La necesidad rige las leyes de los hombres y de la naturaleza.

El lobo y el hombre poseen el andar sinuoso y la misma disposición y sed de violencia…¡El instinto animal aplana la consciencia! La historia de los pueblos registra una continuidad histórica, morir por la religión del Estado siempre ha sido más gratificante que morir en la decrepitud. La historia le ha dado la razón a quien consignó que el hombre es el lobo del hombre. Este juicio fue dictado con palabras que tienen el peso de una armadura y con la resaca del puñal embebido en sangre.

¿Acaso ha servido alguna vez la razón en los grandes momentos de la vida? La guerra puede ser descripta, pero no explicada. ¿Cómo se explica que se disponga la destrucción del hábitat? En la confrontación la irracionalidad se vigoriza y se incrementa con el odio. Frente al

catastrofismo los hombres individualizan su egoísmo. Donde mejor se entienden es en el fango. Las guerras son el hambre y la ambición de los tiempos. El combate es el instante parturiente del vencedor y la sepultura del abatido. Un acto de violencia final pone las cosas en orden. La naturaleza en conflicto consigo se purifica a sí misma en el ciclo infinito de vida. La guerra vehiculiza el ciclo infinito de vida y segrega su descomposición en la gangrena de una pierna, en la mutilación del brazo, en la extirpación del globo ocular, en la respiración menguada, en la mudez del dolor más profundo y en el cuerpo yerto y rígido. La guerra es una danza macabra en la que baila el erotismo de la muerte, que desafía los límites marcados por la malevolencia y el pánico, y que hace de la vida un monumento funerario. Desde dentro, la batalla es desgarradora y cruenta, pero el combatiente alcanzará su esplendor creador, cuando se sabe inmediato a la muerte.

6. Del porqué soy nacionalsocialista

Decir la verdad será siempre un acto de valentía. Un hombre que de niño no ha festejado sus cumpleaños tuvo una infancia desangelada. Mis padres comprendieron que yo podría ser alguien importante, entendieron que era diferente a mi hermano Alfred. A este lo entretenían con fantasías infantiles y deleitaban con golosinas, bicicleta y una pelota de fútbol. Yo anhelaba que me agasajaran comprando soldados de plomo, vestimentas y juguetes militares.

Desde pequeño me extasiaban los hechos que refrendaban la marcha inequívoca de una voluntad tozuda y ascendente.

Quien ha visto a Bonaparte cabalgar veía al espíritu de una época sentado en un caballo. Los hombres que apostaron a la inmortalidad siempre me han fascinado. Nunca me dejé apresar por las situaciones que me tocaban vivir. Busqué ser un inquilino honrado de mi tiempo y circunstancias. Crecí con la certeza de que no exponerse a la incertidumbre acabaría empequeñeciendo mi carácter. El mediocre es lacayo de sus situaciones como el emasculado es sirviente de las meretrices; el hacedor interpreta el tiempo histórico para concretar en hechos su *weltanschauung*. Quien divorcia el espíritu del tiempo será despeñado al abismo y no inscribirá su nombre en el último renglón de la historia. De ahí que, cuando se tiene fe, se hace lo que se cree o uno se convierte en un pelafustán. Así como los hegelianos creían que edificarían el Estado con la razón, de igual forma, los sanguinarios jacobinos guillotinaban en nombre de aquella. En la época que me tocó lidiar, con la aridez de la razón agnóstica y liberal, la civilización se debatía entre las hordas asiáticas que pretendían consumar la

sociedad sin clases y nosotros que, basados en el abolengo étnico y la verdad del superhombre, forzábamos que Europa no quedara embargada en el nihilismo propiciador de la flaqueza, lasitud y tedio. Nosotros pretendíamos la comunión de las naciones europeas. Pronosticábamos que dejaríamos de ser el centro de la gravedad. La geopolítica indicaba que se trasladaría a la Norteamérica o Eurasia. La propuesta de Hitler favorecía que los europeos continuáramos compaginando nuestras historias. Considerábamos que éramos una civilización disfrazada de Estado.

Desde siempre he congeniado con la idea de la guerra, me resultaba innata y mágica, intuía sin saberlo que el misticismo hacía que las fuerzas convergieran en el dolor y sacrificio. En lo hondo de la herida nos iguala el padecimiento. Me mantengo en el pensamiento de que el dolor propulsa y robustece la personalidad. ¡Quien ha sido minusvalorado y se rehace en su honor tiene un roble en la voluntad! El camino guiado por la rectitud vital conduce a la guerra deseosa de parir un titán. La paz nunca capturará la quintaesencia de lo humano. La fuerza se depura en el vértigo. La piedra no obstruye, quien tropieza que no reniegue: la piedra es el camino en sí. La holgazanería y el debilitamiento que acarrean los periodos de paz serán depurados en los torbellinos belicosos. El instinto de supremacía expande la fuerza, la voluntad de poder es voluntad de crecimiento.

Hurgué en los objetivos que estaban fuera de mí. Jerarquicé las metas, estas son más importantes que los sentimientos temporales. Nunca estuve inmerso en los recintos y las relaciones que podían hacer de mí una exangüe sombra de lo que podía llegar a ser.

De manera precoz y audaz me dediqué a buscar la verdad objetiva, la verdad histórica. Ya de mozuelo me aferré en el timón de mi vida, enseguida asimilé que iba a tomar la responsabilidad de mis acciones. Me esmeraba en hallar la verdad como pasaporte hacia la eternidad. Mi temperamento nunca acopió rasgos pueriles. No admitía que me homenajearan. Sentía el requerimiento de retaliar, necesitaba borrar el vejamen y la difamación de la que éramos objeto. Para mí era inaceptable que fuéramos los únicos culpables de los males que acechaban al mundo. Insultar a Alemania era herirme.

Jamás fui un niño triste, no tuve la infancia de los que quieren jugar

con sus contemporáneos. Mi niñez fue la de un niño solitario que leía, curioseaba y hacía gimnasia para acerar mis brazos, piernas y abdomen. Tanto la fragilidad espiritual como la corporal sugieren una voluntad abúlica. Creía y sigo creyendo que la fuerza que no se expande atenúa el desarrollo de uno mismo. Padecí la ociosa espera de los que suponen serán convocados a la gran misión histórica. La infancia y la primera mocedad fueron las etapas en la que forjé la personalidad. En ese entonces me hice de la idea de que la felicidad debilitaba la voluntad de lucha y la determinación de osar. En el periodo que sentí mi compromiso político no me distraje en amoríos que apeligraran mis ambiciones. Pensaba que, si quería volar alto, viajar hacia las estrellas no debía buscar compañía. Vivía enfocado en las obligaciones partidarias y estatales, no tenía tiempo para el descanso burgués ni el vagabundeo amiguero. Mis horas de distracción las dedicaba a la camaradería con los correligionarios o a las ternuras de las putas.

No me esmeré en llevar una vida de cenobita, empedré el camino de la vida. El deseo de la carne forma parte del viaje existencial. La carne es un tránsito obligado del vivir. Cuando sufría de insomnio usurpaba las horas de las noches en las casas de citas. Codiciaba el poder, no quería conformar una familia, no necesitaba de la compañía de una mujer. Para aliviar las tensiones generadas por la falta de sexo me involucraba con putas que me hacían compañía. Sí, así como suena, “con prostitutas” eran amores del azar, esos que no comprometían, me hacían pasarlo bien y aligeraban la estresante cotidianidad. La abulia sexual corrompe el cuerpo. A más de una de las chicas le profesé cariño, acaricio con dulzura y nostalgia el recuerdo que les guardo. Aunque parezca mentira mis compañeritas tenían la sensibilidad de un corazón piadoso. Practicaba la costumbre de apodarlas: a una la llamaba angelito, a otra niñita, princesita y a la que me hacía delirar la denominaba volcancito. Pero a Helga, que era la favorita, la llamaba capullito de Venus. Me complacían, sabían que disfrutaba del sexo violento. Gozaba penetrándolas con fuerza, chupando los pezones, introduciendo el dedo mayor en el vaso indebido, apretujándoles los senos, lamiéndoles los labios, atándoles las manos y muñecas en el borde de la cama, cacheándoles las nalgas, mordiéndoles la nuca,

haciendo que se masturbaran y me la chupasen. Cuando estaba libre de preocupaciones permanecía toda la noche. Perdía mis controles, me liberaba de las presiones. Nos emborrachábamos bebiendo champán, bailábamos, escuchaba las circunstancias del porqué eligieron la profesión y yo les hablaba del porvenir que nos esperaba a los alemanes con el Führer. Las quería y respetaba, compartía con las señoritas mis momentos de relajación. No les mezquinaba el dinero. No perdía la oportunidad de mimarlas y agasajarlas con un regalo y les dejaba bajo la almohada una propina que era superior a la tarifa pactada.

Me había impuesto no amar pues me consideraba un instrumento para la realización de un destino. Tener una familia exige construir un entorno seguro y calmado, no quería convertirme en un conservador. Un enamorado es inhábil para servir a las causas superiores, le asusta la muerte y la incertidumbre. Mis chicas me querían y yo las recompensaba generosamente. Entre nosotros había ternura y placer. Jamás se negaron a satisfacerme, ellas presumían que yo era portador de grandezas y que, más temprano que tarde, sería una persona destacada. Quizás se imaginaban que me convertiría en el heredero del Führer. En el corazón de todas las mujeres, putas o de beatas, atraviesa la necesidad de tener a su lado un hombre seguro y que las cobije en el desamparo. Las mujeres vacilan más que los hombres. Son ubicuas y codiciosas de estabilidad.

Desde muy pronto incubé la sensación de que forjaría una estimada agresividad contra el ser humano. Estaba infundido en la certeza de que actuaría en manada y que solo protegería a los míos. Que haya nacido y crecido en la derrota y la humillación no supuso que mermara mi cualidad nacionalista. Lejos que cedieran mis reivindicaciones de desagravio, estas se enardecieron como la lava de un volcán en erupción. La ley del talión me indicaba el camino, pero resultaba insuficiente, pues no marcaba el punto final de mis avideces.

Mi niñez afincó los sentimientos que motorizaron mi existencia. Por plateadas y rimbombantes que fueran las palabras y las ideas, estas no enmarcaron mis ambiciones. Gracias a las ganas de superación, ninguna nostalgia de mi infancia planea en mis recuerdos. Desde pequeño intuí que la guerra era devastadora, pero que perderla era

aún peor. Nunca fui atraído por los agasajos. Mi voluntad no dejaba agasajarse, rehusaba cualquier engalanamiento que no considerara la destrucción o sumisión del enemigo. Quienes nos denigraron tenían cuentas pendientes y en esta vida se pagan los agravios proferidos. Si aquí se hace, aquí se rinde cuentas. La revancha tiene manos tenaces y laboriosas, el nervio motor de la memoria es la terquedad. La justicia entre los hombres es trabajo manual, no inspiración del corazón alado. La justicia es fruto del esfuerzo humano, no hubo ni habrá justicia divina. El ofendido no solo tiene el derecho sino la obligación de desquitarse. La revancha es un sentimiento innato y atávico. El resarcimiento es un latir innato del corazón humano. Si un hombre es ofendido y renuncia a revertir el insulto, el deseo de enmienda quedará en el fondo del alma y lo corromperá. Así como el apetito nace con el estómago, el deseo de retaliación es inherente al hombre. Se trata de un sentimiento auténtico, palmario y honesto. No puede compararse ni asemejarse a la mariconada del miedo a la soledad o al deseo de la felicidad en rebaño.

Hay veces que me pienso un defraudador, siento que lo que soy no se corresponde con la imagen que tengo de mí mismo. Tuve que haberme superado, me perfilaba para ascender a la cumbre, pero no me consagré como un superhombre. A pesar de que he vivido para alcanzar la trascendencia, no me he desalojado del barro. Hay razones suficientes para juzgar que no he llegado a ser quien quería ser. Nací en una fecha infame, en la aurora del día y el crepúsculo del ultraje. No sé si fue por mi onomástico que tres sentimientos atravesaron mi vida: el deseo de poder, la necesidad de instar a que seamos quienes éramos y la inconmensurable ansia de reivindicación patriótica.

Ejercer la memoria mantiene erguido el latido del desquite. No escribiré esta historia desde la caligrafía convencional. Mi deseo responde a presentar un alegato en defensa del Tercer Imperio, Adolfo Hitler y Alemania.

7. La narración del acontecimiento reúne más veracidad que el hecho mismo

Que no se diga que a la realidad le falta interés dramático. Una coyuntura que está llamada a trascender no puede ser despachada con prejuicio monasterial, una máxima o un conjunto de ellas. Empeñaré mi reputación en la documentación de este manuscrito, por ello la narrativa se sustentará en dos muletas: la historia y la filosofía. Hay que desgranar las circunstancias y las ideas que predominaban en la coyuntura. Es preciso abundar siempre en la verdad, pues el error y la mentira son predicados una y otra vez a nuestro alrededor. La credulidad es habitual en los ingenuos y la calumnia es el hábito de los pérfidos, cuando ambos coagulan estarán en el orden del día el idolatrar falsos dioses y el lenguaje blasfemador de las verdades eternas. Por ello, lo verdadero no se expresará en un estilo folletinesco o versificado como contingencias inconexas y floreadas con excesos de datos.

Lo eterno lacra su singularidad en la belleza y la arcanidad. Se deben tomar los recaudos contra las descripciones opíparas en detalles superfluos. Hay que oponer los ojos y aguzar la mirada de las narraciones que acumulan datos en cantidades descomunales. En la historia cada instante puede tener un valor infinito. Sin embargo, existirán los instantes guiados con voracidad onírica, la historia puede ser conducida por fuerzas que descansan por fuera de ella. Las expresiones de eternidad inmortalizan el instante, garantizan la continuidad en lo imperecedero. Por otro lado, el tiempo es algo bien extraño. Es un tirano caprichoso que, a cada siglo que pasa, le pone

una cara distinta a lo que uno dice y hace. Lo que a los griegos antiguos les estaba permitido nosotros ya no podemos decirlo, y lo que a los rudos coetáneos de Shakespeare les gustaba, el ciudadano inglés de 1820 ya no podía soportarlo.

Cada individuo tiene, dentro se sí, agazapado, el bacilo lobuno. El conocimiento verdadero consiste en volver a recordar. Fijar en palabras el vértigo de lo que ha sido mi vida no es una tarea menor. La timidez se aovilla a causa de que no se posee la valentía de contar el abanico completo, lo que se pensó, sobrellevó y ejecutó. Nadie está obligado a declarar contra sí mismo ni deponer contra sus consanguíneos. En las declaraciones no se estila denunciar si se tuvo o no el coraje de llevar los planes hasta las últimas consecuencias. Solo un grupito de individuos interpreta la constelación de estrellas que se cierne sobre ellos, una señal externa los ilumina de modo que el destino que pesa sobre ellos acaba realizándose.

Estos individuos son seres excepcionales que consideran que el mal de la aflicción proviene de las creencias y no de la naturaleza. La maniática presencia de esos pocos hombres ha dejado sus huellas en los periodos caducados y legaron su traza para los venideros. Se alimentan, despreocupados y sin inmunidad, del árbol de la inmortalidad. De ahí que sus nombres no son recibidos con palmas y ramos de olivo, solo el peso del bronce y el rencor de sus detractores los avivan. Los muertos no pueden desmentir a los vivos, pero más honra tienen los difuntos que los vivos que los quieren deshonrar. Por ello, la piedad para el hombre superior es el último pecado de Zaratustra.

De igual manera describir los diversos modos extraños en el que un hecho logra presentarse al mundo es una labor ardua para el observador, el juzgador, el escribiente y para los recolectores de documentos. Si se considera que el tiempo histórico es circular, se apostará a la tesis de que todo retorna y se repite; sin embargo, si se parte de una visión lineal del tiempo, se inventariará la concatenación de los hechos y establecerá que la historia tiene un punto de partida y de llegada. Censurar o deplorar un acontecimiento, sin ubicarlo en el tiempo y el espacio, supone una blasfemia contra las leyes de la relatividad. La literatura y la historia tienen los rasgos comunes de una

narración. La epopeya que no se relata nunca existió y el secreto que no se revela no perdura. La forma de contar más que el dato determinará la veracidad. El sujeto, verbo y predicado revestirán de intrascendencia o jerarquía al héroe. El mito, cuando se difunde con ingredientes veraces, garantiza su perdurabilidad. La efectividad de un acontecimiento dependerá de los aspectos interiores y exteriores del relato.

Hay que averiguar si la narración escrita o ágrafa se originó en la realidad o en la fantasía. ¿Tuvo lugar realmente la guerra de Troya o fue una ficción de Homero? ¿Fue todo fruto únicamente de la imaginación del poeta o esconden sus versos el aljibe de la verdad? ¿La épica fue el génesis de la literatura? ¿La manera de relatar un evento reinventa el heroísmo? ¿La ficción homérica proporcionó a Roma su progenitor Eneas? ¿Es que la explicación del origen de Roma se funda en una ficción? La guerra de Troya como una arteria vertió sangre, pero si la hazaña no hubiera sido recitada, recogida o fabulada por Homero, el poeta ciego, nunca hubiéramos sabido de su existencia. La grandeza de los griegos prescindía de la fidelidad a un hecho histórico, les interesaba más la manera en la que el poeta la plasmaba en la narración. La historia esboza sus teorías con hipótesis, estas son rumores que se generan en la recolección de los datos empíricos y en la formulación de sus ficciones.

La serpiente de la subjetividad humana está metida en todos los vericuetos. El hecho depende de la narración, sin embargo, la narración es independiente de la contingencia. El dato es la realidad, adversamente, la narración puede o no tener componentes reales. Historiar implica valorar el hecho consumado, conectar los acontecimientos, interpretar el espíritu de la época y contextualizar el proceso. O sea, buscar un sentido para después juzgarlo.

La historia como descripción permite que se filtren los prejuicios forjados por los orfebres de la metafísica y el endeble humanismo. Un hecho histórico tiene muchas formas de ser registrado, contabilizado y, con posterioridad, aludir a él. Expondré, a los efectos aclaratorios, que el eje central de mi razonamiento se funda en la linealidad del tiempo histórico. La linealidad presupone un inicio y un final y la asignación que la finalidad tiene un sentido necesario. La historia se mueve en

línea recta, las vicisitudes no solo se enlazan, sino que están compuestas de la misma esencia. Solo cambian los teatros y quien empuja el puñal, los acontecimientos que han sucedido siempre anuncian el futuro. Yo puedo constituirme en un símbolo del porvenir. El tribunal de la historia no tiene jurisdicción para condenar o absolver. La historia tiene el sentido de los ganadores.

Cuando me siento cansado la derrota me satisface, esta es una manera de poner fin a las cosas. Hablaré sin tapujos, sin rebusques y remedos. Tiraré del gatillo, dispararé la verdad a quemarropa. No permitiré que el mal hábito de la corrección afemine la verdad. Lo sucedido en este periodo será relatado con los pies en la tierra y con la idea de que la justicia nunca será impuesta por los débiles y menos aún por los vencidos. El contexto será caracterizado desde el punto de vista del acontecimiento, primará la lógica de la situación, de la deliberación previa, del desempeño y las formas durante la ejecución de las acciones. El que actúa empieza a juzgar sus acciones antes de actuar. En la historia no se juega a la ruleta, una vez insertos en ella no se apuesta al póquer.

Quienes resolvieron hacer historia saturaron de sentido sus acciones. Las interpretaciones desde perspectivas ulteriores poseen la arbitrariedad de los que ayunaron en las acciones para abstraerse y generalizar sobre lo acontecido. Es muy fácil juzgar lo realizado haciendo la vista gorda a lo que no se ha cumplido. Cada acción lleva implícitas sus consecuencias, con la misma acción se posibilita la derrota o la victoria. O uno se impone o a uno lo doblegan. El ejecutor que acciona o reacciona precoz o tardíamente lleva la de perder frente a los que se abstienen. Los que se ensuciaron las manos, transpiraron e imprimieron sus huellas nunca fueron indolentes; a través, de la indulgencia se filtran los grandes juicios morales. ¡Imaginemos calificar como holocausto o genocidio el deseo cristiano intrauterino de castigar a los asesinos de Cristo! ¡O es que acaso la Europa cristiana ha olvidado al Cristo en la cruz y a sus acusadores! ¡¿Será que fuimos los alemanes los inventores del antisemitismo?! ¡¿Fuimos los alemanes los primeros practicantes de la crueldad como réplica enmendadora de los abusos?! ¡¿No fue Craso, en el 73 antes de Cristo, quien sofocó con sangre y fuego la rebelión de Espartaco y su ejército de esclavos?!

Acusan de totalitario e intolerante al nacionalsocialismo, pero los olvidadizos se reservan los comentarios sobre Luis XIV. Este fue, con el edicto Fontainebleau de 1685, quien derogó el edicto de Nantes que garantizaba la libertad de conciencia. El rey Sol quiso catolizar y nosotros germanizar. ¡¿Cuál fue nuestro pecado?! ¡¿Acaso fuimos nosotros los precursores de la intolerancia?! ¡¿Será que la Francia mayoritaria y católica debía tolerar la influencia de los hugonotes y, de igual manera, debíamos permitir nosotros que la minoría hebraica continuara empobreciendo la literatura, la filosofía, las artes y las ciencias alemanas?! ¡¿Se pudo haber evaluado que la quema de libros del 10 de mayo de 1933 no fue un procedimiento forzoso e impostergable contra el espíritu antialemán?!

Había que actuar con determinación. Era la única forma de contener la decadencia y la corrupción moral. Teníamos que darles su merecido a los autores infatuados y a sus libros corruptores que infectaban la pureza de nuestra cultura. Joseph Goebbels declaró que ese acto señalizaba que el intelectualismo judío había llegado a su fin. Había que acabar con la urraca cultural hebraica. ¿Es que nadie quiso darse cuenta de la nocividad roedora del intelectualismo judío? Haciendo una analogía, ¡¿Himmler no sería la reencarnación de Roberto Belarmino —beatificado en 1923, canonizado en 1931 y declarado doctor de la Iglesia en 1931 por el papa Pío XI—, conocido como el martillo de los herejes, quien condenó a la hoguera a Giordano Bruno y a Galileo Galilei a reclusión perpetua?! ¡¿El propósito de esclavizar a los eslavos rusos no respondía a la misma lógica esclavista con la que Thomas Jefferson sostenía en Monticello su plantación con mano de obra esclava?! Los refractarios del Dritte Reich consideraron que era mejor no escarbar en la mugre, pero muchos no querrán escuchar que los valores morales son deducidos de los actos crueles cocidos en la sangre.

El academicismo, los intachables, los pacifistas, los pluralistas, los prosélitos de Gandhi emitieron juicios tardíos desde la cima de la verdad. Lo más fácil para un holgazán es condenar sin involucrarse y sin siquiera procurar situarse en el sitio del otro. Los perezosos son siempre buenos debido a que nunca hacen nada. Cuando no se combate o, en contrario, uno se pasa descifrando jeroglíficos,

terminará escorando la balanza hacia lo superficial y anecdótico. Exponer enjundiosos y pulcros veredictos históricos testimonia la propensión onírica y pueril de consagrar el bien común y el humanismo. Cuando el platonismo perdura en la carne, el apetito biológico ensancha su apetencia. El dilema, en estos casos, radica en que se iguala la abstracción con la realidad; esto conduce al craso error de conducirnos por entelequias. La abstracción no es la realidad y, en ocasiones, ni siquiera una derivada de ella. Beatificar la estupidez es lo más sencillo para la moral burguesa.

La espiritualidad hace preguntas y la religiosidad da respuestas. La edificación del pasado expresa la pretensión de justificar, excusar, alegar, acusar y condenar. La búsqueda de significado es la manía de los que quieren quedar bien con todo el mundo. El microscopio de los historiadores se utiliza para que se desestime la fuerza normativa de los hechos. Así, cuántas veces se recurrió al remanido y trillado pretexto de que Alemania fue la única causante, en un plazo de veinticinco años, de las mal denominadas guerras mundiales. Como ya dije, se trató de una guerra partida en dos actos y su interregno. El cine americano, los fraguadores de folletines comunistoides, los lectores del Zohar y del Talmud se atrevieron a examinar lo que fue una sola guerra como dos guerras separadas e inconexas. Aceptar esta interpretación incestuosa es una manera ruin de adulteración de la realidad mundial.

Para un testigo, contemporáneo o protagonista, un hecho no tiene la misma significación que para el estudioso que se adentra en las circunstancias una vez que estos hayan evaporado y sus secuelas fueran decodificadas. La imaginación es prescindible en el instante de seducir a un ingenuo. El ingenuo no es crédulo por ingenuo, sino por tonto. ¡Qué falaz es la sentencia de que por sus frutos los conoceréis! El carácter se desnuda cuando se siembra, no cuando se cosecha.

8. NO JUZGUÉIS PARA QUE NO SEÁIS JUZGADOS

A pasos del catastrofismo se maximiza la crueldad. Estuve en la Rusia soviética ejecutando la operación Barbarroja. A pesar de mi juventud, pude gracias a diferentes razones ser nombrado asistente del general Friedrich Paulus. Se enlistaban entre mis virtudes mi lealtad al partido y a las SS, mis conocimientos de geografía económica, mi visión planificadora, mi capacidad organizativa, mi discreción comparable a un sepulcro papal.

También me ayudaban mis lecturas de Heródoto, Jenofonte, Tucídides, Polibio, Tito Livio y Suetonio; estos me proporcionaron una perspectiva de las conquistas y las colonizaciones. No obstante, en verdad la obra que me inspiraba y confirmaba la excepcionalidad del pueblo alemán fue la Germania de Tácito. Cornelio Tácito en treinta páginas destacó que los alemanes descendíamos de un pueblo de guerreros y amante de la libertad. Se maravillaba de nuestros rasgos físicos y talento combativo. Resaltaba que éramos un pueblo que no se mezclaba con otros y que se anclaba en valores que desdeñaban la ostentación, el lujo y los vicios lascivos. Tanto Lutero como Hitler o Himmler fueron devotos lectores del romano. El historiador latino ensalzaba las virtudes de pureza, honra, honor, sencillez, valentía, lealtad a las costumbres y austeridad. Ilustraba la honestidad y simplicidad al señalar que cuando un guerrero moría la pompa que lo acompañaba en su sepultura era su espada. Tácito contemplaba que Roma estaba decadente y las virtudes germánicas eran el correctivo contra el crepúsculo de la civilización inaugurada por Eneas. Asimismo, el Führer pensaba que Europa sucumbía y la única fuerza

enmendadora y redentora la constituía el nacionalsocialismo. Tras la lectura de Tácito, Himmler, profundamente conmovido, exclamó la epifanía: así volveremos a ser.

Una combinación de circunstancias favoreció mi ascenso a la cúspide del poder militar. Obviamente, mi pertenencia a las SS estaba solapada por mi condición de joven prodigio. Para entonces era considerado un sujeto promisorio con fe de carbonero. Me ubicaron en un sitio privilegiado. Ocupaba un lugar desde donde se observaba la historia en su esencia y sus manifestaciones. He participado en eso que los sicofantes y falsarios denominan crímenes de lesa humanidad. Deduzco que los patriarcas de la verdad no han interpretado que la genuina y legitimadora intención de estos actos encuentra su justificación en el instante de su ejecución. El oficio del guerrero se juzgará durante su realización y tal vez, un poco antes o un poco después de su culminación. He de insistir en que exculpo a todos los que planificaron la ocupación del frente oriental. Para nosotros la conquista y la colonización del territorio soviético eran una cuestión prioritaria e imprescindible. Necesitábamos el espacio vital, el petróleo del Cáucaso, los granos de Ucrania y esclavizar la mano de obra eslava y judía.

Los fabuladores y filisteos ofertan el espejismo de reinterpretar el pasado desde el futuro. Los que miran el pretérito desde el oasis del presente se atreven a esbozar el futuro sin estimar lo acontecido en su real dimensión. Estos ilusos presumen que los tiempos venideros albergan los tiempos idos. Siempre habrá verdades de Perogrullo que la miopía y el odio ideológico no consentirán que sean desveladas. Así, se sigue reputando que el movimiento nacionalsocialista respondió a un capricho y alucinaciones de un frenético y su banda de forajidos. El juzgamiento sesgado del Dritte Reich se enfoca en las supuestas frustraciones del Führer, en su personalidad taciturna, en su carácter lunático, en su rango de simple cabo del ejército del Imperio austrohúngaro, en su rusticidad pictórica, en su incapacidad para ingresar a la academia de bellas artes, en su tendencia a escaquearse de los compromisos de una vida burguesa, en su favoritismo por una existencia marginal y bohemia y en su estilo de arredrar a sus enemigos. Con esta clase de descalificativos se ha procurado

desmeritar al nacionalsocialismo como la respuesta radical, pero oportuna y necesaria, a la decadencia de Occidente, a la disolución del usufructo que los judíos disponían de Alemania y al avance de las hordas comunistas. ¿Cómo es posible desconocer que la Endlösung —solución final— iba a resolver en términos definitivos el problema del judaísmo? ¿Que la conquista de la Unión Soviética hubiera supuesto el exterminio del comunismo de la faz de la tierra?

No soy y tampoco seré un profanador de lo acontecido, el pasado supuso sacrificio y dedicación. Los que bastardean y malbaratan la fuerza notoria de la realidad son incluso capaces de negar la raigambre social del nacionalsocialismo. ¡Basta ya de azucarar el relato histórico! La mácula de la realidad desmiente el relato edulcorado. Lo azucarado aboba y echa las bases para la metafísica de lo inmaculado y la pueril consigna de certificar un final asentido y deseado. De ahí que detesto que los observadores comprometidos no dispongan de la minuciosidad óptica para captar lo que a ojos vista era evidente. ¡¿Quién negaría que los nacionalsocialistas asumimos la obligación de frenar el crepúsculo de lo que se judaíza, cristianiza y aplebeya?!

Echemos una mirada retrospectiva y consiguientemente pongamos los ojos en el futuro: puede suceder que, en línea recta, lo que sucedió acontezca de nuevo con la misma sustancia, pero con otra expresión.

En la guerra de Troya, Agamenón acaudillaba a los aqueos, Ulises perfilaba la personalidad del astuto y Aquiles, considerado el más veloz de los hombres, era el combatiente más diestro. Este se sabía mortal y contaba con la certeza de que su existencia sería abreviada y sus proezas serían vocalizadas durante todas las épocas y en todas las lenguas.

Para las huestes troyanas, Aquiles encarnaba la bravura y al prodigio que enfundaba la espada con la hoja sangrienta. Acopiaba las fuerzas de quien impugnaba que el azar le regalara el bronce de la posteridad. Era consciente de que su destino no era en vano, sino que estaba lacrado por el honor del acero. Héctor, el estratega de la defensa, observó a Aquiles y juzgó a un hombre que justificaba al hombre. Tuvo miedo y huyó, vislumbró que el fuerte es libre de ser débil, pero que el débil no es libre para ser fuerte. El troyano no pudo evitar el duelo. En la llanura corroboró que la tregua era una

encomienda bastarda. El temor se apoderó de él, no celaba que una lanza atravesara el corazón, o que el filo de la espada amputara la mano, o que una estocada sangrara la garganta. Temía a la derrota y la deshonra. Se entabló el intercambio de hostilidades, Héctor pensó que había escogido a su verdugo. En la justa que siguió, ambos guerreros lucharon con el alivio de saber que sus nombres nunca morirían. La ordalía entre Aquiles y Héctor será siempre la más recordada. No podía terminar en tablas, en ella no se combatió ni por la vida ni por la muerte. Ambos compadecieron por la gloria. El griego ultimó al troyano. El cuerpo del derrotado fue llevado a rastras, la escena sugería que había que recordar su vida y no su final. Para concluir este relato empacado en el heroísmo cabe la interrogante: ¿la suerte de Héctor estaba ligada al destino de Troya?

La historia está colmada de procesos cuyos desenlaces se identifican con biografías y eventos aleatorios. ¿La batalla de Zama entre Aníbal Barca y Escipión el Africano definió la hegemonía mediterránea entre Roma y Cartago? ¿Puede el designio de un hombre trazar el destino de un pueblo? ¿Hay que contemplar el suceso Hitler sin traer a colación la amenaza del comunismo? ¿El Bonaparte abatido en Waterloo precipitó un nuevo equilibrio geopolítico en Europa? En todos los casos, las respuestas son afirmativas. La historia universal ha sido atravesada por la biografía de grandes hombres y por la alevosía de situaciones inesperadas.

Recurriré al método comparativo para valorar y señalar diferencias. La historia debería ser considerada la escuela de los pueblos. De allí que no hay que recurrir a las difamaciones inventadas sobre los próceres. Estos mendaces no solo infaman la memoria de Hitler, Alejandro, Aníbal, César y Napoleón, sino que, de figuras esqueléticas confeccionan héroes de cartón. Manifiestan que el narcisismo de los líderes incuba las grandiosas desgracias de los pueblos. Quieren hacernos creer que, para los grandes dirigentes populares, los pueblos equivalen al recurso para el acatamiento de sus destinos espurios.

Los panegiristas de los embustes arguyen que el Führer había nacido en Austria en 1889 y accedió a la ciudadanía alemana el 25 de febrero de 1932. Traen a colación este antecedente para asemejarlo a Bonaparte. Este había nacido en la ciudad de Ajaccio, Córcega, el 15

de agosto de 1769 y se autocoronó emperador de Francia el 2 de diciembre de 1804 en Notre Dame. Los sonámbulos de la historia dicen y hacen cosas sin pensar. Conjeturaron que el corso utilizó al pueblo francés para sus conquistas imperiales y que el austriaco abusó de los alemanes para la obtención de sus macabros objetivos. Solamente una mirada oblicua de los grandes hombres y el menosprecio al carácter de los pueblos permitirán a los indocumentados lustrar la palabra neutralidad para que brillen sus observaciones. El dogma mojigato hace que desprecien e ignoren la espiritualidad de un pueblo. El caudillo corporiza la síntesis entre un hombre, un pueblo y una época.

9. ¿Por qué escribo?

He determinado mostrarme a trasluz. Tiraré por la borda mi pudor. Desvestiré mis pensamientos de los juicios morales y sinceraré mi obrar como si lo registrara en un cuaderno de bitácora. Expondré mis motivos sin el ánimo de provocar la morbosidad del receptor. No puedo apelar al relato desapasionado y moroso, los acontecimientos se precipitaron en mi vida. Rehusé catequizarme en la escritura de frases largas, no he sido un pagado de mí mismo. Refutaré que he procurado con mis inquietudes intelectuales solazar a quienes me han escuchado. Para dar inicio a esta tarea será preciso que nada de mí quede en la trastienda o camuflado. Dejé que mis acciones fueran guiadas por la máxima de que un tahúr, cuando apuesta, lo dejaba todo sobre la mesa, si actuaba con prudencia, estaría obligado a fingir virtudes de las que estaba desposeído. Me desvertebraré para mostrar mis partes en conjunto y aisladas. Caminaré desnudo, solamente vestiré el alma con mi cuerpo. Mi biografía no es una caja de Pandora, en mi vida todo fue predecible. Quiero que me escudriñen con ojos incesantes, que oteen los desvaríos de mi corazón y que se ausculte en cada uno de los recovecos de mi existencia. No quiero que me perciban desgarrado o que interpreten mi discurrir como un libro con hojas en blanco. Evadiré las lagunas o los vacíos, no quiero que se piense que un silencio tácito oculta o refugia un hecho inefable. Sé que diciendo la verdad provocaré el desagrado y el escozor de nuestros enemigos. No deseo que un silencio proporcione más pábulo a la malicia de los detractores. Sigo con vida para decir la verdad. Confirmaré que la vorágine de los hechos y la voracidad con la que los sucesos se

desencadenaron me tomaron, en sus inicios, desprevenido.

Mi infancia no fue la de un niño. Siempre sentí y pensé como un mayor de edad. La precoz madurez decomisó de mi infancia la inocencia. Tal vez, se mofen al escucharme decir que he sido un prodigio. Pero de cuando se vive en un parvulario, ¡¿a quién lo abruman las cosas de los mayores!? ¡¿Qué niño se siente tocado por la política?! De pequeño ya demostraba una personalidad compacta y recia. No fingía impedimentos respiratorios, malestar estomacal o jaquecas. No buscaba llamar la atención de los mayores, menos aguijonear la admiración de los maestros. Presentía que la vida valía algo si se vivía refutando el canon establecido. Mi comportamiento no estaba condicionado por la tentación de pasar inadvertido. No aparentaba estar aturdido, tampoco que era un huraño. Compartía con mis padres, hermano y los compañeros de aula, socializaba con quienes no incluían abarcar asuntos álgidos. Se trataba de existencias individualizables y opacas. En mi entorno nadie sentía el llamado de la trascendencia. Pensaba que sobre mí se ceñía un destino, que yo mismo constituía un destino y que trascender configuraba la comunión con el Führer y mi raza. La sensibilidad que domeñaba mis esperanzas incitaba a que creyera que, si deseaba tener una vida heroica, iba a vivir sometido a la economía de los afectos.

La épica enardeció mis anhelos y mi vocación nacionalista me indujo a identificar mi destino con el de Alemania. Esta circunstancia acicateaba y hacía de mi cabeza un espacio donde revoloteaban las consignas. Las noticias de los diarios y las conversaciones de mis padres avispaban mi curiosidad. Las enciclopedias y los manuales de historia fajaron mis puntos de vista. Mientras que mis compañeros jugaban al fútbol yo me entretenía mirando los mapas y resintiendo los territorios cercenados, los ocupados y las zonas en las que no podíamos ejercer nuestra soberanía. Empecinaba la imaginación en pergeñar la unidad territorial. O si no, ¿cómo explicar que me haya tomado tan a pecho las atrocidades del maldito tratado? Las miradas de mis padres reflejaban el anhelo pacifista. Sin embargo, en mí, el quebranto de la derrota sedimentaba a fuego lento el de la venganza.

La distancia que me alejaba de quienes convivían conmigo hallaba su justificación en la precocidad de los resentimientos, la voracidad de

las lecturas y el resguardo de no querer revelar mis planes. Recelaba de que descalificaran mis juicios y propósitos. Sospechaba que los que me rodeaban estaban orientados por raquíticas ambiciones y manías burguesas.

El dictado del silencio puede mover montañas. Con aquel se manda mejor que con las palabras. La mudez inquieta y el parloteo disgusta. No se equivocan quienes ponen la elegancia en no empezar a hablar y en acabar lo antes posible. Nunca he sido alguien proclive a la verbosidad. Siempre tuve buena labia, pero mi forma de hablar representaba la oposición al barroquismo y al floreo idiomático. Mi hablar era escueto y conciso, mi capacidad de síntesis proporcionaba profundidad a los conceptos y autoridad a mis expresiones. Cuando refería alguna situación parecía que resolvía un acertijo o le daba en el clavo. Además, muchos ejemplos me ilustraron que quien daba muchas vueltas y no se dirigía al meollo de la cuestión terminaba en embelecos y artilugios. Estas clases de intervenciones tendían a esconder el vaciamiento ideológico. De igual modo, quien emite órdenes con vocabulario vagabundo temblará al gatillar el arma que consumará el crimen. El surco es abierto por el silencio de los hombres lacónicos. Las arengas militares son abreviaturas punzantes de un sentimiento colosal.

El superior que divagaba no sabía dar órdenes. Me agradaba recibir instrucciones constreñidas al objeto indicado. Comunicaba lo que la necesidad justificaba y sorteaba mis indicaciones en las palabras que calibraban mis pensamientos. Desechaba el color, el adorno y la extendida sonoridad de las palabras que confunden las órdenes. Sería erróneo calificar que enunciaba mis pensamientos iniciáticos y embrionarios con cuentagotas, pero he de admitir que me esmeraba en adelgazar las expresiones. Consideraba que las órdenes y la expresión de deseos debían ser simples y claras para que recalaran en la voluntad obediente. Aborrecía las expresiones melosas y laxas. Me había apropiado de un estilo al que nunca renuncié. Mi manera de presentar las ideas y sugerencias eran inusuales y cautivantes. Mis formulaciones las hacía presentando diferentes escenarios posibles. Me ejercitaba en el hábito de la discreción. La pedantería me parecía síntoma de aquello que se aferra a la forma sin persistir en la

sustancia. Donde la luz no iluminaba buscaba la verdad. Era un enamorado de las profundidades. Privilegiaba la visión panorámica de las cosas. La verdad que descansaba en la superficie o hallada a simple vista la consideraba como el polvo de un mueble viejo que se removía con el plumero o un trapo mojado.

Crecí con el credo de que la virtud era necia cuando con el error propiciaba el bien que se debía hacer. Conjeturaba que las buenas intenciones no significaban nada: la virtud será ratificada si devenía en alimento del futuro. Que nadie se confunda, no me convertí en un utilitarista, nunca dimití de mis convicciones ni deserté del campo de combate, era que presentía que de la virtud que se ostenta se debía desconfiar. En especial de esa virtud que se llamaba lealtad. Subrayo esto pues todo el ejército juramentó su fidelidad al Führer. La cultura germana se desasemeja de la latina en cuanto a la gravedad que se le asigna la palabra y el juramento empeñado, nosotros no nos dejamos mercantilizar por dádivas ni tampoco por el miedo a la muerte. Los nacionalsocialistas cumplíamos con el mandato que recibíamos. La obediencia ciega la tradujimos en *kadavergehorsam*: obedece hasta la muerte.

Deseo proporcionar más información, quienes accedan a este material deben leerlo comprendiendo la honestidad de mis intenciones. Continuaré con el relato de acontecimientos y personas que hilvanarían mi niñez y mocedad. Durante la infancia no nos vimos en la urgencia por la falta de alimentos, tampoco a mi padre lo compelían y acuciaban con deudas impagas u obligaciones que debían ser servidas. En verdad, nunca postergábamos la satisfacción de alguna necesidad. Mi madre era diligente, disponía de efectivo y se las apañaba para llenar el depósito de la cocina con los víveres necesarios. Por el contrario, ni en el momento más agudo de la crisis tuvimos que engañar el estómago con un plato de sopa o un pedazo hervido de *kartoffel*. En el hogar paterno siempre hubo comida caliente, pan horneado, chocolate, abrigo, medicina y leña para la chimenea. A mediados de la década del veinte, cuando se vivieron los llamados años de oro, en la casa se percibía la abundancia y la acumulación dineraria de la típica familia burguesa de clase media alta ansiosa de ascenso económico y social. La prosperidad se vio interrumpida a

causa de la catastrófica caída del mercado de valores. El mundo conocido se desmoronó. Cuando se produjo la caída de la bolsa de Wall Street, la consecuencia inmediata de la debacle financiera fue la gran depresión de 1929. Todos los que tenían una cuenta de ahorro, una hipoteca o cualquier otro tipo de inversión vieron cómo estas desaparecían de la noche a la mañana. Las secuelas del desbarajuste pronto se tradujeron en inflación, desocupación, el desplome industrial y la ruina de los bancos. Mi padre perdió todos sus ahorros, pero no fuimos arruinados, teníamos casa propia y él se desempeñaba en funciones estratégicas e irremplazables. Se lo consideraba un empleado imprescindible y su honradez y compromiso estaban fuera de duda. Le gustaba hablar del trabajo y la familia, en la oficina no emitía ninguna opinión política. De hecho, figuraba en planilla con una alta asignación salarial. Demás está decir que mi progenitor bajo cualquier circunstancia reaccionaba como una persona prudente y calma, era un tipo bastante convencional. Lo único que no encajaba en su personalidad pulida y acrisolada era su sonrisa contumaz.

La clase obrera y la media luchaban por el pan de cada día, perdieron sus ahorros y sus puestos de trabajo. El pueblo se desangraba, estaba exhausto, mientras que una minoría se enriquecía a costillas de los excombatientes heridos en combate, desempleados desmoralizados, artesanos de brazos cruzados, profesionales sin panorama ocupacional y la masa de hambreados. Reinaba la miseria impúdicamente y el cuerpo social se gangrenaba. La impaciencia y la bronca corroían el tejido social, se estaban echando las bases para que sucediera lo que con posterioridad sucedió.

Mientras que el obrero y los prestadores de servicios deambulaban sin norte fijo, el niño era amamantado por un pecho desnutrido. Había quienes con acciones truculentas escarbaban en el dolor para, con voracidad repugnante, atesorar oro. Este conjunto de facinerosos, abroquelados detrás de las rutinas logreras, amonedaban el sudor de los humildes, lucraban con la miseria del pueblo y frívolamente organizaban sus fiestas para bailar música de negros. Pretendían con vulgaridad, pornografía y sensualidad esclava y africana opacar la racionalidad y la abstracción hegeliana. Debíamos alemanizar Alemania. Debido a costumbres de negros, mariconadas, refinamientos

afrancesados y con anglos razonamientos utilitaristas se socavaba la apoyadura moral de la raza aria. El pueblo estaba hambriento y abatido y los extranjerizados fornicaban al son del jazz y swing. Ese era el cuadro situacional, convivían la promiscuidad, la degradación y la expoliación. El arco se rompe cuando se lo tensa más de la cuenta. Eso debía explotar: si las nubes están cargadas y turbias, tiene que llover para refrescar y reverdecer la moral. El estancamiento, la recesión, la inflación eran síntomas que evidenciaban la enfermedad y la podredumbre moral de Alemania y el mundo. El laberinto egoístico se procuraba su sitio, martillaba la estaca para pulverizar los lazos y la coherencia de la nación con su pueblo. Los propiciadores del caos querían producir la diáspora germana, que los alemanes, en insignificantes grupitos nos dispersáramos, nos volatilizáramos del mapa, como ellos lo habían hecho. Debíamos liberarnos del yugo exterior y unir al pueblo alemán. Eran tiempos de herejías, se habían profanado los valores y el tiempo perdió su significado. Necesitábamos salir del pozo, alguien que demostrara que el dolor quedase en suspenso. Las circunstancias llamaban al Führer, al hombre providencial, al visionario, al individuo que rectificara las costumbres lascivas y antialemanas. Se debía construir el nexo indivisible entre el pueblo, el Reich y Führer.

10. La naturaleza del hombre no cambia, he sido el mismo

Sin adicionar ningún sacrificio echaron raíces en mí la austeridad y la autarquía personal. Instintivamente, he reprobado a los chupasangre. La eclosión, que destruyó la economía y representó una oportunidad para los aventajados y los descendientes de Yahveh, estalló en mis primeros años de mocedad y fue durante ese periodo en que me apropié del don de la severidad. Me volví más exigente conmigo, no por prescripción de la educación del colegio, sino porque quería llegar a ser un hombre en consonancia con la reputación, severo, leal y eficaz. Me había obligado a la imagen que forjé de mí mismo. Quería que se distinguiera que era una de esas pocas personas que poseía un carácter irreductible. Mis padres me dieron las herramientas para escalar social y profesionalmente. Mi manera recta y obediente de proceder me granjeó la simpatía de los círculos del poder partidario. Reunía todos los requisitos, elegancia, solidez intelectual, disciplina, pulcritud y exactitud matemática en mis expresiones. No me hacía falta nada para convertirme en un gerente bancario o ingeniero industrial. Pero eso no me conmovía, para mis adentros me reclamaba que el zorro cazaba en el gallinero y el lobo en el bosque y las estepas. ¡Aun peor! La educación familiar se transformó en tediosa e inmasticable para los instintos. Me sentía como un desdentado que movía la mandíbula, pero no dentellaba. Por otro lado, la información que recibía en las aulas me producía la impresión de que falseaba la historia, no nos decían la verdad. Dudaba de los rumores que escuchaba, era del convencimiento de que la flojera y el judaísmo de

la historiografía oficial nos querían vender gato por liebre. Nos adiestraban para que fuéramos unos borregos, incapaces de desvelar la verdad como si lo sucedido nos insultara e inculpara. Estaba harto, me harté y decreté organizar mi vida dentro de otro esquema. Pertenezco a ese minúsculo número de personas que ha hecho lo que ha querido. Pensaba que los hombres se distinguían en tres categorías: un grupo lo integraban los que hacen que las cosas sucedan; el segundo, los que observan cómo pasan las cosas; el último, los que se preguntan por qué pasan las cosas. Me inscribí en la primera categoría. He sido lo que he preferido, determiné mi rumbo. Yo mismo me enseñé a vivir bajo presión.

Jamás he vivido a semejanza de un anacoreta o un asceta. Quizá sea una disposición biológica innata. El celibato de las acciones y la caducidad de la agresividad aminoraban el sistema vegetativo. Vegetar corrompía, repudiaba lo que acarreaba el ocio y la contemplación. Daba por hecho que yo sería quien sería a través de la acción.

Los científicos y los físicos sostenían que la materia era igual a la energía. No me dejé enmarcar en esas reglas y dispuse revertir esa ecuación. Debía desequilibrar la balanza, creía posible producir energía más allá de mis límites corporales. Postula que el coraje retaba a la fuerza y la vencía. Mi mente, mis músculos y manos debían decidir y efectuar más acciones que la energía que mi cuerpo contenía. Siempre, salvo en el frente, he prestado la debida atención a mi dieta, he procurado alimentarme con el objetivo de mantener mi consumo energético.

Se parte de la base de que cada ser individual puede encaminar una cifra limitada de hechos y decisiones. Física y temporalmente estamos acorralados. Procuraría atravesar las barreras de la planicie existencial racionalizando el tiempo y la fuerza. Si estaba hecho solo para generar un determinado número de acciones, desear un finito catálogo de deseos, pensar una enumerada cantidad de pensamientos y abordar un número definido de situaciones, necesitaría acaparar fuerzas y no disiparlas en deleites burgueses y prosaicos. Para alcanzar el objetivo y acceder a la cúspide del poder me obligaría a no descansar. Consideraba y sigo considerando que quien se presta al relajamiento y al acomodo incumplirá sus objetivos, ha de convertirse en pasto de su

propio fracaso. Ese fue el error de Aníbal Barca, quien, en vez de atacar Roma, aposentó sus tropas en Capua, estas se amaneraron, fueron seducidas y su ferocidad ablandada por las frivolidades y la perversión. La frugalidad y la abreviación de la toma de decisiones siguen siendo un rasgo distintivo de mi proceder. De esa manera entendía la dinámica existencial. Tal vez esto haya sido un error, la digestión no hay que acelerarla.

A pesar de sumar muchos años me mantengo en buena forma física. Tengo una salud acerada y una inmunología blindada. Era frugal con la alimentación, sin embargo, hacía una excepción con los postres. Me encantaban las golosinas. Mi madre, que notaba mi debilidad por lo dulce, me llamaba el goloso confeso y profeso. Ella se esmeraba, incluso en la etapa recesiva, para que nunca faltaran en la despensa familiar los dulces, los chocolates y los derivados de lácteos. Cuando madre manifestaba que el azúcar energizaba el cerebro, creo que su afirmación era correcta. Todavía hoy me jacto de mi salud de acero, no me afecta ninguna patología de base. Aunque en la invasión a la Unión Soviética sufrimos privaciones, conjeturo que la salud que poseía me resguardó de enfermedades. La fortaleza que me sostiene encuentra su explicación en la alimentación que recibí en la casa de mis padres y por la disciplina de los ejercicios a los que nos sometían en la juventud hitleriana.

No puedo definirme como un estoico, pero el rigor y las privaciones desmedidas impuestas por el estado de guerra permanente prescribieron los actos de mi vida. Anduve en superficies minadas con las antenas encendidas y los músculos tensionados. A decir verdad, solo cuando huía de la Unión Soviética aprecié la extenuación de mis fuerzas. La situación de mi cuerpo era la consecuencia de las heridas que había sufrido, el debilitamiento del hambre, el cansancio físico y la falta de sueño. Ni el sentimiento de victoria ni el de la derrota tienen sucedáneo. La victoria amoneda el sacrificio y la derrota devalúa lo hecho. Ambas son el anverso y el reverso de la moneda denominada audacia.

En el transcurso de mi vida he llevado la conducta de un individuo comedido. Puntual, bañado y bien vestido, sin escorar en el dandismo. Me trajeaba y uniformaba de acuerdo con las necesidades del

protocolo. Lucía camisas planchadas, el brazalete con la esvástica, el nudo de la corbata centrado y zapatos o botas brillosos. Además, ¡para qué negarlo!, poseía una figura que siempre estaba erguida. La buena presencia me abrió muchas puertas, los jefes que querían saber de dónde provenía suponían que poseía un título nobiliario. A lo largo de la vida me he moderado en la ingesta de alimentos y de bebidas alcohólicas. Ya de mayor, mi presencia en los prostíbulos se debía a la necesidad de distracción y distensión. El sentido del deber me ha apartado de los vicios, pero cuando estaba bajo mucha presión necesitaba una válvula de escape. Quise construirme como un superhombre, mas no llegué a ser lo que me propuse. Pero por lo menos puedo jactarme de que lo intenté. Creo que como hombre no me he terminado.

No busco ser redundante, pero retomaré el relato de la infancia. He de confirmar que durante ese periodo no necesitaba que me arropasen con caricias o que me brindaran cuidados especiales. Nunca celé de las atenciones que mis padres dispensaban al menor de la familia. Pensaba que la necesidad del amor adelgazaría mis convicciones. Recelaba de la sensación de asumir compromisos afectivos que me distrajeran de las cosas relevantes que iban a sucederme… La verdad era que… me horrorizaba la idea de que… pudiera enamorarme y esta situación me hiciera renunciar a mis ambiciones. Rechazaba que el compromiso afectivo se inmiscuyera y contrariara mis metas. Quería realizarme como figura histórica y suponía que el precio del éxito consistía en sacrificar la existencia burguesa y sus implicancias. Presumía que debía hacerme de la idea de que empeñaría la gloria en la estrechez familiar. Se apoderó de mi mente la concepción de que el lobo habitaba en la lejanía y la desolación. En mi caso, el pesimismo que guiaba mi actuar es una condición congénita. Persistentemente me ha dominado una visión aguda de la existencia. No pensaba que los hombres pudieran divorciarse del catastrofismo. Creo que cada quien nace con los rasgos que lo acompañarán durante su largo transitar. Somos lo que vamos a ser antes de nacer. Para mí, y lo experimenté en mis venas, en mi carne, en mis huesos, en mi olfato, se nace carnicero o vegetariano. La biología y el instinto definirán la predisposición al poder. En cada gramo de carne se detecta si nacimos para ser amos o

esclavos. De allí que la raza aria está destinada a dominar el mundo.

Desde muy pequeño me han gustado las mujeres, las he disfrutado, siempre y cuando no representaron una amenaza a mi independencia, he establecido relaciones estables y respetuosas. No era machista, deseaba no necesitar de nadie. A las niñitas que circulaban a mi alrededor las miraba con ganas de acariciarlas y besarlas. Siempre aposté al lenguaje de los cuerpos, todo en mí fue precoz, también el erotismo. Cuando una pequeña me dirigía la palabra, alteraba mis pulsaciones, pero enseguida tranquilizaba mi ansiedad. Recordaba que los compromisos sentimentales debían ser postergados y que, si alguna vez gozara de una pasión arrebatadora, esta sucedería después de haberme realizado como revolucionario. Por ello, el transcurso de mi vida lo he vivido debilitando el lazo que ata un hombre a una mujer. Si hubiera seguido el ejemplo de mis padres, mi vida hubiera sido otra, menos desventurada, pero, en contrario, pálida y plana.

El matrimonio de mis padres era el ideal. Ambos se profesaban respeto y cariño, creían que la constancia de la relación se debía a que ambos confesaban sus vulnerabilidades y necesidades. De haber sido por la educación sentimental que vivencié en la casa de mis padres, debí haber optado por una existencia ocre, lineal y carente de sobresaltos. De niño ya me consideraba llamado a una misión trascendental y única. Nunca supe por qué razón me inquietaba la ilusión de que mi ser encapsulaba la magnitud de un mandato que inexcusablemente no representaba el destino de un insecto. La existencia aplanada la asociaba con la comida sosa, con la pasión sin desgarro, con el sexo sin obscenidades y con la lucha sin dolor. Maliciaba que la vida monacal sin disrupciones entumecía el potencial de la vida. La existencia sellada por la indolencia y el costumbrismo morigeraba mis inquietudes y expectativas, la consideraba como una espesura de mediocridades y de escasas expectativas. Sin desafíos vitales, la vida perdía en intensidad y levadura. El resultado de esa formulación se traducía en una vida sin voluntad de poder. Hay que observar la profundidad, escalar las montañas, caminar en las orillas, enfrentar al enemigo para apasionarse. Mis padres, sin querer, me enseñaron que en la previsibilidad habitaba la monogamia, la necedad, la monotonía y lo monocorde.

Contrariaba la penitenciaria de la vida ordinaria, me asustaba verme anciano en silla de ruedas y siendo protagonista de la decrepitud de mi cuerpo. Para acabar así prefería el suicidio o la inmolación. Si no fuera por el instinto de sobrevivencia ya me hubiera muerto en acción. Intuía que los deleites familiares expresaban las debilidades del alma, que el buscar la armonía contradecía la naturaleza y que a fin de cuentas la fatalidad desembarcaría en el momento menos esperado. No cómo he vivido sino cómo he de morirme le daría el sentido a mi vida. Ya entonces era un desilusionado, creía que, sin peligrar, la existencia no valía la pena. En mi interior me reía de aquellos que adosaban la fealdad a la belleza. La tranquilidad, el estarse quieto, el tener la panza llena, el preocuparse por los achaques de la edad, el atesorar para tener la vejez asegurada me parecían pretensiones que no elevaban la existencia. Tempranamente adiviné que la receta para no descomponer la existencia residía en la liberación de adrenalina.

En el hogar, con mis padres y mi hermano, nunca experimenté o presencié situaciones avinagradas, reclamos de infidelidades, imprecaciones o reacciones iracundas. Lo intempestivo no tenía su sitio en el formalismo familiar. La dulzura, la ternura y el buen trato eran las normas no escritas de la convivencia. Con mi hermano nunca tuvimos puntos de vistas similares, pero de igual forma nos tolerábamos y queríamos. La familia estaba afiliada al credo protestante, eran cristianos de convicción. Para ellos fue simple aceptar la culpa alemana. Eran buenos, yo los amé y ellos me quisieron. A pesar de que renegaban de mi afiliación al nacionalsocialismo, admiraban mis destrezas. Nunca se les habría pasado por la cabeza que su hijo terminaría siendo un hombre visceral.

Durante la infancia me circundaban, permanentemente, personas afables, estremecedoras, dulces y delicadas. En mis primeros años no he grabado o no puedo hacer presente la cercanía de gente turbada o que procedía con dobleces o subterfugios. Quizás, para ellos el hecho de ser débiles significaba el privilegio de no correr con el riesgo de ser fuertes. Eran simpáticos, convencionales, humildes de corazón, piadosos y cultos. La agresividad y la audacia que gobernaron mis actuaciones no hallaron su explicación en el entorno social, escolar o

familiar. Me observo y miro al espejo y no sé cómo explicar quién soy. El psicologismo resulta un instrumento insuficiente para entender y comprender cómo de tanta hospitalidad haya surgido un lobo, como yo lo he sido, tan inhospitalario y hostil. ¿Por qué me hice rudo, brutal y malvado? ¿Por qué mi naturaleza agazapa la bestia? ¿Será que mis padres fallaron con la educación? ¿El entorno instigó al lobo en mis entrañas? ¿O será que la biología determinó que fuera cruel y sanguinario? La respuesta se esconde detrás de un hecho simple que nos empecinamos en desmerecer: el demonio no está afuera, lo llevamos dentro de cada uno. En cada individuo subyace y reposa el lobo.

Mis padres no contrariaban mis ideas ni mis excentricidades. Mi comportamiento no prototipaba al ermitaño, no tuve carencias de comunicación o de conducta que perfilaban una personalidad arisca e indómita. Papá y mamá sabían que mis encierros no eran rabietas de un niño con escoriaciones lunáticas, sino encarnaba la figura del sabiondo precoz. Creo que mis padres no me proclamaron genio por el hecho de no contar con dotes para la música. Los alemanes añoramos que un genio integre la familia. Distinguían mis rasgos singulares, notaba en sus gestos y su conducta que veían en mí lo que no veían en mis contemporáneos. No puedo reclamarles nada, fueron respetuosos con mis tiempos, mi aislamiento y mi voracidad intelectual. Me comparaban con amigos y presagiaban que en mí había un futuro promisorio, que era distinto y llegaría bien alto en todo lo que hiciera. Sopesaron que debían dejarme ser, la receta para criar genios se fundaba en que ellos mismos encuentran su camino. Fueron protectores con mi hermano menor, a mí me aguantaban ir a mis anchas, no se inmiscuían en mis actividades extracurriculares. Me hicieron sentir que no era igual a los demás y sin revelar su deseo, ejercieron la presión que los padres ejercen cuando desean que un hijo alcance lo que ellos no pudieron lograr. Veían en mí la posibilidad que ellos no tuvieron. A mis padres los contentaban los méritos de sus hijos y ratificaré que eran de los que amaban a sus vástagos. Aunque parezca rudo, mal agradecido o cínico, nunca eché de menos el amor incondicional que me concedieron.

11. Mi fecha de nacimiento

Intuía que los juegos de la vanidad eran femeninos y pueriles. Cuando empecé a exteriorizar mis preferencias nacionalsocialistas, mis progenitores pensaron que estas perimirían. Ellos creían que mis percepciones e inquietudes serían transitorias, que eran más emocionales que racionales y que, como tantas idealizaciones, con el transcurso del tiempo se evaporarían de mi mente. También, habían tenido, de niños y en la juventud, sus gustos, inclinaciones y preferencias que fueron cambiando en el transcurso de la vida. Mis padres vivieron la guerra y con el fragor de las balas percibieron la fragilidad y temporalidad de las creencias. Lo que se presume que posee solidez puede acabar siendo un castillo de naipes. Fueron testigos que presenciaron cómo su mundo fue demolido y sobre los escombros se elevó un mundo que, al ser mal concebido y parido, estaba destinado a perecer. Ahora bien, no creyeron en la Alemania nacionalsocialista, también fueron de los incautos que juzgaban al Führer como un psicópata, golpista, colérico, mediocre y ridículo. Alguien que no representaba ningún peligro, lo consideraban un payaso que no contaba con la posibilidad de alcanzar el poder. Estaban errados, por eso tampoco me tomaron en serio.

Estimo que la indolencia de mis padres hizo que me sintiera desde siempre una persona segura de sí misma. Jamás me infectaron con algún tipo de inseguridad o flaqueza. Agregaría que mi composición biológica y mis precoces lecturas acicatearon el carácter indomable y altivo que me dominaba. Solo un gran hombre y sus grandes proyectos pudieron subordinarme. He de reconocer que desde que descubrí la

personalidad del Führer sentí que era superior a mí y a todo el espectro humano que conocía. No bien me fue permitido, eché por la borda la moral de mis padres y juré lealtad al Führer.

Esta época de mi vida decidió mi carácter. De muy pequeño me afectaba el sentimiento de querer ser independiente para hacer lo que consideraba era la razón que justificaba el haber nacido. Siempre detesté la idea de que nacíamos para la reproducción. Los padres entre los hermanos no hacían diferencias en lo que respectaba a cariños, regalos y atenciones. Mi hermano tenía un carácter dependiente. Dormía con ellos y temía dormirse con la luz apagada, por un tiempo considerable, cuando estábamos en la oscuridad, se orinaba en el pijama. No podía estar solo, no porque se aburría, sino por sus enflaquecimientos. Cuando llegábamos del colegio el corría a los brazos de mi madre. En cambio, yo saludaba desde lo lejos, tomaba un trozo de pan y lo untaba con mermelada y pasaba a mis aposentos. De lo primero que me ocupaba era de las tareas del colegio que debíamos hacer en la casa, terminadas mis obligaciones, me hundía en mis averiguaciones. Alucinaba sobre lo que había visto o experimentado. El crucigrama lo llenaba con inquietudes políticas. Cómo engrandecer Alemania y cómo debilitar a los enemigos eran las querellas que distraían mis pensamientos. En esas tardes me transformaba en un taciturno. Mis juegos intelectuales me desafectaron de la familia. Pronto capté que primero estaba el *Volksgemeinschaft* y muy abajo, en la escala de prioridades, las simpatías familiares. Deducía que nosotros teníamos que alcanzar la fórmula que ahuyentara el egoísmo, fuente de todas las desdichas de Alemania. En definitiva, no dependía de los afectos, sin embargo, estimaba la idea de que percibieran mi perfil de hombre de Estado y de arraigadas convicciones. Estas circunstancias determinaron que le tomara el gusto a la soledad. Estar a solas implicaba aceptar el hecho de que lo único imprescindible en la vida de uno era uno mismo. Llegué a admirar la repulsa de Filoctetes contra el mundo.

Aprendí a leer antes de ir al colegio. Tanto mi padre como mi madre tenían la costumbre de leernos todas las noches. A mi hermano escuchar la lectura lo adormecía. Mi madre lo acunaba en sus brazos y no bien se quedaba dormido, lo depositaba en la cama. De niño, a mi

hermano lo dominaba la inseguridad y por un tiempo se acostaba en el medio de mis padres. Un poco después, cuando compartíamos el mismo cuarto, muy solícito, me rogaba que durmiéramos con la luz de la lámpara encendida. En verdad, lo quería y protegía, pero no nos parecíamos. Nunca antagonizábamos, no por miedo a que lo golpeara, sino que él sentía mi superioridad intelectual y física. A larga pienso que él se convirtió en un ser infeliz: no hay hombre más infeliz para quien la indecisión se ha hecho costumbre. Mi hermano terminaría llevando una vida sin sobresaltos. Nunca procuró construir su cabaña en la cima, se contentaría con hacerla en el valle.

A mí jamás me visitó la sensación de miedo. De criatura, no había fantasía o amenaza que me hicieran retroceder. Debo sincerar mis apreciaciones y corroborar que estas lecturas interrumpieron la consciencia que iba formando de mí mismo y me condujeron a soñar en cosas e imágenes ideales. Fue entonces cuando intuitivamente me convencí de la idea de que hay razas superiores e inferiores. Ya entonces estaba sugestionado por la superioridad de la raza aria, el Führer me abrió los ojos cuando denunció que los judíos eran infrahumanos. Aclaremos esta afirmación que a secas parecería un contrasentido: los judíos eran seres inferiores, una especie de bajura biológica, pero a la vez tenían características demoníacas. De allí que se impuso “Pereced, judíos” como consigna y grito de guerra. En casa mis padres nunca despotricaban o descalificaban a los hebreos. Mis progenitores entendían que los descendientes de Moisés eran alemanes y que se caracterizaban por perseverar en el talento. Poseían talento, pero no carácter. Gente que persistía en sus conocimientos y que a ello se debía la excelencia académica y profesional que poseían, verbigracia en el campo de la física, las ciencias naturales, la medicina, el derecho. Mi padre refería que los judíos alemanes lucharon con él codo a codo y que lo hacían con bravura y sentido patrio. Yo le refutaba que solo habían muerto doce mil judíos alemanes, que representaba una cifra menor considerando la cantidad de la población hebraica. En Alemania consolidaban una cifra de más de doscientos mil.

Admitiré que la imaginación adquirida en esos años nunca la revertí con la reflexión y la experiencia. Los razonamientos raciales y

biológicos se convirtieron en la losa angular de mis pensamientos. La jerarquía racial ha existido siempre y seguirá existiendo. El aceite no se mezcla con el vinagre. No soy un ingenuo, fundo mis aseveraciones en estudios científicos y axiologías morales. Querer igualar a los desiguales, tratar al tullido o al turbado igual que a un individuo capaz de producir, es y será una injusticia.

El bicho de la curiosidad histórica espoleó mis aspiraciones intelectuales. Nací el 28 de junio de 1909, día en el que, diez años después, los enemigos nos humillaron con la firma, en la galería de los espejos, del tratado de Versalles. Escogieron ese sitio porque querían denigrarnos, fue ahí donde en 1871 se proclamó el Deutsches Reich tras la derrota gala en la guerra franco-prusiana. Cuando tomé conocimiento de la fecha de mi onomástico me prometí volver a poner las cosas en su sitio. Surgió en mí la necesidad de sancionar a nuestros retractores. No se adentró en mis emociones el deseo del damnificado, o sea, ese sentimiento que armoniza al opresor con el agresor. Comprendí que el lobo se identificaba con el lobo en el patíbulo, que los que se desprecian van a volver a tener su hora patibularia. Me agitaba la idea de que no habría paz en mi vida hasta tanto no pusiéramos los puntos sobre las íes. La consigna no estaba en acantonarse dentro de lo dispuesto por los franceses, americanos y británicos. Había que recuperar lo que nos sustrajeron y amplificar los espacios para tener las fronteras seguras y abastecernos de las materias primas.

12. El fruto maduro cae

El nacionalsocialismo no ha de considerarse un accidente histórico, una briza en el torbellino o un relámpago en la tormenta de los tiempos. Es incomparable a la hojarasca del ramaje, al tronco reseco del árbol añoso o a lo que no se erige en la tempestad. Fuimos la respuesta más elevada a un trauma que buscaba su definición. Hemos educado al mundo con la lección de que un pueblo que se pone de pie nunca será un pueblo de plebeyos. Un Estado no se deja edificar artificialmente con cualquier material. Inclusive los maestros de primaria pueden ilustrar que una nación corroída por el individualismo es decadente y que una aunada por metas colectivas será merecedora de honra en cada rincón del universo. El nacionalsocialismo asimiló las enseñanzas que la historia nos había impartido. Nos han urdido a legalizar, contabilizar y saldar las obligaciones derivadas de la derrota. Nos juzgaron, inculparon y nos hacen pagar los platos rotos. Los alemanes hemos aprendido la dura lección que la desdicha es mejor escuela que la felicidad. Al hombre se lo conoce cuando ejerce el poder. Quisieron que purgáramos las penas que nos habían impuesto y lo único que consiguieron provocar fue la furia y la ferocidad del lobo. Éramos una nación de convicciones, para levantar un imperio se necesitaban convicciones y no opiniones.

Los tratados deben ser juzgados en el momento de su rúbrica. Desde el inicio de su redacción hasta su firma el tratado de Versalles era odioso, deshonroso, injusto y oneroso. Reflejaba que la aprensión que nos profesaban no se apaciguaba ni se extinguía. Ni siquiera después de la venganza nos dejarían de aborrecer. Nosotros, los vencidos, los

que llevaríamos el yugo, debíamos honrar con creces la derrota. Íbamos a costear el perjuicio causado por una conflagración que nadie quiso evitar. El infamante tratado espoleó la irritación del pueblo alemán. Impusieron e implementaron disposiciones que denigraban, desmembraban y desangraban al imperio. Necesitaban pisotearnos para sentirse seguros de sí mismos. La victoria no les había librado de inseguridad y la envidia contra Alemania. Nosotros, los germanos, que les habíamos puesto palabras a las ideas y a los sentimientos, debíamos pasar a convertirnos en un pueblo de parias y chandales. Los vencedores rencorosos olvidaron que por nuestras venas corría la sangre de la redención, la pasión turbada del romanticismo y la ilusión del idealismo. El racionalismo de la revolución francesa se desvanecía, en un soplo, ante el tronar de la ópera wagneriana. La épica de esta obra musicalizaba la victoria del mito germánico contra la frágil razón y el sentido común anglosajón.

Alemania estaba destinada a reconciliarse consigo en el dogma del nacionalsocialismo. Versalles representaba la intención de ultimar el orgullo alemán; o reaccionábamos, o nos extraviábamos. Lo que habíamos heredado y construido debíamos volver a ganarlo a pulso. Querían quitarnos de escena por la puerta trasera, esa por donde transitan los envilecidos. Nos decantamos por ser fuertes y hacernos respetar, el fuerte siempre intuirá que puede llegar a ser más fuerte de lo que es. La duda nunca gobernó nuestros actos, estábamos seguros de que nada ni nadie nos pararía. No delirábamos, de ninguna manera nos dejábamos seducir por ideas foráneas o libertinas, éramos la decisión de un pueblo que necesitaba expresarse, una voluntad amotinada en el rencor. No hay que leer entrelíneas, actuábamos con buena fe. No odiábamos por odiar, se hicieron repudiar. La legitimidad, nuestras reivindicaciones y procedimientos no eran puestos en tela de juicio. Acariciar la ilusión del pangermanismo y desconocer el exterminio de los enemigos hubiera representado la ingenuidad de quienes creen que se puede ejercer el poder sin amenazar. No queríamos hurtar las pertenencias territoriales de otras potencias, solo íbamos a exigir nuestro lugar bajo el sol. Había que hablar en voz alta y sin eufemismos. Concebimos que nuestros mensajes debían incorporar la amenaza de represalias, por crueles que

fueran, no podían atenuarse por ninguna clase de remordimiento moral o complejo de culpa. Asesinar, torturar, vejar o infligir lesiones psicológicas o corporales en mandato del Dritte Reich implicaba actuar en consonancia con la razón de Estado que sintetizaba los intereses de toda la sociedad. Cuando reivindicábamos nuestros derechos, a nadie le debía caber la menor duda de que hablábamos en serio. La consigna consistía en infundir miedo como lo hace el tronar de la artillería.

Las exteriorizaciones políticas debían sacudir las bases del orden posbélico. Las proclamas reflejaban el carácter de una nación brava y dispuesta a realizar lo inimaginable con tal de reparar el honor mancillado. No queríamos llamar la atención con bravuconerías, malentonando la voz o aturdiendo con el griterío. Abdicábamos del histrionismo y acreditábamos a favor de la decisión que no se hiciera rogar. Procurábamos convencer de que lo que Adolf Hitler escribió en *Mein Kampf* se haría realidad, al pie de la letra y sin distorsiones semánticas o filológicas. *Mein Kampf* representó un libro rebosante de vida espiritual. Hice varios repasos de la obra y cada vez que terminaba de leerla se esclarecía el método mediante el cual una mente sensata procede para revelar los secretos de la historia. Fuimos millones los que palpitábamos con el alma de la raza. Éramos los nacionalsocialistas los responsables de continuar con el imperio carolingio, de divulgar el pangermanismo, de establecer la hegemonía de una cultura superior y de hacer desaparecer de la faz de la tierra al maldito y mal llamado pueblo elegido. Estábamos dominados por el capital prestamista y acaparador de procedencia hebraica, debíamos establecer la primacía del capital industrial creador y bienhechor, puramente ario. Sabíamos que portábamos en nuestras espaldas la carga histórica de secuestrar el poder de manos de los usureros y agiotistas. Había que proscribir todas las rentas obtenidas sin trabajo o brío. Íbamos a prohibir que se especulara y lucrara con la necesidad de los desprotegidos.

Nos habían hecho caer en una emboscada. Estábamos en una época de inflexión, algo nuevo se preparaba para ver la luz. Antes del Führer la política carecía de poder, los políticos eran unos payasos y el discurrir de los acontecimientos no pasaban por el cauce de la historia. La República de Weimar era la tragicomedia de la impotencia. La

república demostró con cuánta facilidad la realidad se transformaba en comedia. Durante el Dritte Reich se estaba seguro de que por donde se deslizaban los pies del Führer transitarían el presente y el futuro. El Führer nunca nos mintió y los nacionalsocialistas no les mentimos ni al mundo y menos aún al pueblo alemán. Dijimos que no aceptábamos el tratado de Versalles y no lo aceptamos, lo incumplimos desde el instante inicial; reclamábamos que necesitábamos espacio vital y emprendimos la guerra de conquista, dijimos que uniríamos a todos los pueblos germanos y lo hicimos; dijimos que limpiaríamos la raza y cumplimos la promesa de aniquilación del maldito pueblo hebreo; dijimos que el pueblo tendría trabajo y gozaría del bienestar y el pueblo tuvo trabajo, educación, salud, orden y seguridad; dijimos que acabaríamos con la anarquía provocada por la proliferación de los pequeños partidos, establecimos un sistema de partido único, identificamos un pueblo, un Estado, un partido y un Führer. Prometimos extirpar las conspiraciones de los comunistas e hicimos realidad que estos criminales vayan a terminar con sus huesos a las cárceles o a los campos de concentración; dijimos que la gran Alemania sería reconstruida y la pusimos en pie e instalamos la estabilidad política. Alemania funcionaba como la economía más vigorosa de Europa, a la lógica del economicismo le incorporamos el sentido social. Hicimos una sociedad políticamente jerarquizada y en lo social, homogénea. Prometimos que seríamos respetados y nos hicimos respetar para que después nos admiraran; afirmamos eliminar la inflación y, sin tener el respaldo del oro, consolidamos el sistema monetario más sólido de entonces. Teníamos la moneda más fuerte, atamos el valor del marco a la productividad del trabajador; dijimos que nos rearmaríamos y organizamos un ejército con una capacidad de movilización nunca vista antes. Con anticipación habíamos anunciado todo aquello que íbamos a realizar, cumplimos con todas las promesas electorales. ¡Que nadie se anime a tildar al Führer de demagogo o defraudador!

He de refutar por quimérica y falaz la calumnia de que las ejecuciones de los planes fueron conducidas por un delirante y matones de existencias fracasadas, así como rechazaré la acusación que endilguen al Führer que con amedrentamientos coercitivos y

astucia maquiavélica obligara al pueblo a asumir, hasta las últimas consecuencias, la defensa del Tercer Imperio. Estos argumentos, más que traídos por los cabellos, parecerían que fueron recogidos de las cloacas, pretenden presentar a un pueblo de valientes como una especie inferior que buscaba cobrarse las cuentas pendientes de una vida que les venía grande. A los alemanes las responsabilidades no nos quedan grandes y por tradición no nos desembarazamos de ellas. Los germanos somos arios, encarnamos una raza superior y noble, las argucias, los dobleces morales y las felonías son características de razas infradotadas. Estuvimos hasta el final. La actitud del pueblo alemán jamás fue el reflejo de una adhesión fingida con su Führer.

13. Cuando el comienzo de un sentimiento se esmera en ser idea

Jamás el mundo ha procreado en periodos en los cuales la razón imperaba, solo en los momentos en que la fuerza ha imperado sobre aquella, han fecundado los vientres… ¡¿Cómo escapar de una idea que sugiere futuro?!... Es imposible, las ideas son las cuñas que anudan los hilos interiores. Por ello, hay que situar el pensamiento por bajo de la realidad. En *Mein Kampf*, el Führer advertía que las masas quieren ser engañadas de la forma más desvergonzada. Una idea puede ser la horma a la que la realidad se debe amoldar o puede sugerir el camino al fracaso.

La abundancia del pasado nos justificaba. Alemania como sentimiento fue concebida hace siglos; lastimosamente la miopía de los señores feudales y la aversión de los Estados poderosos en contra de la unidad impusieron la meta avara de abortar la concreción del Estado teutón. En pocas ocasiones dispusimos de individuos con el coraje, la visión panorámica y largoplacista, la inteligencia audaz para perfeccionar la expresión jurídica y política de una identidad común. El sentimiento de pertenecer a una raza y de compartir la misma cultura fue desde el inicio compartido a nivel masivo y popular. Nos dividimos y nos dividieron. A pesar de usar la misma lengua, nuestros diálogos eran babélicos. Si no era Roma con las querellas de investidura, era la reforma protestante, si no nos invadía Napoleón, era la irresuelta disparidad entre Austria y Prusia. La rivalidad interior alentaba la injerencia de potencias extranjeras y agostaba el vigor nacional. Nunca dejó de faltar el poder local que en alianza con el

extranjero minaba la cohesión nacional. En el mundo germánico los poderes locales rivalizaban entre sí e invocaban que la personalidad local prevaleciera sobre la nacional. No éramos un cuerpo compacto, las disquisiciones de nuestros pensadores buscaban lo que no se conocía: el camino a la unidad. Fichte declaró que en nosotros estaba el germen de la perfectibilidad humana y que nos pertenecía la precedencia del desenvolvimiento de la humanidad. Si desaparecíamos, el género humano perdería la esperanza de poder salvarse de la profundidad de sus males. Ninguna civilización surgiría de las ruinas de la alemana. ¡Si Alemania desapareciera, la humanidad estaría colapsada! Goethe añadiría que Alemania en sí no era nada, pero cada alemán era por sí mismo mucho. Hitler concentró el poder para unir, fortalecer y cortar la influencia de los poderes externos. Confirmó la vieja sentencia de que no es posible servir a dos señores a la vez. De ahí la tirantez con la Iglesia romana y con la concupiscencia del cosmopolitismo cristiano.

Julio César conquistó la Galia, pero los romanos nunca pudieron domeñar a los germanos. Como adicto a la genealogía, me siento en la obligación de señalar que la cristalización tardía del Estado nacional alemán ha puesto cortapisas y enlentecido el desarrollo de la potencialidad teutona. Los alemanes, como los griegos, éramos una confederación cultural. Reivindicábamos la libertad y el derecho de las minorías para negarnos a ser quienes éramos, una nación. No podíamos aquilatar la unidad política, éramos incapaces de reconocer que animados y unidos doblegábamos al destino. Nos satisfacía ser un fragmento del todo, individualidades locales en permanente desacuerdo. Desde tiempos remotos, hemos representado la nación de la curiosidad intelectual, del abolengo científico, del lenguaje hospitalario a la sensibilidad artística y del pensamiento atrevido que distinguía en lo imperecedero la belleza. Hablamos y escribimos el idioma de infinitas posibilidades intelectuales, ese que precisa la singularidad de cada cosa, que vagabundea ilimitado y desmedido para nunca resignarse. A los alemanes siempre nos ha entrelazado el deseo de acuñar la idea perfecta, de aguijonear la irracionalidad romántica, de realizar la acción prolija y sincronizada, de instalar la sinergia de los esfuerzos, de deleitarnos en la solitaria melancolía y de

eternizar el maridaje del hombre con la naturaleza.

El Primer Sacro Imperio Romano Germánico fue establecido por Otón el grande en 962 y fue disuelto, a causa de las guerras napoleónicas, en 1806. En definitiva, este imperio era el heredero de Carlomagno. Durante este periodo prosperaban las iniciativas tendientes a mantener el statu quo de la segmentación. Convivíamos separados, en ese ambiente era inviable una estructura dominante de gobierno. El emperador era electo y los reinos confederados tenían autonomía. En el mundo germánico proliferaba una variada gama de unidades de poder, esta unidad fragmentada y facciosa cumplía la regla de que donde muchos mandaban no mandaba nadie. La dinámica política prevalente era la centrífuga, los esfuerzos y las iniciativas centrípetas chocaban contra las amuralladas canonjías locales.

El único emperador que procuró la unidad fue Federico I, Barbarroja, quien fue nombrado emperador a partir de 1155. Durante su gobierno afianzó el poder imperial, pretendió unificar el país bajo un poder fuerte, luchó contra la nobleza y el clero, participó en las cruzadas junto a Ricardo de Inglaterra y Felipe II de Francia y desplegó una vocación expansionista. En cambio, el reaccionario de Lutero, represor de la rebelión campesina, ahondó con la reforma protestante la proliferación de los poderes locales. En vez de crear el Estado nación, Lutero se consagró a enfeudar la política. En lo único que no erró Lutero fue en sus acusaciones contra los judíos. Más útil que la traducción de la Biblia fue su obra *Sobre los judíos y sus mentiras*. A decir verdad, el Primer Imperio no tuvo más que una existencia fantasmal bajo la cual se blandían las consignas cristianas. Todos los poderes locales azuzaban el separatismo.

El germen de la unidad nacional fue derivación de las invasiones napoleónicas. La intervención foránea hizo flamear el deseo de otorgarnos un Estado. Un idioma, una raza y una cultura basamentaban la existencia de una nación. Ya éramos un organismo que demandaba plasmarse en una formación jurídico-política. La presencia del corso y los abusos de la tropa de ocupación gala despertaron la consciencia de que pertenecíamos a la misma comunidad. Las arengas y la voz reclamante de Fichte en sus discursos a la nación alemana eran cubiertas por los tambores de las

usurpadoras bandas militares. La derrota sufrida por Prusia en la batalla de Jena del 14 de octubre de 1806 evidenció el espectáculo de una Prusia aplastada. Las arbitrariedades cometidas en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad nos impartieron la lección de que la rudeza de los hechos culminaba con el hundimiento del vencido. La historia hace gala de que la extranjería exalta el nervio nacionalista.

El Segundo Imperio data del 18 de enero de 1871 y fue la consecuencia inmediata de la guerra franco-prusiana. La victoria prusiana en Sedán el 1 y 2 de septiembre condujo a consolidar la unidad alemana. Bismarck entendió que esta contienda perseguía el propósito de alcanzar la formación del Estado alemán. Colegía que el duelo franco-germano no podía arrojar un resultado ambiguo. No se trataba de jugar a la ruleta, sino de jugar al póquer. La fragmentación alemana se superaría con un enemigo en común y doblegándolo. La victoria contra Francia auspició, bajo mando prusiano, el establecimiento de la unidad alemana. Guillermo I, rey de Prusia, fue proclamado, en la galería de espejos del Palacio de Versalles, emperador del Segundo Imperio.

Otto von Bismarck personificó el espíritu de su tiempo. Al canciller de la aristocracia prusiana le debemos agradecer la creación del Estado nación alemán, él ha sido el artífice que logró unir, bajo la salvaguardia prusiana, a casi todos los pueblos germanos. ¿Quién podría negarle la consanguinidad del hecho? Comprendió la necesidad de expropiar a los poderes feudales, doblegar a Austria y apabullar al eterno enemigo. Guillermo I no le permitió avanzar. El canciller de unidad vaticinó que su obra no duraría veinte años, su profecía se cumplió.

Durante el Segundo Imperio se impusieron el orden y la autoridad prusiana. El país dio un salto impresionante. Nos convertimos en una potencia mundial. Nos hicimos una potencia colonial, tuvimos colonias fuera del territorio europeo. La industrialización fue el motor de la economía. Alemania prosperaba en todos los campos. Florecían las ciencias, las artes, la medicina. Llegamos a expandir el conocimiento, la literatura y la filosofía como con antelación lo habían hecho los griegos. Explorábamos campos desconocidos de la física, la química y las ciencias naturales. El progreso impetuoso, escalonado y ordenado

fue la señal de esa etapa. Las clases trabajadoras estaban empezando a ser integradas, claro que jamás faltaron las reivindicaciones y los esmeros subversivos de los comunistas y sus asociados, los anarquistas y los rojos. Este periodo nos demostró que la unidad y la existencia de un poder central ponían en marcha una idea del progreso irrefrenable.

14. La desmesura de la irracionalidad emancipadora

Están los que piensan que el brillo y esplendor de las cosas son el espejo de las certidumbres, en contrario, yo soy, como buen descendiente de los griegos, de los que piensan que la vida se amplifica en lo incierto y se consagra en la tragedia.

Antes de que estallara la Gran Guerra, Europa y el mundo parecían un orden estable, con progreso garantizado y previsible. Se experimentaban cambios inusitados, alteraciones desconocidas que gravitaron en la movilidad social.

El positivismo bendecía las verdades, las invenciones, las generalizaciones y el colonialismo. Trazaba las rutas, pero dejaba en manos de otros el recorrerlas, diseñaba los envoltorios que se cargaban con material explosivo. El optimismo deducido del iluminismo impidió que se percibiera que cada paso que se dirigía hacia las metas del progreso infravaloraba lo que hubo que sacrificar en el ser humano. ¡Cuesta imaginar lo que enajenaba de animal el hombre para convertirse en un ser mediocre y urbanizado! El hombre repliega sus instintos en nombre de la legalidad burguesa. Se ignoraba el costo humano de la modernidad. Esta simplificación conllevaba la desatención de la esencia de la vida; verbigracia, la voluntad de poder. La propuesta optimista del perfeccionamiento pasaba por alto la supremacía que poseen las fuerzas espontáneas, agresivas, invasoras y productoras. Se devaluaba el hecho de que la vida del hombre era un perpetuo e infatigable deseo de poder e incremento del poder hasta la muerte. Estas energías recónditas yacen en las zonas oscuras del alma.

Despiertan cuando menos se espera y sacan a luz lo más noble del corazón: la avidez por prevalecer. Cuando la forma constriñe el contenido, la voluntad desespera y necesita fluir en cada individuo, cuerpo, pueblo. Entonces se escabulle y pretende nuevas formas de expresión y prevalencia. Procura alcanzar su máxima expresión buscando nuevas apariencias y moviéndose hacia la superación de sí misma. Por varios medios la fuerza que es inherente y congénita a cada unidad en movimiento procura que la pulsión de vida supere a la vida. Todas las conflagraciones fueron el producto de esa tendencia creadora que posee la vida, para crear hay que destruir.

La voluntad que se quiere acrecentar por medio de la muerte sabe que la guerra, a pesar de todos los sacrificios que implica, siempre traerá la redención, una renovación moral, una gran depuración que proporcionará a los pueblos nuevos valores, una nueva consciencia de sí mismo y una sólida compactación. Las guerras, por sanguinarias que sean, son populares, decentes e incluso solemnes. Reafirmó con Heráclito Polemos pater panton: La guerra es el padre de todas las cosas. Como en Troya, en Zama o en Farsalia, el alma bélica, la sangre, las lesiones, los magullones, el puñal clavado y la agonía del guerrero solo pueden elevar la raza. La espada erige y la cruz arrodilla, el acero siempre ha alabado el carácter de los individuos. En la trinchera, en la barricada, en los pasos de la infantería, en el campo de batalla se sucede el momento naciente, este que será efímero cuando lo que está ocurriendo es inimaginable y lo que tenía que ocurrir ya no es posible imaginar.

Es pertinente la discusión de si una guerra estalla o es desencadenada. El estallido del conflicto sonoriza el latir de la voluntad de poder, la necesidad de danzar en la orilla del precipicio. El fenómeno de los conflictos es permanente y siempre habrá la ambición que la desencadene. Las guerras son momentos procreadores que no provoca ni lo puede impedir la providencia.

La ofuscada irracionalidad siempre vencerá a la frígida racionalidad, la voluntad de poder se extiende motivada por fuerzas ocultas. Como he dicho, los conflictos bélicos dan fe de lo que afirmé en relación con que movimientos sísmicos indescifrables, recónditos, impenetrables irrumpen quebrantando la armonía de un cielo de estrellas. La tierra

abarrotada de racionalidad implosionó y acarreó el ocaso del Segundo Imperio Alemán, del austrohúngaro, del otomano y el fusilamiento del zar de Rusia y toda su familia. Parecería incomprensible, pero los gobiernos de las potencias mundiales se pusieron de acuerdo para la destrucción. Instalaron un bacanal de sangre con seis mil muertos por día y trece mil heridos.

15. Cuando lo invisible empuja la rueda, esta gira veloz

Ya en 1913 el aspirante al trono austrohúngaro, el príncipe imperial heredero Francisco Fernando, asesinado por un bosnio el 28 de junio de 1914 —hecho desencadenante de la gran guerra—, advirtió que todos los planes antiserbios eran una locura. Declaró que, si se actuaba contra Serbia, Rusia estaría detrás de Serbia eslava, y se entablaría una querella bélica con la Rusia cristiana y ortodoxa. Anotaba que no comprendía cómo el emperador de Austria y el zar de Rusia favorecían un conflicto que supondría allanar el camino a la revolución. El estallido de esta conflagración atestiguó que no son solo los pueblos los que, con consciente fatalismo, enderezaban sus esfuerzos hacia la guerra. Las élites y las masas han demostrado que sucumbir ante lo irracional y rapsódico da nacimiento a un hecho de inigualable hermosura. El inicio de la guerra mundial ilustra como un hecho sucinto que el asesinato del heredero al trono del Imperio austrohúngaro repercutiría más allá de la inmediatez del acto de ejecución. En el guerrero como en el lobo prima la indiferencia asesina tanto frente a los hechos como frente a la vida. El asesinato de Francisco Fernando I fue un acontecimiento crucial que sirvió de pretexto a un vertedero de sangre y el estreno de las batallas de trincheras. El entusiasmo bélico de finales de julio e inicio de agosto de 1914 escenificaron una psicosis colectiva, un movimiento de masas bello y espontáneo, el mundo no había visto algo parecido o comparable. Muchos de los que manifestaban su entusiasmo preferían no tomarse en serio lo que estaba pasando y optaron por disfrutar de

sus vacaciones. Pareciera que la gente cerraba los ojos para mantener desocupada la fantasía. Estos días jalonaron el ímpetu de los rencores y rivalidades adormecidas. Los nacionalismos fomentaron la cohesión nacional y el imperativo de aniquilación del enemigo. El sentimiento nacionalista se excitaba con los discursos incendiarios. Años después, el ministro para la ilustración popular y propaganda del Tercer Reich, Joseph Goebbels, demostraría que las ideas adquieren fuerza histórica y son capaces de influir en las masas cuando han sido simplificadas hasta el punto de que las pueda comprender un niño.

Hilvanando mis reflexiones, he de expresar que Alemania no fue la única responsable del inicio de la guerra mundial. Los hechos corroboraron que la movediza y codiciosa realidad no cabía más en el corsé que le habían impuesto. La horma no corregía los desvíos ni represaría los desbordes pasionales. La realidad sobrepasaba las restricciones, y la infatuada razón aconsejaba recetas sin sanación. Las potencias del Entente —Francia, Reino Unido, Rusia y con posterioridad los Estados Unidos— y las de la alianza —los imperios alemán y austrohúngaro más Italia— abonaron por un trámite sumario que provocara el cataclismo. Impasible e indulgente, el mundo ardió en llamas y emergió el nuevo orden fundado sobre la humillación alemana.

La historia se escurre en un enjambre de imprevistas situaciones, dispendiosos requerimientos y momentos en los que se debe tragar un sapo como si se estuviera tomando y comiendo *Kaffee und Kuchen*. Cualquiera se encasquilla cuando en la política se hace lo innecesario, pero no se yerra si se canaliza en faenas el mandato de lo imprescindible. La dificultad de la realización de lo necesario estriba en la morosidad de su ejecución. Cuanto más se alarga la ejecución del imperativo del instante, más onerosa se torna su ejecución. El requerimiento del éxito, a la hora de cerrar pactos, consiste en no resistirse a hacer de tripas corazón. Si se persigue destruir al enemigo, jamás se justificará el recaudo moral que invalide el pacto con el diablo. Cuando no se cuenta con los medios para aniquilar al enemigo, se recurre a una moratoria. En oposición, la mejor versión del enemigo sucede cuando este ha sido depositado bajo tierra. Me he tomado mi tiempo para anotar y dar a conocer estas cavilaciones.

Hay quienes solo quieren recordar lo placentero del pasado. Los historiadores y las interpretaciones en boga fabulan explicaciones que descontextualizan el acontecimiento del entorno en el que acaecieron. La búsqueda de la verdad y la honestidad de estas confesiones me urdieron a que aclarara que los momentos históricos poseen su tiempo y su espacio. Lo que ayer era ilusión hoy es real. O se aprovecha la oportunidad o la intención se convierte en improcedente. Demorar la efectivización de una decisión impostergable es de cobardes, tembleques y timoratos. ¡Pobre de gloria será el pueblo cuyos conductores tiemblan ante la decisión!

Me dispongo a narrar sin intención propagandística, excusadora o absolutoria los pactos con los bolcheviques. Referiré a los pactos de paz de la primera fase, causados más por la falta de hombres que de recursos, y al de la segunda, tan vilipendiado y calumniado por la consciencia de Occidente. Este coro de voces oraculares olvida que hicimos la paz con Stalin para con ello ganar tiempo y ahorrar recursos. El Führer decidió que en primera instancia debíamos ocuparnos del frente occidental y después del oriental. Siempre supo que la Europa occidental era decadente y que el reto definidor del destino alemán estaba en la dominación de Rusia. La necesidad nos obligó a pactar en dos ocasiones con el maldito comunismo eslavo. En ambas circunstancias actuamos guiados por los altos intereses de la patria, jamás una intención ruin motivó nuestro proceder. Queríamos salvaguardar los intereses nacionales, nuestra situación geopolítica y la decisión del espacio vital constreñía el futuro. La geopolítica siempre implicó la determinación de los movimientos poblacionales, las alianzas y las corridas de las fronteras.

Para no dilapidar energías tuvimos que acordar con los bolcheviques. El 3 de marzo de 1918 firmamos nosotros, el Imperio austrohúngaro, el Imperio otomano y el reino de Bulgaria con los marxistas soviéticos el tratado de paz de Brest-Litovsk. El acuerdo fue negociado por León Trotski, judío de baja calaña —en su condición de comisionado de asuntos exteriores—, fue el único que se creyó el camelo del internacionalismo proletario. Los rusos aceptaron las condiciones porque la continuidad de la guerra amenazaba la permanencia en el poder de los bolcheviques. El ejército del zar estaba

hambreado, desanimado, adoctrinado por consignas revolucionarias y no contaba con la logística ni los armamentos para resistir la embestida germana. A los alemanes, este tratado nos posibilitaba trasladar tropas del frente oriental al occidental. Debíamos concentrar logística, soldados y armamentos al oeste del Rhein y no en Eurasia. Estábamos desangrándonos y nuestros aliados estaban agotados y en ellos se instaló el germen de la desintegración. Necesitábamos apaciguar el frente hacia el Ural para liberar y trasladar tropas hacia otros frentes. De ahí que Lenin, el férreo realista, atravesó con la venia de Kaiser el territorio alemán. Aconteció un matrimonio por conveniencia. Guillermo II detestaba lo que el eslavo representaba y el ruso odiaba al alemán por encarnar el capitalismo agresor y esclavista. El cálculo glacial y la contabilidad hicieron que el Imperio y el intelectualismo proletario convergieran en la paz. A corto plazo sus intereses eran coincidentes. Desde Tucídides las alianzas se tejen y señan en contra de los mismos enemigos. El proverbio árabe gatilla una obviedad al sostener que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

En un principio la revolución rusa fue un complot palaciego contra el poder zarista. Lo habían maquinado los diplomáticos franceses e ingleses con el propósito de impedir que el zar celebrara la paz con Alemania. El Kaiser Guillermo II, en vísperas de la declaración de guerra por parte de los Estados Unidos, necesitaba cerrar la paz con Rusia. Recordemos que los intereses obscenos del gobierno de Woodrow Wilson provocaron que nos declararan la guerra el 6 de abril de 1917. El fantoche de Wilson pretextaba la muerte de 128 americanos en el hundimiento del transatlántico Lusitania, este —que contrabandeaba material bélico— fue torpedeado el 7 de mayo de 1915. Casi dos años después sirvió de excusa a los espurios préstamos norteamericanos, estos querían garantizar la recuperación del dinero prestado más los intereses a Francia y Gran Bretaña, y expandir su industria armamentista. Pero, no hay que engañarse, siempre coincidieron el amaneramiento francés, la amarga flema británica y la ordinariez americana en su odio a lo alemán. Por lo demás, los potentados que dominaban el Capitolio y la Casa Blanca no tenían ataduras o ideales, solo los movían sus intereses crematísticos. Ellos no tenían amigos, solo tenían intereses.

No teníamos escapatorias, debíamos abandonar el frente ruso y golpear a los franceses y británicos con la meditada intención de persuadir a los norteamericanos. El Kaiserreich estaba dispuesto a pagar el precio que hubiera que pagar con tal de que asumiera un gobierno que les generara dificultades a las democracias coloniales francesa y británica. El imperio alemán estaba decidido a hacer la vista gorda al futuro inquilino del Kremlin, por un momento se borrarían de la memoria todos los escritos difamatorios de Vladímir Ilich Uliánov contra la Alemania y su káiser. Lenin asumió el costo de pactar con el enemigo, no se puede negar que le sobraron agallas y audacia. Él, como el Führer, fallaron en el primer intento de conquista del poder, pero aprendieron de sus errores. El revolucionario sabía lo que significaba poner el pie en un país con el que se estaba combatiendo, en el medio del desarrollo del litigio y con el consentimiento del estado mayor del enemigo. Desde el punto de vista político y moral esto configuraba alta traición. En definitiva, se trataba de un enemigo digno de admiración. En abril de 1917 partió de Zúrich y arribó el 16 del mismo mes a Petrogrado. Atravesó Alemania en un vagón sellado de segunda clase, no eran más que un puñado de treinta y dos personas, entre ellos había mujeres y niños. Con una tiza se demarcó lo que en el vagón era territorio alemán y ruso. Los pasajeros pagaron sus pasajes, al tren se le reconoció el derecho de la extraterritorialidad. Los revolucionarios arribaron e hicieron saltar el orden de la época en pedazos. Los comunistas hicieron las paces y cumplieron con la promesa de paz, pan y tierra. El conductor comunista cambió la estrategia del socialismo: consiguió que el socialismo pasara de ser un objetivo de mediano plazo a una acción inminente. El 11 de noviembre de 1918 Alemania firmó el armisticio con los aliados. El ejército y los soldados fueron abandonados, el puñal fue clavado por la espalda con manos alemanas. La traición es un hábito doméstico y familiar. Rómulo asesinó a Remo y Bruto se complotó y apuñaló a su padre putativo Julio César. ¡Qué pena que los muertos no puedan desmentir las felonías de los vivos! Fuimos derrotados por errores en la conducción militar y la traición interna de los judíos y los socialcomunistas. Alemania y nuestro ejército fueron apuñalados por la espalda. El Dolchstoss no fue una leyenda, fue la

puñalada de los traidores. Más adelante veremos cómo en el espíritu vindicador perdurará la resaca de lo sucedido. El estallido bélico, a pesar de las terribles secuelas, estuvo asociado para la generalidad de la población a unos días inolvidables de máxima exaltación e intensas emociones. La revolución del 9 de noviembre de 1918 acabó con el Kaiserreich e instaló la república, que supuestamente fue la que trajo la paz y la libertad. En realidad, dejó recuerdos sombríos a casi todos los alemanes y edificó el templo del agravio. En muchos se incubó el germen de la venganza.

16. La República de Weimar, la causante de la decadencia

El no saber qué es lo que nos pasa y que eso sea lo que nos pasa induce a interpelar a las instituciones vigentes. No se puede vivir simplemente de la esperanza, hay veces que la esperanza solo sirve para alimentar la decepción. Vomitaré los testimonios, así fueran tan incómodos como veraces. La verdad que no se expone concluye siendo la bilis que nos infecta. Realizaré esta confesión porque necesito prestar un servicio a la verdad. ¡Que la verdad sea eclipsada por la mentira representa la quintaesencia de la cobardía!

Inmediatamente después de la denigrante firma del armisticio en Alemania había hambre y conmoción política. Las calles eran el teatro de enfrentamientos violentos. El alumbramiento de la República de Weimar exigió un parto con fórceps, no se la pudo abortar. La madre, los obstetras y las matronas sabían que le estaban dando vida a una mortal. Nació condenada a muerte. La República no fue traicionada ni apuñalada, simplemente ella era contra natura. Muy pronto corrigió el error de haber nacido. El guion estaba escrito con antelación: la república no debía ser jaqueada, dragada, puesta bajo presión o acuclillada, sino debía ser destruida desde la base hasta la cúspide. Nuestra derrota acarreó el resquebrajamiento del orden imperial y la sacudida social. Los alemanes estábamos soliviantados, hundidos y calumniados. La república debía ser la horma que nos moldeara, desde su inicio demostró que no pasaba de ser una entelequia jurídica. La Constitución tendría que haber ofrecido el marco jurídico que desarmara los ánimos y pacificara las calles. Pero, en ese periodo,

hubo dos clases de alemanes: los que no aceptaban la derrota y despreciaban la república y los que repudiaban la república y buscaban la revancha. La república era un dictado de Versalles y como tal anarquizante y alienadora. Había quienes se negaban a reconocer la ignominia, para algunos era difícil ver lo que estaba delante de los ojos. Los triunfadores descuidaron que la victoria no otorgaba derechos y que el carácter de la nación no toleraría el sometimiento.

El tratado de Versalles propició un odio siamés, los alemanes repudiábamos a los extranjeros que pergeñaron el tratado y a los alemanes que lo signaron. El ambiente ardía, fluctuaba de la crispación al escepticismo. Las querellas se entablaban y no resolvían nada. Si hubiéramos hurgado en el subsuelo de la sociedad, habríamos hallado un batiburrillo de razones que anunciaban el colapso y la demolición de la institucionalidad posbélica. El antagonismo y la fractura impedían que se construyeran los caminos de la conciliación. Los discursos eran un mero instrumento de la hipocresía. No había quien no procurara imponer su verdad, los puentes para los compromisos estaban destruidos. El tránsito hacia lo verdadero se dificultaba. Era imperioso que surgieran la verdad y el hombre que pusiera en orden la casa. En esta descomposición los nacionalsocialistas éramos el anclaje, los únicos que seguíamos al individuo requerido y poseíamos la verdad primigenia y eterna. No éramos solo nosotros el martillo demoledor. La gran mayoría era partidaria de la destrucción de la república, nadie la quería. Los comunistas, los socialistas, los católicos, los nacionalistas, todos pensábamos que la Constitución de 1919 no espejaba nuestra identidad. Esta Constitución nunca hubiera sido germanizada. La generalidad de las crisis, huelgas, tiroteos manifestaciones y las asonadas parecían contradictorias y confusas. Disparar, propinar una golpiza o detonar una bomba eran el ulular en el desierto nihilista. Lo único que hacía sentido era la extirpación del suelo patrio de la ramificación cancerígena de la revolución de 1918. Esta sublevación no fue una operación premeditada o planeada con antelación. Fue la derivación de un colapso militar. La república era la dilecta descendiente de ese acto de sedición. Todos conspirábamos contra ella, sabíamos, tanto la izquierda como el centro y la derecha, que

debíamos hacerla añicos. Arrancarla de raíces del suelo teutón.

Los bolcheviques presumían que el sitio ideal para que estallara la revolución era la Alemania industrial. Los intelectuales y agitadores marxistas confiaban en que la revolución triunfaría en nuestra patria debido a las contradicciones inherentes del capitalismo. Los revoltosos apátridas y mercenarios, o sea, la judería, los comunistas y los infectados de antinacionalismo abogaban para que la insurrección empezara en territorio alemán, para que luego se expandiera por toda Europa. Los apátridas ofertaban la nación en nombre del internacionalismo. Pretendían desterrar lo alemán de territorio alemán para instalar la dictadura del proletariado. Esperaban que fuéramos los conejillos de Indias, la sociedad partera del orden social sin clases, que la burguesía se convirtiera en su propia sepulturera y el proletariado rompiera las cadenas de la esclavitud. Los obreros unidos forjarían la sociedad libre en la que se extinguiría el Estado y se alcanzaría el estadio superior de la historia. Todo parecía un cuento de hadas que lamentablemente contaminó la consciencia de muchos. Sonaba como una melodía dulce en los oídos de los trabajadores y de los crédulos que se suprimirían las cadenas de la opresión. Los bolcheviques, excusándose en el internacionalismo, querían volatilizar la nación. Querían que los obreros del mundo se unieran obviando las fronteras. Deseaban con su ideología, sus sabotajes, su prédica del odio, destruir el patriotismo.

El Führer visionó que el nacionalsocialismo debía antagonizar y pulverizar al internacionalismo comunista. El marxismo eslavo era enemigo de Alemania, y Rusia, para la geopolítica, significaba nuestro espacio vital. Con posterioridad, la invasión al territorio soviético y la implementación de la guerra total persiguió los propósitos de poblar con germanos Eurasia, esclavizar a los eslavos para abaratar la mano de obra y garantizar el abastecimiento de materias primas.

Los que deseaban el hundimiento de la patria utilizaban cualquier argumento para volver a desintegrar a la gran nación alemana. Conforme con los manuales de los sacrílegos de la tradición germana, perjuros del orden, ingratos de la memoria de los caídos y desleales de la soberanía nacional, estaban dadas las condiciones objetivas y las subjetivas para que estallara la revolución que destruiría los

fundamentos de la patria. Desde el inicio, los espartaquistas le declararon la guerra a la Alemania derrotada, ellos y los politiqueros apuñalaron por la espalda a nuestro ejército. A través de insurrecciones y de medios violentos querían imponernos la utopía comunista, a decir verdad: una distopía con fachada de igualitarismo social.

Alemania era una sociedad industrial con proletariado, Rusia era feudal y agraria. Según el catequismo proletario, la revolución transformadora e iniciática solo echaría raíces en un país capitalista industrial. Desde el inicio, Rosa Luxemburgo y sus secuaces le declararon la guerra a la Constitución, pretendían no solo el colapso de la república, sino también del capitalismo. Querían envilecer y matar de hambre al pueblo para que estallara la revolución, pretendían agudizar las contradicciones. En Alemania la clase obrera no era embrionaria y el escenario, por cualquier hecho pérfido, se agitaba y revolvía. La realidad no se podía ajustar a aquello de que siempre las papas queman más cuando se cocina. La república se asentaba en un barril de pólvora. Entre alemanes se instaló el cainismo, el enemigo dejó de estar afuera y pasó a imponerse la lógica del enemigo interior. De hecho, fueron los socialdemócratas quienes asesinaron Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht el 15 de enero de 1919. Nosotros no los asesinamos. La líder de la liga espartaquista fue eliminada por los Freikorps, que, para aquel entonces, estaban bajo las órdenes de los socialistas. Ella, ya sin vida, fue arrojada a un canal y él fue fusilado en un parque. Maliciosos conjeturaron que la casa de Hohenzollern celebró su último triunfo y nosotros, los nacionalsocialistas, nuestro primer triunfo. No tuvimos participación en ese doble crimen. Por lo demás lo hubiéramos cometido sin complejo de culpa. De última, se trataba de dos impresentables: una judía polaca y un cerdo comunista.

Todos los que pugnábamos por la hegemonía dábamos por descontado que la agitación y la propaganda se habían convertido en armas del combate callejero y de las fricciones ideológicas. Los nacionalsocialistas estábamos abroquelados, en pie de guerra. No existía quien no empuñara un cuchillo, insultara, apedreara, destruyera o incendiara los locales del opositor. Nosotros tuvimos que

organizar nuestro brazo armado, debimos defendernos. Éramos objeto de toda clase de agravios y agresiones. Se propagaban infundios que dañaban nuestra honra y cuando los bolches podían, se agavillaban en gran número y viendo que eran más apaleaban, golpeaban y asesinaban a los camaradas, cuando estos estaban en minoría. La dicotomía era sencilla: o eran ellos o éramos nosotros. El partido conformó una élite de individuos decididos a ejercitar la violencia para repelar la violencia y para que nos temieran. Las instrucciones que recibíamos eran unívocas: imponer nuestra autoridad en los sitios públicos. Los quehaceres consistían en aterrorizar y limpiar las calles de estos delincuentes. La violencia consecuente era ejercitada con determinación, coherencia y sin remordimientos. Perseguíamos el objetivo de amaestrar a los militantes, provocar el pánico entre los indiferentes y el ablandamiento de los contrarios. El camino electoral iba de la mano con la práctica del control callejero. Procurábamos convertirnos en el partido de la mayoría y en una asociación que domesticara a los saboteadores. La supremacía electoral debía avalar el proceder vehemente y legitimar nuestra verdad. La violencia por la violencia misma no era la finalidad, lanzábamos el golpe demoledor que destruía para construir. Nunca fuimos unos nihilistas, actuábamos con la sabiduría de aquellos que usan el bastón para caminar y aporrear.

Nuestra lógica del terror se enmarcaba dentro de la planificación del Führer. Había que educar con el terrorismo y la crueldad jacobina, pero no para instalar un gobierno de cien días, sino para garantizar la perdurabilidad de la dominación nacionalsocialista. En principio los milicianos fueron reclutados de los integrantes de los Totenkopf, estos fueron soldados que habían luchado en la primera etapa de la guerra y desaprobaban el rebajamiento que habíamos recibido los alemanes. La infamia y el desaire del que fuimos víctimas los acuciaba y remordía el pundonor nacionalista. Estos próceres estaban resueltos a dar la vida, las veces que hiciera falta, por Alemania y nunca dejaron de entonar *Deutschland über alles*. No indultaban a los que favorecieron que nos arrastraran por el suelo como a un trapo sucio. Los patriotas de pura cepa jamás digirieron que hubiéramos cedido a la presión de enajenar territorio, nos hayan conminado a pagar exorbitantes indemnizaciones,

obligaran a tener un ejército de solo cien mil hombres, impusieran la interdicción de no poder disponer de fuerza aérea, vehículos pesados de guerra, ciertos buques y forzaran a desmilitarizar la zona ribereña al Rin y toda la Renania. Los patriotas refutábamos y desmerecíamos, desde su firma, la supuesta acción benévola y reparadora del maldito tratado de Versalles.

Se conformaron el Sturmabteilung (SA), estas milicias protegían al Führer y celaban por la seguridad de nuestros actos. De las SA (tropas de asalto) se organizaron las SS Schutzstaffel (escuadras de protección), cuyo lema era "mi honor es la lealtad", y la Gestapo, Geheime Staatspolizei (policía secreta). El jefe mentor que dispuso y organizó minuciosamente los servicios de seguridad fue alguien que arrastraba el sentimiento de la culpa por no haber combatido en la primera parte de la conflagración. Referiré la persona de un antiguo criador de pollos que, por la confianza que Hitler depositó en él, se convertirá en el futuro Reichsführer, Heinrich Himmler. Hitler, demostrando calor y afecto de camarada, lo llamará "mi fiel Heinrich". Antes de finalizar, cuando nuestra derrota estaba casi consumada, Himmler desnudó lo que era, un vulgar traidor. Las SS fueron claves para la administración de los campos de concentración y la Gestapo para capturar y extinguir a los alborotados contra el Reich. Reinhard Heydrich sufrió un atentado y murió a consecuencia de una septicemia, no sin antes haber organizado la Noche de los Cristales Rotos y preludiado el plan de la Endlösung. Los detractores lo consideraban una figura oscura del régimen y lo apodaron el verdugo, la bestia rubia y el carnicero de Praga. No puedo pasar por alto y dejar de homenajear a un hombre que con su vida sirvió al Führer y a la causa pangermánica. Los voceros de los pruritos morales lo designaban como uno de los principales arquitectos del Holocausto; sin embargo, yo y otros lo calificábamos como una mente brillante que, con pragmatismo e imaginación, ideó la solución final, o sea, el exterminio de la raza judía. Más adelante relataré el perfil de este germano grande e inolvidable para los que tuvimos la suerte de tratarlo.

Como relaté, nuestras vidas corrían peligro. La cautela se impuso como patrón de conducta. Pero cuando teníamos que responder a las agresiones lo hacíamos sin dilación. Tomábamos precauciones. Los

grupos antagónicos pretendían boicotear nuestras reuniones y atentar contra nuestras vidas. Nosotros no nos cruzábamos de brazos, cada vez que podíamos los golpeábamos o les causábamos el daño que nos era posible infligirles. Si la situación ameritaba, recurríamos a las armas de fuego. Era más digno y noble liquidar con un arma punzante, pero las armas de fuego se hicieron necesarias. La misión primordial era proteger la vida del Führer, descubrir a los infiltrados y saboteadores. En cada concentración hacíamos una demostración de fuerza y organización. Había que ver con qué resplandor simétrico se configuraban los pelotones de milicianos. La apoteosis y la excitación eran totales cuando en el escenario aparecía el Führer y flameaban las banderas de color rojo y blanco. La esvástica hipnotizaba hasta el grado de olvidarse uno de uno mismo. Se perdía la noción de la individualidad. En el campo contrario, los enemigos no poseían una estructura ternillosa, ellos estaban pertrechados de armamentos y en sus corazones ardía el odio. Los ligaba el desprecio y la animadversión contra el partido nacionalsocialista. Los partidarios del nihilismo y los partisanos violentistas, en coincidencia con la angurria talmúdica y la llameante hipocresía social, configuraban un cóctel demoníaco. Estas fuerzas del oscurantismo apostaban a la decadencia y la desintegración germana. Se corría el riesgo de que todo implosionara y de que caigamos en manos de pescadores en río revuelto. Volveré a subrayar que nunca utilizamos a los judíos y comunistas como chivos expiatorios, ellos constituían los verdaderos enemigos.

No había quien no creyera que los comunistas adoctrinaban y atolondraban a los ingenuos para robar los bancos, generar el desconcierto y materializar la mentada revolución. Antagonizábamos con esa estrategia, queríamos que el pueblo sufragara y que con el voto nos otorgaran el mandato de la revolución nacionalsocialista. Sabíamos que con una mayoría electoral llegaríamos al poder, no nos identificábamos con los movimientos que acreditaban que solo por medio de los sabotajes terroristas se alcanzaba el poder. Sabíamos que íbamos a ganar las elecciones y, así fue, el voto del pueblo legitimó nuestro mandato. El 5 de marzo de 1933 obtuvimos el 43,99 de los votos escrutados, pudimos conformar la mayoría. Estaba más que claro que nos reservábamos la prerrogativa de apelar a la violencia para

purificar la raza, acallar las voces anárquicas, reconstruir el poderío del Estado, cohesionar el tejido social y ubicar a Alemania en el sitial predominante.

Cuando el Führer emergió, como el conductor de la nación, la política hacía cortocircuito por todas partes. Donde se enseñoreaba el nihilismo los territorios se amojonan con violencia. Los apologetas de la traición a la patria gozaban de inmunidad y se boicoteaba la decisión de derogar el maldito tratado. La ola bolchevique nos golpeaba desde finales de la guerra. Los bolches agitaban y convocaban a los enfrentamientos. Nosotros con razón les endosábamos la responsabilidad de la derrota. El comunismo tiene un lenguaje que todos los pueblos pueden entender, sus elementos son el hambre, la envidia y el colapso. Ante tanta amenaza y peligrosidad, no nos quedó más que propiciar la teoría del complot. A un ambiente podrido no se lo ajardina, se lo echa abajo.

17. La decisión estaba tomada

Comparándome con el Führer caigo en la cuenta de que teníamos un rasgo en común: el cálculo hedónico no prescribió nuestras preferencias. Creí conveniente que había llegado la hora de llevar a la práctica mis ideales. Juzgaba que el paso parsimonioso y sincopado de las horas contaminaría mis talentos. Repudiaba cualquier actividad que enmoheciera o herrumbrara mis inclinaciones. La inacción me provocaba la sensación de aletargar mi vida en la insolvencia pasional. Aborrecía la existencia etérea. Direccionar la voluntad, sostener la intransigencia en la lucha, encender el frenesí en la acción, excitar la repugnancia ante la obscenidad, ensanchar las venas ante el asombro, indicaban mi anclaje del tiempo en el espacio. Si no había compromiso en la vida, el tiempo discurría irreversible y estérilmente como el agua que se evade de las manos.

Mi madre refrendaba que la presión hace del carbón diamante. Yo he vivido presionado, más por lo que me impuse que por lo que me impusieron. En el año 1926 comenzó mi militancia, esto significaba vestir la camisa parda y externar mi compromiso con el Führer y el partido. Hago un paréntesis para enfatizar que a mis progenitores empezó a preocuparles mi vocación. A mí, en verdad no me preocupaba la angustia de mis padres. Iba a cumplir con la patria y para eso debía prepararme. Necesitaba observar la realidad a través del prisma ideológico. Necesitaba adoctrinamiento y vigorizar la valentía y el arrojo. Quería hurgar en el idealismo y el romanticismo, necesitaba avalar mi tesis de que el nacionalsocialismo se fundaba en verdades eternas: “Die Ideologie der NationalSocialistische Deutsche

Arbeiterpartei ist ein Glaubensbekenntis".

Desde mis adentros escuchaba la voz que me decía que la severidad metodológica y el atesoramiento doctrinal insubordinarían mi voluntad contra el caos de Weimar. Mi apreciación no estaba errada, lo pronosticado se consumó. Cuando somos capaces de enmendar nuestras falencias ninguna vez se yerra. Me enfoqué en mis propósitos. La gimnasia, el aprendizaje de las armas blancas y de fuego y la comprensión de una ideología maciza y pulida me proporcionaron el energizante que, hasta el día de hoy, alimenta mis convicciones y enardece el deseo de continuar aún con vida. Me suicidaría si se desaparecieran mi mundo de ideas y la utopía nacionalista. Con orgullo digo que me he convertido en peón de la ideología verdadera.

Cuando recibí por primera vez la orden de pleitear con las manos atiné que el discurso podía llegar a ser un arma inocua si no era refrendado por los puños. Aprecié que la disposición al combate y al riesgo constituían herramientas imprescindibles para que se entendiera que los nacionalsocialistas hablábamos con el mandato de la verdad. Los rituales violentos deslindan los límites entre el vencido y el vencedor.

Partía del supuesto de que mi tenacidad y lealtad agrandarían la chance de convertirme en una pieza clave en el esquema del nacionalsocialismo. Mi adhesión al partido nunca estuvo dividida entre mi lealtad al credo partidario o a mis promiscuidades políticas. Los placeres y las vanidades me susurraban, pero estaba convencido de la causa. Tenía ambiciones, era ambicioso e intuía que, así como el Führer había arriesgado su vida, su honra y libertad, en el intento de golpe de Estado el 8 de noviembre de 1923, ni yo ni nadie se exceptuaría de la obligación de jugarse el todo por el todo por el socialismo obrero y nacionalista. Abracé el nacionalsocialismo sin la ruin intención de sacarle partido a la política. Siempre supe que al izar las banderas nacionalistas iba a adentrarme en la desconfianza que acarrea vivir en el peligro. Interpelaba la lúgubre visión del hombre que flaqueaba en el peligro. Vivir peligrosamente representaba vivir en la estepa, en la soledad. Voluntariamente, había optado a que la muerte me asechara por el resto de mis días. El lobo sale de su guarida para ir a matar.

Deseaba ser un gran hombre y, entendía que, en la vida de un gran hombre no hay azar, sino destino amado. Uno mismo lo construye y lo ama en las buenas y en las malas. Me ensayé para absorber y repartir, propinar y merecer la violencia inherente a los valores superlativos. El individuo deseoso de elevación reaccionará ante la intimidación. El valiente muere en el duelo, pero la amenaza no lo apresará. Solo al hombre dispuesto a jugarse la vida se lo temerá, obedecerá y admirará. Desarrollé agresividad, entrenaba en la sensación de asesinar, herir, ser herido e incluso de que me asesinaran. Buscaba situaciones peligrosas que excitaran la adrenalina. Mi cuerpo era el recipiente de algo indomesticable que crecía para deslizarse de dentro hacia afuera de mí. Comencé a degustar el inimitable sabor que no se encuentra más que en uno mismo. Abrí las puertas de gozarme a mí mismo en la captura de las metas. Se hizo mía la costumbre de que el riesgo me rozara, tensara y templara. La violencia había llegado a mi vida para quedarse. El lobo que dormía en mí bostezó su mañana.

Los nacionalsocialistas poseíamos un sentido de justicia que estaba más allá de toda apelación. Más allá de la resistencia que nos oponían habíamos decidido tomar el poder. En ninguna situación calcábamos opiniones ajenas, teníamos ideología y método. Veíamos nuestra inserción, en el panorama político, en un momento de inflexión histórica. El guion había sido elaborado y prescribía que había que dotar de violencia al lenguaje político. Un día me obsequiaron una porra y un cuchillo que, en el mango, tenía estampada la cruz gamada. La posesión de las armas terminó de dotarme del coraje que aún me hacía falta. Confié en mí mismo. Adquirí la táctica de que quien pegaba primero pegaba doble, a este proceder lo denominé defensa preventiva. Asimilé que la golpiza súbita, estruendosa, desmedida y frenética asustaba al destinatario y a los testigos. Sorprendí a mis superiores, no entendían cómo un talentoso para las letras y la historia podía imponerse a puñetazos.

En el sentido amplificado del término he sido una doble naturaleza, siempre ondeé entre las letras y la acción. De más está decir que con elegancia lucía las preseas y el brazalete con los colores fulgurosos y la magnética esvástica. Ni aun en los inicios, cuando caminaba solo por las calles y las plazas públicas, no me apreciaba avergonzado,

recriminado o amilanado por las bravuconerías de los enemigos. Estaba obsesionado en encarnar al militante inexpugnable e irreducible. Todo brillaba en mí. Nunca tuve un andar ambivalente. Caminaba orgulloso, erguido, con pasos largos y mirada escrutadora. Proyectaba la imagen de la pulcritud: correctamente peinado y rasurado, la dentadura blanca sin sombras de sarro, mis manos eran gruesas y las uñas siempre limpias y bien cortadas, los zapatos lustrados, la camisa sin arrugas y los pantalones planchados. Mi prestancia delataba mis ambiciones y mi sentido de la obediencia.

Mi cuerpo me daba una base sólida, me puse a repartir palos. Después de la primera batalla campal comprendí que mis golpes podían ser iracundos y letales. Al finalizar una golpiza, una quemazón de libros o la destrucción de una instalación judía irrumpía el tibio halago del deber cumplido. Valoraba el descanso reparador como una justa indemnización al desgaste corporal. He de aceptar que el rito de la violencia excitó y zarandeó mis orgásmicos deseos. Mis instintos se decantaron por los hechos con los cuales podía medir mis fuerzas, me aficioné a los certámenes violentos. Me sobraban las ganas y en la medida que me iba volviendo ducho en aplicar golpizas, comencé a saborear la supremacía del vencedor. Me deleitaba la delgadez de los huesos rotos, la hondura de los cráneos partidos, las huellas en los cuerpos magullados y las lentitudes de la respiración jadeante y vacilante. Los cuerpos agonizantes o semimuertos del enemigo testimoniaban la profilaxis y el efecto purificador de la ferocidad. Los hechos de violencia comenzaron a consumir mi imaginación. Noté que, a más de apuntalar el carácter, me domeñaban las ganas de infringir daño físico y moral. Distinguí que para ser eficaz no bastaba solo con el carácter, sino que se requería de las ansias patibularias.

Una pulsión interior, que residía en mí, enardecía mis venas y agitaba mi sangre. Las fricciones me ilustraron que, para algunos hombres, matar era un hecho expedito y sin preludios burocráticos y, para otros, un trámite vomitivo. Estos últimos se reúnen en la franja de los timoratos, quiero decir: aquellos que temen jalar el gatillo por temor a fastidiar a Dios. Pertenecía al grupo que testimoniaba la ferocidad en el uso desmedido de la violencia. Incluso, me ha extasiado la violencia por la violencia misma. Una estocada en la

carótida, un disparo en la frente, un fusilamiento a mansalva, una fosa en común, un bombardeo provocador de una pira funeraria los paladeaba desde una vista apocalíptica. Al inicio creía que la aplicación del terrorismo se justificaba como un fin escatológico, acumulando experiencia he avizorado que se trataba de una fórmula sumaria de la depuración biológica.

Mi identidad se forjó en un ambiente en el cual la puja por el poder era tan agonal y radical que, en un santiamén, se disipaban los canales del diálogo sereno y conducente. Las voluntades no se apaciguaban y las heridas no se podían cauterizar. Los disturbios y el agnosticismo patrio eran componentes constitutivos de la realidad. Las meretrices, los lascivos, los agiotistas, los comunistas y la judería tenían la sartén por el mango. La política se había convertido en una actividad circense con actores de baja estofa. ¡¿Había o no que poner un punto final a tanta perversión y a la endémica corrupción?!

Todos caldeábamos la política en la República de Weimar. Nadie quería renunciar al discurso cáustico y desarmar los ánimos, no éramos solo nosotros los que preferíamos la fuerza a la razón. ¡¿Cuántas veces se observaban soldados y policías encasquetados, armados hasta los dientes repeliendo los enfrentamientos callejeros que eran el pan de cada día?! Ningún protagonista estaba dispuesto a desistir de la brutalidad. No había quién no quisiese sepultar la república con la que ninguno congeniaba. La república era antipática de por sí y por su matrimonio con el envilecido tratado la hacía más repulsiva. Hubo intentonas golpistas para todos los gustos y los signos ideológicos. El menú que los espartaquistas brindaban era desdeñable y amenazaba el progreso económico y la armonía social. Socavaban el orden económico y pretendían abolir las fronteras. Los bolcheviques querían abolir las fronteras y ceder Alemania al comunismo eslavo.

Esta era la situación en la que nos hallábamos los alemanes. Las circunstancias prescribían que se necesitaba del hombre irreprochable, casto, inflexible, implacable con los enemigos y riguroso con los suyos. No buscábamos al mesías, el mesianismo era una invención judaica y bíblica. La situación convocaba al hombre que tuviera carácter y las ganas de hacer lo que era impostergable que se haga. El pueblo apuraba el restablecimiento del orden, denunciar el tratado canallesco,

suprimir el desasosiego, acabar con la polarización, enmudecer las peroratas y los altercados parlamentarios que habían convertido al Reichstag en un chiquero en donde los porcinos se mostraban los dientes y pleiteaban por las sobras de los platos de lentejas. El Führer nos convocó a que nos congregáramos en defensa de los valores eternos. Las izquierdas, los católicos, los liberales y los judíos se enlazaban para delinquir y saquear las arcas del Estado. Enumero estas circunstancias con prístina prosapia. Dios nos ha dado la lengua para decir cosas amables a nuestros amigos y duras verdades a los enemigos.

Nosotros queríamos redimir a nuestra nación, salvaguardar nuestra cultura y limpiar las impurezas de la sangre. Ellos decretaron las hostilidades y nosotros salimos de nuestros hogares. Desertamos de la indiferencia, anhelábamos la recuperación del orgullo nacional. Les demostramos que habían escogido el camino equivocado y que se iban a topar con nosotros. Estaban errados, no supieron ponderar la furia y la ira que desataron. Nunca se imaginaron que el orgullo de una nación, que no se puso de rodillas, no se pisoteaba dos veces.

18. Misceláneas de la juventud

Una máxima ha guiado mis actos: quien deserta del devenir vacía a su ser. Me propuse combatir a capa y espada por mis ideales. Nací y crecí en Berlín, la ciudad en donde perduraban los aires imperiales, se reseñaba la grandeza Federico II, se observaban las grecas del presente y flameaba la insignia de la reivindicación nacional. En la capital, con la impunidad que otorgaban la nebulosa y el desconcierto, proliferaban el odio y el resentimiento socialista, la perfidia judía y el esnobismo intelectual. En esta atmósfera de putas y cabaret descifraría que los hábitos sodomizados ventilaban el aire mortuorio, anestesiaban la memoria histórica, emancipaban la inmoralidad y restringían el orden público.

Me propuse no ser una persona desastrada. Ya expliqué que con las prostitutas la pasaba distendido, me hacían compañía y prodigaban mi calma. Para mí la práctica sexual ha sido pendular: pasaba del frenesí a la ternura cómplice. El sexo descomprimía mis emociones, relajaba mis nervios, me trasladaba a un estadio de contemplación e inercia. Al terminar de eyacular, mi cuerpo quedaba extenuado y por unos minutos me olvidaba de las tensiones. El coito tenía efectos terapéuticos, la descarga me alivianaba y aliviaba. Mi perfil nunca fue el de un disoluto, putañero o promiscuo. Nunca participé de una orgía o de alguna ceremonia lasciva con terceros. Me negaba a triangular los actos sexuales, así se tratara de dos hombres con una mujer o dos hembras conmigo. Tampoco me dominaba la tentación de sodomizar a mis mujeres. Permitía que me sobaran pues eso me descontracturaba. Toda la vida he sido un conservador, solo con una hembra a la vez.

Siempre he pensado que nunca tendí a profanar las relaciones sexuales, las secuelas del puritanismo luterano me lo han impedido. A pesar de que la política oficial favorecía la liberalidad sexual para el aumento de la procreación aria, mis inclinaciones sexuales pasaban por el filtro de la moral convencional, por eso disfrutaba de la compañía de mis chicas, pero no las miraba como amantes, las tomaba como lo que eran, simplemente mujeres de vida fácil, mujeres para el momento. Cualquiera se puede enamorar en tiempos coléricos de una mujer que contrapresta con sexo la recompensa del dinero. Incluso en esas intimidades tan subjetivas mis petrificados principios no claudicaban ni cedían a la tentación. La manía de las formas puras moldeó mi apetito carnal. Cuando visitaba un prostíbulo, lo hacía en solitario. Mis familiares, los camaradas y, menos aún, mis superiores no debían siquiera imaginar que era un adicto y asiduo visitante de los sitios en los que se contrataban fugaces servicios lascivos.

Me ha tocado actuar con cautela e imprudencia. Los valientes clasifican los peligros con escrúpulos que adecentan las costumbres. Si se piensa en demasía en el peligro y los daños colaterales, no se acerca uno al borde de las cosas. Cuando daba órdenes siempre he sido considerado y cuando integraba la base de la pirámide como soldado raso he sabido ser obediente. He sido una persona que se ha dado pocas licencias, encaminé la existencia a la realización de mis ideales. En paralelo, concebí un proyecto personal de ascenso eslabonado y fundado en el sacrificio personal y el mérito. Detestaba la imagen del arribista y la del sujeto acomodaticio y carente de convicciones. Nunca fui un sembrador de intrigas o un propiciador de inquinas. No me ilusionaba ganar o conquistar una posición con fraude. La vida es lucha y la política un certamen gladiatorio por el poder. El soborno es la astucia de quienes no se pueden valer por sus propios medios. Compacté y cohesioné mi existencia como una falange espartana, me movía de un flanco al otro. Enmarcaba mi proceder en una estrategia que no admitía el serpenteo. Me han propinado derrotas, pero en ocasiones caté el galardón del triunfo. Muchos vencimientos ocasionaron la reflexión y muchas victorias instaron la temeridad. Obtenía el objetivo, me comportaba coherente y consecuente con las metas. Soy un idealista, esto ha significado que jamás puse en tela de

juicio los quilates de la ideología nacionalsocialista. Era enfático, la historia nutría mis pensamientos. Aunque pensara que el mundo de afuera era más grande que lo que tenía en la cabeza, siempre he ameritado que se debe suplicar por las ideas congénitas, estas se oxigenan en la castidad de los sentimientos. Mis ideales eran innatos, nací con el ideal de amor a la patria y detestar a sus enemigos.

El ánimo que piensa en lo que puede dañarle empieza a temer en lo que empieza a pensar. Nunca sufrí la incordia de la duda. Mi compromiso con Alemania no ha sido un rasgo quebradizo y ornamental de mi psicología. Nacemos con lo congénito: el pasado y el futuro. Antes de nacer ya hemos sido lo que seremos y moriremos como hemos vivido. El último instante revela el sueño de la vida.

En mí germinó el nacionalismo cuando precluyó la concepción de la igualdad. He incorporado que la virtud nacionalista aprendida a través de hechos aleatorios padecía de la deshonestidad del presente. La inmediatez corrompe las ideas. El nacionalismo es pensamiento y pasión que no se corroe. En última, la historia no es más que el tesón y el fruto de las ideas que reverberan en las pasiones. Cuando las utopías purificadoras arroban las voluntades, el misticismo purga el medio de libertinajes. La personificación y el desarrollo de los pensamientos determinarán los movimientos sísmicos y abismáticos de la realidad.

Ya pasados los dieciséis años, en contra de las indicaciones de mis padres, me incorporé a la Hitlerjugend. En ese entonces la organización juvenil del partido estaba supervisada por la SA —Sturmabteilung—. Estas tropas de asalto tenían a su cargo la protección personal del Führer y precautelaban por la seguridad y el orden en las manifestaciones y celebraciones del partido. Antes de continuar referiré que la SA, al inicio del periodo de la república, hacía el trabajo sucio y operaba bajo las órdenes de los socialistas. Eran receptores y ejecutores de las órdenes de asesinar comunistas, las instrucciones eran efectuadas por mandato del gobierno socialista. Mis padres quisieron persuadirme de que no militara en estas organizaciones. Veían con malos ojos mi proximidad al partido. Nuestra relación se agrió cuando comprobaron que estaba dispuesto a vivir y morir por mis ideales. Empezaron con nuevas imposiciones disciplinarias y enunciaron un recetario de prohibiciones.

Cuestionaban que me uniformara y que no respetara los horarios de la casa. Persistentemente pensaron que representaba un prodigio de conocimientos, pero en la medida en que les daba a conocer mis neófitos razonamientos, deducían que la lectura me había infectado de rabiosas y peligrosas ideas. Incluso se atrevieron a prohibirme que no exclamara de memoria y en voz alta las consignas de *Mein Kampf*.

Una tarde, cuando me ataviaba con la indumentaria de faena, mi madre ordenó que me desvistiera y señaló que esa tarde no obtendría el permiso para salir a patrullar las calles. En pocas palabras querían que desistiera de mis obligaciones partidarias. La actitud me tomó de sorpresa, pero igual que siempre, el imprevisto nunca me encontró desprevenido. Reaccioné, obligado por la inmediatez de las circunstancias, en forma recia, rústica e insolente. Les insinué que haría público que vedaban mi participación en los campamentos juveniles y que me forzaban a que me convirtiera en un desertor de la causa nacionalsocialista. La obstinación que me poseía no era la expresión de un antojo o capricho juvenil, sino todo lo contrario, era la constatación de que mi virginal ideario se alimentaba del ardor telúrico y del alma de la única raza imperecedera. En otra ocasión en que hablé con mis progenitores sobre mis preferencias políticas, les expuse el esbozo de cómo debería discurrir mi carrera política y profesional.

Como en un confesionario, confesé mis planes e intenciones. Mis padres pusieron el grito en el cielo, me espetaron que todavía era un inmaduro y que acababa de abandonar los pantalones cortos. Añadieron que no entendían que una persona que tenía todo para ser feliz en la vida, so pretexto del fervor patrio, se involucrara, voluntariamente, en una jauría de perros. Me interpelaron. ¡¿Por qué escogía el camino lleno de los sinsabores y desagradecimientos?! ¡¿Por qué urdía un plan de vida sin contemplar la felicidad marital?! Mis padres querían evitarme lo que a mi entender era inevitable: el dolor. Para ellos era inadmisible una vida sin matices, la propuesta de desvivirme por el partido y la causa nacionalista les parecía una sinrazón. A decir verdad, creían que Hitler se convertiría en el catalizador de la próxima contienda y que Alemania la volvería a perder. Consideraban que la pugna por adquirir situaciones de

predominio y lustre político era nauseabunda, así como adicionaban inmoralidad, conjuras, ingratitudes y chabacanerías. Capté que no podía permanecer callado, mi silencio sería interpretado como un aval al orden establecido. Preferí no ofender y respetar la jerarquía, siempre he sido propenso a respetar la verticalidad, por eso no les dije que sus opiniones no reunían merito suficiente para ser tomadas como sandeces. Ahora bien, callado no me iba a quedar. No replicaría la conducta de mi hermano que doblegaba el lomo con tal de no recibir una reprimenda. La cerrazón de mis progenitores la catalogué de filisteísmo ramplón y parroquial. Me sentí compelido a hablar y dejar constancia de mis opiniones como quien solicita labrar acta para precautelarse de los ecos del futuro. Evalué, para mis adentros, que estos puntos de vista espejaban el preludio, antes de ser consumidos por el fuego crepitante y fatigado.

Retomé la iniciativa y retruqué con voz que ecualizaba mi carácter. Dejé claro que mis convicciones eran sólidas y honestas, que juzgaba a los hombres con talento y los sucesos con sangre fría. Me esmeré en mencionar datos de la historia universal y desplegué los juicios que integraban el repertorio de la filosofía de la historia. El corolario de mis reflexiones fue contundente: el devenir de los pueblos fluctuaba entre el drama y la comedia. El civilizar solo era posible a base de sangre y fuego. La sangre regenera las sociedades. Finalmente, como queriendo acentuar la dureza y la voracidad de las cruzadas civilizadoras, cosa veraz y nunca bastante y fidedignamente abonada, acoté que la cruz iba de la mano con la espada y que la razón pulió el filo de la guillotina. Fue menester que enfatizara que, si las fronteras no están deslindadas y persiste la necesidad del espacio vital, los equilibrios entre las naciones serán siempre inestables. Les tomó de sorpresa la sutileza de los argumentos que esgrimí, la enfática adhesión al romanticismo y el vaticinio de que Alemania era nervio tenaz, pensamiento emancipador y belleza inacabada. Al finalizar mi intervención percibí que apreciaron que mis palabras iban en serio. Les produjo vértigo la confirmación de que su hijo, el dotado de cualidades originales, era un nacionalsocialista confeso y convencido. Alguien que precozmente halló su camino a Damasco y decretó combatir por sus ideales. Con su actitud manifestaban que eran

alérgicos al nacionalismo de los trabajadores. Habrán evaluado que el primogénito se había convertido en un dogmático vital. En un lector atorado por textos heréticos y guiado por la alucinación de quien, en la ciega fe, hallaba la justificación de lo injustificable.

Estábamos en la sala compartiendo la espinosa conversación. Mi padre se sentó en un sillón bordó que ladeaba el sofá. Erguía y apoyaba la espalda en el respaldo, descansaba las manos en el reposa brazos y, de los nervios, movía las piernas haciendo que las rodillas se tocaran. Sin previo aviso, se incorporó y se dirigió a la cocina a beber un vaso de agua. Con esta acción pretendía aflojar la tensión nerviosa y evitar salirse de sus casillas. Parecía persuadirse de que, con levantar la voz, rezongar o imprecar no se enmendaban las incorrecciones. Era un hombre reposado que se pensaba las cosas dos veces. Poseía el arte y la sabiduría de ponerles paños fríos a las situaciones candentes. La educación sentimental que mamó lo vedaba para exteriorizar sus disgustos. Por eso no reaccionaba, por eso al volver, sin alterar los modales, se ubicó en el mismo sitio. No deseaba, parado, dirigirme la palabra. Nunca fungió de padre autoritario. Para ser alemán, educado en la época del káiser, representaba una mezcla rara de ternura y aplomo, era un propiciador del entendimiento a través del diálogo. Buscaba que sus hijos no le tuvieran miedo. Muchas veces he pensado que su candor sirvió de prenda al perfilamiento porfiado de mi psicología. A través de la imagen de mi papá homologué que para los hombres era más necesario el carácter que el talento.

Los comentarios que esa tarde salieron de mi boca lo trasladaron a una situación para la que él no estaba preparado. Había peleado del 14 al 18, combatió cuerpo a cuerpo, apuñaló, disparó y arrojó granadas desde las trincheras, pero nunca se aleccionó en el odio al enemigo. Mi padre quería instruirme a vivir sin el más humano de los sentimientos: el odio. La guerra había consolidado en él un sentimiento compasivo de la existencia. Procuraba persuadirme de que si el fin de las cosas era el final de ellas, no habría remedio para el conflicto humano. Lo dominaba el peregrino propósito de hacerme entrar en razón. Contaminar de humanismo mi veraz versión lobuna de los hombres y sus circunstancias. Quería instarme a que desertara de mis ideales, declinara del pangermanismo y abandonara la avidez carnívora del

enemigo. Hablaba para convencerme de que no me comprometiera con tanta vehemencia, que sopesara mi juventud, que no me involucrara en hechos de sangre. Antes de comunicarme la decisión reflexionó que la filantropía puede ser bálsamo que no restaña todas las heridas, pero que al menos no poseía la letalidad de la misantropía. Después de darme a conocer la escala de valores entre lo que significaba el bien y el mal, volvieron a negarme la autorización.

Me enervé. El diálogo se encarajinó y comencé a reponer sus interrogantes con firmeza y sorna. Estaba cometiendo un desplante a la autoridad de mis padres. No me juzgué juzgado, no los apreciaba como miembro de un tribunal o como fiscales acusadores. Es más, consideré inmisericorde y miope que a través mío juzgaran u omitieran juzgar la humillación a la que estábamos sometidos. Me resultaba insólito y sesgado que considerara que mi destino individual se ubicara a la par o por encima del Volksgemeinschaft.

Mis padres eran derrotados por la factibilidad de la muerte, me parecía una forma borrega de renuncia a la vida peligrosa. Para ellos debía ceñir mi existencia a la geometría de lo predecible. Comprendí que se trataba de dos seres humanos que recelaban por la suerte de sus hijos. En esa ocasión aprendí que cuando el contrincante está dominado por el miedo o la indolencia lo que correspondía era intimidarlo, ponerlo contra las cuerdas, de espalda contra la pared o acorralarlo en una esquina. Debía hacer que comprendieran que la mudanza era inminente. El lobo presiente a quién tiene enfrente, sabe si su contendor lo desafiará, se amedrentará, abominará y plantará batalla. El lobo observará con mirada gélida e intimidatoria. Olfateará el miedo del contrario y lo intimará para que se paralice. La táctica es simple y responde al mandato de hacer caso omiso al instinto de sobrevivencia. De ahí que hay que implantar en la imaginación del pávido que lo peor está a punto de ocurrir. El dominio sobre otras personas es psicológico, hay que empequeñecer al del frente y a los vecinos. Pensé en estas conjeturas puesto que consideraba que sería un fracaso que mis instintos feroces fueran arredrados por el instinto de rebaño. Por primera vez capté que para subordinar otra ambición había que horadar su dignidad.

En esa oportunidad actué de forma altanera y tomé la primera

decisión temeraria de mi vida, no tuve en cuenta las consecuencias de las expresiones que profería. Me planté y ejercí sobre ellos una suerte de extorsión. Ostenté una fuerza que, hasta entonces, no sabía que poseía. Me despaché contra ellos y contra los verdugos y felones de Alemania. Los equiparé a la misma mierda humana, a los cuervos que se alimentan de las excrecencias, de las entrañas de Alemania. Espeté que estar en contra de mis planes e ideas equivalía a formar filas con los enemigos. Tolerar el orden de cosas, el maldito tratado, significaba refrendar el decreto que nos oprobiaba. Que nosotros, los alemanes, debíamos enmendar la injusticia cometida contra nuestro pueblo, no podíamos esperar que otras hagan justicia por nosotros cuando no teníamos el coraje y la dignidad de retaliar con nuestras propias manos. Mis progenitores se quedaron patitiesos, mis comentarios les heló el corazón. No esperaban una respuesta tan determinante y definitiva, sintieron que mi posición era irreversible. No iba a desandar lo andado. Percibieron que no estaba apercibiendo, sino que amenazaba. Reconocieron que obraría así el resto de mis días, de acuerdo con mis creencias y compromisos. A pesar de mi precocidad no daba vueltas, iba al meollo de las cuestiones. Desde pequeño se despuntaba en mí una personalidad visceral, peleadora y testaruda. Además, jugaba con una ventaja a mi favor, sabía que mi padre era incapaz de propinarme una paliza o de alzarme la voz. Mi progenitor era un fuerte que usurpó el derecho a ejercer la debilidad. No era un ser de grandes definiciones ni estaba hecho para tiempos convulsos. Tenía la bravura para apagar un incendio, pero no el impulso para provocarlo. La guerra lo había castrado, en lo moral lo fatigó. Lo importunaba la belicosidad e invocar la guerra. Me imaginaba lo peliagudo que tuvo que haber sido para él matar en defensa propia y por precaución. Me atrapaba la curiosidad de comprender cómo un hombre tan bueno podía matar a otro hombre. Todas las veces que lo sometía a mis interrogatorios sobre qué sentía en el campo de batalla nunca me respondía.

En otra oportunidad quise profundizar con mi padre sobre los sentimientos asesinos que extasían la conducta humana. Le hice dos preguntas: si se podía en el campo de batalla omitir el instinto de sobrevivencia y si se sentía satisfacción al eliminar un enemigo.

Deseaba corroborar que el alma se constituía de nobleza y excrecencia, que el altruismo era la cara contraria de la sordidez, la benevolencia de la crueldad y la dadivosidad de la avaricia. De niño ya necesitaba dilucidar cuáles eran las emociones que hacían que el corazón se ensanchara y latiera más de prisa. ¿Qué situaciones aceleraban la fluidez del ritmo sanguíneo? Me preguntaba. ¿Por qué la pulsión ardiente extiende el brazo de la mano asesina? ¿Por qué el alma se alegra con la muerte del repudiado? ¿Por qué me recompensa el perjuicio de mi acreedor? Mirando, en retrospectiva, recuerdo que pregunté a mi padre si había matado algún enemigo. La respuesta fue imprecisa y vaga, no me dijo sí o no. Me pareció un acto de timidez y falsa humildad. Cuando se combate por la sobrevivencia no puede existir en la consciencia espacio para el remordimiento. Quien ha matado a un enemigo en plena confrontación lo asiste el derecho de jactarse y de hacer gala del mérito de haber quedado con vida, de haber sido más fuerte o que la suerte lo acompañara. La ambivalencia de la riña definirá quién matará y quién morirá. La lucha cuerpo a cuerpo es entre desiguales, pero en igualdad de condiciones. Estoy en condiciones de asegurar que mi padre asesinó en defensa propia o integró una escuadra de fusileros en cumplimiento de una orden.

Mi padre guardó un silencio prolongado. Retomé la iniciativa e insistí en que se confesara conmigo, le cuestioné del porqué no asumía, ante su descendiente y heredero, su estatus de héroe. Rompió su mutismo, me observó como si su hijo fuera un intruso. No me inhibió, pero me incomodó su actitud reacia y fastidiada. Respondió sin rodeos o dobleces. Increpó mi curiosidad, que la denominó “morbosidad”. Revalidó que había luchado en una guerra estúpida; que nunca se justificaría la cantidad de muertos debido al empecinamiento de grupúsculos que saboreaban los privilegios del poder. Que lamentaba las muertes de tantos franceses e ingleses, que los pueblos eran todos iguales, que los que dividían y difundían prejuicios eran las élites avaras y codiciosas. Que quien ha matado en la guerra no pretende esculpir su nombre en bronce, asesinar a otro era asesinar una parte de uno mismo. El sobreviviente debe dar las gracias de continuar viviendo, pero no para festejar haber matado a otro ser humano, ese otro era alguien igual que uno, que tenía la

aspiración de esposar una mujer, formar familia y educar a sus hijos. Sugirió que los divulgadores de las guerras ensillarán los caballos y que ellos solos cabalgarán y traspasarán el umbral del apocalipsis. La respuesta me desazonó y me hizo sospechar que a él lo aterrorizaba tener que volver a matar. Lo entendí sin justificarlo, la conversación se convirtió en una pesadilla para él. Como dije, mis progenitores tenían el defecto de ser más buenos que el pan.

19. Forjando el carácter como fundamento de la ambición

Alucinaba con el solo hecho de pensar que participaría con los camaradas en las jornadas de adoctrinamiento. Todos los que militábamos en la Hitlerjugend éramos jóvenes idealistas dispuestos a entregar la vida por los principios. Nos preparábamos para punir a los enemigos. Fuimos adiestrados en la filosofía de que el pánico encarecía el esfuerzo, el objetivo del adiestramiento se dirigía a templarnos. Nos desinfectaban de las flaquezas, la preparación se orientaba a valorarnos capaces de revertir cualquier tipo de vacilación. No nos amedrentaba ningún miedo identificable o angustia inidentificable. La felicidad era pletórica, el hecho de no estar subordinados a los lazos familiares y no depender de nadie llenaba nuestros corazones con desbordante e impasible ardor. Sabíamos que llegaría el día en que veríamos los estandartes enemigos agrupados en nuestra contra. Era como si oyéramos el ruido de las espadas, el golpe de las lanzas sobre los escudos y el tumulto de los gritos agónicos de las bravuconadas de los que iban a morir. La serpiente esconde el mito y el convencido expone su fe. Nos disponíamos a hacer de la sangre el pacto de unión y el gravamen de la victoria.

Buscábamos el desarrollo de la personalidad como un fenómeno grupal. No había fortalecimiento individual fuera del grupo. Nos manteníamos atentos y receptivos con los esfuerzos que implicaban el elevamiento grupal y la pureza de la raza. Reinaba el compañerismo, el culto a lo germano y el deseo de arrancar fuerzas de nuestro pasado. La camaradería se había convertido en nuestro esquema de

cooperación. Queríamos establecer el nexo intraario y la comunión entre la cultura y la naturaleza. Percibíamos que en la superioridad de la raza aria se incrementaban las posibilidades de dignificar a la Volksgemeinschaft. El sentimiento de aunarse graníticamente en una sola voluntad, de ser miembros igualitarios de la misma colectividad, incitaba la emoción profunda ante la cual el egoísmo desaparece como las hojas secas se escurren extraviadas al soplo del viento. La idea del Volktum nos remitía a la consciencia de un pueblo que compartía la misma sangre, el mismo espíritu y linaje. El pangermanismo se fundaba en la aberración de que millones de alemanes vivían más allá de las fronteras del Reich. El reconocimiento de pertenencia a la misma raza ejercía una fuerza magnética que nos forzaba a integrar a los millones de compatriotas que habitaban allende el terruño patrio. La incorporación y la anexión eran el resultado esperado de un pueblo separado por contingencias bélicas y la demarcación de fronteras artificiales.

Recibíamos entrenamiento militar y la enseñanza para el fiel cumplimiento de la ideología. Para los participantes en los campamentos de la juventud hitleriana imperaba el mandato de que la ambición individual se sometiera a la disciplina de la grey. Nos fidelizaban en la lealtad al Führer y en la obligación de martirizarnos por designio germano. El concepto de compañerismo indicaba que en la unidad sin fisura y en la homogeneidad sin matices residía nuestro potencial: “Das Volk soll anfangen, einheitlich zu denken, einheitlich zu reagieren”. El comportamiento del pueblo debía ser único y una unidad de ideas nos guiaría. Asimilábamos la obediencia a la ideología nacionalsocialista, hacíamos un acto de fe del nacionalismo y compartíamos el compañerismo. Trabajábamos la hombría, la familiaridad, la confianza y, al aire libre, realizábamos actividades físicas. Pretendíamos la perfección del cuerpo y la formación del carácter: desarrollo de la fuerza de voluntad y de la capacidad de decisión, del gusto por la responsabilidad y el riesgo. Por encima de las asperezas y privaciones estaba predeterminada la épica, celebrábamos el valor, el advenimiento del futuro y la lealtad. Provocaba plenitud sentirse pertenecer a una instancia que era superior a uno mismo. La obstinación nos indicaba que no existía

acerado obstáculo que no pudiéramos curvar.

Con docilidad nos vinculábamos con la naturaleza. Éramos hipnotizados por un panteísmo en el que el alma persistía en la neblina azul, la lágrima en la aspereza de la roca, el verde en las hojas caídas, la brisa tibia en la oscuridad de la noche y la castidad de la luna en la incandescencia del infinito. Las ambiciosas montañas, los valles silentes y el caudal de los afluentes inspiraban imágenes auditivas, melodías que acariciaban la luz para que lo solemne se ladeara ante el titubeante sollozar del comienzo. Es la vivencia más sublime y colosal que he vivido: sentir que yo soy una dimensión de lo grupal. Comprendía que era una molécula en la enormidad oceánica. Presentíamos que al formarnos como devotos de la causa nacionalista nos convertíamos en forjadores del futuro.

Desde que me incorporé a la Hitlerjugend vivía en paralelo dos realidades: la convencional y, en simultáneo, la vida del partido. Mis padres claudicaron y a regañadientes aceptaron la decisión. Asumí el compromiso político sin descuidar mis estudios. La militancia no me distanció de los libros. Deseaba convertirme en un cuadro partidario apto para el fragor del combate y preparado para las responsabilidades más sensibles del Estado. El afán de servir al partido me envolvía en un entusiasmo febril. Cifraba que, para salir airoso de la crisis, el Führer recurriría y delegaría responsabilidades en las personas que reunieran aptitud y poseyeran actitud. Atravesábamos una situación que nos arruinaba como nación. La corrupción se había entronado en la política y se dilataba la construcción de un futuro promisorio. Políticos inescrupulosos, impreparados y facciosos eran el origen de esta coyuntura. Habían dejado la esperanza afuera.

Alemania se sumergió en la crisis del 29, la debacle financiera truncaba la estabilidad económica y el bienestar de la población. Esta vez, no se trataba de la resaca de la humillación o de heridas que continuaban supurando. Cauterizar no es igual a cicatrizar. Sabíamos que el honor impediría que las heridas cicatricen, pero en esta oportunidad el hundimiento acontecía porque el barco no fue, oportunamente, calafateado. El capitalismo se sometió a su peor crisis, el utilitarismo de las ganancias pudo más que el dirigismo político de la economía. Las élites pudientes y avaras usufructuaban el poder ante

la abulia generalizada. Dirigentes turbios no abnegaban a sus intereses e hipotecaban la prosperidad del pueblo. ¡Los traidores convivían con nosotros, habitaban en el vecindario, cortejaban a nuestras mujeres, almacenaban la renta económica, manipulaban la oferta y la demanda, monetizaban las prestaciones médicas y se infiltraban en las academias! Las riendas del gobierno no las conducían individuos honestos. Alemania no era de los alemanes.

No hubo quien no reclamara la emergencia del redentor. Estábamos en el nadir, en lo más hondo, en un cloacal. Debíamos mirar al cielo, escalar a la cúspide del atalaya, elevarnos al cenit. Alemania tenía que ser salvada, absuelta y… los mercaderes… ¡a cadenazos echados del templo! No queríamos un Moisés ni tampoco un fulano que nos allanara el camino a la tierra prometida. El mesías significaba la esperanza para los inferiores que se consideraban el pueblo elegido. Nosotros éramos los arios descendientes de las tribus nórdicas. Necesitábamos un Führer que nos guiara para apoderarnos de lo nuestro y nos impulsara a conquistar nuestro destino. Había que despojar nuestra identidad de las manos volátiles que amasaban en el barro de lo perecedero y expoliaban en el polvo de lo perentorio. Sin reparar en ningún obstáculo teníamos que empecinarnos en ser quienes éramos. El alma de la raza debía resucitar en el seno de la sociedad. Si no nos asíamos de las riendas, acabaríamos como bufones de los titiriteros que movían los hilos oscuros de la servidumbre y la desdicha. ¿Quién se erigiría en nuestro hacedor? ¿Quién orientaría la brújula hacia el norte?

La pusilanimidad de los políticos y la precariedad del momento imponían la figura que revirtiera a través de la poesía de la acción la poquedad del escenario social. La decadencia se reseñaba en la totalidad del ambiente sociopolítico. Las circunstancias urgían liderazgo, definición, ejecutividad, contundencia y valentía. Urgía alguien que señalara el camino, trazara un norte, reconstituyera la confianza y la autoestima germana. La masa debía reconocer en el Hitler la levadura de la raza.

El asomarse al vértice hizo que muchos cambiaran sus puntos de vista. El paradigma del orden eclipsó a la anomia y la anarquía. También mis progenitores comenzaron a acariciar la idea de que

necesitábamos un salvador, alguien con la convicción y la valentía de arrancar el poder económico de las manos de los plutócratas, de los judíos, de los señores feudales, de aristócratas aporcelanados, de los terratenientes y de los enajenadores de la soberanía. A inicios de los años treinta, en lontananza, solo despuntaba la figura de Adolf Hitler. El Führer era el único que se perfilaba como el individuo con las agallas y la visión para sacarnos del lúgubre estancamiento. Los míos nunca quisieron al nacionalsocialismo, jamás se afiliaron o participaron en alguna concentración. Estoy tentado a creer que, aunque a mí nunca me lo confesaron, como la gran mayoría, consideraron a Hitler como la respuesta oportuna y necesaria para esa atmósfera sombría. Quizás deseaban un interregno para que los ánimos se apaciguaran y la cotidianidad volviera a su cauce natural. Para abandonar el infierno y alcanzar el paraíso era obligatorio atravesar el purgatorio. La circunstancia exigía del hombre fuerte que representara el arquetipo de la rectitud, de la frugalidad rústica y de la falta de apego a los intereses turbios. Se necesitaba un hombre con las manos limpias. Alguien que distribuyera las barajas y como Cincinato alejara la amenaza y luego que se eliminaran las intimidaciones, abandonara el poder y regresara al arado, a la existencia anónima y a sus menesteres. No entendían que la labor del Führer repercutiría por más de mil años, que no consistía en sortear las vallas de una época.

El país sucumbía en el caos y desfallecía en agnosticismo de la esperanza. El hombre fuerte y carismático era el único capaz de contrarrestar y curvar el espinazo de los atrincherados en las burocracias y en los estamentos económicos. Un deslumbrador que embelese, enfurezca y movilice a las mayorías. La masa es siempre amorfa, moldeable y pastosa, su espesura nunca se compacta. Alemania se hallaba postrada, en una situación crítica y crispada. Se necesitaba de quien la condujera, la amaestrara e hipnotizara como un encantador de serpientes. El momento demandaba de una voz histriónica, teatral y vindicativa, una voz irritada y ofendida que nos ordenara ¡alemanes, levántense y caminen, vamos a salir adelante! Está de más que subrayemos que los alemanes vitoreamos y rugimos como los lobos “Sieg Heil, Sieg Heil”. Sufragamos para que Hitler se transformara en el canciller del Dritte Reich. Desde el fracaso en

München sabíamos que el camino era el de las urnas y no el golpe de Estado. Los sindicatos, la juventud, las clases medias, el mundo de los empresarios debían estar convencidos de que la oferta nacionalsocialista era la única salvación. Por otra parte, los buenos alemanes siempre han preferido el orden a la libertad y la mano dura a las desganas.

20. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra

El mal vive en cada uno de nosotros. Esculpí la personalidad del hombre que soy. En cuanto a las dudas, he intentado resolverlas en mi interior y expresar únicamente los resultados. Me decanté a favor del carácter agreste, asumiendo los retos y en la asepsia ideológica. La cerrazón me indujo a combatir en ocasiones que no eran necesarias. He de consentir que ni siquiera de mis errores me arrepiento. Cuando se está en la desgracia se reconoce la naturaleza de los hombres. Mis tropiezos fueron de provecho para distinguir entre el amigo del oportunista. En mis camaradas pulsaban corazones embravecidos. En momentos aciagos los verdaderos cófrades no se apean de los ideales, ni adjuran de la solidaridad. Los años en la Hitlerjugend me sirvieron de escuela, he aprendido que la hermandad entre los camaradas acabó siendo más fuerte que los lazos de sangre. Nuestra organización juvenil se constituyó en una santa hermandad. Abandonamos el yo creo y lo reemplazamos por el yo lucho. La política y el compromiso con el pangermanismo eran cosa de fe, un dogma enaltecido en la resurrección de Alemania. Entre los camaradas primaba la vigencia grupal por sobre cualquier interés utilitarista o individualista. No tenía sitio entre nosotros los aventajados que actuaban solo para beneficiarse de las flaquezas de los vulnerables. Todos éramos iguales. Nadie podía invocar prerrogativas de nacimiento o de sangre. El abolengo no influenciaba en la distribución de las faenas diarias. Daba igual el origen, el dialecto o la región de donde proveníamos. Tanto el hijo de familia adinerada como el de familia proletaria limpiaban las

letrinas y realizaba las tareas de enfermería y cocina. A los que sobresalían por sus fortalezas se los gravaba con las responsabilidades de mayor envergadura. La selección era automática, los talentosos habían nacido para guiar y los menos para obedecer. Era el mérito y no el dinero o la sangre el factor determinante. La armonía era perfecta: cada quien sabía situarse en el lugar que le correspondía. Los que menos podían recibían igual que los que más entregaban.

En el infortunio se comparte la verdad del dolor. Estoy donde estoy gracias a mis camaradas que facilitaron que me escabullera de la persecución de los aliados. La magnanimidad encontró su límite en la amenaza comunista. Cuando los americanos se dieron cuenta de que los verdaderos enemigos eran los soviéticos comprendieron que les podíamos ser de provecho en su lucha contra el imperio comunista. Es una redundancia, los americanos necesitaron de nuestro conocimiento para contener al retador bolchevique. He podido abandonar Europa y hallar refugio en un sitio lejano. Esto no significa que la Mossad no esté a mi asecho. En el país donde me encuentro las autoridades nos guiñan el ojo para establecer vínculos de cooperación. Sé que los judíos están tras mis huellas, por ello nunca bajo la guardia. Nos hemos organizado en una red de ayuda recíproca, quien necesitará ayuda siempre hallará la mano solidaria de otro camarada. Somos alemanes, dominamos la ciencia de la organización, el planeamiento y la ejecución. Sin habernos propuesto entre nosotros se firmó un pacto de sangre. El que fuera arrestado jamás abrirá la boca. Como se dice por acá: los soplones no son bienvenidos. De hecho, cuando lo arrestaron y ejecutaron, Eichmann no reveló ninguna información con respecto al paradero de los camaradas, en un desacierto mencionó a Skorzeny. Años después de terminada la guerra hemos tejido un sistema de comunicación y colaboración. Nos mantenemos firmes en nuestros ideales. La voluntad vencedora no se ha envilecido, pero por ahora hay que ser cauteloso. Todo juega en nuestra contra, incluso los alemanes de posguerra, que son unos apátridas, culposos y expectantes. Compiten por halagar al estado de Israel y a los americanos. Ganaron en el campo de batalla, pero no nos han ganado en el campo de la moral y la verdad. La única derrota que desflora el honor es aquella que se confecciona en inactiva resistencia, en servil

actitud, en dócil connivencia y en resignada inclinación cervical para llevar las cadenas.

El que quiera lucrar de lo eterno erosiona la voluntad vital. Quien subyuga las necesidades del momento a las ansias de perpetuidad fracasará. En el preludio del combate se persigue la posteridad, nos hambrea el deseo de gloria, pero en el entresijo, en el medio de la indefensión, bajo el tronar de las baterías hay que sujetarse a las fronteras del momento. Hemos sido consecuentes con nuestros planes y nuestra visión del mundo. Que no se piense que esgrimo la vigencia de las circunstancias para exculparnos de los errores que hemos cometido. Hicimos lo que se demandaba. Había que ejecutar sin resquemores, imperaban los dictados de la necesidad. El mandato del momento imponía sus exigencias, o cumplíamos o jamás hubiéramos podido construir la victoria. No teníamos excusa para no efectuar el plan, coincidían las condiciones objetivas y subjetivas. Nos llamaba el tiempo histórico como campanas que tañían por la gloria. La realidad sugería la acción sin demoras. No nos detendrían las cursilerías jurídicas, los sentimentalismos de adolescentes, las circunspecciones de los misioneros y, menos aún, la circuncisión de los hebreos. La determinación imperturbable debía guiar la conducta de los soldados. Cuando las condiciones objetivas imponían proceder con inclemencia, las tropas debían comprender la urgencia y severidad de la expiación de los enemigos. Si queríamos cortar de raíz las intentonas de sabotajes, insubordinaciones o atentados, teníamos que accionar con crudeza, dureza y celeridad. La disciplina y el convencimiento del soldado alemán nunca puso en entredicho las órdenes. Los nacionales acataban y cumplían. Contra los enemigos se procedía sin miramientos. La logística, en la Unión Soviética, para mantener con vida a un prisionero resultaba onerosa y distraía hombres y tiempo en el traslado, la reclusión y la vigilancia. Nos condenaron por no haber tenido un trato manso con los prisioneros.

La consciencia liberal olvida que el paladín de la revolución burguesa Napoleón Bonaparte decidió, en Jaffa, la ejecución de más de mil soldados otomanos. Las tropas francesas saquearon la ciudad y al comprobar que no disponían de provisiones, fusilaron a los reclusos. El saqueo, la destrucción y el homicidio en masa datan del periodo

antediluviano. Todos hicieron lo mismo que nosotros hicimos: la eliminación del enemigo racionaliza la economía de guerra. A los que se resistían los ejecutábamos sumariamente y a los que se rendían les imponíamos los gravámenes y servidumbres que los conquistadores dejan caer sobre sus conquistados. Así rueda la historia sobre la espalda del vencido. Desde antaño rige el triunfo de los dominadores y encuadra la servidumbre de los doblegados. Necesitábamos mano de obra judía y eslava esclavizada. Esclavizábamos para mantener activa la maquinaria bélica. Tenían que pervertirse hasta el punto que defecaran cuando cavaban sus fosas. En especial en la Unión Soviética o donde hiciese falta hemos actuado con la inflexibilidad que imponía el plan de exterminio. No había que llamarse a engaño: o los aniquilábamos o nos degollaban. Irremediablemente la guerra ha significado y significará: yo te mataré para que tú no me mates, si no te mato, tú celebrarás mis exequias. Octavio Augusto celebró la muerte de Marco Antonio y Cleopatra. No fuimos los primeros que postulamos la consanguinidad entre la víctima y el victimario. De las veintitrés heridas de Julio César una estaba destinada a la mano de Bruto.

La holgazanería del sumiso condesciende la fuerza al dominador. Idéntica sangre homicida fluye en las venas del victorioso y del vencido. La virtud de las armas reside en su letalidad. ¡Que nadie se rasgue la vestidura! ¿O será que lo que Goebbels denunció y presentó, ante la opinión pública mundial como una vil masacre de inocentes, no quedará registrado en los anales de la infamia universal? ¿Por qué bombardearon Dresden si ya teníamos la guerra perdida? ¿Pasarán inadvertidas las toneladas de bombas arrojadas por los aliados sobre las indefensas poblaciones?

La consciencia alérgica a lo alemán no ha reseñado en los registros contables el medio millón de toneladas de bombas que incendiaron y destruyeron pueblos y ciudades. Los ataques aéreos de la Luftwaffe contra Londres lanzaron dieciocho mil toneladas. En cambio, solo en Hamburg fueron asesinados cuarenta y cinco mil habitantes. La aviación aliada bombardeó con lógica victimaria la indefensa ciudad de Dresden. El planificador de esta carnicería, Arthur Harris, a sabiendas de que Dresden no constituía un objetivo militar, tuvo el tupé y la indecencia de declarar: sembraron el viento y ahora van a

cosechar torbellinos. La consigna consistía en que se aplastara a la población —hasta por equivocación alcanzaron a bombardear Praga—. ¿Cómo justifican las democracias los doscientos mil civiles asesinados en los bombardeos de Dresden? Las bombas se colaban sin interrupción en los sitios donde solo habitaban civiles. Del cielo caía una lluvia plomiza en plazas en donde no había indicios de logística ni instalaciones militares. La población moría asfixiada porque las llamas extraían el oxígeno. Las escenas de horror se repetían por doquier. Agravaban la infamia las montañas de cadáveres carbonizados, mutilados y desfigurados. Se apilaban despojos que esperaban su descomposición. El crimen contra los alemanes se catalogaba como un acto civilizatorio e impune. Había que subyugar la voluntad del pueblo, este debía extenuarse para que prosperaran los golpes militares o los intentos de asesinato contra el Führer. Los ataques no se dirigían en exclusividad contra la Wehrmacht, ahora se justificaba aplastar y reducir la voluntad guerrera del pueblo germano. Alemania no debía mantener su estatus de sociedad industrial y a la cultura germana había que degradarla y desarroparla de su liderazgo intelectual. Querían que pasáramos a ser una nación agraria, ignara, oscurantista, apática. Deseaban que nunca más levantáramos cabeza.

Los británicos necesitaban para sentirse seguros una Alemania que fuera el furgón de cola de Europa. Con los británicos nos unen lazos de sangre. Estamos emparentados, pero se sienten inferiores. La justicia de la causa de los aliados les permitiría legitimar el exceso de eliminar población alemana huérfana so pretexto de que esa era la única manera de hacernos capitular. Para justificar el episodio cobarde y criminal adujeron que Dresden era una ciudad en la que se producían elementos bélicos. ¡Tremenda patraña para justificar el exterminio masivo de desamparados ancianos, mujeres y niños! Años más tarde, supuestamente para finalizar la guerra del Pacífico, los norteamericanos, el 6 y 9 de agosto de 1945, repitieron la misma barbaridad homicida. Lanzaron las dos primeras bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki causando la pérdida de 246.000 vidas. Había que matar a la población desprotegida para que los vencedores sentaran a los vencidos a firmar los armisticios de la paz del ganador.

No fue invento nacional socialista el asesinato a mansalva o el hecho

de retaliar fusilando a un puñado de enemigos. *La Ilíada* ilustra que doce troyanos fueron sacrificados ante la pira de Patroclo. El asesinato colectivo y didáctico siempre ha sido práctica usual entre bandos que litigan. Es un dato ancestral aleccionar por medio del escarnio y la represalia a los vencidos que encarnan la irreductibilidad. Nos quieren atribuir la invención de todas las formas de crímenes que los humanos practicaban desde antes que se instalara la codicia. ¿Y la matanza de los armenios no fue un genocidio? Nosotros no inauguramos nada. Aquellos que distorsionan la historia fabulando llaman holocausto a la Endlösung. El juego de las palabras y el erróneo uso de los tiempos verbales pueden cambiar el significado de los hechos. El Führer nunca mintió. ¿El mundo fue pusilánime o crédulo? Acaso nos olvidamos de que incluso llegamos a incentivar la emigración judía. Al inicio sus bienes no eran requisados, saldaban sus deudas y podían emigrar. Queríamos que esta raza maldita programara con la ayuda de otros su propio éxodo de tierra alemana. Nuestros enemigos fueron cómplices. Impíos igual que nosotros, no se predispusieron a buscar una solución mancomunada a la cuestión judía. Querían que nosotros lo hagamos. Conocían nuestra determinación y sabían que Hitler no hablaba en vano. Las democracias estaban seguras de que la cuestión judía era un problema latente, una herida que se ensanchaba y no restañaba. Nuestro proceder político, diplomático y militar fue siempre transparente y predecible. Los enemigos esperaban lo que hicimos y si no hubo acuerdo entre ellos y nosotros, se debió a que cada uno perseguía su propio interés.

21. Entre todos la mataron y ella sola se murió

Otro dato que no debe ser soslayado es que el 20 de abril de 1934 Heinrich Himmler fue nombrado jefe de la Gestapo. La verdad es que no nos desnaturalizamos con el devenir de los acontecimientos. El proceder del nacionalsocialista no se componía de nada arcano. La ley marcial la aplicamos entre nosotros. Cuando el Führer consintió se ejecutó la Noche de los Cuchillos Largos. Con anuencia de Hitler el 30 de junio de 1934 fue descabezada la Sturmabteilung, y el más antiguo aliado del Führer, Ernst Röhm, fue pasado por las armas con todo su séquito de conspiradores y equivocados que no comprendían que el único que debía impartir órdenes era Hitler. Desde ese momento, luego de decapitar la dirección de la SA, Himmler y Heydrich jerarquizaron las SS, que se convertirán en una organización autónoma que solo rendirá cuentas a Adolf Hitler.

Aquellos a los que íbamos a fusilar estaban al corriente de adónde iban a terminar sus huesos, les hacíamos cavar las tumbas comunes. En la zanja eran fusilados y los fusileros que no padecían de mareos o pudor culposo eran soldados decididos, estos comprendían que el secreto de la victoria residía en la inmediata capacidad de causar perjuicios al enemigo. Hay que reseñar que hemos hecho lo que se tenía que hacer para concatenar los momentos que construirían la hegemonía milenaria de la civilización germánica. Fuimos temerarios e impiadosos, era la exigencia del momento. ¡Quien no se dispone a refutar la servidumbre vivirá de rodillas! Los dirigentes que no reaccionan ante el reto de la inmediatez terminarán aplastados por las

ruedas que hacen avanzar la historia.

Dos o más personas pueden compartir la misma situación, disponer del mismo monto de información y descifrar de igual manera el entorno. Estas similitudes no implicarán que ellas tomarán decisiones semejantes. El ejemplo judío se ha resistido a esta afirmación, el pueblo elegido actuó al unísono. Nadie disintió o desertó de la cómoda posición que otorgaba la esclavitud. Cuando gruñimos ellos respondieron con la moral del esclavo. El comportamiento del cautiverio judío ha demostrado que la raza infrahumana siempre preferirá la conducta batracia e innoble. O si no, ¿cómo explicar que hallándose en la mismísima situación todos los hebreos obraron de la misma manera? ¿Cómo explicar que en los guetos primara la economía monetaria? ¿Cómo justificar que eran judíos los que imponían orden en los guetos? Entre los judíos no hubo un iconoclasta de la redención, un romántico de la rebelión, un ácrata de la obediencia, un apóstata del patíbulo. El levantamiento en el gueto de Varsovia no pasó de ser una anécdota. Todos decidieron obedecer, si es que hubo un holocausto, se debió a que los descendientes de Abraham y el resto de los europeos lo facilitaron. La comunidad hebrea y la conciencia europea miraban sin dignarse a pronunciar una palabra. En la lucha la inacción y la pasividad equivalen a una anuencia tácita y monosilábica. ¿Por qué los judíos no reaccionaron ante las arbitrariedades? ¿Por qué no se armaron y no ejercieron alguna suerte de resistencia? ¿Por qué se enfilaban para ir a los campos de concentración? ¿Por qué se ponían la soga al cuello? ¿Por qué se esmeraban en complacer a sus victimarios? ¿Por qué no se prodigaban en eludir la hora siniestra? ¿Por qué no fueron solidarios entre ellos? La respuesta se reduce a una verdad palmaria: era una raza que no merecía existir. Debía ser borrada de la faz de la tierra: “Juden sind also Dreck. Dreck Muss weg”. Los judíos son porquería, la porquería debe tirarse. Los judíos debían ser eliminados: *erledigt*. Cometieron el delito de traición: *Verrat*.

22. Endurecerse significaba prepararse para morir

Me han derrotado, pero siempre he atribuido a mis derrotas una existencia provisoria. Consideraba que las derrotas eran reversibles. Es falso aquello de que la muerte es un hecho biológico irreversible: la victoria sobre el enemigo transforma al camarada caído en futuro.

La vida ha tenido pocos placeres conmigo, nunca me disgustó la idea de que me fusilaran. Si esa hipótesis llegara a suceder, me complacería distinguir el rostro del fusilero. ¡Que el sol no me enceguezca, quiero fotografiar la mueca pávida de mi asesino! ¡No deseo distraerme, quiero mirar a la muerte galopando hacia mis entrañas! En verdad, nunca le he temido a la muerte. Si el existir es un absurdo, quizás el sentido lo hallaremos en la manera de perecer. El último instante, el cómo se muere le dará el sentido al cómo se vivió. Para el guerrero la pena capital es más amable que la cárcel. Nadie rumiará mi deceso ni proferirá una elegía el día de mi muerte. Hasta yerto quiero comportarme como un aguafiestas. Jamás he temblado ante el hecho fortuito de que la vida fuera desalojada de mi ser, igualmente no fruncí el ceño cuando me quisieron asesinar, con indiferencia encaré ese designio ladino y servil.

Las ideas me obstinaron, he luchado por mis creencias, a ellas les he sido devoto y gracias a su validez no me corrompí. Nunca abusé de la autocompasión. Esta me parecía condescender el desengaño y la adulteración de los ideales. La musa sofoca a un hombre y un Romeo a una mujer. En la pareja el adulterio se entiende, incluso puede ser admisible, pero en la política la promiscuidad o la bigamia son

reniegos del fariseísmo. De igual manera no he saboreado el fruto que no haya sido sembrado con el sudor y vendimiado en el combate. Cada quien puede considerar que toda obra es despreciable, pero el hecho de hacerla no lo es. Admiro al manufacturero que se abaja de la contemplación para ensuciarse las manos en defensa de su verdad.

Los superiores enseguida distinguieron las cualidades que adornaban mi personalidad. Tenía el perfil de un joven obediente con la osadía para confundir mi sombra y cuerpo en una sola unidad, no veían en mí al dócil integrante del rebaño. Anotaban mis iniciativas y percibían que en mí despuntaba un refutador de la piedad. Una digresión: a nosotros nos tildan de todo, pero ¿acaso no fueron los cristianos quienes insistían en que este mundo era un valle de lágrimas?

Mis superiores jerárquicos muy pronto se dieron cuenta de mi lealtad, de mis convicciones, de mi capacidad expeditiva y resolutiva, de mi idoneidad para la planificación, de mi pureza aria y del dogmatismo con el que impregnaba mis decisiones. Encarnaba al alumno prodigioso, ese que no necesitaba que se le señalara el camino a seguir, el protocolo a respetar, lo que había que decir y menos aun lo que había que sacrificar. Los elegidos para desempeñar puestos de responsabilidad consentíamos, tácitamente, que teníamos que procrastinar la vida convencional. Se oían voces que profetizaban la guerra. El guerrero no tiene vida, vive para el combate. Cumplirá su misión y encontrará la paz en su tumba.

El complejo de inferioridad nunca adornó mi personalidad. Seguir a las cabezas más altas que la mía ha sido una máxima ininterrumpida de conducta. Cuando alguien despertaba mi admiración procuraba entablar una relación. Siempre me han seducido las personalidades con talentos excepcionales. Con ellos no sentía complejo de inferioridad, prestaba atención a lo que decían y hacían, significaba una manera de aprender. El genio humano que se brinda al servicio del bienestar de la mayoría representaba un acto sublime y generoso. Nunca he ignorado el hecho de que hay personalidades que descollaban por sus peculiaridades y brillaban con luz propia. Es más, yo mismo me evaluaba como alguien que despertaba, no diré la admiración, pero sí la atención. Pesaba sobre mí la servidumbre de no pasar desapercibido. En el teatro de la vida terminamos conociendo a

todo tipo de gente. En los tiempos tumultuosos, prebélicos y bélicos se me ofreció la posibilidad de socializar con personajes inverosímiles e incluso espectrales. En el periodo de mi mocedad y después en el campo de batalla he observado lo más excelso y desechable del alma humana. La humanidad no merece ni el cielo ni el infierno, los seres humanos deben transitar por el purgatorio. De ahí la necesidad de un proyecto que humanice al hombre, humanizar al individuo exige que bebamos de nuestra propia fuente y besemos nuestra calavera. Hay que conciliar con lo que llevamos adentro. El hombre es animal que puede destruir lo que ama. He arribado a la conclusión de que era mejor no poner mucha esperanza en el ser humano. Este, si las circunstancias lo permitieran, irá siempre en búsqueda de su provecho. El nacionalsocialismo ha connotado la morigeración del exacerbado individualismo. Una propuesta colectiva pone cortapisas a la egolatría, al egocentrismo, al envanecimiento de lo individual y a la excéntrica existencia de los que piensan que la verdad de la mayoría no cuenta. El efecto perturbador del individualismo solo puede amortiguarse con la prevalencia de lo colectivo.

Experimenté la difamación, la conquista del poder, la expansión del mismo y el eclipse de la verdad. Lo verdadero será decisión del sonido de los sables y la explosión de la pólvora. El adentramiento a la muerte desmiente a frívolos, oportunistas y enclenques. El espectro de la muerte devuelve la cara rugosa y despareja. La cobardía se encargará de hallar un final indigno.

23. El Führer encarnaba la redención y salvación

El hombre decidido aventaja en los momentos de indefinición. La incertidumbre siempre será atmósfera auspiciadora para que el individuo providencial brille con su luz en el firmamento. En la década de los treinta estábamos inmersos en una situación caótica, el caos prologaba el nacimiento de un orden incorruptible. Había que desandar lo andado, aunar cabos sueltos, dar un puñetazo sobre la mesa, demoler el panteón de los falsos dioses, afirmar el yo nacionalista y repeler el yo no extranjerizante. En el siglo XX éramos testigos de que los Estados Unidos se consolidaban como potencia sobre una inmensa base territorial. Alemania, para ser potencia, tenía que ampliar su geografía. La estrechez geográfica saboteaba nuestro potencial. La Constitución de Weimar pretendía embalsamar el espíritu nacionalista.

Tuvimos que esperar hasta que el agua rebosara el vaso. El pueblo tenía hambre y no tenía trabajo. Mientras que los políticos ofrecían el oro y el moro, el pueblo, desesperado, buscaba al hombre fuerte. La gente común desesperaba y disentía, pero no desertaba. La declinante clase media y los sectores populares menesterosos esperaban una respuesta. Obtuvieron la respuesta deseada el 30 de enero de 1933. Un pueblo furioso eligió al hombre fuerte y necesario, al sujeto con la capacidad de encarrilar la política.

Sería un desagradecido e insolente si osara relatar mi vida y paralelarla con la del Führer. La figura de Adolf Hitler representaba la imagen del precursor, del pedagogo, del visionario, del sabio que

conocía que no se gobierna con la inocencia y la culpa. Su definición por la idolatría del mito germánico lo convirtió en el catalizador del afán nacionalista. La vitalidad germana quedó comprobada al escoger, en un momento de zozobra, a un conductor que proclamaba la voluntad racista de la materia. La pluma y el lápiz tiemblan cuando tratan de precisar el carácter de un gigante de la acción.

Indiscutiblemente quien ha escogido al mundo como su verdugo ha entendido su dimensión histórica. El Führer sabía que su obra iba a ser juzgaba en el futuro, son pocos los estadistas que desde el presente edifican el devenir. Él, desde la precariedad del presente, clavaba la mirada en el futuro y gobernaba dándole forma y empuje a una nueva ola civilizatoria.

Con la presencia del Führer resonarían el clarín vengador y la diana de la esperanza resucitada. Había que germanizar hombres, mujeres y culturas. Las circunstancias lo condujeron y convirtieron en un prolífico tomador y ejecutor de decisiones. Jamás dejaba que los problemas amanecieran y sin morosidad despachaba con los ministros. Ni siquiera en las decisiones militares era lerdo. Cuando deliberaba con el alto mando exigía precisión, detallada descripción situacional y el menú de maniobras posibles. Pensaba que procrastinar las soluciones necesarias vulneraba la ejecución de lo imprescindible. El antes del antes solo existía como posibilidad, en cambio, el después del antes existía como realidad. Todo inicio empequeñecía y cada acaecer engrandecía. Lo que sucede te hace grande, lo que se aquieta te achica. Las raíces tenían que ser extraídas antes de que el árbol creciera, robusteciera el tronco y ramificara su existencia. Al enemigo había que reducirlo cuando estaba en su estadio embrionario, mantuviera su constitución ternillosa. El golpe propinado debía pulverizar, además de ser sorpresivo y veloz.

El Führer encarnaba la máquina de hacer. A pesar de su vestidura ideológica, estaba recubierto de alas menos hechas para volar que para golpear. Insensible al ocio, ceñía sus jornadas a las obligaciones inherentes de Reichspräsident, Reichskanzler y Führer. Se trataba del estratega que sabía que recién descansaría cuando sus ojos vieran realizada su Weltanschauung. Esclavo de sus ideales, hallaba el camino de la paz interior en la persecución tozuda de las metas.

Los glosadores del pasado han juzgado que Hitler quería unir Europa con la premisa aria y el puño de acero de Napoleón Bonaparte. Han comparado la figura de Napoleón con la de Adolf Hitler. Nunca he sostenido ni sostendré que se tratara de una impertinencia, pero entre ambos hubo similitudes y discrepancias. Cuando se insiste en las semejanzas se ignoran las diferencias. El contraste entre el Führer y Bonaparte radicaba en que el emperador de los franceses poseía una psicología egocéntrica y megalómana, separaba su destino del de su pueblo. En su orden de prioridades primero estaba él y en el escalón inferior, Francia. En contraposición, el Führer aunaba su razón de ser al destino de su pueblo. Consideraba que su persona era una parte inseparable de la voluntad germana.

El triunfo de la voluntad se alcanzaría con la síntesis entre Das Volk y Der Führer. Él rehacía Alemania y esta lo rehacía a él. El emperador consideraba que era una individualidad externa a Francia. Bonaparte, después de Rusia y cuando los vencedores habían resuelto que su aislamiento sería en la isla de Elba, intentó quitarse la vida. Dilucidó que el naufragio del ejército francés lo llevaba a su ocaso, no tuvo en cuenta que los enemigos de Francia ocupaban el territorio y que un Borbón sería de nuevo entronado. Procuró ponerle fin a su existencia para exonerarse de la responsabilidad de salvar a Francia. Hitler representaba el caso opuesto. El Führer resistió y se mantuvo atrincherado hasta el último momento. La idea de capitular no se le había pasado por la mente. Cuando percibió que Berlín iba a caer en manos aliadas determinó cometer el suicidio. El emperador lo hizo con espíritu medieval e individualista; en contraposición, el Führer lo realizó con el sentimiento del destino compartido. No se pensaba humillado, engrillado, interrogado o encarcelado. No aceptaba ver de nuevo una Alemania arrodillada y a los aliados jadeando y deturpando el honor germano. Se negaba a que lo denigraran y expusieran como un trofeo de guerra. Resistía ver ondear la bandera roja en Berlín. Estaba resuelto a no alimentar las obscenidades del vencedor, no se prestaría a que lo sentaran en el banquillo del acusado, imputaran, sentenciaran y colgaran en una plaza pública. No quería deleitar ni permitir que los partisanos, los rojos y los judíos bailaran y se fregaran el culo con la bandera gamada.

Tenía presente que lo esperaba la ignominia del juicio de los vencedores. El veredicto de los que quisieron, vanamente, ultimar el espíritu de la raza aria. Bajo ninguna circunstancia toleraría que con su juzgamiento mancillaran a la raza procreadora de guerreros nobles, poetas, filósofos y científicos. Solícito del valor personal, discernía que los cobardes morían muchas veces antes de morir y los valientes saboreaban la muerte en un solo trago, en una sola vez. Quien enfrenta la desolación del caído asigna significado a lo vivido. No podía no entregar la dignidad de Alemania a los que renegaban de ella.

Desde otra lógica, subrayemos una discrepancia meridiana, el Führer pretendía alcanzar el equilibrio con los británicos, el francés siempre pretendió avasallar a la isla. Hitler quería que Alemania se convirtiera en la dominadora del continente mientras que el Reino Unido asumiría la dominación de ultramar. Para ello, debíamos extender el espacio vital hacia el este. Dominar Rusia representaba una posibilidad que con destreza militar se convertiría en realidad. Los rusos habían sido vencidos por el Japón en 1905, por los alemanes en 1917 y por Polonia en 1920. A eso había que agregar que Stalin había decapitado la oficialidad del ejército zarista. La ocupación y la germanización del territorio soviético nos darían la plataforma territorial para la realización del designio germánico. La geopolítica nos situó en el centro de Europa. Nuestro destino histórico siempre estuvo determinado por esta ubicación. De allí, la cristalización tardía del Estado alemán.

Lo que será eterno no se hace esperar mucho tiempo. Hitler clausuró su vocación artística y se proscribió la inclinación a la pintura. Las naturalezas complejas no son dúctiles, encarnan caracteres intransferibles. Exigente, paternal, afable con los colaboradores y agonista con los refractarios. Cuando debía ser agrio o recio con los próximos lo era sin remilgo alguno. Decidió dedicarse a revertir los sinsabores de una política que amilanaba y penalizaba al pueblo. La voluntad que lo domeñaba excitaba sus posibilidades físicas en las tareas del Estado. Ejerció el poder con entereza y sin vacilaciones, direccionaba sus esfuerzos a objetivos definidos. Sus determinaciones traducían sus planes en realidades concretas, no en realidades

inventadas.

El Führer volcaba su pasión en su frenético trabajo. No conoció el relajamiento. Las jornadas diarias estuvieron marcadas por escasas horas de sueño y de raros paréntesis reposados. No poseía un hobby ni gastaba su tiempo en actividades ociosas. No consumía carne. La condición de vegetariano lo alejaba del vicio del alcohol y el tabaco. Hombre de una mujer, amó a Eva Braun. El amor para Hitler no fue una necesidad, tampoco una vanidad, quizás ni siquiera un placer. Amó a Eva desde el platonismo de sus sentimientos. Se hizo responsable de ella y atendía que no le faltara nada. Eva estaba profundamente enamorada, padecía la mezcla de los sentimientos de admiración y deseo carnal. Registró en el acta matrimonial, antes de que ambos se quitaran la vida, el nombre de Eva Hitler.

24. El Führer, un hombre de su época

Hitler admiraba del corso su triple genio: el militar, el político y el administrador. De la época clásica rescataba a Julio César más que a Alejandro, reseñaba del primero la capacidad para capturar la atención e interpretar los deseos de las masas. En el periodo moderno era Bonaparte el hombre que admiraba. Dos rasgos constituían el perfil único e irrepetible del Führer: el proceder de forma rápida, drástica y exhaustiva y la reticencia a conceder, en un escenario de vaciamiento, cinismo y escepticismo, ningún alto honor al nihilismo. Nada de lo que hizo lo realizó de forma sinuosa, turbia y silenciosa y menos aún: remisa. Su encumbramiento reflejaba la luz crepuscular de la malmirada y mendiga República de Weimar. Iba a fortalecerse como el político que no transigía, cobró renombre nacional. Estaba dotado de las virtudes de los próceres: arrojo, intelectualidad, un carisma electrizante, retórica sanguínea y seducción magnetizadora.

Del Führer se lo debe juzgar con las expresiones con la que fue juzgado el corso: fue el más poderoso soplo de vida que animó jamás la arcilla humana. Cuando se intrusó en la arena política lo hizo como el negador de la negación, como la fuerza regenerativa del desvaído orgullo nacional, como el martillo demoledor de las mentiras y como el defensor de los alemanes que no encontraban su lugar en Alemania. No lo motivaba la trascendencia individual sino la trascendencia del espíritu colectivo. Tenía la sensibilidad de quien amoldaba la eternidad, por ello la pureza de la sangre garantizaba la continuidad de la belleza y la perfección. En toda su vida procedió sin ambages, sin usufructuar los beneficios de la perfidia, sin serpentear, sin titubeos,

sin miramientos al juicio final y sin mentiras.

Adolf Hitler asimilaba que el orden se construía destruyendo la libertad y, al mismo tiempo, organizando el Estado y el ejército. Debíamos restablecer el orden y dotar de contenido socialista y nacionalista a la soberanía. La historia del desarrollo del Estado alemán es semejable a un fruto maduro y tardío. ¡Cuánto tiempo tuvo que prender, agrio y amargo, del árbol!

Hitler y el líder conservador von Papen allanaron el camino para un gobierno de coalición. El dirigente católico, que se parecía más a un pájaro que a un hombre, se ilusionaba con la idea de que el Führer sería una marioneta suya, y del ala conservadora, olvidaron que un revolucionario no se iba a dejar manipular por un tragaostias. Este pobre fantoche, apodado como el diablo con sombrero de copa, no fue capaz de pronosticar que el Führer no caería en su celada. La Noche de los Cuchillos Largos fue aprovechada para borrar del mapa a varios de los dilectos cómplices de este alfil de Roma. Nadie iba a hacer retroceder los límites de la gloria del Führer.

Una misma ley para el león y el buey es una injusticia. Hitler vivió y murió por y para consolidar un mundo jerarquizado en razas. Precozmente sintió que la felicidad personal le estaba negada, desistió de la tranquilidad convencional. El carisma del Führer embriagaba a las masas, irradiaba magnetismo. Encarnaba el magneto del poder. Seducía con el misterio irresistible que lleva consigo un gran genio. Sus discursos conmovían hasta las lágrimas, nos volvimos a contemplar fuertes y respetados. En él se concentraba el poder, siempre tuvo la última palabra. La cúpula del poder se inscribía con tres nombres: Goebbels era el influyente, Himmler el peligroso y Göring el más poderoso después de Hitler. El Führer los utilizaba para las cosas que él mismo no quería hacer. Esta trilogía ejerció influencia, muchos errores que se cometieron eran achacables a estos individuos que, si bien amaban la causa, tenían sus propias ambiciones. En honor a la verdad debo exceptuar al doctor Joseph Goebbels, este fue el abanderado de la propaganda y el más leal de los tres. El ministro de la propaganda enlazó su destino, de su esposa Magda y sus hijos a la suerte del Führer. Cuando colapsaba el Dritte Reich y comprendió el entresijo de un mundo sin nacionalsocialismo, envenenaron a sus

cinco hijas y a su hijo. La mayor tenía doce años y la menor, cuatro. Magda, que en primeras nupcias esposó un judío, contrajo matrimonio con Goebbels para servir y estar cerca del Führer. Ella, como millones de mujeres, idolatraba al Führer. Los Goebbels se suicidaron el 1° de mayo de 1945, un día después de que el Führer y Eva Hitler se suicidaran. Magda Goebbels declaró que la vida después del Führer sería dolorosa y que no quería ser testigo del naufragio del Dritte Reich.

El Führer se adiestró para sobrellevar los momentos desagradecidos de la vida. Eva ingirió una cápsula de ácido prúsico y él se disparó, con su pistola, un tiro en la sien derecha. Los cuerpos de los Hitler y los Goebbels fueron incinerados, ellos dispusieron que no se prestarían al vejamen y menosprecio post mortem. El epígrafe del Führer declararía que nadie se atreva a honrarlo o evocarlo con lágrimas… ¿Por qué? Porque vive y vuela en la boca de los hombres.

25. El gobierno depende del carácter de quien detenta el poder

En la gente impera el afán de ponerle reparos a la grandeza de los seres excepcionales. Cada época fermenta el hombre que remolina el viento de los tiempos. Los talentos no nacen para abandonarse a sí mismos, el talentoso profetiza el porvenir. Las exigencias demandaban la entrada en escena de un prócer con fortaleza y sin pasado turbio. Cuando le llega el momento a un líder, este debe tener mente lúcida y temperamento. La drogadicción a la misión histórica pondrá en suspenso cualquier forma de piedad. El rol histórico que desempeñará dependerá de la herencia de la cual es legatario. La sabiduría, las dotes oratorias y la visión estratégica de Pericles fueron necesarias en la guerra del Peloponeso. Alejandro Magno obtuvo el mandato de continuar con las conquistas de su padre Filipo de Macedonia; Julio César fue el prodigio del triunvirato con Cneo Pompeyo y Marco Craso, y heredó las consecuencias postreras de las guerras civiles de la república romana; Carlo Magno emergió para que cristalizara la unidad en la cristiandad; el lord protector Oliver Cromwell actuó en la isla dividida entre regicidas, parlamentaristas y separatistas. Coartó las esquivas aspiraciones con fuego, hierro y hambre; Lutero se convirtió en la pieza clave para querellar el oscurantismo y las obscenidades de la clerigalla; el cardenal Richelieu se ofreció para implementar las consecuencias de la razón de Estado; Federico el Grande surgió para que a través de la guerra de Silesia Prusia ascendiera al estatus de potencia germana; el zar Pedro I se adjudicó el reto de occidentalizar Rusia; Napoleón heredó la Revolución Francesa; Mustafá Kemal

Atatürk modernizó el Estado turco de los escombros del Imperio otomano; Francisco Franco fue sacado de los cuarteles debido a la podredumbre causada por el gobierno republicano; Benito Mussolini vistió camisa negra y marchó hacia Roma para abolir el parlamentarismo; Juan Domingo Perón lideró la inclusión social de la clase obrera; Adolf Hitler fue llamado para instalar el orden, establecer el honor alemán y construir la unidad carolingia de Europa, bajo la égida del Dritte Reich. Las circunstancias habilitan a que los hombres imprescindibles cumplan con su misión histórica. El destino les depara desafíos homéricos y les demandará esfuerzos desmesurados.

La gente estaba entusiasmada y segura de que bajo el mando de Adolf Hitler se alcanzarían los objetivos. Quienes hemos presenciado un acto o una movilización del nacionalsocialismo fuimos afectados por el magnetismo asombroso e insondable del Führer. Los que no compartieron esos momentos de éxtasis afrentaban, atribuyéndole a Hitler, una suerte de dominio turbio de magia negra. El Führer contenía en su ser un alma amante de la verdad y capaz de absorberla allí donde la encontrara. Los emisores de calumnias eran infames e ignorantes, no podían asimilar que los rituales son vivencias testimoniales de una época. Con esta malevolente falacia maldecían y devaluaban la solemnidad de las ceremonias y los apasionados discursos. La oratoria, el silencio predecesor de los discursos, el lenguaje de las manos, la mirada fija y la prestancia de Hitler excitaban en mí la necesidad de venerar al hombre superior. Después de cada ceremonia quedaba derretido, exhausto. Mi religiosidad pagana se alimentaba de los ritos y símbolos del nacionalsocialismo.

Estos comentarios infames se dirigían a demeritar la escenografía, el orden, la sobriedad y la emotividad de las conmemoraciones del partido. Supuestamente se buscaba depravar, sugestionar o exorcizar al pueblo, como si los alemanes fuéramos un pueblo de cretinos. Goebbels era el programador de las ceremonias y la escenografía. Eran encuentros electrificantes y míticos. El juego de luces, las banderas, la ubicación de los símbolos, la ansiedad reinante y la distancia entre el Führer y el público hacían del acto un momento de comunión e identidad colectiva. Hemos sido calumniados porque hemos hallado la felicidad en el conjunto y no en la soledad tirana del individuo.

Recomiendo perdonar a estos boicoteadores de la verdad, pues no sabían sobre qué escribían y peroraban.

Los apologistas de mentiras calificaban al Führer como un ejemplar modélico del demagogo. Asignaban que Hitler meditaba con las vísceras. El odio no los hizo percatarse de que actuaba cerebralmente. Significaba una biblioteca andante, un libro abierto. De sentirse incierto en un tema o para clarificar oscuridades conceptuales, con la humildad del sabio, recurría a su despensa de conocimientos. No tenía empacho en consultar los diccionarios o las obras que lo habían subyugado. Rumiaba las proclamas que iba a pronunciar y al final acababa dirigiendo el pensamiento de los demás. Pensaba lo que iba a decir y, así de esa manera, acomodaba los pensamientos en la cabeza de sus oyentes. Las masas alucinaban al oírlo, todos salíamos convencidos de que era el predestinado para correr el manto que encubre la verdad. Lo acusaron de loco, megalómano, colérico, melancólico, maníaco depresivo, enajenado mental y adicto a las drogas medicinales. Nos quisieron hacer creer que tanto sus funciones biológicas como su sistema nervioso eran acicateados por un recetario de pastillas e inyecciones. Lo pintaban como un hombrecito de músculos fastidiados, endeble y de perturbada psicología, como si se tratara de alguien que profesaba un desprecio neurótico por la duda metódica.

Los difamadores estaban enemistados con la verdad. Desconocen que, durante sus primeros días en la metrópoli austriaca, a pesar de pasar hambre, visitaba asiduamente las bibliotecas y se llevaba en préstamos libros por kilos, pero no de novelas, sino libros sobre historia, religión, geografía, tecnología, arte, historia y arquitectura. En él no encajaba la norma de que el individuo que no come no piensa. Se trataba de un adicto a la observación y la reflexión crítica, no era un aprendiz o aficionado al rigor intelectual. Los detractores lo juzgaron como un dogmático copiador de ideas inconexas. La infamia catalogaba la doctrina del nacionalsocialismo como una ensalada en la cual todo se mezclaba y no se la aliñaba. Para tasarlo, como un lector superficial, incluso se llegó a decir que leía, comenzando por el final, luego el medio, y después, cuando ya se había familiarizado con el contenido, empezaba a leerlo afanosamente. Hitler como lector era

dominado por una curiosidad socrática y la agudeza de un raciocinio desmenuzador. Bicheaba en su cabeza el deseo de hallar las verdades eternas soldadas a la luz de la voluntad y la imaginación. Trituraba todos los conocimientos que adquiría, una vez que verificaba la implementación fáctica de los pensamientos, elaboraba un sistema que le permitía entender el antes y el después del devenir histórico. Reflexionaba y dimensionaba desde una panorámica filosófica y con los lentes de larga mira cualquier acontecimiento. Forjó su intelecto en las pantanosas, pero gratificantes lecturas de los filósofos de la voluntad: Schopenhauer y Nietzsche. Los podía citar de memoria, pero no como el memorioso que repite por asociaciones fonéticas o gramaticales, sino como el memorioso que masticó, digirió y degustó el pensamiento que encubre la palabra declamada.

Muy pronto quiso abandonar Viena, esta ciudad le parecía una Babilonia de razas. La capital le parecía cada vez menos alemana. En ella hormigueaban y se hacinaban polacos, checos, eslovacos que tomaban el trabajo y el pan de los alemanes. Viena le terminará resultando una gran ciudad agonizante, plomiza y depredadora de la identidad germana. El Imperio austrohúngaro caducaba, encorsetaba una amalgama de naciones que lo desbordarían y harían añicos. Representaba un espectro fantasmal y ornamentado que se oponía a la comunidad de la sangre. La estructura imperial, además de obsoleta, se había constituido en un obstáculo para la cristalización del dominio de la raza aria. Hitler contradecía y desdeñaba el estado de los Habsburgo por considerarlo traidor al pangermanismo.

En 1912, con veintitrés años, se muda e instala en München. Deambula por la ciudad, pinta acuarelas y prosigue con su sueño de llegar a ser arquitecto. No bien estalló la guerra se alistó. Se hizo admitir como voluntario en el 16 Regimiento de Infantería. Con la decisión no pretendía combatir al servicio del estado Habsburgo, se dispuso a luchar por su pueblo y por el imperio alemán de núcleo prusiano. Prusia lo personificaba y estaba preparado a morir en todo momento. El soldado de segunda clase Adolf Hitler alcanzó el rango de cabo y lo distinguieron con la Cruz de Hierro. Dotado de voracidad combativa, fue un soldado que se enriqueció en las trincheras viendo cómo los hombres propiciaban el sufrimiento para el logro de sus

fines. El Führer nunca descansará en paz, su nombre y su obra serán siempre juzgados por los mentecatos que no interpretan al individuo que le dio una base histórica a su filosofía. Los lenguaraces elevan con la envidia templos vacíos de fe.

Me he tomado la tarea de investigar y descubrí el hallazgo de que la historia presenta pocos casos de hombres excepcionales que han concebido un plan moldeador del devenir antes de hacerse del poder. El Führer tenía una estrategia para copar el Estado e impulsar una vertiginosa consolidación del nuevo orden. Presagiaba una arquitectura en la que el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei no fungiera como partido en el poder, sino en mayúscula, como partido del poder. Adolf Hitler no estereotipaba a los políticos que alcanzaban un sitial estelar y no poseían un derrotero para gobernar. Aceleraba su proceder, pero querellaba las improvisaciones. Se saltaba las zanjas burocráticas, él mismo contactaba con los miembros del gabinete. Odiaba la montaña de papeles y las decisiones que se habían tomado y no se ejecutaban. Detestaba que cuando preguntaba no le contestaran con una respuesta munida en detalles. Aborrecía las imprevisiones, creía que actuar sin un plan inducía a pensar que el orden resultaba del espontaneísmo. La idea de la generación espontánea resigna el plan y conducía al desorden. La diagramación del plan permitía la gestación de la sociedad de preeminencia aria.

Ideologizó al pueblo, se apropió del aparato estatal, lo robusteció militarmente y como lógico correlato buscó la expansión territorial que garantizara la autarquía económica y la demarcación segura de los límites. Los presupuestos geográficos señalaban que éramos un pueblo sin espacio. El Führer soñaba con la consolidación de una superficie de territorio necesaria para la alimentación de nuestro pueblo y para la salida de nuestro excedente de población por vía de la colonización. Teníamos que ensanchar nuestro estrecho habitáculo, la vocación expansionista debía hacer desaparecer el desacuerdo entre la cifra de nuestra población y la superficie de nuestro territorio. En Polonia pusimos en ejecución los ejes de la política del Reich: la aplicación del concepto de Lebensraum o espacio vital, el avance hacia el este, Drang nach Osten. En nuestras entrañas se sacudía el sentimiento hidalgo de Herrenvolk (pueblo de señores). La razón de ser del estado nuevo sería

la implementación del Weltanschauung tanto en el interior como en el exterior. El papel del más fuerte era dominar al más débil y no fundirse con él. La grandeza del fuerte no se podía mancillar por la compasión al débil. Únicamente el flojo de nacimiento puede encontrar cruel esta ley. En el dominio del mundo las especies superiores no deben ser suplantadas por las inferiores, a la raza aria le ha sido reservado el papel de civilizar y dominar el mundo. Este correlato de ideas nos facultaba y prescribía a subyugar y eliminar las razas inferiores. Nunca hubo duda con respecto a nuestras intenciones. Las consignas fueron expresadas a través de mensajes llanos y simples. Teníamos que recuperar el ejercicio pleno de la soberanía. Subsanar la castración que implicaba el tratado de Versalles y así quedar liberados de toda amenaza externa. El imperio necesitaba ampliar su base territorial.

26. NO DEJES PARA MAÑANA LO QUE PUEDAS HACER HOY

En enero de 1933 el Führer asumió las riendas del Dritte Reich. Como era de esperar, Hitler demostró que pertenecía al grupo de aquellos a quienes no les temblaba la mano a la hora de tomar una decisión. Se sabía el timonel de la embarcación. Parecía que las decisiones que debían ser tomadas estaban acopiadas en su mente y amarradas a su puño. Inmediatamente, corroboró su condición y calidad de estadista. Las órdenes que impartía respondían y se enmarcaban en un plan preconcebido. Todo era tan perfecto que hasta se podía llegar a desconfiar si se trataba de un plan divino ejecutado por el Führer o se trataba de un programa concebido por un hombre único y genial. Desde el primer día de gobierno del nacionalsocialismo se constituyó en el centro de gravedad del escenario político europeo. En el mismísimo instante de la asunción al mando se desataron las fuerzas que conmoverían al mundo. El pueblo alemán se amotinaba contra sus enemigos. El vértigo cundió en el estómago de nuestros detractores.

Había que reinstalar la rectitud, terminar con la chabacanería, la corrupción rampante, los desbordes callejeros y desactivar las conspiraciones. ¡El pueblo se tenía que enterar en manos de quién había recalado el poder, había que acentuar quién realmente mandaba! Se debía sentir y percibir la seguridad de que el orden y la firmeza adquirirían la prevalencia por encima del desgobierno. Nadie debía sospechar que Adolf Hitler iba a poner las cosas en vereda. El pueblo alemán prefería la obediencia al libertinaje. Todos los que adherían a la causa hallarían un sitio estimable bajo el cielo germano.

Las decisiones drásticas y restrictivas tuvieron que acelerarse. No había tiempo que perder. En lo doméstico debíamos potenciar la creación de puestos de empleo, abatir la inflación y otorgarle valor al marco. En simultáneo, había que perfeccionar los organismos de seguridad. El aparato coercitivo debía ser agrandado y lubricado. La propuesta consistía en fortalecer las SS y la Gestapo: las consignas eran eliminar a las fuerzas contestatarias y poseer la capacidad de neutralizar la incidencia del ejército, que, a pesar del Führer, estaba integrado por militares tradicionalistas. Muchas veces los militares hacían las veces de una piedra en el zapato. Para diluir las ilusiones conspiratorias todos se debían sentir auditados y amenazados. Había que catar el pavor que significaba oponerse al Führer. Las mentes boicoteadoras de antemano debían ser entumecidas.

El 23 de febrero los comunistas incendiaron el Reichstag. Los subversivos, a través de este atentado, señalaban que la lucha continuaría con métodos radicales. Esta gavilla de irredentos obviaba la legitimidad del voto popular. No toleraban el hecho de que el Führer haya sido ungido en elecciones libres. Nosotros ganamos las votaciones porque éramos los únicos creíbles para el electorado. Todas las agrupaciones contrarias eran más de lo mismo, la misma mierda de siempre. Eran pura *scheisse*. El bolcheviquismo saboteaba con medidas clandestinas y pretendía aterrorizar la nueva era. Recurrió a la resistencia armada contra un gobierno surgido de las urnas, contra un jefe de gobierno nombrado por el Reichspräsident Paul von Hindenburg y contra un orden nuevo, reclamado y confirmado por el pueblo. La respuesta no se hizo esperar. El 21 de marzo instalamos en Dachau el primer campo de concentración. Los arrestos eran expeditivos, la sustanciación, de manera sumaria. En verdad estas plazas fueron creadas con el objetivo de reeducar a los iconoclastas. Proscribimos y encarcelamos a quienes representaban ideologías internacionalistas, infundían el caos, sembraban el terror, copulaban con la judería y rubricaban que Alemania era la culpable de todos los pecados de la humanidad. El 28 de febrero, a solicitud del Führer el Reichspräsident Hindenburg, a través de un decreto de necesidad, suprimió los derechos fundamentales consagrados en la Constitución farisea. Para ensanchar la base popular del gobierno recién ungido y

avalar los procedimientos que pusimos en funcionamiento, se convocó a elecciones, las cuales ganamos con el 44% de los votos escrutados. Una vez más, el pueblo nos reconocía como los poseedores de la verdad. La regla de la decisión de la mayoría no implicaba la abolición del principio aristocrático de la selección de los más dotados. Echamos las bases para que los *diktat* del Führer se cumplieran. Se extendió la alfombra roja para que con frente erguida y pasos firmes el hombre del momento produjera la ruptura e inaugurara una etapa superlativa de la evolución. La preferencia popular confirmó a Hitler y entendíamos que todo lo extraordinario en la historia, ha sido realizado, desde que el mundo es mundo, por los pueblos que encumbran al talentoso de las acciones individuales.

La vida en sociedad es un círculo que como una noria gira sobre los mismos comportamientos. Como era de esperar, también hubo advenedizos que se subieron al carro del ganador. Tuvimos que aceptar la avalancha de nuevos simpatizantes y militantes. Esta nueva realidad se vio reflejada en las ventas de *Mein Kampf*. En 1933, cuando Hitler se convierte en canciller del Reich, han sido vendidos ochocientos mil ejemplares. Un millón quinientos mil en 1934; dos millones quinientos mil en 1936; tres millones doscientos mil en 1937; más de cuatro millones en víspera de la guerra; más de seis millones en abril de 1940. Pero más allá del frenesí colectivo y de los arribistas, fueron reconocidos los méritos de los camaradas de la primera hora. El 13 de marzo Joseph Goebbels fue nombrado ministro de propaganda y con unos días de antelación Herman Göring fue encargado de la organización de la Gestapo. Rudolf Hess, Martin Bormann y Himmler accedieron a posiciones claves en la estructura del partido.

Endurecimos la mano contra todos los que pretendían complotarse contra la autoridad del Nationalsocialistische Deutsche Arbeiter Partei. Creo que incluso fuimos generosos de más. Al comienzo aflojamos la mano. No realizamos la razzia. Cometimos el error de la condescendencia, nos dejamos presionar porque estábamos siendo observados por la comunidad internacional. He pensado que teníamos que haberlos licuado de buenas a primeras. Fuimos magnánimos con quienes nos despreciaban y terminada la guerra consignarían sus nombres en las listas de nuestros detractores y decapitadores. Muchos

de estos impostores fueron internados en campos de concentración para su reinserción social y otros optaron por el exilio. Terminada la contienda celebraron con nuestros enemigos la derrota de Alemania. De nuevo presenciamos el contubernio entre los enemigos de afuera y los traidores de dentro.

Adolf Hitler obtuvo por su valentía condecoraciones. ¡La Cruz de Hierro no era ninguna fruslería! Fue herido en el frente, pero siempre quería volver para empuñar las armas. Era audaz. En su cabeza lo tenía todo concebido y vislumbraba la trama de los hechos. El ímpetu que lo domeñaba configuraba una máquina que aceleraba la toma de decisiones audaces. Acérrimo y creyente defensor de que a las decisiones no había que algodonarlas. El 2 de mayo clausuró la vigencia de los sindicatos. En junio decretó la proscripción de los socialdemócratas y de todos los partidos. Finalmente, el 1° de diciembre entró en vigencia la ley que garantizaba la unidad del partido y el Estado. De ahí en adelante partido, Estado, pueblo y Führer compartían la misma identidad.

Sabíamos que la República de Weimar se había malogrado debido a la división de poderes. La atomización y la fragmentación siempre han sido enemigas de la unidad nacional. Alemania padecía la enfermedad de la atomización del poder. Históricamente, la anatomía del poder ha Estado desplegada en muchas unidades políticas. El Führer entendía que se debía derogar la fragmentación que incitaba a la indocilidad y esparcía en la población la sensación de anomia. En él tenía que residir todo el poder. Solo el Führer debía decidir; en sus manos estaba depositado el destino del pangermanismo. Para la obtención de ese propósito el Deutschen Reichstag aprobó la necesaria e impostergable Ermächtigungsgesetz. Esta ley perseguía el propósito de dotar con todas las facultades legislativas al Führer. El Parlamento cedió y autorizó a que Adolf Hitler concentrara toda la capacidad legislativa para reglar sobre todos los asuntos. En términos formales no hubo una ruptura constitucional, pero la Constitución de 1919 se convirtió en un traje que colgaba en el aire, no arropaba ninguna voluntad. El gobierno podía legislar sin la participación del Parlamento, sin las corruptelas, las trabas y los dislates legislativos. Con la autorización legislativa se lograba que una sola instancia decidiera de manera

desembarazada sobre las materias que integrarían el ordenamiento normativo. La decisión significaba la decapitación de la inoperante y bastarda República de Weimar. El acabose de la anarquía favorecía el vagabundeo y el nihilismo. El producto perseguido consistía en hostigar las dilaciones, las infructíferas diatribas y las estériles discusiones parlamentarias. El Reichstag se había transformado en un teatro de zánganos, travestidos y proxenetas. Era el basural en donde las escorias y las patologías sociales encontraban un banquito desde donde despotricar y denigrar contra la tradición germánica. Había que clausurar el circo, la embustería y la degeneración. El momento exigía unidad de mando y mano de hierro.

El plan incluía prohibiciones y determinaciones que desarraigasen los vicios evangelizados que profanaban el tótem germánico. Se emitieron órdenes para cauterizar la carne ulcerada de los pozos envenenados. Estábamos infectados, las enfermedades afectaban al tejido social y significaban la tenue luz del ocaso. La consigna se dirigía a no concederles inmunidad a las amenazas interiores. Había que inmunizarse y extinguir el bacilo de la era crepuscular. Nuestros pensamientos reflejaban la intención escatológica de la redención. Las tareas serían arduas, exigirían el robustecimiento del temperamento y la fidelización nacionalistas. Había llegado el momento de mostrar nuestra generosidad con Alemania. Todas las actividades eran prioritarias, debíamos hacer mucho en poco tiempo. Solo los alemanes éramos capaces de asumir un reto de semejante envergadura. Se empezó con la implementación de la supresión de los gobiernos y parlamentos locales, después se procedió al control vertical y mecánico de los sindicatos y las proscripciones de los que no comulgaban con las ideas del Dritte Reich. Había que devolver el orden natural a las cosas, cada pieza debía caber en una plaza.

Los organismos de seguridad desplegaron una redada que permitió que los conjurados, los tibios y los felones saldaran sus fechorías en los campos de concentración, los calabozos o bajo tierra. Al comienzo fuimos tibios, pero con el transcurrir de los acontecimientos no tuvimos piedad con nadie. Conjeturábamos que si éramos derrotados nadie se apiadaría de nosotros. A posteriori, los infames veredictos de los juicios de Núremberg nos darían la razón. La agnación de los

hechos puso en nuestros labios el grito de lealtad y obediencia.

Los camaradas recibimos órdenes precisas de hostigar los negocios hebreos. Entendíamos que debíamos dar el paso hacia delante. Estábamos pletóricos de coraje y audacia. El 1° de abril de 1933 apostamos a favor el antisemitismo de los hechos. Necesitábamos priorizar la acción ante el palabrerío barato e impostor. Estábamos hasta el hartazgo del antisemitismo religioso, nosotros queríamos hacer historia y para ello había que hacer lo que no cabía dentro de los moldes tradicionales. No encarnábamos la tibieza de los que quieren quedar bien con todo el mundo. La verdad no era producto de la relatividad, nuestra verdad tenía la resonancia de lo perenne y absoluto. Determinamos imponer la verdad de la raza aria. La judería debía ser hostilizada, fueron muchas sus traiciones y sus resentimientos eran incompatibles con la superioridad aria. Sabíamos que se trataba de una raza de vagas y vacuas ideas, eran lo más alejados de la determinación. Los judíos habían adquirido cultura y refinamiento en Alemania, sabían sacar provecho de la cultura germana. Aprendieron a rasurarse y cortarse las cabelleras entre nosotros. Los judíos criados en tierra alemana vestían como unos dandis y los del Oriente se ataviaban como pordioseros. La burguesía hebraica expedía aromas perfumados y el judío pobre despedía el maloliente olor del azufre y el chiquero. En la Europa oriental vivían en guetos, aquí orondamente se paseaban por las avenidas y se recreaban en los jardines de Berlín. El judío nunca superó el éxodo. No sentían que Alemania fuera su hogar, significábamos su refugio provisorio, nos usaban. Fueron mal agradecidos, nos pagaron con su ingratitud. De criadores de ovejas e introductores del complejo de culpa se convirtieron en artistas, científicos y acaudalados hombres de negocios. El judaísmo solo nos enseñó el complejo de culpabilidad, pero la culpa a ellos no los inhibía. Actuaban como sanguijuelas del pueblo. Representaba una grosería y una ofensa a los caídos en Verdún que la judería continuara enriqueciéndose a costa del sacrificio alemán. Hicimos realidad el eslogan: “Juden sind also Dreck, Dreck muss weg”.

Como referí, el 23 de marzo 1933 el Reichstag sancionó la ley habilitante y el 31, del mismo mes y año, la primera

Gleichschaltungsgesetz. Con esta legislación el Führer dispondría de todos los recursos y facultades para acerar el Estado nacionalsocialista de los trabajadores. El principio de autoridad era un fin en sí mismo. Hitler debía poder coordinar, unificar y sincronizar todos los esfuerzos. La concentración y la verticalidad del ejercicio del poder era la exigencia para impedir intenciones y decisiones infructuosas. Las ramificaciones estatales debían coordinarse, se tenía que suprimir el sistema estanco. La descoordinación de los procedimientos había conducido a que el Estado sea burlado y capturado por los succionadores del privilegio gubernamental. Buscábamos construir un Estado que se constituyera en la síntesis de todos los intereses, una instancia que fuera la conciencia de la nación. Teníamos que dotar a la conducción estatal de los medios para actuar por encima de las corporaciones, de los sindicatos, de las agrupaciones de artesanos, de las asociaciones culturales y deportivas. Esa era la propuesta: otorgar la discrecionalidad para que el Führer dispusiera de la capacidad requerida y de esta forma imponer el interés general contra la voluntad de los grupos o entidades mezquinas. El logro del orden y la estabilidad, la recuperación económica, el pleno empleo, la armonía social, el rearme, el prestigio de la industria, el acabamiento de la inflación y la valoración del signo monetario fueron los síntomas y las evidencias de una visión ordenadora y totalitaria de la sociedad.

27. El Führer decide solo

Debo aceptar que también en nuestras filas existían personajes díscolos y propiciadores de la desunión y la anarquía. Se trataba de individualidades que no dimensionaban el alcance de nuestro rol en la historia. Habíamos accedido al gobierno mediante las elecciones, pero no concentrábamos la totalidad del poder. Nos estábamos perfilando como el partido hegemónico, pero todavía no habíamos consolidado esa situación. Había que comprender que la monopolización sin cortapisas y la unidad sin grietas los componían el partido, el pueblo, el Estado y el Reichswehr. Ahora bien, la soldadura de los lazos se arraigaba mediante un intercambio mutuo de concesiones y confianza. Durante el primer año de mandato perduraban las desconfianzas contra nuestro proceder. Percibíamos la oposición en el ala tradicionalista del ejército y en los segmentos conservadores de las élites. El nacionalsocialismo fue fundado para dignificar al trabajador, pero no para instalar un gobierno proletario. Contraveníamos la tesis clasista, favorecíamos la supremacía de un Estado que reflejara los intereses policlasistas de la nación aria. La propuesta consistía en vertebrar la comunidad de arriba hacia abajo. Para el Führer la historia era el campo donde se luchaba por la superioridad racial, para Stalin era la lucha de clases.

El Führer fue subestimado. Para la ortodoxia marxista encarnaba el muñeco o títere guardián de un capitalismo agonizante. Los propiciadores de las contradicciones de clase calificaban al nacionalsocialismo como el último baluarte de la reacción conservadora. También se equivocaron aquellos que prejuiciosa y

peyorativamente catalogaban al Führer como un campesino taimado o aprovechador de situaciones favorables. Así como Gengis Kan con su incomparable genio organizador unió a los tártaros, Adolf Hitler disciplinó bajo su báculo a la nación germana. Entendía que no solo se gobernaba con el uso de la fuerza. Comprendía que su liderazgo despertaba muchas antipatías y desconfianzas y que Alemania era un foco de atracción temida y admirada. El robustecimiento germano era interpretado por los vecinos como una amenaza colosal. Los europeos siempre habían preferido y propiciado una Alemania fragmentada y exangüe. La idea de una Alemania vigorosa en el centro europeo jaqueaba los intereses ingleses, franceses, rusos y polacos.

Los alemanes tendrían que ser bárbaros para romper con un milenio agonizante de la cultura occidental. La cultura germana salvaría a Occidente si se imponía con una epopeya heroica, como la cultura de Atenas y Roma que prosperó gracias a las guerras médicas y púnicas. Europa se purificaría con la espada alemana. Una Alemania fuerte era una plataforma para el dominio de la Europa oriental. Por nuestra ubicación aplicamos la ciencia de la geopolítica. Nuestra historia estaba signada por hechos que demostraban que la geografía humana y la geografía territorial influyeron en nuestra realidad política. En carne propia experimentamos que la nación no solo era una dimensión jurídica como lo postulaba el positivismo jurídico, sino que la misma configuraba un organismo vivo. La nación era un cuerpo viviente que para sobrevivir necesitaba su base material. Nuestra industria era pujante, pero necesitábamos establecer nuestra autarquía.

Hitler al mando del destino alemán significaba una clarinada de esperanza. Asumía el desafío de que para materializar todos sus planes debía ganar tiempo. Reconocía el trabajo ciclópeo que representaba para un hombre la construcción de un imperio. Negoció con los descendientes de Pedro y Pablo de Tarso un concordato. Se debía garantizar que en el Reich no se perseguiría a los católicos y protestantes. El 20 de julio de 1933 firmaron Paul von Hindenburg y Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, el Reichskonkordat entre el Tercer Imperio y la Santa Sede. En conformidad con la letra de este acuerdo se garantizaron la libertad religiosa, la enseñanza del credo católico y la protección de las propiedades de los clérigos. A cambio, a los

sacerdotes, obispos y arzobispos les estaba vedada cualquier clase de participación política. La Iglesia católica no podía inmiscuirse en asuntos temporales. La religión aceptaba el mando único del Führer.

Había que batallar en muchos frentes y uno de estos frentes era el cultural. El mundo intelectual debía ser depurado. Las toxinas del judaísmo, marxismo y liberalismo estaban alterando y rebajando las formas puras del arte ario. El 10 de mayo de 1933 se ejecutó la acción que buscaba devolver a la cultura alemana su pureza y excelencia. Se emprendió una acción contra el espíritu antialemán que impunemente se infiltró en la literatura germana. La quema de los libros del 10 de mayo de 1933 provocó el estupor de los que imprimían y publicaban las obras de autores que pervertían la poesía, la literatura y la filosofía. Los libros de Engels, Freud, Einstein, Kafka, Zweig, Mann, entre otros, fueron arrojados a la hoguera. Las llamas consumirían los bastardos pensamientos que se erigían contra el credo germano. Pretendíamos descontaminar e impedir la degeneración a través del filtro hebreo.

El siguiente año, en el mes de junio, el Führer se reunió con el Duce en la ciudad de Venecia. El encuentro tuvo la peculiaridad de que en esa ocasión Mussolini llevara la voz cantante. En aquel entonces el Duce había demostrado la versatilidad y la zorrería necesarias para derrumbar la caduca democracia liberal, apuntalar la economía peninsular, subyugar al sindicalismo, aplastar las desavenencias políticas y apropiarse del prestigio de un estadista europeo y universal. Hitler tenía apenas un año en el gobierno y el italiano estaba gobernando Italia desde 1922. Una movilización multitudinaria de las camisas negras lo encumbró en lo más alto de la pirámide estatal. La exitosa marcha sobre Roma cuyo inicio fue el 28 de octubre de 1922 movilizó a miles de fascistas. Las consecuencias fueron decisivas para el debate político ideológico. El fascismo se presentó como la barrera infranqueable contra el comunismo. Dio pie a que reviviera la romana institución de la dictadura. La marcha repercutiría fructíferamente en el oscuro mundo de las ideas y en el fenómeno fáctico del poder. Representó la respuesta radical contra la amenaza comunista de 1917 y la inversión de los valores que salvaría a Italia del naufragio masónico-liberal. Clausuró el prostituido parlamentarismo y forzó al

rey Víctor Manuel III a designar a Benito Mussolini como jefe de Gobierno. El 30 de octubre, el Duce formó gobierno y dio el puntapié inaugural a la revolución fascista. Hitler admiraba al dictador italiano, este hizo sus primeras armas militando a favor del socialismo marxistoide. La madurez le exigió deshacerse de las veleidades clasistas. Concluiría perfilando una ideología que atendiera los reclamos sociales y la afirmación de la identidad nacional. El fascismo estaba llamado a ser el motor del nacionalismo expansionista.

El dictador italiano quería replicar el pasado. La Roma imperial y civilizadora era la nutriente de su visión mediterránea. Eran admirables sus dotes de oratoria y el vigor que le imprimía a su presencia física. Sus discursos no estaban esmaltados con clichés. Por donde asomaran sus palabras se percibía la intención de ensamblar el pasado glorioso con la grandeza del porvenir. El Führer veía en él un hombre culto y ejecutivo, ¡por qué no reconocerlo!, una inspiración. El italiano había concretado con anticipación lo que el Führer tenía destinado para Alemania. El derrotero que seguimos estaba influenciado por los emblemas del camisa negra. Las concentraciones, las paradas militares, los desfiles, la liturgia de las ceremonias, los uniformes, el simbolismo romano, la creencia de que el Duce tenía la razón, el endiosamiento del Estado no representaban situaciones aleatorias, sino actuaron como la horma en la que cuadraríamos nuestro apasionado proceder.

Benito Mussolini era audaz, sus acciones presagiaban grandes ideas. Su prodigiosa intelectualidad cautivaba a las mentes frígidas y agnósticas. Pienso que sedujo al Führer con su fluido alemán, ellos conversaban en alemán. El Duce poseía idiomas, generaba pensamientos y estaba dotado de un proficuo conocimiento del ascenso y descenso de los imperios. Reorganizó la afligida situación política de posguerra con instituciones que ecualizaban la resonancia clásica del pretor romano. Introdujo el saludo de levantar el brazo derecho con los dedos juntos y rectos de la mano. La elocuencia del italiano y el dinamismo de su razonamiento impresionaron al Führer. Hitler provenía de la pintura y la arquitectura, y Mussolini del periodismo y las lecturas de Nietzsche, ambos imaginaban combates que revertirían la mendicidad de las culturas nacionales. Esta dupla de

célebres estaba dotada de una fortaleza mental que rigió sus respectivas existencias. Al final de sus días recogieron el destino trágico y dignificante que la ingratitud les había reservado. Para no ser arrestados por los enemigos, el Führer se suicidó. Prefirió caer a bajar.

Los aficionados mancillan los nombres, pero la épica conmueve cuando se la realiza no cuando se la describe. Hitler yergue inalcanzable. La eternidad alberga la gloria de los hombres eruptivos e intempestivos. La indefinición del tiempo y el espacio, a fin de incordiar a la humanidad y burlarse de ella, presenta de vez en cuando a algunas personalidades tan atrayentes que todo el mundo aspira a alcanzarlas, pero estas alcanzan tal magnitud que nadie consigue igualarlas.

Dos días antes, el 28 de abril de 1945, Mussolini era acribillado junto a su amante, Clara Petacci, él mismo ordenó que le dispararan en el pecho. Los partisanos colgaron sus cuerpos cabeza abajo. Los timoratos vejaron los cadáveres certificando que además de tratarse de un pueblo de cagones e inútiles combatientes eran gente de corta memoria. Refiero los momentos finales de dos personalidades que nunca podrán ser situadas en la intemperie de la historia. Estos próceres asumieron posturas nacionalistas irredentistas y atribuían a sus nacionalidades un destino inmutable que devenía de las glorias del pasado. Asimilaron el descontento que para ambos pueblos significó los años de guerra, esta exacerbó la pulsión nacionalista. El Führer quería expandirse sobre la base del Sacro Imperio Romano Germánico y el Duce imponía que su actitud colonialista reflejara las aspiraciones del Imperio romano. Consideraba la ocupación del norte de África como la cuarta guerra púnica. La radiografía ideológica nos delataba que sus pensamientos sobre cuestiones básicas de historia, política, revolución, ideología, estrategia y fuerza configuraban una unidad de siameses.

Como he consignado en este primer encuentro, el Duce era una figura admirada por el Führer. Sin embargo, con el transcurrir de los acontecimientos, la imagen del Duce se fue desfigurando en el escudriño de los gélidos ojos del Führer. Hitler, que ponderaba al Duce, verificó que el italiano hacía malos comentarios sobre él y que era un carenciado de virtudes militares. Yo agregaría, con las

informaciones a las cuales tuve acceso después que acabara la contienda, que Mussolini no honró la amistad y confianza del Führer. Explicaré por qué he llegado a la conclusión de que la amistad de Mussolini significó el endoso de una obligación onerosa. Quizás deba ser aún más duro con mis juicios. He pensado muchas veces que Mussolini actuó movido por sus ansias de prestigio, su cinismo innato y la sagacidad del aprovechador. Antes que estallara el conflicto en toda su dimensión, el Duce pretendió desempeñar un rol intermediador entre nosotros y la alianza francoinglesa. No olvidemos que estos consintieron y avalaron la invasión italiana en 1935 a Etiopía. En el mapa colonialista todos, menos los alemanes, podían detentar territorios coloniales. El expansionismo italiano fue tolerado con la intención de que Italia se convirtiera en un tapón de Alemania. La lógica de la geopolítica inspiraba el proceder de estos países, no fuimos solo nosotros los que creíamos en las conquistas territoriales.

Cuando el 1° de septiembre de 1939 invadimos Polonia y días después nos declararon la guerra Francia y el Reino Unido, el Duce no se inclinó a favor de Alemania. Se quedó al margen. No asumió las consecuencias de la amistad que el Führer cultivó con él. Recién, cuando percibió que nuestras victorias eran inevitables, comprendió que si se comportaba de manera indiferente, no obtendría ventajas territoriales. Calculó que no tendría ningún derecho para reivindicar territorios que ampliaran la geografía italiana. Razonó y se animó el 10 de junio de 1940 a declarar la guerra a Francia e Inglaterra. Supuestamente las fuerzas armadas italianas contaban con vehículos blindados, barcos, tanques y aviones. Además, sus soldados se habían curtido en los combates africanos y en la guerra civil española. Durante la guerra, los italianos nos demostraron que eran unos incompetentes y su material bélico era obsoleto. Ellos invocaban la prestigiosa disciplina romana, pero a la hora de la verdad fuimos los alemanes los que les quitábamos las castañas del fuego. Cuando se vieron en aprietos acudimos a su ayuda. Luchamos en el norte de África para enlentecer la victoria británica. La desastrosa invasión a Grecia nos forzó a enviar tropas para detener cualquier ataque que los aliados pudieran hacer a nuestras espaldas. La intervención en Grecia y los Balcanes condicionó la dilación de la invasión a la Unión

Soviética. Si invadíamos Rusia eludiendo el rigor y los sinsabores del clima glacial, hubiéramos alcanzado Moscú antes que desembarcara el invierno.

Por estas razones siempre me cayeron mejor los flemáticos ingleses que los pintorescos italianos. Los isleños eran rudos y escaseaban en ellos las ostentaciones; en cambio, los peninsulares cantaban en vez de hablar. Cuando nos aliamos con los italianos consideré que lo que hacíamos era necesario para ese momento, pero que a la larga supondría una carga gravosa. Ya nos habían traicionado en la primera guerra. Al inicio jugaron a dos bandas y luego desertaron. Eran tan muertos de hambre que sus ambiciones territoriales se satisficieron con región tirolesa. Desertaron de nuestro lado por el Tirol. Lo único admirable de ese pueblo era el renacimiento, el rescate del helenismo y Roma. Por lo demás, nunca fueron guerreros, dentellan frente a la muerte. Me parecían teatrales y pintorescos, no los sentía hincados por el deseo de gloria. Me resultaban preocupados en su buen ver, ¡en su mamá! y en los espaguetis. Eran estruendosos sin relampaguear y caudalosa luz sin brillo. No confiaba en ellos, me parecía que su locuacidad y las gesticulaciones que hacían al hablar ocultaban un carácter dúctil y de arranques sentimentales. Entre los italianos el rigor tenía corta duración. Con sus antepasados no tenían nada en común, se trataba de otra raza, ya no eran la raza dominadora, sino la que gozaba del buen vivir. Los romanos descendían de los etruscos y los italianos de los incestos clericales. La intuición se confirmó, tenía razón. Los seguidores del Duce, parangonado por Hitler como el último romano, eran italianos cuyas huellas romanas se habían desteñido de su carácter. Deberían ser llevados al paredón y fusilados por la espalda: por traicionar al Duce y a la alianza con Alemania.

A consecuencia de la debacle militar, Mussolini fue destituido en julio de 1943. Se lo recluyó en el albergue de campo Imperatore, un inaccesible refugio de montaña encaramado al gran Sasso, en los montes Abruzos. Fue liberado, en el épico rescate que se denominó Operación Roble, por un comando de paracaidistas dirigidos por Otto Skorzeny. El 27 de septiembre con apoyo del Führer, en una región donde nosotros teníamos el control militar, el Duce estableció la República Social Italiana. Mientras tanto el gobierno presidido por

Badoglio había firmado el 3 de septiembre la capitulación con los aliados e inmediatamente declaró la guerra a Alemania. La traición italiana quedó consumada, la traición y la vergüenza se ciñeron una vez más en la identidad italiana. Pero no todos quedaron impunes a esta felonía. El conde Ciano, yerno de Mussolini, fue arrestado. Hitler en persona solicitó al Duce su fusilamiento. Al principio se resistió alegando la importancia de la familia para los italianos. Escuchó con sus oídos la negativa de Hitler. El Führer argumentó que el conde debía morir tres veces: por haber traicionado el pacto de acero entre el Reich e Italia, por traicionar al fascismo y por traicionar a su familia. El deseo se cumplió sin trabas ni expediente o argucias jurisdiccionales.

Opusimos resistencia contra los avances aliados, el Führer ofuscado ordenó retener el paso de los aliados por la península. Nuestras tropas ofrecieron una resistencia inexpugnable y férrea. Por último, el régimen fascista no fue lo suficientemente consecuente con el antisemitismo. Fueron tibios y recién cuando ocupamos el norte de Italia pudimos deportar judíos a los campos de concentración. El periodo de ocupación del norte no fue largo, apenas pudimos deportar ocho mil hebreos. Los italianos no colaboraron con la solución final. Eran reticentes a nuestras depuraciones. Hasta en esto fueron unos cobardes y malagradecidos. Los rumanos han sido más valerosos que los peninsulares. Las reminiscencias romanas las utilizamos para desbaratar la imaginación de un pueblo que no era merecedor ni heredero de la tradición romana.

28. La jefatura del Führer no se discute

No todos los estamentos interpretaban que éramos la muralla frenadora del comunismo soviético-mongol. Persistían quienes habían perdido el paladar de la astucia, esos que no distinguen que lo real es ordenado por la inteligencia. Estos desubicados presumían que el músculo puede vencer a la palabra. Descontaban que se lideraba con el discurso, se imaginaba la esperanza y la perspicacia olfateaba el triunfo.

En ese entonces una cofradía de homosexuales dirigía la SA Sturmabteilung. Hay que reconocer que a la SA —sección de asalto— le cupo un rol destacado en la conquista del poder. Batallaron a golpes en todas las calles, gracias a su brutalidad y determinación pudimos controlar los espacios públicos. Debido a las imposiciones del indigno tratado de Versalles, el ejército debía estar integrado por no más de cien mil soldados. Las SA en 1934 habían reclutado a más de tres millones de alemanes. Si se sumaban otras agrupaciones afines, se engrosaba la cifra de 4.500.000 civiles uniformados con la camisa parda y decididos a dar todo por la patria. La diferencia con la tropa de élite que representaba las SS Schutzstaffel —escuadras de protección— radicaba en que a los primeros los obnubilaban las ideas nacionalistas y nosotros los SS resumíamos la pasión nacionalista en la figura del Führer. Por otro lado, ellos eran de extracción más humilde, integrantes de los sectores pauperizados. Se hacían notorios por su bajo nivel cultural. En contrario, nosotros éramos seleccionados de las clases medias y sometidos a un riguroso examen. El hecho de haber superado el filtro de las SS certificaba la indiscutible condición aria del

soldado.

Los SA depositaban su optimismo fácil en la superioridad numérica que poseían. Su miopía no les permitía captar que todavía existían encumbrados actores refractarios a nuestras maniobras. Los que invocaban el pasado para renunciar al futuro podían ejercitar, impune e impúdicamente, su derecho al veto. Estaban parapetados en la estructura del ejército, en los conglomerados empresariales, en el claustro académico y en el fuero eclesiástico. En el Reichswehr tañía un ímpetu salvacionista y el mesianismo militar aún no había sido diluido por la figura del Führer. La cúpula militar constituía una amenaza a la estabilidad de nuestro gobierno. La alta jerarquía prusiana no confiaba en el cabo austriaco Adolf Hitler. Al Führer lo respaldaban los votos; de lo contrario lo hubieran eliminado. Jerarcas prusianos no toleraban las impertinencias de la SA. Ernst Röhm, el líder de esta agrupación. había propuesto a Hitler que la SA reemplazara al Reichswehr. La iniciativa fue rechazada de plano. El Reichswehr representaba la continuidad del Estado y estaba conformada por profesionales de las armas. Sin embargo, la cúpula de la SA estaba constituida por una amalgama de brabucones huérfanos de una idea del Estado y la nación. Su febril nacionalismo se alimentaba de las quejas contra la alienante república y contra las afrentas del tratado.

Los SA cometieron un pecado capital. Los voceros comenzaron a divulgar el plan de que el Reichswehr se sometiera a la SA. Los tradicionalistas no se quedaron de brazos cruzados. Elevaron su protesta al Reichspräsident Paul von Hindenburg. El presidente comunicó el descontento de las fuerzas armadas y las insinuaciones de un golpe de Estado se escuchaban en todos los medios. Circulaban los rumores de que, si no se acababa con las SA, los militares solicitarían al Reichspräsident que decretara die Ausnahmezustand; vale decir: el estado de excepción. De suceder esto se corría el riesgo de truncar los programas del nacionalsocialismo. Los atolondrados de la SA consideraban que con bravatas y malbaratando violencia se direccionaba un proceso histórico, en el fondo eran unos supersticiosos que confiaban en el azar de lo volitivo. Eran unos novatos furiosos sin formación científica. Pensaban cosas inadmisibles. ¡Qué error

imperdonable considerar que la política es un campo en donde se experimenta con la verdad! La coyuntura había cambiado nuestras circunstancias personales. A consecuencia de la avariciosa velocidad dábamos pasos firmes y vertiginosos, limpiábamos el panorama de matorrales, pero sobrevivían actores que contaban con vuelo propio. Individuos que perseguían sus intereses divorciados de los del Führer y de los de Alemania. A estos soliviantados teníamos que sosegarlos. Había que entrelazar y coordinar los esfuerzos bajo el mando unificado del Führer, la unidad sin fisuras constituía el imperativo del momento.

Refiero que existían militares reaccionarios y sectores de la industria opositores a las reivindicaciones sociales. Habíamos alcanzado la cúspide y todo indicaba que había que consolidar el poder. La indulgencia y la tolerancia contra los enemigos debían volatilizarse en la medida en que se custodien los resortes del Estado y se hubieran radiografiado los movimientos de la sociedad. A la receta necesaria la precede el diagnóstico agudo y perspicaz. La norma que dispone el procedimiento estipula: una vez acumuladas todas las riendas del poder, nula tolerancia con los contestatarios. Los actos administrativos y las decisiones se efectúan en plazos abreviados e impiadosamente. Cuando las masas se mimetizan con el Estado se debe decretar la defunción de los insubordinados. Con el corazón de hierro y el alma helada se deben administrar la crueldad y la violencia. El recurso de la violencia nunca debe consistir en una descarga pasional. No se trata de un hecho orgásmico. En el momento de borrar del mapa a todos los enardecidos y disconformes, hay que hacer que las campanas doblen para solapar los gritos de los ajusticiados.

En el primer año de gobierno estábamos firmes, pero sabíamos que aún restaban cabos sueltos para atar. Anudar y entrelazar nudos goza de la falsa apariencia de lo que parece fácil.

El cabecilla de los insurrectos era Ernst Röhm. Se trataba de un combatiente meritorio, pero que había extraviado la brújula. No captaba que a la burguesía no se la debe provocar y a la clase media atemorizar. Su participación bélica estuvo signada por heridas graves y un tiro en el pecho que recibió en Verdún. Sirvió en combate como el más bravo entre los bravos. Organizó a los Freikorps, quienes con

valentía reprobaban el tratado y en las calles a golpes repelían las fanfarronadas de los espartaquistas. Participó en 1923 del Putsch de München, lo que le costó 15 meses de prisión. Sediento de gloria se enroló al ejército boliviano con el rango de teniente coronel y ejerció como instructor de los oficiales inferiores. Fundó, organizó y lideró las SA con férrea intrepidez. Pero no todos los hombres están preparados para administrar el poder que provisoriamente tienen. Cuando uno tiene una parcela de poder, la máxima dicta que lo primero que debe aceptar son los límites de su poder. Röhm era camarada y amigo del Führer, era el único que lo tuteaba. Hitler le concedió mando, jerarquía y confianza. Abusó de la cercanía, confundió su escalafón y no acertó a visibilizar que Göring, Goebbels y Himmler escudillaban en sus planes y en su vida privada. La homosexualidad estaba penada, pero el Führer lo exoneró de las consecuencias de la ley. Incluso Röhm tenía el tupé de exhibir sus perversidades y de mostrarse con apuestos jóvenes. Creo que su desviamiento sexual fue un obstáculo en su carrera y que le generaban perturbaciones emocionales. De ahí se explicaban sus arrebatos de violencia, el manejo poco inteligente de su agresividad y sus delirios de transformarse en el segundo del Führer. Este homosexual nunca comprendió que delante no pueden cabalgar dos. El número uno es siempre una sola persona y el número dos se sujeta a una distribución múltiple. Röhm se negaba a reconocer esta realidad. Se trataba de un sujeto obstinado, guiado por alucinaciones y problemas personales no resueltos. Su primer pecado consistió en no captar que el Führer era el único líder y que sus órdenes se obedecían y no se discutían y menos aún se sometían al análisis libre de consciencia del receptor. Tampoco alcanzó a percibir que el ejército representaba una parte constitutiva y permanente del Estado. No quiso ver la verdad evidente. Incluso el sentido común manda a no discutir lo obvio. Este individuo se negaba a ver lo que estaba enfrente de sus ojos. A todas estas inconductas había que agregar el dato de la traición. Los traidores no se definen a sí mismos. De acuerdo a la investigación de Reinhard Heydrich, Röhm recibió dinero del gobierno francés para derrocar al Führer. Esta información fue la detonante para que se ejecutara la purga de las SA. Caminaba el mismo camino del Führer, pero ya no más juntos.

Cuando caducaba la paciencia del Führer zanjaba los obstáculos de manera sucinta. Como era su costumbre en estas situaciones no se puso a barajar posibilidades. Entendió que las circunstancias forzaban a recurrir a una cirugía. Había que legrar. Ernst Röhm se constituyó en una superficie de tejido adherida al útero del nacionalsocialismo. Las paredes del claustro debían ser raspadas quirúrgicamente. Debíamos practicar un curetaje en el intimismo del partido. Röhm y sus acólitos debían ser eliminados y sus cuerpos como capas adiposas excrementales serían depositadas en el basurero.

El 30 de junio de 1934 el Führer arribó a München para auditar Die Nacht der Langen Messer. Se aposentó en el hotel donde descansaba Röhm. Entró a su habitación con un látigo en la mano y dos custodios. Lo recriminó y comunicó que iba a ser ultimado. Le concedió la prerrogativa del suicidio. Röhm se negó a suicidarse, reclamó que viniera Hitler para jalar el gatillo. Dos oficiales de las SS lo redujeron a una celda y le cedieron diez minutos para que ejercitara el privilegio. Expresó su reticencia y los oficiales ejecutaron la orden. Lo balearon y doscientos incondicionales suyos corrieron con misma suerte. Terminada la operación de la Noche de los Cuchillos Largos el partido se condensó detrás de la única figura. El Reichswehr se tranquilizó y el Führer obtuvo de todos los militares el juramento de lealtad. De ahora en adelante la fidelidad se la debían al Führer y no más a la Constitución del Reich. El juramento obtenido supuso que los militares abandonaron su obligación de defensores de la Constitución. Con esta acción el Führer fidelizó a todos los miembros de las fuerzas armadas.

Como ya lo he enfatizado, el Führer tenía un plan. El 20 de julio de 1934 elevó a las SS al rango de una organización autónoma, para tal efecto designó a Heinrich Himmler como jefe de esta. El 2 de agosto muere el Reichspräsident Paul von Hindenburg a los 86 años. El fallecimiento del héroe habilitará a que Hitler se desempeñara como Führer y Reichskanzler. Este dato luctuoso abolirá el último vestigio de separación de poderes. En el plebiscito del 19 de agosto Adolf Hitler obtiene el 90% de los votos emitidos. El soberano en pleno uso y ejercicio de sus derechos y libertad escogió como único conductor de las intenciones germánicas a un hombre que rebasaba los límites del presente. Nunca antes en la historia se había estrechado tanto el

destino de la nación con la identidad de un superhombre.

Toda mi vida he juzgado a los hombres con talento y los sucesos con sangre fría. No renegaré que sentía fuego por el Führer. Él sabía que la gran lucha se llevaría a cabo en el territorio del siervo eslavo. El Führer desdeñaba a los eslavos; sin embargo, respetaba de ellos lo que denominaba la maña caucásica. Alemania necesitaba dominar Rusia como los británicos dominaban el subcontinente indio.

29. NO HABÍA SECRETOS

Desde el inicio Hitler obró en consecuencia. El 19 de octubre de 1933 Alemania se retiraba de la comunidad internacional (Austritt aus den Völkerbund). La osadía señalaba el sendero que íbamos a seguir: los compromisos internacionales se respetarían si estos respetaban los intereses alemanes. Las restricciones impuestas por los vencedores iban a ser incumplidas. O se borraba con el codo lo que se firmó con las manos o, de lo contrario, impondríamos con violencia un nuevo orden jurídico internacional. Sin hipocresías estábamos dispuestos a demostrar que el derecho internacional siempre ha sido el derecho de los más fuertes. El 26 de enero de 1934 arribamos a un acuerdo de no agresión con Polonia. Anticiparé que este pacto no fue respetado por los polacos. Un grupo de saboteadores invadió el territorio patrio. La respuesta no se hizo esperar.

El 13 de enero de 1935 sufragaron en Saalan. Por medio de un referéndum, el 90% de los habitantes decidieron libremente formar parte del Tercer Imperio. Coherente y respetuoso con la promesa de situarnos como potencia mundial, el Führer decretó el 16 de marzo de 1935 la obligatoriedad del servicio militar. El maldito tratado de Versalles nos impuso la restricción vergonzosa y denigrante. En un plazo abreviado organizamos unas fuerzas armadas con 580.000 hombres. Esta cifra era la demostración eficiente de la ruptura con las vejatorias imposiciones. La decisión estaba tomada: nos íbamos a rearmar para respaldar nuestras reivindicaciones. Haciendo realidad la promesa de volver a ser un estado soberano, el 7 de marzo de 1936 tropas de nuestro ejército marcharon en la zona desmilitarizada de

Rheinland. El ejercicio pleno de nuestra soberanía significó la estocada de muerte para Versalles y los acuerdos de Locarno de 1925. Los isleños y franceses aceptaron sin protestar la decisión del Führer. El solo hecho de imaginarse una reacción de Hitler los hacía temblar. Ni siquiera tuvieron el coraje de piar. Hitler reunía las cualidades del político práctico y el filósofo político. La entereza que lo alzaba hacía que tradujera en realidad sus pensamientos. En sus decisiones y en la actitud demostrada resplandecía la aurora del patronazgo germano.

Europa de principio de siglo XX estaba saciada de sentido. Lo que perdura por inercia acaba fatigando, sin embargo, lo que se hace veterano en la hostilidad ni fastidia ni envilece. Las emergencias de las masas resquebrajaron el corsé jurídico-político. El momento demandaba una voluntad heroica. Ya no había sitio para el hedonismo. Cuando el nervio vacila y el músculo entumece, las culturas colapsan. El debilitamiento de la moral guerrera conduce a la degeneración o ¿acaso no era cierto que el Imperio romano estaba corroído por el cristianismo judío? La irrupción de impulsos subterráneos expresó el colapso de una cultura. Lo que persistía en su agonía debía perecer. El mundo conocido se acercaba a su final y se aproximaba una nueva civilización. La parturienta gemía su última contracción uterina. La necesidad histórica señalaba el imperativo de la destrucción. Las sacudidas apocalípticas debían echar por tierra las culturas impávidas y arrebatar la antorcha de la vida de sus ardores moribundos. De 1914 a 1918 la voracidad destructiva no fue lo suficientemente abismática para taladrar, causar destrozos e iniciar una nueva era cultural. El viejo orden quedó intacto, solo le cambiaron el maquillaje. En Europa occidental se vanagloriaba la decadencia. El continente debía erupcionar y desatar furias que alumbraran una cultura vital. Necesitábamos luz de mediodía. Desde 1914 hasta 1939 Europa convulsionaba, pero no hacía el trabajo de parturienta.

La guerra civil española no nos pasó inadvertida. Ese escenario bélico representó el preludio de lo que se venía incubando. Cuando los tiempos ocultan la luz traen consigo las alboradas. La confrontación ideológica, política y militar no se había acabado en 1918. Lo que había empezado en 1914 agotaría su perdurabilidad en 1945. Se encadenaban acontecimientos que auspiciaban la ruptura. Eso pasó en

la península ibérica. Nosotros apoyamos al general Francisco Franco. Los nacionalistas españoles encararon una cruzada contra el comunismo. Como correspondía al liderazgo continental de Hitler, nos pusimos al servicio de la causa nacionalista. La Luftwaffe se encargó de bombardear posiciones neurálgicas de los republicanos. Sin nuestra participación y la de los italianos, el nacionalismo falangista no hubiera triunfado. Apoyamos la causa nacionalista que guerreaba al internacionalismo dirigido por Stalin. Juzgando los hechos posteriores, he concluido que Franco no se portó como un amigo agradecido. No nos recompensó, no pagó el favor que le dispensamos. Cuando lo necesitábamos, el gallego, como buen prisionero de los curas y las monjas, no nos facilitó las cosas. Pienso que quizás era mucho pedir a un militar con voz de pito y ladeado por una mujer que no podía lucir un escote. Que conste que terminada la guerra un camarada de la talla de Otto Skorzeny halló refugio y protección en la España franquista.

30. La vagabunda castidad del no hacer

En definitiva, aquel en quien se haya extinguido el sentimiento del pecado original estará facultado a actuar de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Hitler entendió que lo que la naturaleza acaudalaba tendía por la fuerza a incrementarse. El estadista que precautela todas las consecuencias de sus decisiones nunca hará nada. En el destino de los hombres más que en el destino de los pueblos, el azar puede escribir el renglón condenatorio. El Führer sabía que los dioses no lo propiciaban, también que las religiones monoteístas no bendecirían sus obras. El Führer no descansaría o tomaría aire en el rellano de la escalera. Llevaba sobre sus hombros la obligación de edificar un imperio milenario, una potencia que significará el eslabón en donde se detendrá en su perfección definitiva el superhombre. Este, con alas de águila y codicia de grandeza, alcanzaría el atalaya y desde la cima escudriñaría, como un faro de verdad, las sombras de los tiempos. El momento estelar compactaría el legado de la raza aria. Los hombres excelsos y valerosos debían dominar. Los arios éramos el linaje con la sangre para ensanchar el destino humano. Había que borrar de la memoria las heridas del Crucificado.

La realización personal y colectiva demandaba osadía y transgresión, bajar de la cruz al impostor. Se debían silenciar los recaudos judeocristianos. Al fin y al cabo, la consciencia era una invención judía. Teníamos que eliminar la ilusión del cristianismo original de que el gobierno temporal abría las puertas del Reino de Dios. Las cosas que tenían que ser hechas se realizarían desde la lógica del aquende y no desde la promesa del allende. La necia ley de la

resignación y de guiar los esfuerzos para el más allá había disipado *Gott Ist Tot*, ¡Dios ha muerto! Había colapsado un sistema de valores y había que establecer uno nuevo. ¡Que viva la muerte procreadora de la nueva vida, que muera la vida profanadora de la muerte! Demos forma a los hombres que arrancan la fuerza de lo invisible y la belleza de lo horroroso. El imperio ario no se construirá con las disquisiciones de la metafísica, sino con la sangre que colorea el pedregullo. La guerra es el infierno y en el infierno nunca está Dios. Se reclama la participación de los ángeles de la muerte, no la de los querubines de los frescos. Desmentimos la dicotomía entre la *civitas* humana versus la *civita dei*. El dilema se resolverá en las áreas del conflicto a través de la esclavización, la germanización y en la conquista del espacio vital. Los dos modelos de urbe representaban una estafa. Cuando los pueblos son mantenidos en el oscurantismo y su inteligencia es alimentada con la ignorancia, es posible ofrecer estas boberías como argumentos dilatadores del ascenso definitivo de la raza aria. En la ciudad humana se perseguía la utilidad y en la ciudad de Dios se trataba de obedecer a Dios. Para el promiscuo de San Agustín, la ciudad terrenal está al servicio de la celestial. La paz en la tierra está en función de la ciudad de Dios. La ciudad de Dios no es un modelo de dominación sino de obediencia. Está en el cielo, en el más allá. Teniendo como basamento la moral del superhombre se construirá el mundo de las jerarquías raciales. Lo importante eran el aquí, el ahora y el actor. Los individuos valdrán la piel que les cubre y la cultura que inspiran sus sentimientos. La fe volvería al hombre ario. Renacería la raza como medio y fin del orden cósmico.

Los individuos comunes y normales no comprenden la gravedad de la época en la que viven. El hombre excepcional posee la idoneidad para captar no solo las necesidades de su tiempo sino las tendencias a las que el discurrir se somete. Adolf Hitler era un hacedor e intérprete del periodo en el cual vivió. Concebía la perentoriedad de los plazos, la transitoriedad de las épocas, la fungibilidad de las cosas y los seres humanos. Las oportunidades no eran un regalo de las coyunturas, ellas eran el producto de la debilidad del otro y de la fuerza de uno. Cuando el Führer sintió su fortaleza y la fragilidad de los enemigos, consideró que no había tiempo que perder. Con las herramientas en las manos y

sus ojos flechando el futuro, le puso manos a la obra. Se debían aprovechar las ventajas de que le temían. El lobo ha ganado muchas batallas por la actitud catatónica del retador. El huidizo no se conserva para otro combate, el cobarde solo sirve para arrepentirse de su cobardía.

El Führer hizo girar el timón de la historia. Representábamos la ira de un pueblo soliviantado contra las humillaciones. Teníamos que batallar, nos educaron en la escuela en que había dos posibilidades: o el enemigo pasaba sobre nuestro cadáver o nosotros sobre el suyo. El mandato nos imponía que abandonáramos la condición de potencia herbívora y nos transformáramos en potencia carnívora. El 15 de septiembre de 1935, en su mitin anual, el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei aprobó las leyes que lograrían la pureza de la raza. Por siglos se había procrastinado el imperativo de expulsar a los judíos de la vida ordinaria. Nosotros tuvimos el coraje de saldar la deuda que Europa tenía consigo. Decidimos excluir a los judíos de la sociedad. Revocamos la ciudadanía que gozaban del Reich y se prohibieron las relaciones entre germanos con hebreos o razas afines. Había que ir arianizando. Las decisiones tomadas facilitaban la arianización. Los alemanes no podían ni siquiera mantener relaciones sexuales con miembros de las razas inferiores. Los matrimonios interraciales se valoraban como Rassenschande. La naturaleza insultada se venga de las impurezas. La pérdida de la decencia de la sangre destruye para siempre la felicidad interior, abate al hombre, y sus consecuencias corporales y morales son indelebles. Los proscriptos representaban una lacra social y a como diera lugar se debía impedir descendencia racialmente sospechosa. Debíamos terminar a las buenas o a las malas con la infamia racial. La ley sagrada se perpetúa con la comunidad de la sangre. Los pueblos que renuncian a mantener la honestidad racial renuncian al mismo tiempo a la unidad de su alma. La puesta en escena de la palabra discriminación, que aquí no se utiliza con un sentido peyorativo, implicó la interdicción del ejercicio profesional. Los médicos judíos quedaron autorizados solo a atender a pacientes de su raza, los abogados no podían representar a nadie en los tribunales. No hay que creer en los infundios, los judíos recibieron un justo precio por sus pertenencias. El Führer encaminaba las

energías para que esta maldita raza fuera extirpada como un tumor cancerígeno. Las leyes de Núremberg no fueron profilácticas, sino fueron los primeros instrumentos quirúrgicos de la operación definitiva.

31. Recuperando la tradición griega

Las undécimas olimpiadas de la edad moderna se llevaron a cabo del 1° al 16 de agosto de 1936. Los juegos olímpicos se convirtieron en nuestra carta de presentación. La prensa manipulada por los judíos y bolcheviques habían instalado una usina de infundios contra Alemania. Éramos presentados como el ogro, los sodomizados del mal; mientras que el Führer era el demonizado como el satanás que estaba endiablando al pueblo. Todo el rollo de mentiras e infundios no se compadecían con la realidad. Ningún plumario se escoró a narrar la verdad. Nadie refería que recuperamos el pleno empleo, que los padres de familia llevaban pan, alimento y frazada a la casa, que el obrero tenía sus vacaciones pagas, que la física y la química avanzaban en las investigaciones, que los intelectuales eran laureados por sus descubrimientos e inventos, que las carreteras eran anchas y seguras, que se dotó a la economía de las infraestructuras necesarias, que la industria estaba en la vanguardia tecnológica, que los servicios de salud eran accesibles para toda la población, que todos los niños tenían la educación garantizada, que recuperamos la dignidad y nos hicimos respetar como nación gracias a la remilitarización.

Las calumnias nos retrataban como unos bárbaros que habíamos esclavizado a nuestro pueblo. El mundo se estaba preparando para arder, para ser consumido por las llamas guionadas por el judeobolchevismo. Necesitaban generar el caos para impedir que asumiéramos el rol y la ubicación que nos correspondía. Los detractores del Führer y del Dritte Reich apostrofaban como los que maliciaban el naufragio de su mundo y avecinamiento de un orden en

donde nadie estaría exonerado de sus indecencias. Nos habíamos propuesto adecentar la civilización europea que presentaba rasgos ensordecedores. Las olimpiadas desmintieron cada una de las patrañas que eran emitidas con la intención de igualarnos a Atila, el Azote de Dios. Definían al Führer como el destructor de la civilización europea. Los que fueron testigos de ese festival, en el cual se celebró y aplaudió la forma aria de la estética, confirmaron que Alemania se encaminaba hacia la paz y la prosperidad. No escondimos nada, lo que se hizo se lo realizó de manera transparente y amigable con las aspiraciones de establecer lazos de paz dentro del respeto de nuestras reivindicaciones. Abrimos puertas y ventanas para que el mundo entero pudiera admirar a la Alemania nacionalsocialista. Propiciábamos una nueva verdad y deseábamos no ocultarla. Los preparativos, las obras de infraestructura y las instalaciones deportivas que se levantaron estimularon la admiración de los visitantes que por primera o segunda vez incursionaban en el universo germano. No hubo quien no terminara admirando el genio, la disciplina, el orden y la capacidad germana.

Queríamos recuperar el esplendor de la Grecia antigua. En Berlín se dibujaban las formas estéticas del clasismo y la fragancia de lo que concilia el cuerpo con el alma. La arquitectura de la sede y las filmaciones de los eventos hicieron posible que fueran transmitidos en directo. Los que no cabían en las graderías podían observar en sus pantallas televisivas. Los eventos fueron retransmitidos. Hubo más de tres mil transmisiones radiofónicas para más de cincuenta países. En simultáneo el planeta vibraba al compás de la extenuación de los atletas. Las ciudades demostraban orden y limpieza. No se amontonaba ningún tipo de basura o mugre, cada rincón o baldosa lucía una limpieza aséptica. Los monumentos brillaban, la algarabía resonaba en los parques, en las calles no volaba un papel y los banquillos estaban higienizados. La muchedumbre se ataviaba con elegancia y coquetería, nuestras mujeres y caballeros deseaban demostrar distinción y belleza. En las columnas, en las ventanas, en donde se pudieran colgar ondeaban las banderas del partido. Las jornadas deportivas se efectuaron en los horarios establecidos. El cronograma y el calendario de jornadas se cumplieron con exactitud cronométrica y según lo calendarizado. Los invitados se sorprendieron

del sentido de la responsabilidad, de la pulcritud y de la puntualidad germana. En el ambiente se respiraba un aire de satisfacción, de voluptuosidad, de ilusión de un pueblo que se volvió a sentir potencia soberana y seguro de sí mismo.

Con anterioridad nunca concurrieron a participar tantas naciones. La España republicana, gobernada por los rojos, se negó a participar. La lectura de los periódicos confirmaba la deplorable situación política española: mientras que se informaba que en Alemania se desarrollaban las olimpiadas a partir de un concepto apolíneo de la estética, las noticias provenientes de la península ibérica informaban con noticias sobre los pillajes y las muertes que acaecían. ¡Menuda desfachatez la de los izquierdistas hispanos; ellos se cocían en un país desvencijado y nosotros lucíamos un orden ejemplar! Los que alentaban el boicot contra Alemania, los que quisieron sabotear las competencias, se quedaron boquiabiertos al ver la perfección de los escenarios, la hospitalidad local y la organización de un pueblo dispuesto a demostrar al mundo su valía.

La inauguración se convirtió en un acontecimiento colosal. Reunimos en un mismo lugar belleza, orgullo y fervor. En el estadio encontraron su sitio 110.000 almas y en las calles más de un millón de personas saludaron fervorosas y altivas, querían rendir un homenaje al Führer y a los dignatarios extranjeros. La entrada de Hitler fue apoteósica, los espectadores alababan con sinceridad y entusiasmo. Deseaban agasajar al Führer para decirle al mundo que éramos guiados por un hombre irrepetible. En los vítores resonaba una armonía sonora que ecualizaba el bramido de una voz acallada por mucho tiempo. El público guardó silencio cuando una orquesta de treinta trompetas dio la salutación a Hitler. Richard Strauss dirigió un coro de tres mil voces que entonaron *Deutschland, Deutschland über alles* y luego el himno del Partido *Horst-Wessel-Lied*. Al término de la entonación de estos himnos se escuchó el himno olímpico. Desde el cielo el Zeppelin Hindenburg hacía flamear la bandera de los juegos olímpicos. La exaltación se mesuró cuando se encendieron las llamas olímpicas. Se dio inicio al ritual olímpico, un corredor llegó en solitario portando una antorcha que, de relevo en relevo, inició su recorrido en la sede de las antiguas olimpiadas de Olimpia, Grecia.

El Führer asistía a observar el desarrollo de los juegos y el desempeño de los competidores, cuando su presencia era anunciada en el estadio, los asistentes responían con una ovación. Albert Speer comentó el interés que el Führer puso a los eventos. Para el mundo quedó demostrada la identidad de un hombre con el destino colectivo de su pueblo. Salvo la delegación negrificada de los norteamericanos y la de los flemáticos victorianos, todas las demás delegaciones saludaron elevando el brazo derecho. La instalación, cuyo aforo era de cien mil personas, siempre tuvo las graderías colmadas de gentes entusiastas. Las olimpiadas sirvieron para demostrar que la raza aria representaba la estirpe superior del género humano. Los atletas que integraban el conjunto nacional eran figuras esbeltas, rubias y ojiazuladas. En la inauguración desfilaron con la bandera y la esvástica en ristre y con uniforme blanco inmaculado. Algunos, incluso, con el traje de servicio de las SS. Leni Riefenstahl captó en sus filmaciones el panegírico de la elasticidad, el encanto y la turgencia de la carne joven. Obtuvimos el mayor número de medallas y nadie pudo decir que sobornamos o gozábamos del favoritismo de los árbitros.

La olimpiada expresó el triunfo de la voluntad y la fe germanas. La comunidad internacional otorgó las credenciales al Dritte Reich, todos sin excepción avalaron, aplaudieron y legitimaron la consolidación de un régimen que representaba un escalón en la cadena civilizatoria de la humanidad. Los representantes de las delegaciones foráneas pudieron admitir la generosidad y hospitalidad alemanas. Todos los cabecillas de las delegaciones asistieron a los fastuosos convites organizados por Göring, Goebbels y Joachim von Ribbentrop. Ningún embajador rechazó la invitación en los banquetes organizados por los anfitriones. No hubo quien no bebiera, brindara con champán o vino. Es más, aperitaban y merendaban a costa del presupuesto del Reich. Al concluir las jornadas, no hubo quien no expresara su admiración por el Dritte Reich y manifestaron el deseo de que sus gobiernos profundizaran las relaciones con Alemania. Ofrecían su intermediación para dar a conocer al mundo los milagros que se produjeron desde que Hitler al frente del gobierno alcanzó la paz social y la estabilidad política. Nadie esgrimió una crítica contra el Führer, contra el nuevo estado o contra algún miembro del gobierno. Comprendieron que

representábamos el compendio de lo que el mundo deseaba ser. Todos degustaron las delicatessen y fueron premiados con regalos. Brindaron y bebieron el champán que fue invitación de la casa. Algunos, incluso, se hicieron costear los caprichos de sus amantes. Los invitados, asombrados y atónitos, abandonaron Alemania convencidos de la superioridad de la raza aria y de que Adolf Hitler personificaba la providencia.

32. El preludio de la acción

El Führer no se distraía mientras observaba la olimpiada. Estaba adiestrado en atender, en simultáneo, diferentes problemas. Nunca ocupaba el cerebro en banalidades. Su cabeza era un chipoteo de ideas. Las decisiones que tomaba tenían la severidad de lo que se ha pensado varias veces. No solo pensaba con la cabeza, sus impulsos demostraban que su cuerpo intuía lo que su mente decidiría. Procedía de manera meticulosa, premeditada y veloz. Imaginaba el futuro en un plazo de mil años. La obstinación que lo domeñaba allanaba el camino de sus designios. No era una persona de proceder truculento, pero eso sí, lo tramaba todo. Muchos calígrafos de la historia afirmaron que Hitler deseaba el control de toda Europa, esta aseveración riñe con la verdad. El Führer esbozó los objetivos, los estableció y jerarquizó en una cronología de avances sucesivos. El método prescribía una meta a la vez, un objetivo y después el siguiente. El primer acto debíamos dirigirnos a librarnos de las ataduras de Versalles; en el consiguiente procedimiento, la reconstrucción del Sacro Imperio Romano Germánico, esto se equiparaba a recomponer el mapa europeo previo al estallido de la gran guerra. Teníamos que recuperar las bases territoriales de la cultura germana. Ni más ni menos, buscábamos el restablecimiento de las fronteras históricas. Íbamos a emprender una acción reivindicativa para desposeer a los poseedores de mala fe. No pretendíamos territorio francés o inglés ni colonias de ultramar, solo queríamos lo que por derecho propio nos pertenecía. Por último, el acto guionaba la expansión hacia el este. Planeábamos colonizar y germanizar esas áreas, nos propusimos civilizar la jungla soviética de

la barbarie. En principio no se buscaba pelear ni con Francia, tampoco con el Reino Unido de Gran Bretaña.

Está fehacientemente verificado que los polacos fueron los primeros en agredir el suelo patrio. Sin hacernos esperar, estos eslavos catolizados saborearon la réplica y sintieron las botas de la Wehrmacht. El 1° de septiembre de 1939 avanzamos hacia Varsovia en un embate de encierro masivo. Cuando devolvimos el golpe, Francia e Inglaterra nos declararon, el 3 del mismo mes, la guerra. No puedo negar que nos sorprendió. No queríamos luchar en el oeste, para nosotros la prioridad la constituía la ocupación de las zonas donde manaba el petróleo y se cultivaba el trigo. Tampoco nos interesaba la dilatación del territorio soviético. El plan se orientaba a que los soviéticos migraran al otro lado de los Urales y poblaran las estepas siberianas hasta el Pacífico. Destaco la lógica que guiaba a esta forma de guerra colonizadora para sortear interpretaciones bastardas que nos atribuyen la decisión de ocupar el territorio soviético hasta el Pacífico. Desde el enfoque geopolítico, la costa pacífica debía ser zona de influencia del imperio japonés. En Polonia aplicamos la guerra relámpago, Varsovia se rindió el 28 de septiembre. Todavía no comprendo la respuesta de los aliados.

He cavilado sobre las motivaciones de la reacción de las potencias. He hallado una sola justificación para entender lo incomprensible. La circunstancia que hallé, para explicar el porqué nos involucraron en una conflagración con ellos, subraya el resentimiento que anidaban contra la superioridad germana. Los servicios secretos, los estados mayores y las clases dirigentes estaban al conteste de cuál era nuestra intención. Nosotros íbamos a eliminar las fronteras artificiosas que amputaban la geografía nacional y terminaríamos con los comunistas; obviamente, esto conllevaba un costo que se saldaría con la aceptación de nuestros planes expansionistas. Todos querían que fuéramos los alemanes los que acabáramos con la amenaza soviética. En Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica deseaban, de la manera que fuera posible, el síncope del comunismo estalinista. Ninguno quería asumir la obligación del exterminio mongol. Se convergía en que la industrialización planificada y dirigida por un comando político debía ser aplastada. Más allá de estas consideraciones, las potencias aliadas

sabían que Polonia constituía el camino inexorable para poder marchar sobre la Unión Soviética. La estrategia señalaba que para desembarcar aventajados había que atravesar el suelo polaco. Las democracias liberales se rasgaron las vestiduras cuando el 23 de agosto se firmó el pacto Ribbentrop-Mólotov de no agresión y de reparto de Polonia y el resto de Europa oriental.

Nadie se tomó en serio el pacto soviético-alemán. Fue un acuerdo fríamente calibrado por el Führer y por Stalin. Nosotros invadiríamos sin temor de la intervención soviética y estos ganaban tiempo para pertrecharse. Así como las democracias querían que se combatiera en el frente oriental, los rusos querían que se combatiera en la Europa occidental. Hitler entendía que el pacto no era más que una maniobra táctica y temporal. Se trataba de un matrimonio emplazado a existir el tiempo que fuera de utilidad hasta que tuviéramos la logística preparada para los ejércitos de aire y tierra.

Los británicos siempre han perseverado en su visión del equilibrio continental, por ello la reconstitución del imperio alemán equilibraba la balanza continental. Francia, la guarida de los jacobinos y de los descendientes de Bonaparte, sería frenada con el fortalecimiento alemán. Alemania dividida había significado la hegemonía bonapartista y el predominio francés continental. La expansión hacia el este siempre obtuvo el aval de los británicos. Nadie puede argumentar que les tomó por sorpresa la guerra en el este. A pesar del pacto de no agresión, la relación con el comunista expresaba la de un estado de guerra no declarada. Alguien debía hacerlo y nosotros, además, necesitábamos hacerlo. Íbamos a ser los teutones los que apagaríamos las ínfulas del militarismo comunista. Había que reducir a la Unión Soviética, había que desbaratar sus planes conspiratorios, había que hacerlos retroceder detrás de los Urales. Ilustro esta coyuntura pues tramito fundamentar la tesis de que no éramos los únicos que queríamos ver el imperio de Pedro el Grande consumido por las llamas. Lo obvio ni se discute y menos aún se niega: emprendimos la ocupación como parte del imperativo geopolítico del Lebensraum.

33. LOS INGLESES, UN PUEBLO PORFIADO

Como ya lo he manifestado, en *Mein Kampf* el Führer anunció lo que vaticinaba. El libro, dictado a Rudolf Hess y escrito en cautiverio, fue rubricado por los hechos. Desde sus primeros pasos en la política encarnó la voluntad de recuperar el sitio que nos pertenecía. Los aliados, en un principio, se resistían a que abandonáramos la condición de nación derrotada. Enseguida comprendieron que Hitler hablaba en serio. Por ello se hicieron los tontos y declinaron en su actitud de ver a una Alemania postrada. Por otro lado, era bien sabido que el recelo que existía entre las potencias era irremediable. Cada estado enmarcaba sus acciones en concordia con los gélidos intereses deducidos de la sacrosanta razón de Estado. Mussolini, que celaba del Führer, se adhirió, a pesar de todos los tratados firmados, después de nuestro triunfo sobre Francia. Todos jugaron su propio partido, no existía quien no le quisiera sacar una tajada a lo que estaba sucediendo. Los que se llenaban la boca con la palabra "libertad" fueron los más cínicos. Toleraban las ambiciones africanas del Duce, que los falangistas españoles liquidaran con el garrote vil a los desahuciados republicanos y que los británicos reprimieran las ansias independentistas de la India. Los isleños mantenían tropas en las colonias para frenar el ímpetu de los revoltosos y sostenían, so pretexto del libre mercado, el trabajo esclavista. Por estas consideraciones no esperábamos que por Polonia nos declararan la guerra. No entreveíamos la alternativa de saquear la colonia de ninguna potencia, solo queríamos que se volvieran a repartir los naipes. Es más, nunca nos preparamos para combatir o invadir la isla.

No desarrollamos submarinos, bombarderos estratégicos o desembarcos anfibios. Los alemanes e ingleses no estábamos atrapados en la trampa de Tucídides, nuestras relaciones no se encapsulaban en la constante que define una rivalidad estrategia. Nuestro esfuerzo bélico se planificó para la invasión y ocupación soviética. Descontábamos que los británicos no pelearían con nosotros, desde ningún punto de vista incordiábamos sus intereses y no amenazábamos sus posesiones coloniales. La diplomacia inglesa nos giñaba el ojo. ¡¿Qué régimen monárquico se fanatizaría con un gobierno surgido del fusilamiento del zar y su familia?! ¡¿Cuál potencia colonialista se fiaría de una revolución que postulaba la finitud del orden colonial y el agotamiento del imperialismo económico como fase superior del capitalismo?! Jamás buscábamos la enemistad británica, los considerábamos nuestros parientes. Desde la perspectiva racial no había razones para pelear. Tampoco desde la lógica de la extracción de las materias primas y avasallamiento de la mano de obra nativa.

Winston Churchill personificaba la inmoralidad, apadrinaba una vida carente de escrúpulos. Las ruindades que en él habitaban se expresaban en su diletantismo. Sus turbias intenciones y truculencias no insinuaban una señal gentil o decente. El continuo consumo de alcohol le facilitaba embriagarse y maquinar más allá del bien y el mal. Utilizaba el idioma para describir lo que veía, pero nunca para hacer coincidir la gramática con la verdad. Se trataba de un vicioso que ponía en suspenso toda forma de piedad. Con despreciativo empecinamiento denigraba todo lo que no fuera inglés. Abogando e implementando el uso de la violencia se oponía a la independencia de la India y cruentamente reprimía las reivindicaciones obreras. Winston creía en la jerarquía racial y en la estratificación asimétrica de la sociedad. Expresaba las desdeñables opiniones que glorificaban el pasado para mortificar el futuro. Desde el inicio de su carrera se constituyó en un acérrimo enemigo de los que exigían su ascenso social. Fue nombrado primer ministro el 10 de mayo de 1940, antes de su designación ya llevaba a cabo su pérfido plan. Quería destruir a Alemania a como diera lugar.

El inescrupuloso, alcohólico y bocazas de Churchill se constituyó en el obstáculo que impidió la convergencia entre nosotros y ellos. Lo

estropeó todo, se dejó dominar por la sospecha de que Hitler no se contentaría solo con las posesiones del este. Sembró cizaña para que los isleños desconfiaran de las buenas intenciones alemanas. Los problemas que Europa se hubiera ahorrado si dos pueblos sajones, alemanes y británicos firmáramos una paz justa y duradera. Prefirió cerrar alianzas con el enemigo de clase, ni corto ni perezoso, acordó con los comunistas. La promiscuidad y la depravación política que lo caracterizaban provenían de la ligereza sexual de su madre que con sus amoríos agredía el rigor victoriano. Winston Churchill no renunciaba al alcohol y almacenaba un furibundo odio a lo alemán. Bebía sin consuelo para obtener coraje, ofuscar el cuerpo y soltar su lengua viperina. Pese a los muertos en Galípoli y su travestismo político, nunca palideció su soberbia. Siempre fue un pagado de sí mismo, hablaba como un encantador de serpientes. Poseía una erudición bizantina que solo le permitía giros idiomáticos. Odiaba todo lo abstracto y los derivados de la cultura germana. Se enredaba con la microscopía del sentido común y los claroscuros del método inductivo. Los ingleses están demasiado apegados a lo real, de modo que lo ideal no les cabe en la cabeza. Le sucedía lo que les sucede a los que observan el hecho en la indefinición panorámica: la visión endémica del dato cede frente al chispeante torbellino del idealismo y romanticismo. Nuestras ideas representaban el misticismo y la unidad en un cuerpo.

Sin embargo, el empirismo y su enfoque diminuto lo inducían a confeccionar un relato telegráfico de las circunstancias. Los británicos no indagaban en la esencia, no comprendían la supresión de las individualidades en una unidad. No aceptaban que el colectivo predominara sobre el individuo. Nuestro enfoque filosófico revelaba la superioridad aria, el pensamiento alemán captaba la totalidad, la de ellos solo el pliego epidérmico de la contingencia. Churchill padecía de germanofobia. Lo germano le provocaba pánico, inseguridad y complejo de inferioridad. Hizo hasta lo imposible para que el Heiligen Römischen Reiches Deutscher Nation nunca más reverberara. En Dunkerque podíamos haber aplastado a las tropas aliadas, pero no lo hicimos. Les perdonamos la vida. Los dejamos huir como ratas, no queríamos guerrear con ellos. Permitimos la evacuación de 330.000

soldados británicos y franceses que constituían una fuerza expedicionaria cuyo propósito era frenar nuestro avance. Con los franceses teníamos cuentas pendientes que arreglar, pero con los isleños las cuentas estaban en orden. Cuando lanzamos los ataques aéreos sobre Londres no perseguíamos intereses militares. La batalla de Inglaterra lo que buscaba era que los ingleses se sentaran a negociar. La fórmula del entendimiento establecería su supremacía marítima, el control sobre sus posiciones coloniales y la fiscalización del comercio internacional. Seguirían siendo los dueños del mar y mantendrían el orden colonial, y nosotros garantizaríamos la autarquía con los granos de Ucrania y el petróleo soviético. Nuestra economía estaba hambrienta de recursos naturales. Procuramos obviar la confrontación bélica, pero no hubo caso. No nos permitieron hacer las paces.

34. Honrando la palabra y los compromisos

La anterior digresión fue necesaria para desmentir la infamia de que fuimos los agresores y los incumplidores de los acuerdos alcanzados. La mala prensa nos imputaba que Hitler firmaba un tratado y enseguida calculaba cómo incumplirlo. Estas afirmaciones constituían calumnias que pretendían mancillar la reputación de los alemanes. El 25 de noviembre de 1936 firmamos con los japoneses el Pacto Antikomintern. El año subsiguiente Italia compartió el acuerdo anticomunista. De igual modo cerramos acuerdos con Hungría en 1940 y en el mismo año con Rumania y Eslovaquia. En marzo de 1941 con Bulgaria e, igualmente en el mismo mes y año, con el después depuesto gobierno yugoslavo. En junio de 1941 ayudamos a instalar el estado de Croacia. También colaboramos con Finlandia cuando esta ingresó a la guerra como cobeligerante contra a la Unión Soviética. Siempre hemos sido un pueblo de honor que ha sabido honrar sus palabras y servir sus obligaciones. Los tratados que soberanamente acordábamos y se basaban en los principios de la libre voluntad, la igualdad y el recíproco beneficio los cumplíamos escrupulosamente e interpretábamos sus consecuencias a partir de la máxima *pacta sunt servanda*. Hemos cumplido al pie de la letra las alianzas que hemos cerrado. Jamás el Führer recurrió al manido artificio de que las nuevas circunstancias anulaban lo acordado. Nunca jamás ha justificado la deserción o la inobservancia de lo pactado. Cuando nuestros aliados requirieron de ayuda siempre hemos estado presentes. Jamás les regateamos colaboración a los amigos. Hemos puesto a disposición nuestra logística y enviamos hombres y material militar, sanitario y

alimentos a sitios en los que no corrían riesgo nuestros intereses estratégicos.

Como ya he señalado, los italianos nos costaron más caro que un ojo de la cara y un riñón. Es más, la colaboración que proporcionábamos fue en detrimento de nuestras tropas. Nadie ponía en tela de juicio que honraríamos los adeudos que habíamos tomado. Debido a la interpretación estricta de nuestras obligaciones, declaramos la guerra a los Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941. Nosotros impusimos el estado de beligerancia para satisfacer el espíritu y la letra de los acuerdos a los que habíamos arribado con el imperio del sol naciente. Los críticos señalaban que decretar el estado de guerra significó un acto innecesario. ¿Para qué entablar un pleito con un enemigo poderoso? ¿Por qué abrir otro frente militar? De acuerdo a los buscadores de renta y oportunistas, este hecho nos granjeó la incordia de una gran potencia que hasta ese momento se mantenía prescindente de los conflictos europeos. Todo este palabrerío solo sirvió de excusa. Se sabía que los norteamericanos ya estaban colaborando con los aliados, incluso desde Persia hacían llegar armamento a los soviéticos. Todo era una cuestión de tiempo. Armaban a nuestros enemigos y preparaban sus contingentes para combatir en el continente. Examinaban cuándo sería el momento indicado, siempre buscando que sus tropas sufran el menor número de bajas posible. Los norteamericanos no tienen amigos, ejercen la sensibilidad guionada a custodiar y promover sus intereses. Son la expresión del capitalismo desalmado, ruin, explotador, gélido y usurero.

El pragmatismo que han maquinado ha consistido en adecuar sus alianzas a sus inclinaciones crematísticas. No olvidemos que fungían de prestamistas de última instancia y otorgaban crédito a quien lo solicitara. Consideraban tres situaciones: la capacidad de pago del tomador del crédito, el plazo de la amortización y la tasa de interés. La Casa Blanca nos la tenía jurada, Washington entreveía que si nuestra ambición se cristalizaba, les pondríamos barreras a sus tentáculos financieros y económicos. Los americanos dilataron su decisión de acuerdo a su conveniencia. Ingresaron a la guerra en Europa cuando nosotros ya habíamos abierto el segundo frente. La carga de luchar contra Alemania recaería en el esfuerzo de los soviéticos. En el frente

occidental se compartirían los esfuerzos con los ingleses. La operación del desembarco del 6 de junio de 1944, en Normandía, se realizó tres años después que hayan empezado los encarnizados combates en el este. La dilación aliada significó que el precio más pesado de la guerra lo asumiera la Unión Soviética. Nosotros y los rusos nos llevamos la peor parte de esta guerra. Los aliados deseaban una Alemania derrotada y una Rusia sin posibilidades de ejercer una vocación zarista. Para ir redondeando este punto afirmaré que los dueños del capital prejuzgaban que una Alemania triunfadora iba a vulnerar el radio de acción hegemónica de la nación llamada a convertirse en la gran potencia de la posguerra.

35. El Anschluss, poniendo en práctica el pangermanismo

El Führer había proclamado en *Mein Kampf* que la Austria alemana debía volver a la gran madre patria Alemania. Textualmente: Los hombres de una misma sangre deben pertenecer al mismo Reich… Por eso, la pequeña ciudad fronteriza de Braunau, donde un decreto bienhechor del destino me hizo nacer, representa el símbolo de la gran misión de comunidad racial en los territorios germanos.

Antes que nosotros está Alemania, en nosotros marcha Alemania y detrás de nosotros viene Alemania. En las promesas de Adolf Hitler retumbaban los ecos del paraíso perdido. Desde enero de 1933 los días estaban contados, más temprano que tarde Austria y Alemania unirían sus destinos en el afán de cristalizar un estado que incluyera a todos los alemanes esparcidos en territorios situados allende las fronteras que Versalles nos impusiera. La fusión no era un deseo oculto. Los arquitectos del maldito tratado no asimilaban que la gravitación de una raza no se la encorsetaba en fórmulas jurídicas ni se la paraliza con la amenaza de punición. Los aliados especificaron, grosera y alevosamente, que los límites de Alemania con Austria y Checoslovaquia serían los existentes el 3 de agosto de 1914, es decir: la prebélica. La coalición antigermana había dispuesto que la cuestión alemana no se resolvería con una Alemania que abarcara un territorio mayor. Prevaleció la intención de mantener al pueblo germano separado con fronteras artificiales. Esto además implicaba la prohibición de ampliar Alemania hacia el este. En la práctica significaba que la población aria que habitaba Polonia, la recién

creada república de Checoslovaquia y Austria tenían que sobrevivir, marginadas y expoliadas, por estados títeres creados para separar a la nación germana.

La incorporación pacífica demandaba un pueblo, una raza y un Führer. El Anschluss tuvo su inicio el 12 de marzo de 1938. Los destacamentos de blindados, divisiones de infanterías, las secciones de seguridad de las SS y la Luftwaffe pisaban territorio austriaco para garantizar que, en plazos perentorios, el pueblo hermano exteriorizara su preferencia o desacuerdo con la fusión de los estados. Nuestras unidades militares entraron de forma incruenta a territorio austriaco. Se dio inicio a la guerra de las flores. Los austriacos no consideraban que se trataba de una invasión, así también, nosotros no lo tomábamos como un episodio de beligerancia. Los observadores y la opinión pública afirmaron que en el corazón del pueblo austriaco se anidaba el deseo de compartir con el hermano mayor el destino de grandeza y prosperidad. La economía crecía en Alemania, las condiciones de vida mejoraban, los trabajadores laboraban cuarenta horas semanales, disfrutaban de sus vacaciones pagas. No había desempleados y en las calles se restablecieron la limpieza, la seguridad y el orden. Un poco más allá de las falsificadas demarcaciones fronterizas, la realidad se mostraba desesperanzadora.

La economía austriaca estaba estancada y se acopiaban los problemas sociales. Todos consideraban que la unidad entre los pueblos hermanos significaría el mejoramiento socioeconómico del hermano menor, amén que, en el ambiente político austriaco, se respiraban aires fétidos de guerra civil. Los austriacos necesitaban previsibilidad y armonía, no querían respirar el aroma nebuloso de la muerte entre hermanos. En el escenario político imperaba la anarquía y latía incesante la confrontación entre nacionalsocialistas y comunistas. Estos últimos sembraban el terror y el caos. No había rumbo y los austriacos buscaban un timonel, un guía, un Führer. La mayoría, de manera masiva y bulliciosa, expresó y celebró la anexión. Nadie se opuso, no se disparó un tiro y no corrió una gota de sangre. Hubo lágrimas de felicidad y festividad en cada rincón de lo que pasaría a llamarse la marca del este.

Gran Bretaña confirmó días antes, el 10 de marzo, que prescindía de

inmiscuirse en los asuntos alemanes, mientras que Francia se cruzaba y descruzaba de brazos.

El desmembramiento del Imperio austrohúngaro favoreció que con el abrazo fraternal se cumpliera el mandato del derecho natural. Integrábamos el mismo núcleo racial, el artificio y las mañas de la política nos mantenían separados. Los Habsburgo siempre fueron el obstáculo que imposibilitaba que Austria se uniera al Imperio germano. La nariz respingada, los títulos adquiridos en las alcobas, el acartonamiento, el narcisismo de la casa imperial imposibilitaron durante un largo periodo que el pangermanismo no se condensara en una entidad estatal. Bajo la mano dura de un Führer conformaríamos un estado. Nadie chilló o encaró resistencia dentro o fuera de Austria. Era lo correcto, se aceptaban la identidad racial, la ligazón idiomática y cultural. ¡O cuando las papas quemaban, no acudimos los alemanes al auxilio de los malditos Habsburgo! Codo a codo en las trincheras y en los Alpes estuvimos defendiendo la integridad del territorio hermano.

Los nacionalsocialistas no pensamos en moléculas o partículas, contemplábamos una sola voluntad. No habrá carnicero, cirujano o técnica quirúrgica que pueda diseccionar la perpetua voluntad aria. Alemania es una sola voluntad y no se seccionará nunca. Había que dejar crecer junto a aquello que tenía la misma pertenencia. El pueblo austriaco estaba embelesado con la idea de cosechar los frutos de la estabilidad y el ímpetu del desarrollo que acaecía en Alemania. Siempre fuimos hermanos, intereses espurios impidieron y retardaron esta decisión.

La entrada del Führer se convirtió en un acto apoteósico. A solicitud del pueblo pronunció un discurso el 15 de marzo de 1938. Desde el palacio imperial de Hofburg, en Viena, garantizó la igualdad de derechos y la promesa de que los hermanos austriacos gozaran de las mismas prerrogativas que los alemanes. De hecho, soldados del ejército austriaco también entraron en territorio alemán.

El Führer en un santiamén estableció el nuevo gobierno. Como siempre, sus actos y decisiones se enmarcaban en el plan preconcebido que tenía para todos sus emprendimientos. En un acto de contrición y, guiado por el deseo de encontrarse con sus orígenes, hizo un

paréntesis y se apersonó en el cementerio donde se encontraban las sepulturas de sus progenitores. Este gesto lo postuló como un hijo agradecido y como el motor que jalaba el pangermanismo. Para acallar los comentarios maliciosos y para que no hubiese duda de que se trataba de una unidad fundada en la libre decisión de las partes, se convocó a un plebiscito para el 10 de abril de año en curso. La participación fue masiva y el resultado reflejaba la expresión genuina, honesta y libre del pueblo austriaco. La jornada arrojó un resultado que superó todas las expectativas. Las cifras hablaban por sí solas, el 99,73 de los votos escrutados adherían a la unidad.

36. Los Sudetes, el deseo de ser un pueblo en el mismo estado

Europa, después de las guerras napoleónicas, negoció el nuevo orden posrevolución francesa y posbonapartista. Se pretendió la restauración de la legitimidad monárquica y el equilibrio entre los estados. En el congreso de Viena de 1814 la Francia que había sido la iniciadora de las contiendas y la derrotada en los campos de batalla asistía a las deliberaciones diplomáticas en pie de igualdad, sin que se la sentara en el banquillo del acusado. Francia no estaba de rodillas, Talleyrand defendió los derechos franceses y la legitimidad borbónica del trono de Francia. Sin embargo, al concluir la mal llamada Primera Guerra Mundial Alemania fue acusada, humillada, condenada y dividida. El mundo estaba al conteste del vejamen al que éramos sometidos los alemanes. Nadie podía avalar, en su sano juicio, que aceptaríamos a perpetuidad las denigrantes disposiciones del tratado de Versalles. La redacción reflejaba la porfiada voluntad de convertir a Alemania en un país de rango inferior. Los contratos leoninos despiertan en el desfavorecido el resentimiento. Los dictados de un tratado injusto engendrarán, en los pueblos orgullosos de su origen y sus tradiciones, la ofuscación y la ira. La prepotencia del vencedor hiere con el honor del indómito.

El pueblo alemán maniatado gruñía, no se extinguió ni su genio como tampoco su fuerza. Nos hemos resistido a convertirnos en un cuerpo andrajoso de esquelética moral. ¡Los alemanes somos un pueblo de místicos! No somos ni seremos maleantes, asaltantes de caminos, defraudadores o plebeyos, seguiremos siendo la raza de la

aristocracia. Por eso, no nos hemos mimetizado con el judaísmo.

Todo el mundo saludó los acuerdos de München —Münchner Abkommen— del 30 de septiembre de 1938. El Führer con la mediación del Duce convocó a los británicos y franceses. La intención alemana era evitar la guerra. Führer apostaba a la convivencia pacífica. Compartíamos con los británicos la política del *appeasement*, es decir: la política del apaciguamiento. El Tercer Imperio se desgastó en convencer a las democracias que para la continuidad de una paz duradera se tenían que invalidar las amputaciones territoriales que repercutían en la unidad territorial, o ¿era justificable que los alemanes no pudiéramos habitar nuestra heredad y vivir bajo el amparo de un único estado germano? ¿Por qué los compatriotas que llegaron a Bohemia en 1255, que trabajaban de sol a sol, que sus derechos eran pisoteados, que vivían segregados no se les reconocía el derecho de integrarse a la gran Alemania? Refiero que estas geografías integraban el Heiligen Römischen Reiches Deutscher Nation y, por lo demás, se encontraban pobladas por alemanes hablantes.

El Führer siempre había hablado sin medias tintas y con palabras que describían situaciones: la unidad de los territorios y los pueblos germanos era el mecanismo para alcanzar la paz en Europa. La precariedad de la paz residía en la fragmentación de los territorios y en la circunstancia de que la nacionalidad y el estado no tenían su basamento en la tierra y la raza.

El Führer protestó contra las vejaciones de que era objeto la minoría alemana e inculpó al pederasta de Benés haber incitado a discriminar a nuestros compatriotas. Amenazó con que no toleraría ni un minuto más la desidia cómplice de las democracias contra sus connacionales. Manifestó que a Alemania se le habían acabado las opciones. Textualmente aseveró: “Vamos a intervenir para proteger a los nuestros o, de lo contrario, Checoslovaquia será borrada del mapa”. Expresó, tajante y vehemente, lo que piensa un estadista cuando se presenta una realidad que ha sido drenada.

Los aliados sabían que teníamos razón, entendían que Versalles había trazado una geometría de superestructuras vacías de sentimientos nacionales. Donde habitaban alemanes no había estado alemán. El tratado emponzoñó el mapa político que acabaría con estas

entidades ficticias como había ya sucedido después de 1918. Los aliados fueron intimidados por las elocuentes e históricas argumentaciones del Führer, además percibían la magnitud que el nacionalsocialismo había desplegado en un par de años. Alemania, en menos de un lustro, había recuperado su estima y desplegado un potencial industrial y militar. Nuestra actitud recia y marcial les hizo entrar en razón. Nos convertimos en un adversario de temer.

Los acuerdos de München del 30 de septiembre de 1938 graficaron el termómetro político de un tiempo con ansias de paz y reclamos irredentistas del pangermanismo. Los acuerdos fueron aprobados, firmados por las cuatro potencias europeas, el mundo respiró con alivio. Se resolvió que en diez días el ejército checo debía abandonar los Sudetenland. Eludimos una confrontación bélica, de suceder sabíamos que no solo los campos se sembrarían de muertos, sino también las ciudades serían destruidas y la población civil afectada. Exigíamos lo que nos correspondía y que se aceptara la propuesta de la reconstitución territorial del imperio germánico. La noticia del Anschluss excitó el ánimo unionista de los compatriotas de los Sudetes. No queríamos vivir amalgamados con otras razas ni que se nos considerara extraños en nuestra tierra. Éramos minoría y nos trataban a puntapiés, si no nos hacíamos del poder, nunca nos respetarían. La población alemana que veía sus derechos pisoteados entrevió que había llegado el momento de formar parte del Dritte Reich.

Inmediatamente de producida la incorporación, todos los habitantes alemanes de la república checa obtuvieron todos los derechos de la ciudadanía alemana. En el fondo, lo que estábamos haciendo no era más que la reconstrucción del Sacro Imperio Romano Germánico. Se trataba de poner el presente al servicio del pasado, esa era la fórmula que garantizaba la convivencia sosegada. Los movimientos, las agitaciones y el fervor nacionalista expresaban las reivindicaciones irredentistas. Ahí brillaría la chispa que podía incendiar Europa. Había que hacer por todos los medios que caducara el tratado de Versalles. Checoslovaquia representaba el astuto intento del sastre que procede a vestir un cuerpo con un traje que está diseñado a la hechura de otro cuerpo. El mapa trazado por Versalles contradecía las posibilidades de la realidad. Las arbitrarias demarcaciones no se hacían eco ni tampoco

aplacaban el fragor de las legítimas reivindicaciones. El deseo del abrazo pangermánico terminaría haciendo añicos el orden invertido y adulterador de la geopolítica de la vendetta y la imposición.

La voluntad reposa en el subsuelo, cuando acumula energía y ya no se cabe en sí, buscará su forma de expresión. El amontonamiento de fuerzas en un extremo desempareja el equilibrio. Los movimientos telúricos excitan el lado oscuro de una pasión que espera que la roce una chispa para arder. Todos sabían que si no se aceptaba nuestra decisión de unidad y no se reconocía la necesidad del espacio vital, nos embretaban a declarar el estado de guerra. Las democracias acusaron recibo de la fragilidad de la paz. Prevaleció el apaciguamiento, el mundo comprendido y concedió el derecho a la verdad alemana. La voluntad del Führer se había constituido en el eje aglutinador de la unidad y en el sostén de la paz.

Lo convenido había sido suscripto por Hitler, el francés Daladier, el premier inglés Chamberlain y el duce Mussolini. El premier británico declaró que se había signado una paz con honor y para nuestro tiempo. Mientras nosotros optábamos por la paz, pululaban los que con el dedo índice nos acusaban de usurpar otros estados. En igual medida, los historiadores y publicistas de la prensa amarilla olvidaban que, en el Parlamento inglés, hubo quienes, con retórica pestilente y nociva, formulaban malevolentes directrices opuestas a que las fronteras estatales reposaran en el derecho y en los mapas históricos. No está de más traer a colación el quiasmo que el alcohólico e ideólogo del colonialismo Winston Churchill utilizó para deslegitimar la decisión pacifista del premier Neville Chamberlain. El aristócrata, de padre sifilítico y de madre meretriz, interpeló al signatario de los acuerdos de München apelando a la simpleza del idioma inglés. Me tomo la molestia de transcribir textualmente para probar la voluntad querelladora contra la paz. El beodo, que se resistía a reconocer la independencia de la India apelando a vomitivos razonamientos y cruentas represiones, las pronunció en una solemne sesión parlamentaria el 5 de octubre de 1938: “La hora de la verdad no ha hecho más que comenzar… Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra… Elegiste el deshonor, y ahora tendréis la guerra”. Estas declaraciones no hicieron más que decretar la defunción de la paz y la

caducidad del equilibrio continental.

Luego de estas aclaraciones, que las considero de previo y especial pronunciamiento, continuaré hilvanando las contingencias y sus secuelas. La intención primigenia se orientaba a la incorporación de la región continua de los Sudetes. Un par de meses tuvieron que pasar para que comprendiéramos que nuestra defensa podía ser vulnerada. El acomodo de fuerza que se sucedía en ese momento recomendaba que Checoslovaquia fuera borrada del mapa. En octubre de 1938 tomamos posesión y efectuamos la integración de los Sudetes, en marzo de 1939 irrumpimos en el resto del territorio de Chequia. En seis meses ocupamos el territorio restante. También en marzo de 1939 obtuvimos otro logro en nuestra política de reconstitución del mapa sobre bases poblacionales. Ese mes nos anexamos el territorio de Memel. Excitados por la perentoriedad de los plazos, reintegramos esa zona de la Prusia oriental. Esta región constituía una desmembración obligada por las enviciadas inferencias del maldito tratado. Lituania ocupó esa región prusiana. Los resultados electorales señalaban que el 80% de los habitantes preferían la pertenencia y la nacionalidad alemana. Ribbentrop presentó un ultimátum y el 23 del mes restituimos los derechos de prusianos en esa heredad. Hasta ese momento los británicos y los franceses se ciñeron a la política del apaciguamiento.

La desaparición del estado checo fue el origen de la formación del estado eslovaco. El gobierno eslovaco decretó su independencia y juró fidelidad a Alemania. De no haber tomado ese rumbo corría el riesgo de que se lo engullera Hungría. Los gobiernos que fidelizaban su compromiso con el Dritte Reich garantizaban la benevolencia del Führer. No podíamos darnos el lujo de dejar ese flanco este al descubierto. Los checos no participaron en las negociaciones puesto que fungía como un estado creado con el propósito ruin de amenorar la territorialidad germana. Lo que se buscaba con este artificio consistía en poner una cuña entre los alemanes. El tránsfuga del presidente checo Edvard Benes censuraba los acuerdos de München. Afirmaba que eran inaceptables las decisiones tomadas acerca de nosotros, sin nosotros y contra nosotros. Olvidaba que la república checa era una aberración de los vencedores.

Debíamos hacer frustrar la idea de que los estados podían ser fundados como títeres jurídicos que no tenían un mito, una cultura, un pasado, un sentimiento que les diera sustento. Hicieron de todo para que la idea del pangermanismo abortara. Benes, que con falsedades rezongaba su impotencia contra nosotros, no pasaba de ser un lacayo de los masones y la judería. Jamás osó preguntarse ¿quiénes eran ellos? Parecía desconocer que los arquitectos del nuevo orden habían atrincherado en zonas limítrofes una capacidad militar capaz de atacarnos. La maraña de alianzas concretadas por Benes con Inglaterra, Francia y la Unión Soviética frenó ante la voluntad de un pueblo que decidió apoderarse de lo que era suyo. De igual modo no significó un dato menor que también los polacos, rutenos y húngaros se apropiaran de territorio checo que reivindicaban como propiedad de ellos.

En la región de los Sudetes habitaban más de tres millones de germanos hablantes. Vuelvo a recalcar que como en Austria y en Polonia no se trataba de la diferencia entre ellos y nosotros, ¡éramos nosotros! Un mismo pueblo, una misma nación que con una mano ofrecía la palma de la paz y con la otra, en forma de puño, demostraba la disposición a la guerra reparadora. El 21 de octubre incorporamos a la población alemana. Las décadas anteriores fueron atropellados, denigrados, explotados y discriminados. El mismo Führer había manifestado que el mundo no se indignaba ante los atropellos y persecuciones que durante veinte años habían padecido nuestros hermanos por parte de la mayoría checa. De ahí la verdad de estimular a los compatriotas a protestar y desnudar las arbitrariedades que los convertían en víctimas de los atropellos. El Führer, fiel a su manera de ser, es decir: que hacía lo que decía, abrogó y entusiasmo a los hermanos a que forzaran la desmembración y la fusión con el hermano mayor.

De qué vale la mentira. Nosotros, incluso cuando mentimos, proclamamos la verdad. Desde Berlín, premeditadamente, se puso en práctica la política de amparar y subsidiar a los alemanes de todo el mundo. Hasta en los sitios más remotos donde habitaban minorías germanas estas sentían, como nunca antes, el acompañamiento y el auxilio del estado alemán. La cultura y el idioma fueron conservados y

difundidos entre todos los alemanes del mundo. Nadie estaba desprotegido, todos estábamos en la preocupación del Führer.

De igual forma, como con la anexión de Austria, las democracias liberales no impugnaron y ni siquiera esbozaron una propuesta que evitara la incorporación de los Sudetes. En 1946, en Núremberg, el representante de Checoslovaquia preguntó a Keitel, jefe del Estado Mayor alemán: "Si las potencias occidentales hubieran apoyado a Praga, ¿el Reich habría atacado Checoslovaquia en 1938?". A lo que Keitel respondió: "Ciertamente que no. A nivel militar, no éramos tan fuertes". Por eso repetiré, actuábamos con la complacencia de los otros. El silencio de los otros se constituía en una forma sutil de aprobación y complicidad. Con ojos indulgentes y gangosa respiración y, significando, esta boca no es mía, nos encomendaban que hiciéramos las tareas que se mostraban impostergables. Pocos son los que poseen el brío de actuar insertos en situaciones inhospitalarias. Revertir el revés educa en la disciplina y el rigor. Cuando el momento requiere decisión y valentía revivirá en el veterano la vocación de la autoafirmación.

Estábamos dispuestos a asumir las consecuencias de las reivindicaciones, firmes al pie del cañón. En nosotros no se insinuaba la acción tardía, no representábamos un cuerpo moroso que por culpa del reloj evadía los desafíos. Nos asignaron redefinir el mapa europeo y por ende el mapamundi. Todos sabían que resolveríamos el problema judío y derrotaríamos a los comunistas. Para materializar el cometido debíamos asentarnos en una plataforma geográfica que nos permitiera cuidarnos la espalda, que ninguno pueda golpearnos por la retaguardia. La expansión colindante era un capítulo inexorable de nuestra defensa. El 15 de marzo de 1939 terminamos de ocupar casi la totalidad del territorio checo. Era una zona estratégica para nuestra defensa, además contaba con una infraestructura industrial que se pondría al servicio de las necesidades de la Wehrmacht. Los checos habían consolidado una industria pesada que abastecería a nuestras necesidades de guerra. Con esa decisión obturábamos, en ese flanco, cualquier agresión proveniente del este.

37. Pensando en el Lebensraum hacia el este

Camino al infierno se piensa en lo que nunca se había pensado. A pesar de que nos esmerábamos en hacer buenas migas con los soviéticos, tanto ellos como nosotros sabíamos que el nacionalsocialismo debía echar por tierra el modelo estalinista y ellos, no bien pudieran, iban a demoler el Dritte Reich.

La suerte de Polonia estaba echada. Trotski había advertido que la revolución pasaría por encima del cadáver de Polonia. El 23 de agosto de 1939 firmamos un protocolo por el cual Lituania y Polonia occidental pasarían bajo nuestra jurisdicción y la Unión Soviética se encargaría de Polonia oriental, Lettland y Estland. El 30 de noviembre del mismo año la Unión Soviética, alegando razones de seguridad, atacó Finlandia. Los moscovitas legitimaban su agresión blandiendo el vil argumento de que Leningrado estaba situada a 32 kilómetros de la frontera. Los finlandeses repelieron la invasión. El ejército rojo sufrió bajas y sus tácticas fueron un fiasco. Las hostilidades cesaron en marzo de 1940. El pobre desempeño militar de los comunistas confirmó la sospecha de que los rusos no podían salir al encuentro de la Wehrmacht. Cuando ambos firmábamos los pactos entendíamos que no perdurarían en el tiempo. Los pactos entre antagonistas son provisionales y se refrendan por conveniencia. No puede haber ánimo societario entre el lobo y el oso. Con el pacto Ribbentrop-Mólotov pretendíamos neutralizar la reacción de los británicos y los franceses. Necesitábamos contener las ansias belicistas de nuestros competidores. Pensábamos que la repartición de Polonia con los comunistas equilibraría la balanza, impondría una quietud y con ello ganaríamos

tiempo. Con posterioridad, cuando el 22 de junio de 1941 comenzamos la Operación Barbarroja lo hicimos precipitadamente porque con ello queríamos persuadir a los norteamericanos de que no se inmiscuyeran y batallaran, contra nosotros, en una guerra civil europea. La guerra preventiva y aplastadora en la Unión Soviética estaba definida de antemano, era una cuestión de tiempo. Representábamos el bien y ellos el mal, la civilización versus la barbarie, la nobleza aria contra la servidumbre eslava. El sistema comunista encarnaba la sociedad más desdeñable, esa en la cual se envilece la moral y se suprime la propiedad privada. Los capitalistas del mundo, sin excepción, deseaban destrozar el sistema esclavizante y alienador del comunismo. El mundo entero quería destronar a Stalin, y sus secuaces eran un mal ejemplo. Las democracias cacareaban, pero no tenían las agallas de escribir con sangre lo que se hacía con fuego y furia. La burguesía europea y norteamericana daban por descontado que nosotros representábamos el antídoto anticomunista. Nadie se llamaba a engaño, las democracias sabían que, si pisábamos territorio eslavo, íbamos a exterminar como ratas a los comunistas y a las doce tribus de Israel.

Hoy nadie lo reconoce, pero el Führer concitaba fuera de Alemania admiración y respeto. En las décadas del veinte y el treinta las democracias liberales y plutocráticas desnudaron sus flaquezas y su limitada idoneidad para incluir a los sectores populares en las grandes decisiones. Los sectores desprivilegiados no se beneficiaban de la distribución de las rentas nacionales. La clase media se empobrecía. El rico era cada día más rico y el pobre, más pobre. El monopolio del capitalismo era un ogro misantrópico que encarnizaba la existencia de las clases desamparadas. El marxismo se había convertido en un pescador de río revuelto y los capitalistas en cavadores de su propia sepultura. Se respiraban aires de oportunismo y miopía, se especulaba con el colapso. El dilema de la humanidad consistía en cómo salvaguardar la civilización occidental del avance mogoleninista. Había que frenar y triturar el concepto de la lucha de clases. El fascismo y el nacionalsocialismo representábamos una respuesta de masas contra el peligro rojo. Las cúpulas comprendían que cualquier conciliación con el comunismo era transitoria. Alguien tenía que

encarar la agresión extirpadora, sin recatos y barreras morales. La ola bolchevique amenazaba con echar por tierra la civilización labrada en siglos.

Teníamos simpatizantes no solo en cada país europeo, también en el resto del mundo, incluso en los Estados Unidos de Norteamérica. La disyuntiva se ramificaba en el nacionalsocialismo o la esclavitud comunista. Roma versus Espartaco: esa era la dicotomía. La democracia liberal era inviable y no idónea para absorber a las masas movilizadas, pasó a ser valorada como una herramienta frágil y retardataria de los cambios que urgían su realización. La tibieza de sus instituciones era el paño de lágrimas de los eclesiásticos de la fe en el progreso irreversible. El Parlamento servía de abanico para que la burguesía aireara los conflictos sociales. El barco del liberalismo hacía agua, naufragaba en todos los mares, no podía ser calafateado. La democracia liberal e individualista se hundía motu proprio. Prisionera de su ineptitud, no hacía falta que alguien la empujara al vacío. La democracia parlamentaria se desplomaba, la fagocitaban sus defendidos y apologetas. Las tribulaciones burocráticas y la estéril vociferación parlamentaria procrastinaban la terapia reclamada. Las libertades individuales socorrían al anarquismo, y el libre mercado sin tejido protector permitía que el pez gordo se comiera al chico. El nacionalsocialismo emergió para constituirse en el látigo del pueblo contra el abuso de las situaciones de predominio, la explotación de la clase trabajadora y la pérfida puñalada. Conformamos la metamorfosis de la masa que quiere ser tenida en cuenta, que quiere ser dignificada, que quiere ser reconocida.

De diversas maneras se expresaba la búsqueda del reconocimiento. En España se expresaba a través del catolicismo, en Italia a través de la nación y en Alemania a través del racismo ario. Los momentos históricos inciertos buscan su salida en la concreción del orden. El cosmos es antecedido por el caos.

38. El tiempo transcurrido no fue la receta para el dilema judío

Antes de continuar necesito asentar que procuramos por otros medios evitar el desenlace de la solución final. Hicimos todo lo posible para evacuar a los judíos de Europa. ¡Nunca nos agradecerán las iniciativas que emprendimos para organizar el éxodo europeo de los judíos! Llegamos a contabilizar que para entonces once millones de judíos habitaban la superficie europea. La mayoría de esta plaga habitaba en la Europa oriental. Nos empeñamos en buscar resolver mancomunadamente el problema, incluso se tomó contacto con el movimiento sionista. En verdad, todos los países cristianos odiaban al judaísmo, por eso nadie se remangó para colaborar con nosotros. Se pensó en Palestina, Madagascar y otros lugares. Nadie los quería recibir. Las democracias no querían costear de sus pecunios el traslado del pueblo elegido. La Endlösung se aceleró con la intervención norteamericana. El Führer anunció a finales de enero de 1939 que si hubiese una guerra, esta no tendría como resultado la bolchevización del mundo sino el exterminio de los judíos en Europa. Nos habíamos obligado a purificar la raza y a limpiar Europa de razas infrahumanas. Esa misión suponía una contribución y seríamos recordados por haber librado a las culturas europeas de las inmundicias talmúdicas. Algunos pensarán que exageramos y que cometimos actos cruentos, pero evoco a Tucídides, quien refrendó la frase de Pericles, este se dirigió a los atenienses en su famosa oración fúnebre: hemos forzado a todas las tierras y a todos los océanos a ser accesibles a nuestra audacia, dejando en todas partes monumentos imperecederos en el bien y en el

mal.

La Noche de los Cristales Rotos fue provocada por la judería. En la noche del 9 y 10 de noviembre el pueblo reaccionó de forma espontánea. Es digno de reseñar que la franqueza y la simultaneidad, en varias ciudades, de la acción se dirigió a retaliar el asesinato del secretario de nuestra embajada en París. El 7 de noviembre de 1938 fue cobardemente asesinado Ernst von Rath. El homicidio fue ejecutado por un judío polaco de habla alemana, este quería vengar a su padre que supuestamente había sido deportado. El Kristallnacht no fue ordenado por ningún jerarca del Dritte Reich, fue la expresión de hartazgo de un pueblo ofendido. La gente se exacerbó e irritó por tratarse de un acto cobarde y criminal. Sin que nadie emitiera una orden se propagó la idea de causar estropicios en las propiedades de los hebreos. El ministro de propaganda llamó a la calma asegurando que los ideólogos y los ejecutores del homicidio parisino recibirían su merecido. En esa noche se efectuó justicia por manos propias. Voluntariamente y henchidos de indignación, muchos salieron a las calles a mostrar quién mandaba en nuestra patria. Las sinagogas fueron incendiadas, se hicieron trizas los cristales de los comercios judíos, se apaleó a los que ofrecían resistencia, se arrestó a los sospechosos, se asaltaron las viviendas de los semitas, y el mobiliario fue arrojado por la ventana y descuajeringado. La ejecución del mandato justiciero no se había planificado. Previamente, todos estaban en desconocimiento de lo que iba a suceder. Cuando los pueblos hacen lo necesario como manada y no como rebaño actúan incitados por intuición mágica. Esa noche se obtuvo el objetivo. Se les golpeó e hizo daño en donde más resienten estos puercos, en el bolsillo. En esta ocasión resaltó la actuación de un hombre, Reinhard Heydrich se volvió a revelar como una figura con la capacidad de zanjar e iluminar en situaciones confusas e imprevistas.

La Kristallnacht circunscribió el uso de la violencia dentro de nuestra geografía. Había cosas que podíamos hacer en Alemania y otras que no. No íbamos a poder realizar ciertas actividades, ciertas decisiones avispaban sensibilidades adormecidas y de compasión. Comprendimos que debíamos proceder, en asuntos sensibles, con disimulo y amansando la legítima violencia. El uso de la violencia

provocaba sus bemoles dentro de nuestras fronteras. A pesar de que nuestras justificaciones eran verdaderas, percibíamos que el trabajo sucio no había que hacerlo en casa. Fue por esa constatación y por razones atinentes a no querer levantar la perdiz que el 20 de enero de 1942 Reinhard Heydrich y su ayudante Adolf Eichmann programaron la conferencia de Wannsee. En este encuentro resolvieron que la Endlösung tenía que ser realizada, más allá de las fronteras, en el este y guiados por la comprensión de que las ratas no se combaten con un revólver, sino con veneno y gas. Elucubraron una ecuación profunda dentro de la facilidad. No se tenía que ser avaro con la sangre judía.

El mayor número de judíos estaban asentados en Polonia, Bielorrusia, Ucrania y en los vastos espacios de la Rusia occidental. Esta situación hacía mérito por sí sola, es decir: los once millones de judíos que habitaban en Europa no debían ser transportados y deportados a la región de Eurasia. Ya poblaban esas regiones y eran despreciados. Los rusos permanentemente practicaban pogromos contra las minorías judías, no los deportaban a Siberia porque temían que ante una posible invasión japonesa se unieran a los japoneses. La sociedad rusa siempre fue la que con más ahínco se burlaba y hostigaba al pueblo elegido. Las veces que se lincharon y causaron estragos a los hebreos son innumerables. En Alemania gozaban de todas las prerrogativas y abusaron de lo que se les concedió. Tres de ellos intentaron hebraizar las ciencias alemanas: Marx, Freud y Einstein. Los judíos que habitaban entre nosotros eran acaudalados y dominaban el capital financiero, los judíos rusos eran unos muertos de hambre. La fortaleza de la economía alemana devengaba muchos dividendos para las especulativas finanzas hebraicas. Aunque hoy se pretenda soslayar referiré que los judíos occidentales despreciaban y discriminaban a los judíos del este. Si se hace una comparación y un estudio estadístico, se corroborará que Stalin asesinó más judíos y eslavos que nosotros. De los cuarenta millones de asesinados, en esas regiones, desde 1933 hasta 1945 la gran mayoría fue aniquilada por órdenes de Stalin.

Bajo la égida de Heydrich y la colaboración del adjunto Eichmann se planificó eliminar a los indeseables por medio de la utilización de gas. Vuelvo a enfatizar que nosotros procuramos evitar el exterminio, pero

nadie nos escuchó. Queríamos trasladarlos a Madagascar, al océano Ártico, Siberia y Palestina, el mismísimo Eichmann sostuvo en varias ocasiones conversaciones con militantes del sionismo. El sitio indicado hubiera sido la isla de Madagascar, pero los franceses se oponían. El problema judío era un problema de toda Europa, pero las democracias hacían la vista gorda a este inquinado asunto. Pretendían que asumiéramos el total de las erogaciones que implicaran la expulsión. Nosotros solos no podíamos costear todo el transporte, en muchos casos hicimos que los judíos pagaran por su movilización. Antes de que estallara la confrontación, las soluciones amigables eran practicables, pero una vez que la beligerancia militar se puso en marcha, esta impidió la solución pacífica. Durante la guerra los ingleses dominaban los mares, lo que imposibilitaba que fueran trasladados. Nos vimos obligados a actuar con rapidez cuando comenzamos a notar que la ocupación de la Unión Soviética se podía revertir. La resistencia de los eslavos fue más tenaz y recia de lo que nos habíamos imaginado.

Tuvimos que apelar a la gasificación porque la soldadesca ya no aguantaba continuar con los fusilamientos y los tiros que hacían saltar los sesos. El hacer cavar las fosas, disparar contra los niños, mujeres y ancianos produjo un estrés en los fusileros. El eliminar de a uno terminó siendo una actividad extenuante. Por más que las SS hacían una labor extraordinaria y la Wehrmacht estuvo a la altura de las circunstancias, los ejecutores resentían la cercanía de los fusilados. Los cuerpos ensopados y sudorosos, los rostros salpicados de sangre, las gargantas afónicas, las interminables jornadas de exterminio influyeron en el estado de ánimo de la tropa. Al final matar cansa más que hacer morir. De igual manera, las inmensas piras en las que se calcinaban los cuerpos inundaban la atmósfera de un sabor fétido. La espesura de la sangre acumulada facilitaba que insectos sobrevolaran los sitios de las ejecuciones. La gasificación terminó siendo la solución menos estresante para nuestros hombres y más higiénica. Los deportados eran transportados. Los que tenían capacidad de trabajo eran empleados como mano de obra. Los que no servían para nada eran internados en las cámaras de gas. Mientras respiraban el gas defecaban y orinaban, luego eran cremados. La solución final se

aceleró cuando entendimos que la guerra estaba perdida. Nosotros nos habíamos propuesto contribuir a crear un mundo nuevo, eso significaba: un mundo sin la raza que apestaba. En el año 70 después de Cristo, el emperador romano Vespasiano ordenó a su hijo Tito la destrucción del templo de Jerusalén y la diáspora judía. El vector que dirigía nuestra acción era más ambicioso: el holocausto.

En Alemania habitaban más de doscientos mil judíos. El 98% de los que pululaban en la Unión Soviética no tenían contacto con la cultura alemana. Este dato señalaba que ningún país de la Europa occidental se podía convertir en el centro del exterminio. Inexorablemente en los países del este se tenían que incendiar las piras. Ahora bien, la decisión de instalar los campos de concentración y las cámaras de gas en el este no se explica por esa sola razón. La densidad poblacional hebrea en esas zonas no fue la única circunstancia invocada en la conferencia de Wannsee. Obviamente, la logística que implicaba la deportación y el traslado se simplificaba si se acortaban las distancias. Ya se intuía que la guerra terminaría y que sufriríamos un revés. Pero nosotros no íbamos a capitular. Estábamos emplazados, nuestro tiempo para poder actuar se abrevió. Habíamos asumido un compromiso misional y los trámites de evacuación y exterminio debían gestionarse por una vía expedita. Había que realizarlo a sangre fría y sin las prórrogas de los dilemas morales. La decisión había sido tomada, el método había sido seleccionado, las víctimas identificadas y el sitio que fue escogido era el mejor por conveniencia geográfica y el acortamiento de las distancias. Sin embargo, no se debe ignorar que hubo otros factores que también definieron las características de la solución final. Así, por ejemplo, la deportación de los países en los que el Estado funcionaba estaba sujeta al peso burocrático de las esferas administrativas. Desterrar un judío de Francia era más complejo y trabajoso que de Chequia, Eslovaquia o Letonia. Por ello, parte de la política de exterminio presuponía la destrucción de los estados y sus burocracias. Los estados débiles como Letonia, Lituania y Estonia en un primer momento fueron aplastados por los soviéticos y después por nosotros. Del mismo modo el estado polaco simultáneamente fue destruido por nosotros y los soviéticos. La desaparición del estado checo facilitó el extrañamiento de los judíos y la estructura

cartilaginosa del estado ucraniano permitió prescindir de las requisitorias burocráticas. El gobierno de Eslovaquia fue creado por nosotros. Donde el Estado era raquítico, carente de legalidad o fue borrado del mapa se pudo trabajar sin las restricciones y reticencias que exigían el formalismo jurídico. De ahí que las estructuras estatales debían esfumarse y las élites pasadas a degüello.

No fue causado por un hecho aleatorio o un arbitrio de la naturaleza que los comunistas rusos hayan acribillado en los bosques de Katyna más de veinticinco mil integrantes de la clase pensante polaca. La masacre sucedió entre abril y mayo de 1940. Estuvo al frente de los fusilamientos Beria, jefe de la policía y los servicios secretos. La masacre incluyó a toda la oficialidad del ejército polaco, policías, profesores, artistas e intelectuales. La demolición de los Estados y la eliminación de las élites conformaron las convergencias en las que nos solapábamos con los soviéticos.

La mayoría de los judíos que perecieron en los campos de concentración por hambre, enfermedad o gas provenían del este. Los judíos occidentales, los que eran ricos y privilegiados, los beneficiarios del capitalismo occidental se libraron de nuestras garras. Ellos poseían las herramientas para resistir o influenciar en la búsqueda de otras alternativas de la solución del problema judío, los hebreos occidentales nunca tuvieron un gesto fraternal con sus parientes pobres. Cualquier estudio comparativo corroborará que los hebreos occidentales, con sus cuentos melodramáticos y las películas antialemanas, lo único que logran es mentir al pueblo judío.

39. La recuperación de Danzig

Muchas veces el destino de un estado se ciñe a su geografía. La ocupación de Polonia era menos que un trámite. Sabíamos que el empuje de la Blitzkrieg no hallaría un obstáculo castrense capaz de frenarla. El ataque no fue sorpresivo, con antelación se observaba que las bravuconerías de los gobernantes contra la minoría germana pasaban de la simple amenaza a hechos coactivos y discriminatorios. Por nuestra parte las protestas y los avisos de que íbamos a reaccionar no se hicieron esperar. Con argumentos fecundos y la capacidad increpadora de su voz, retumbaban las advertencias del Führer de que no toleraría un trato indecente contra los compatriotas. Hasta ese momento Hitler había confirmado las subsiguientes repercusiones de sus advertencias. Poseía la presea por haber traducido sus proclamas en realidades tangibles. El Führer era predecible, se le asignaba la cualidad de realizar lo que mentaba y de pronosticar que sus advertencias no caían en saco roto.

La crisis de Danzig precedió inmediatamente al inicio de las hostilidades. Dejo constancia de que ya para ese entonces no reinaba la calma que precede a las grandes tormentas. Era la última reivindicación irredentista que el Führer reclamaba tras haber conseguido la remilitarización de Renania y la anexión de Austria y los Sudetes. Postulábamos dibujar el mapa de Alemania tal cual estaba configurado antes de 1914. Era vox populi que íbamos a amojonar las fronteras para que protegieran el suelo germano de las asechanzas enemigas. La proclama siempre halló el eco popular: un pueblo, una nación asentados en un suelo patrio. La crisis comienza en abril de

1939, momento elegido por Hitler para lanzar un discurso al Reichstag en que proclama la restitución de la soberanía alemana sobre Danzig, así como un ferrocarril y una carretera extraterritoriales que cruzaran el corredor polaco que separaba Prusia oriental del resto del territorio alemán. Debíamos suprimir la payasada fronteriza impuesta por los vencedores. La fragilidad del orden post 1919 residía en la adulteración cartográfica de los escribas de Versalles. Los polacos denostaban a Prusia y enervaban nuestra voluntad de resarcimiento. El 1° de septiembre reaccionamos contra un pérfido embate. Nos agredieron y fueron repelidos, ofrecieron una enclenque resistencia. Varsovia cayó el 28 de ese mes y el 6 de octubre capituló la segunda república polaca. Capitularon sin honor, querían salvar el pellejo. Días posteriores a nuestra ocupación recibieron la ofensiva del este. Los soviéticos se apropiaron de su parte el 17 se septiembre. No esperábamos que las democracias sacrificaran la paz por un país cuya independencia e integridad siempre estuvo garantizada por la Iglesia católica. Fue inexplicable que nos hayan declarado la guerra y, sin embargo, contra los comunistas nadie levantó la voz de protesta.

Nosotros sí teníamos razones más que suficientes para justificar nuestra actuación. Los refractarios pretenden ignorar que el maldito tratado nos había obligado a enajenar suelo alemán a favor de la república polaca. Danzig permaneció en manos de ellos y los territorios orientales del imperio alemán fueron violentados desde el dogma del odio. Pretendían desarraigarnos sin contar que la historia solidifica las raíces y jamás las eteriza. El corredor polaco cumplía la grosera intención de aislar una parte del todo. Prusia fue dividida y cercenado el puño prusiano que concretó la unidad alemana y entronó al segundo imperio. ¡¿Cómo aceptar que Königsberg, cuna de Emmanuel Kant y faro irradiante de cultura, estuviera separada del vientre materno?! ¡¿De dónde la osadía de seccionar la carne para desunir el alma?! La lógica del mamotreto Versalles se dirigía a desmembrar el territorio y la consiguiente desunión de la población germana. Tuvimos que ceder el 13% de nuestro suelo, equivalente a 69.930 kilómetros cuadrados. En esas extensiones la jurisdicción fronteriza buscaba debilitarnos por medio de la desmembración. Debíamos reconstruir el Sacro Imperio Romano Germánico y para ello

la Prusia oriental debía estar plenamente integrada a la geografía nacional.

40. EL MARXISMO, OTRA INVENCIÓN HEBRAICA

El hombre quiere entender el mal sin averiguar sobre el origen de las situaciones. ¡Cuántas veces, para excusar al privilegio y justificar lo injustificable, los ingenieros de la lógica jurídica, a rajatabla, han pergeñado adefesios normativos! El maldito tratado de punta a pértigo ofendía el honor y zahería el alma y la geografía nacional. La aberración la procreó la firma del armisticio del 11 de noviembre de 1918. Esta fecha estuvo antecedida de circunstancias inefables. El 9 de noviembre abdicó el káiser y en las calles se agitaban las consignas revolucionarias. El cese el fuego no fue más que una tregua que afincó en la voluntad de los aliados las ansias de destruirnos. Ellos habían definido que sobre nuestros destrozos construirían algo a lo cual apodarían con el calificativo de paz. ¡Desmembraron Alemania y a eso le llamaron paz! Los que firmaron el armisticio fueron unos traidores, y los que querían obedecer puntillosamente y mantener una conducta obsecuente eran unos desertores que tenían que ser ahorcados en plazas públicas. Nos rendimos, pero los victoriosos no reunieron el valor que combatir en terruño alemán. En la primera guerra el territorio alemán no fue profanado. Nos obligaron a soltar a todos los prisioneros de guerra que teníamos en cautiverio, sin embargo, no hubo reciprocidad. Los vencedores impusieron a los vencidos que los prisioneros alemanes no iban a ser liberados. ¿La paz consistía en que las madres alemanas no pudieran abrazar a sus hijos? Esa resolución tendría que dar vergüenza a los firmantes. Los traidores tienen un destino benévolo, nunca son castigados como se merecen. Había que desenmascararlos y lo íbamos a hacer. No bien tuvimos la

oportunidad, les hicimos pagar por su felón peregrinaje.

Los aliados consagraron lo antijurídico y una inmensa porción de alergia antialemana en un entuerto legal. Esto nos lo hicieron porque nosotros les permitimos. Los comunistas, socialdemócratas y los judíos traicionaron el esfuerzo bélico de nuestros soldados. Estos incitaron la revolución de noviembre, no fuimos capaces de mantener la casa en orden. El sabotaje vino de dentro, buscaban que Alemania implosionara. Instalaron el conflicto social para que Alemania fuera consumida por el fuego como Troya y padeciera la suerte que corrió Cartago, reducida a ruinas. Los bolcheviques manipulaban las masas e infectaron de indisciplina el ejército del Reich: la indocilidad se revelaba en la conducta de la soldadesca que incumplía las órdenes. Refutaban las causas de la guerra, denunciaban que se trataba de una guerra imperialista que reflejaba la lucha de clases entre los capitalistas y que los obreros y campesinos no tenían nada que ganar. Que no se justificaba que so pretexto del nacionalismo un obrero de una nacionalidad asesinara a otro de diferente nacionalidad. Acusaban que el nacionalismo relegaba la consciencia clasista y exaltaba el narcisismo nacional. Arengaban a la tropa deshonrando al sentimiento patriótico, morir por Alemania era homologado a lo mismo que morir por los ricos. Fabulaban que las clases subalternas no tenían nada que ganar y tenían todas las de perder. Las consignas comunistas se dirigían a aguijonear la deserción, el dejar en la estacada al camarada y el ausentismo en los puestos de centinela. Embotaron la mente del pueblo con alocuciones sobre que la toma de decisiones iría a parar a manos de los sindicatos y que el poder se construía de abajo hacia arriba. Descalificaban la democracia parlamentaria empleando el razonamiento que la democracia primero debía ser económica y social y después política. La honestidad nacionalista retrocedía ante la lógica del igualitarismo. La locura y la efervescente demagogia marxista ensayaban devastar el panteón del mito germano. El designio comunista profana la belleza y la pureza aria.

La cultura proletaria e internacionalista eclipsarían a la alemana. Las masas se embriagaron con el marxismo, se desvaneció la amenaza externa y pasó lo germano a convertirse en enemigo del alemán. Los revolucionarios solicitaban que las armas se empuñaran contra los

hermanos. El ejército fue apuñalado por la espalda, las manos hebreas y bolcheviques clavaron la daca. La heredad patria no fue mancillada. Se unieron los cobardes y los traidores para que un grupúsculo de tibios arriara la bandera del imperio. El 11 de noviembre de 1918 nos obligaron a firmar en un vagón de tren en los bosques de Compiègne el armisticio de la humillación. La escena del vagón plasmaba la humillación de Sigfrido en manos de Tartufo, la sátira de Molière hiriendo el mito wagneriano. Nos acuclillamos y nos escupieron en la frente. El mundo absorto no se pronunció. Los alemanes seríamos los sancionados. Nuestros ofensores, al menoscabarnos, no tuvieron presente que la raza aria tiene su nivel de dignidad por encima del nivel medio.

41. Algún día la verdad saldrá a luz

Cuántas veces me he increpado la mala costumbre de no olvidar las afrentas y no digerir los sinsabores de la vida. Siempre me he tomado las cosas, por ínfimas e intrascendentes que fueran, muy a pecho. Mis reacciones nunca fueron las de un hombre resentido, jamás provinieron de un sentimiento de inferioridad. Tampoco he apañado la indulgencia del individuo que se ufana de aquello que no es. El temperamento que me domina se ha forjado en la aurora del hombre nuevo. Mi existencia no se ha balanceado en el eclecticismo de dos verdades, se vive en la indolencia, cuando uno se aleja de lo que se considera lo verdadero. No sé, pero tal vez, haber esperado la alborada fue un error. Al final, la indiferencia aligera la existencia. Pero no puedo conmigo, con mi genio. He acercado mi manera de proceder a la pureza y la nobleza aria. Mi compromiso con el Führer es inalterable.

Que nos endilguen lo que quieran y que escriban sus difamaciones, pero que no se desconozca que los nacionalsocialistas hemos deplorado la sinuosidad del cálculo y la mansedumbre de la otra mejilla. Con acciones y no tan solo con palabras hicimos cumplir la palabra empeñada, nuestro compromiso se cobijaba en el honor. Mis camaradas y yo nos juramentamos no aplacar en nuestros corazones la sed de venganza. El ciclo vital mío y de muchos camaradas todavía tiene para rato. Y, si no somos nosotros quienes apedreemos a los mentirosos, vendrán generaciones futuras a destacar el temblor sísmico de la raza aria. La historia no se detendrá, la moral judeocristiana ralentiza el surgente de manantiales que desbordan los

cauces y arrogan la verdad y el dolor del ofendido. Es coyuntural el sosiego de la voluntad, esta persistentemente tiene hambre de vida. La eternidad está sellada de luchas y agonías. Los hombres seremos la misma carne, la misma sangre, la misma ambición y la misma mierda. Me será negado el privilegio de litigar en los campos de batalla. Si ya no puedo tomar las armas, por lo menos legaré mi testimonio por escrito. La interpretación que se haga del pasado es la herramienta para modificar el futuro. Incluso las interpretaciones oficiales son reinterpretadas. El dogma oficial cede su vigencia a la revelación de lo verdadero. La verdad se revela sola. Quien no lidió en el fragor del combate y no se adentró en el alma de los hechos históricos jamás entenderá el porqué y el cómo de lo acontecido. Mantengo la ventaja de conocer el alma y las fibras de las circunstancias que cambiaron el destino del mundo. Aún no ha pasado mucho tiempo, la historia será reescrita. Se conocerá la verdad y los que hoy difaman estarán muertos, pero sus descendientes tendrán que tragarse las calumnias de sus predecesores.

El Führer no era de esas personalidades que vertía amenazas en vano. Primero tendía el puente plateado de la paz y la buena vecindad, si la respuesta no era correspondida, actuaba como un lobo sin disfraz de cordero. Sin haber cedido en sus creencias y advertencias cumplió a como dio lugar su advertencia de que, si alguien levantaba la mano para golpear al Estado, la muerte sería su premio.

Como he ilustrado, la guerra contra Francia la provocaron los franceses, fueron los principales propiciadores de las disposiciones del maldito tratado. El 6 de octubre el Führer redobló sus esfuerzos para impedir el involucramiento de las democracias. Los isleños rechazaron la oferta el 10 del mes en curso y los franceses, tres días después. Los franceses y los británicos prefirieron el estado de beligerancia. En carne propia sufrimos el desgaste que abarcaba la guerra bifronte. En la primera gran guerra hicimos las paces con Lenin para liberar hombres y recursos del frente oriental. Habíamos aprendido que combatir en dos frentes no producía lucro. El Führer sabía la onerosidad y la logística que implicaba sostener a dos ejércitos alejados de las plataformas de abastecimientos. Estaba entusiasmado con el triunfo rápido en Noruega, pero conocía nuestras limitaciones.

Entendía que el ejército polaco configuraba una milicia de pacotilla, conformada por mamarrachos. El servicio secreto era consciente de que los ingleses y franceses habían dotado a sus fuerzas armadas de armamentos, sabíamos que estaban armados hasta los dientes. Ellos no habían desperdiciado el tiempo, se remilitarizaron porque nunca dejaron de considerar que éramos sus enemigos. De la declaración de guerra a las primeras escaramuzas se impuso una pausa. Luego la precipitación y la vorágine de los hechos nos señalaban que debíamos proceder. No podíamos esperar que los franceses se acomodaran en Bélgica y desde ahí flanquearan nuestras guarniciones. Era un hecho irrefutable que impediríamos que nos asestaran el primer golpe. Nos sentíamos briosos por el baluarte de nuestra fuerza moral, aunque teníamos presente que aún no habíamos desarrollado toda nuestra capacidad bélica. Los altos mandos militares advertían que no habíamos alcanzado las metas relativas a la producción industrial de armamento. Planteaban que si el escenario ideal dependiera del potencial logístico y armamentístico, teníamos que esperar o actuar sobre un radio limitado. No podíamos expandir nuestra presencia vigilante y fiscalizadora más allá de lo que aseguraran las recién establecidas fronteras. Había que afianzar la retaguardia y no entablar querella en muchos frentes simultáneamente. Pero ¿quién a ciencia cierta revela el acertijo de cuándo es el momento oportuno para atacar? O ¿acaso el peligro y el desafío se correspondería con las ideas puras? Comparando, la acción arriesgada y veloz reditúa lo que dura la sorpresa. Los plazos para actuar en las áreas del conflicto son perentorios y nunca son predatados. Si se lanzan los dados, será el azar el que definirá cuándo frenarlos. Las manos arrojan los dados, mas no cantan el resultado.

42. La Blitzkrieg

En abril de 1940 marchamos sobre Dinamarca y Noruega. El 10 de mayo abrimos fuego contra los franceses. Los ingleses y franceses nos esperaban en Bélgica y nosotros con unidades acorazadas atravesamos la agreste y accidentada topografía de las Ardenas. Apelamos a la Blitzkrieg, la guerra relámpago basada en la velocidad para sorprender al enemigo con la guardia baja. Movilizamos las divisiones de tanques, las baterías de armamento pesado y la infantería en tiempo récord. Los tanques cubrieron quinientos kilómetros de superficie abrupta, incluidas las áreas cubiertas de árboles y tupida vegetación. En once días sin necesidad de entablar batalla atravesamos las Ardenas que para los franceses y británicos eran intransitables. Flanqueamos la línea de Maginot. Los aliados, más 200.000 británicos y 123.000 franceses y belgas, se acantonaron en Dunkerque. De ahí evacuaron el continente y regresaron a parapetarse en la isla. El Führer volvió a demostrar una vez más su voluntad de hacer las paces. Tuvimos en nuestras manos la posibilidad de destruir a la *crème* de ambos ejércitos. Los recalcitrantes y vicarios de la animadversión contra lo alemán alegaron que Hitler cometió un error estratégico. Asignaron a su egocentrismo la miopía militar. De acuerdo con los embustes de estos fariseos, el Führer se confió en Göring. Este habría ofrecido arruinar y clausurar a bombazos el cruce del estrecho. La Luftwaffe se encargaría de hundir con un copioso ataque aéreo a cada de las embarcaciones que trasladasen soldados de la costa francesa a la inglesa.

Nuestro ejército de tierra y los blindados se encaminaban a ese sitio

en donde los aliados se apiñaban. La situación de la que ellos disponían era perimetralmente angosta y les vedaba cualquier margen de maniobra. A nosotros nos tenían enfrente y a sus espaldas los retenía el mar. Parecían un emparedado preparado para ser deglutido y saboreado. Si hubiéramos decidido atacar, les hubiera resultado impracticable cualquier ensayo defensivo. La cercanía de ambos flancos hacía inabordable una escapatoria ordenada o una contraofensiva que nos retuviera o infligiera un daño. Cualquier insinuación litigiosa representaría para ellos una inmensa cifra en bajas. Podíamos hacer de ellos una carnicería y drenar la sangre para colorear la tierra y el mar. Los podíamos bombardear por aire y tierra para que luego la infantería realizara la faena de obtener la rendición o reducirlos. Hubiera sido irresistible un ataque que combinara las fuerzas de tierra y aire. En este plan prescindo de la actuación de nuestra marina. Los teníamos acorralados, ellos no podían asumir una actitud marcial, mientras que, en nosotros no escaseaba el ímpetu del combatiente con hambre de victoria. No podían huir ni contaban con espacio para desplegar una capacidad defensiva, además estaban desmoralizados, amedrentados y abandonados a su suerte. El Führer les perdonó la vida, era un convencido de las ideas carolingias de la unidad continental. Como buen europeo consideraba que Rusia, a pesar de profesar la ortodoxia cristiana, era eslava, primitiva, supersticiosa y poseedora de una cultura carente de signos vitales europeístas. Buscaba la paz en el oeste para invadir el este. La idea que guiaba sus decisiones era la de atenazar el este y contener el oeste. Por ello no decretó la eliminación de los británicos y franceses, tal vez su idealismo erasmista le hizo incurrir en el error que supondría dejar con vida a los que después arremetieron con ansias la destrucción total de Alemania. En vez de aniquilar a los enemigos, prefirió marchar hacia la capital francesa pues, en teoría, una fotografía en la torre Eiffel sería muy celebrada por los alemanes. Este argumento falaz hace inferir que el Führer torció su voluntad por megalomanía o glotona vanidad. ¡El bizco y el miope no dimensionan el fuste del hombre que eterniza el momento!

La presencia del Führer en París saldó el honor humillado en 1919. La obcecación y el desprecio contra Hitler les neblineaba el panorama.

Con todos los recursos propagandísticos descalificaban la vocación europeísta del Führer. La obviedad cae por su propio peso, pero el odio enceguece y obstruye los razonamientos lúcidos. París fue ocupada por nuestras tropas el 14 de junio. En seis semanas pasamos a tener el control de Francia, los Países Bajos y Bélgica. El 22 de junio los franceses firmaron el armisticio en el mismo bosque de Compiègne y en el mismo vagón de 1919. A pesar de que los franceses capitularon, reconocimos en la persona del mariscal Pétain la continuidad de la tercera república. Constituimos un gobierno francés en la ciudad de Vichy. Estaba presidido por el héroe de la gran guerra, el mariscal Pétain. Nosotros no encargamos de París y la zona norte de Francia y el gobierno de Vichy del sur. El gobierno fue declarado neutral, con eso se logró la neutralidad francesa. A decir verdad, se trató de un gobierno que colaboró con el Dritte Reich, pero de forma lenta y mansa. La aplastante victoria sobre los ejércitos aliados hizo que el Führer fuera considerado Grösster Feldherr Aller Zeiten.

Los gestos y las actitudes que indujeron a la guerra fueron grotescos y cínicos, además de revelar que las hostilidades fueron meditadas en las altas esferas políticas y en los estados mayores. Los galos fueron los que inauguraron las hostilidades al intentar ocupar la región oeste de Alemania. La ofensiva del Sarre fue una operación militar que movilizó a 41 divisiones y duró del 7 al 12 de septiembre de 1939. Nosotros, con 22 divisiones, hicimos que retrocedieran. La intentona de los franceses terminó en un verdadero fiasco, hicieron el ridículo. Lanzarse de bruces contra nuestra defensa no significó una decisión inteligente. En esa ocasión pudimos infligir un daño mayor y declinamos a efectuarlo. En verdad, el 3 de septiembre de 1939, nos declaran la guerra y recién el 10 de mayo de 1940 atacamos Francia. Algunos denominaron esos meses sin beligerancia como la guerra de broma. Transcurrieron varios meses para que las agresiones sustituyeran el lenguaje de la paz por el de la violencia.

La solvencia moral del Führer quedó demostrada en Dunkerque y en la ocupación de París. Hay que resaltar que muchos franceses y francesas celebraban nuestra presencia. Hoy está prohibido recordar que en los países que ocupamos siempre contábamos con la colaboración y la hospitalidad de los lugareños. Para muchos,

Alemania representaba el buque insignia de la civilización. Las memorias anestesiadas no desean mirar atrás. Significa chuparse un trago amargo corroborar sus ambivalencias y la moral ambidiestra. Era una verdad a ojos vistas el reconocer que el nacionalsocialismo y el fascismo contaban con adherentes en todo el mundo.

Necesito resaltar que escribo para construir la memoria, los débiles de memoria no evocan el anverso y el revés de la condición humana, solo recuerdan la benevolencia del hombre en sus circunstancias elegidas. Más allá de las discordias los pueblos europeos tienen en común el mismo progenitor: Carlos Magno. No me cansaré de indicar que el combate aéreo y el bombardeo de Londres perseguía el objetivo de que los ingleses entraran en razón y se dispusieran a entablar un diálogo proactivo y conducente a la configuración del nuevo mapa mundial. Queríamos el equilibrio y la simetría en la distribución en las zonas de influencia. En aquel entonces nada ni nadie podía impedir una justa repartija de territorios necesarios para forjar la prosperidad continental. Estábamos emparentados no por Adán y Eva, sino por Grecia, Roma y Carlos Magno. Nosotros destacábamos por ser arios, pero la dimensión cultural traducía la afinidad en la agnación. Éramos familia y como toda familia teníamos los parientes ricos y los pobres, pero éramos parientes y debíamos juntarnos para dividirnos el mundo. Hitler estaba perfectamente dispuesto a preservar la existencia del imperio británico. El bastardo de Winston Churchill dinamitó los puentes de la cooperación recíproca entre dos naciones consanguíneas. La terca y envenenada determinación de combatir a solas, de junio de 1940 a junio de 1941, le tendería un puente de plata a la reciprocidad de dos gobiernos antagónicos. La obstinación, la animadversión y el miedo que despertábamos en Churchill lo incitaron a facilitar un canal de confianza entre enemigos que hasta ese entonces no se podían mirar la cara. Hizo lo que se consideraba imposible: mezcló el aceite con el vinagre. El beodo comprendía que sus fuerzas no bastarían para vencernos y que necesitaría la ayuda de dos gigantes. Hay que reconocer que su talento y su delirium tremens favorecieron el maridaje y la concreción de una alianza antinatural como la rusa-americana.

Los intrigantes y los negadores de la superioridad de la raza aria

difamaron el esfuerzo varonil y heroico de la casta masculina de la Wehrmacht. Los soldados alemanes caminaban sesenta kilómetros por día. No había descanso. La mística germana y la fe en el Führer provocaban que el soldado alemán estuviera animado por una energía invisible. Veníamos de cosechar éxitos diplomáticos y militares. Cada miembro de la Wehrmacht y de la Waffen SS estaba imbuido y acicateado por el convencimiento de nuestra imbatibilidad. La nobleza de la causa ahuyentaba los padecimientos y los miedos. Los eternos vociferadores, los indolentes que se negaban a reconocer el compromiso y la entrega inclaudicable del soldado alemán tuvieron que hacer de las suyas y esgrimieron sus inventivas. Los insidiosos fabularon que nuestros soldados resistían la fatiga, el sueño, el hambre y reforzaban su coraje porque se les obligaba a consumir pervitina. Esta droga energizaba a quien la consumía. Dicha adulteración de la realidad no pudo dañar la reputación, la disciplina y el pundonor del soldado alemán. Luchamos hasta el final. Exhaustos, heridos, mutilados, acalambrados y hambreados mantuvimos el coraje forjado en el estoicismo de la renuncia. Un pueblo motivado se alimenta de la droga llamada amor a la patria. Éramos adictos a Alemania y al Führer. Ratificar que actuábamos bajo el influjo de estupefacientes representaba una forma sutil de demeritar a la raza aria. Nada más tergiversador de lo real. Los que apelaban a tamaña patraña no entendían por qué, en menos de veinte años, los alemanes tomamos las armas y nos dispusimos al sacrificio para limpiar el honor mancillado por las ofensas enemigas. La tradición germana siempre nos obligaba a combatir para resarcir el honor que quisieron envilecer.

43. VERNICHTUNGSKRIEG

La historia está poblada de paradojas, el 22 de junio de 1940 Adolf Hitler abrazaba el zenit de su carrera y tuvieron que pasar 365 días para que, en esa fatídica fecha, se iniciara el final de su vigencia. La invasión a la Unión Soviética, iniciada el 22 de junio de 1941, fue ante todo una cruzada. Sabíamos que entablaríamos una guerra de religiones, la fe en la raza aria contra la fe de la esclavitud eslava, de la sobriedad aria versus el atavismo vulgar de los eslavos. Decretamos la guerra preventiva. Los soviéticos mentaban un ataque pérfido y furibundo contra Alemania, por eso buscaban la cercanía al petróleo rumano. Era cuestión de tiempo para que se soliviantaran. La calle era una escuela y en los pleitos callejeros habíamos aprendido que quien pega primero pegaba doble. Juzgábamos que nuestra presencia haría que el comunismo estalinista implosionara. Planeábamos que la intervención dotaría de coraje a los millones de soviéticos que aborrecían una situación de esclavitud y oprobio. Llevados por el entusiasmo de haber doblegado en seis semanas al ejército francés pensábamos que la guerra se extendería por un par de meses. Tarde comprobamos que no se trataba de soplar y hacer botellas. Si bien solo contábamos con las informaciones obtenidas por medio del espionaje aéreo, eran conocidas por nosotros las insuficiencias y flaquezas del ejército rojo en los combates en Finlandia y en la ocupación de Polonia. Enfatizaré que nuestra equivocación iniciática fue la de no concertar alianzas con grupos anticomunistas a los efectos de que estos nos prestaran sus servicios para socavar desde dentro el poder de Joseph Stalin.

Desde el triunfo de la revolución de octubre los bolcheviques habían diezmado a las agrupaciones que ofrecían oposición a la dictadura que invocaba la representación proletaria y campesina. La Checa —policía secreta— fue creada para eliminar a los miles de disidentes que real o supuestamente se involucraban en hechos de sabotaje o atentados señados con el signo contrarrevolucionario. En los años treinta Stalin instaló una purga que abarcó la decapitación del ejército rojo y el asesinato de cuadros políticos que, en la clarividencia del oriundo de Tiflis, se inmiscuyeron en diligencias conspiratorias. Pero la muerte de millones de rusos y ucranianos no se debió tan solo al uso sistematizado del crimen político. Las políticas colectivistas, que abolieron la propiedad privada, hicieron que millones murieran famélicos, de infecciones y de patologías asociadas al hambre. Se contabilizó que más de once millones de campesinos sucumbieron en este periodo de hambruna, de los cuales cuatro millones fueron ucranianos. El designio estalinista pretendía diezmar a los ucranianos para rusificar Ucrania. Esta peculiar forma de asesinar a mansalva nos hizo valorar y esperar que los rusos blancos y los ucranianos se unirían en la batalla para extirpar el comunismo de la faz de la tierra. La rebelión que esperábamos no aconteció y las víctimas colaboraron con sus victimarios. Los eslavos dieron pruebas congénitas de que estaban hechos para la servidumbre y el disfrute de la ignorancia. Las inconsecuencias los predisponían a no cambiar de amos ni de cadenas. Suplican por el látigo que los flagelaba. El Führer los había catalogado de infrahumanos, constituían un pueblo sin ansias de elevamiento y caballeresca. ¡Qué peligroso es liberar a un pueblo que prefiere la esclavitud!

Por su vocación expansionista y colonizadora se la denominó Operación Barbarroja. Bajo el liderazgo del Führer, pero comisionando a los altos mandos de la Wehrmacht se alistó un ejército integrado por más de tres millones y medio de soldados. La conformación de divisiones y unidades estaba compuesta, además de los miembros de la Wehrmacht, por tropas provenientes de Finlandia, Rumania, Hungría, Italia, eslovacos, croatas y un contingente voluntario de la división azul aunada por el generalísimo Francisco Franco. La guerra para nosotros tenía el objetivo limitado, necesitábamos granos y petróleo.

Esta superficie abarcaba las regiones comprendidas desde el Báltico hasta el río Volga, o sea: las repúblicas bálticas, Bielorrusia y Ucrania. El plan de efectuar el Lebensraum se planificó en tres etapas: primero la conquista, luego la colonización y por último la germanización. Nuestro modelo de conquista asemejaba a la crueldad de los modelos europeos y asiáticos. En contrario, el propósito colonizador, en su contenido y forma, reñía con el mestizaje ensayado por los españoles en América. Bosquejamos un plan en donde los arios serían los señores y los eslavos los siervos de la gleba. En la estrategia citada, los eslavos o perecían o serían trasladados a Siberia. Íbamos a constituir una administración territorial depurada en lo racial. Haríamos lo mismo que hicieron los americanos en su conquista del oeste, las repúblicas latinoamericanas después de las luchas de la independencia, los japoneses en China y Corea, los belgas en el Congo, los franceses en sus colonias y los ingleses donde pudieron.

El Führer era un adelantado, un visionario, alguien ante quien el futuro se contorneaba en su imaginación. A cuatro vientos anunció el crepúsculo europeo y el ascenso de los norteamericanos. Era el único con la capacidad para balancear la voracidad capitalista con la definición del estado de bienestar. Después que Hitler asumiera el poder en enero de 1933, superamos la crisis de 1929. En 1936 Alemania no tenía desocupados, la población gozaba de un nivel satisfactorio de vida. Mientras que las clases subalternas en América mendigaban o revolvían los basureros para llevarse un trozo de pan a la boca. Alemania debía convertirse en una potencia de dimensión continental como lo eran los Estados Unidos de Norteamérica. Las necesidades del desarrollo corroboraban que la Unión Soviética escenificaba el Lebensraum. La conquista de los territorios rusos representaba un simbolismo con significado económico. El resto de Europa no acababa de asimilar que una Alemania fortalecida impediría que la hegemonía se trasladara a la otra costa del Atlántico. Combatimos con la idea de que nuestras aspiraciones eran compatibles con las de ambos países. Lastimosamente, la miopía y el cálculo de los intereses fueron malos consejeros. El árbol no les permitía ver el bosque, no supieron prever que si la Unión Soviética se desangraba, el capitalismo acabaría victorioso. Por ello, Hitler procedió desde el

inicio de la invasión con el propósito de extenuar a la población eslava. Desconsideramos los resquemores de Joseph Stalin, este visualizaba que un cruento conflicto con Alemania equivaldría a que ambos nos desangráramos, mientras que rusos y alemanes se proferían perjuicios, los países capitalistas se beneficiarían de nuestros desgastes bélicos. La firma de la paz de Brest-Litovsk de 1918, que puso fin a la beligerancia ruso-alemana, estabilizó la revolución de octubre de 1917. En sentido inverso, la guerra en 1941 ralentizaría los cambios revolucionarios y significaría inmensas pérdidas para la Unión Soviética.

La Vernichtungskrieg —guerra de destrucción— puso en funcionamiento una maquinaria que no solo anunciaba el objetivo del ataque y la conquista. La singularidad de la Unión Soviética y nuestras necesidades hicieron que ejecutáramos un tipo de guerra en esa vastedad territorial sin densidad poblacional. Allí habitaban una raza o amalgama de razas primitivas, toscas y analfabetas. La población de esas geografías era alérgica a la disciplina y el trabajo. Un vértigo infatigable se asomaba a sus corazones cuando se les hablaba de orden, limpieza y música clásica. El analfabetismo, la dejadez, el alcoholismo y las carcajadas estruendosas marcaban su manera de vivir. La ignorancia y la ineptitud de ilusionar una posibilidad diferente a la realidad les permitía hallar en la opresión el cobijo y la felicidad. Los zares y los jefes del politburó los manejaban y maniobraban como animales sin existencia, como bestias que vivían para reproducirse y servir como lacayos. Sus rasgos asiáticos, su primitivismo mongol, la epidermis amarilla, la cara ovalada y los ojos rasgados definían un tipo racial afín a una tipología de los primates. En sus grandes urbes se percibían tenues componentes de civilización europea y en la parte asiática se desigualaban las características del salvajismo. Se trataba de una masa compacta y amorfa de seres atávicos, desgarbados, mugrientos y andrajosos.

44. La vastedad territorial *versus* la Blitzkrieg

La revolución bolchevique triunfó porque las élites gobernaban con ideas vetustas y proyectos apolillados. Adscribían a la ortodoxia cristiana por sus valores tradicionales y a la hemofilia por sus turbios orígenes. A pesar de sus vínculos con Europa, sus clases dirigentes nunca se europeizaron. La presencia hebraica en Rusia provocaba el fastidio popular que hasta se reflejó en la literatura de Dostoievski, este satanizaba y se escarnecía del judaísmo. La propuesta de esclavizarlos y la necesidad de perimir su condición de seres humanos se constituyó en una propuesta adecuada y oportuna. Se pensaba en someterlos al rigor de la producción hasta extinguirlos y propiciar su desaparición, ya sea por el colapso de sus fuerzas o forzando su traslado a la Siberia. La decisión perseguía colonizar y germanizar lo que se consideraba la parte occidental de ese espacio geográfico. La diferencia con el pleito con los franceses e ingleses radicaba en que en esos países nunca aplicamos la estrategia de la guerra de destrucción preventiva. En la Unión Soviética tuvimos que deshumanizar al enemigo, los cosificamos. Para nosotros los soviéticos representaban el odio y el miedo. Los tomábamos como individuos ocres. Solo considerábamos extraer de ellos su energía laboral. Había que exprimirlos, para que se justificara la alimentación que les proporcionábamos. Si nosotros no acabábamos con ellos, ellos acabarían con nosotros. Debíamos actuar primero para impedir lo peor. Además, el duelo de Hitler no era contra Churchill, sino contra Stalin.

La lógica de los hechos nos condujo a un callejón sin salida. El enfrentamiento era inexorable y los medios utilizados serían inapelables. Esta visión de la guerra se caracterizaba por la intención de no dejar rastros del estado comunista soviético. La concepción de la demolición de la Unión Soviética no solo abarcaba a las entidades estatales o paraestatales, sino también poblaciones enteras. Sin actitudes dubitativas pusimos en práctica las directrices del alto mando. El 29 y 30 de septiembre se instauraron los Einsatzgruppen, unidades móviles de depuración encargadas de exterminar a los comisarios y judíos. Estos estaban integrados por tres mil hombres decididos a ensopar las fosas y a eliminar a pistolazos y ráfagas de metralletas a quien se le pusiera enfrente. Eran discípulos de la violencia que dignificaban el heroísmo. En una sola operación, en Ucrania, acabaron con 33.771 judíos de nacionalidad rusa. Ejemplificamos para que no cundiera la sospecha de que íbamos a flojear o desviarnos de las instrucciones depurativas. La ejecución de las órdenes sería enderezada con rigor y sin contemplación. Estábamos en el infierno y para salir airosos teníamos que destronar al optimismo celestial y al pesimismo alienador. En esa ocasión dimos los pasos iniciales y direccionamos las voluntades que realizarían el holocausto. Una digresión: subrayaré que no soy un negador del holocausto, hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para expulsar a los judíos de Europa. Las democracias no quisieron colaborar y tuvo que suceder lo que estaba guionado. Como miembro de las SS asumiré las consecuencias de nuestro proceder, lo que no aceptaré es el malabarismo verbal y exculpatorio de los fariseos que pretenden, so pretexto de no manchar con sangre el uniforme, ocultar la participación de la Wehrmacht en las faenas de limpieza racial.

Buscábamos la eliminación física de la población oriunda o de cualquier otro grupo social o étnico. Necesitábamos repoblar estas latitudes con germanos puros. Esbozamos el futuro preconizando que nos convertiríamos en un estado con amplia base territorial y numerosa población. Percibíamos que la potencialidad del modelo norteamericano se basaba en su vastedad territorial y su abundante población. Nosotros poseíamos el conocimiento y la cultura, teníamos exceso de conocimiento y vitalidad que no cabía en la estrechez de

nuestra ubicación centroeuropea. La tesis de la geopolítica y del espacio vital eran imperativos deducidos de las necesidades objetivas. Necesitábamos espacio para nuestro desarrollo. No había cabida para la práctica de otra opción o despedazábamos el mundo soviético o los planes del Führer no se harían realidad. El ruso o el ucraniano dejarían de ser utilizados como idiomas de la cotidianidad y la vida académica. No había que dejar rasgos algunos. Todo lo mongol o eslavo debía ser sepultado y reemplazado por los valores de una cultura infinitamente superior. La cultura germana propiciaba el origen del superhombre, la de los eslavos solo optimizaba la procreación de seres inferiores.

Con la apropiación de esa extensión garantizábamos la provisión de alimentos y minerales. Esas áreas nos proporcionarían las materias primas para que pudiéramos vivir con un estándar de vida superior al norteamericano. El Führer no logró que sus contemporáneos acompañaran su iniciativa y aceptaran su propuesta. Se garantizaría la paz en Europa. Hubiera sido un nuevo orden westfaliano, pero a diferencia del primero existiría en el concierto europeo un poderoso estado germano. En la paz de 1648 Alemania subsistió pulverizada, a la postre la formación tardía del estado nación alemán incidió en la emergencia rabiosa del nacionalsocialismo. El Führer quería forjar un equilibrio estable que beneficiara a los europeos y fuera disfuncional a los intereses norteamericanos. Todos los líderes descifraron cuáles eran las intenciones europeístas y decentes del Führer. No estaba guiado por frígidas ambiciones. Este expresaba lo que pensaba, no andaba con dobleces, imposturas o ambigüedades. ¿Por qué no se hizo lo que solicitaba y nos ahorrábamos la guerra, la sangría y el estropicio que hizo que los europeos descendiéramos a la condición de países de segundo orden? La respuesta a esta interrogante es muy sencilla: Alemania intimidaba y, en igual medida, la gravitación excesiva de Adolf Hitler en el destino humano perturbaba el equilibrio.

Estoy redactando mis ideas y reflexiones. No me dejaré condicionar ni acomodaré mis juicios a lo que en el presente es valorado como lo verdadero. La historia languidece cuando pretende justificar en el hombre la mansedumbre. En este momento aciago y de pensamientos que transitan por las aduanas talmúdicas no he de colaborar a que la verdad sea falsificada y abdique en favor de las bagatelas. En la

actualidad nos juzgan por comportamientos que en aquella época no eran tipificados como imputables. Advertiré que la jurisprudencia del tribunal de la historia persistirá en mudar la jurisprudencia. Las conductas serán las mismas, pero mudarán los valores con los que se las juzgarán. El gobierno de los menos se escudará en los huecos morales. Hoy somos tratados como culpables, pero mañana seremos considerados los victoriosos morales de esta contienda. Se nos condena como si fuéramos leprosos, pero quién puede pronosticar que, en el futuro, cuando se promuevan y beneficien las depuraciones biológicas, no seremos alzados en el altar de la verdad. La humanidad añora el triunfo de quien fue derrotado y revive de las sombras del pasado. De profanadores se nos considerará escultores de la verdad eterna. Los hombres olvidan con celeridad, indultan al presidiario y demuelen a quien fue sacralizado. La vigencia y validez de los valores no son ni nunca fueron estables. Los valores son inventados e impuestos en los instantes eruptivos. El superhombre entra para liberarnos de la penitenciaria de los valores añejados.

Hemos actuado como predecesores de los tiempos de promesas incumplidas. No maldeciré: enmendamos los surcos que nos conducían al cadalso de la ineptitud. No obstante, imprecaré contra las acciones inconclusas, fallidas y morosas, y, sobre todo, contra aquellas que hicieron que tropezáramos. El mandato de momento obligaba a deshumanizar al enemigo. El corazón dominado por el odio y miedo no remedia en los métodos e iguala el contrincante al demonio. Tuvimos que actuar como carniceros, conjeturábamos que, si caíamos en sus garras, ellos harían lo mismo con nosotros: nos despedazarían. Hemos actuado con humana brutalidad, pero guiados por intenciones rectas. Destacaré que, hasta en los momentos sombríos, estacados en las fosas y a pistolazos les perforábamos el cráneo o, con posterioridad, en las cámaras de gas desnudos, rapados y ateridos, les cesábamos su ciclo vital, hemos sido respetuosos de la sexualidad de los judíos y recluidos.

De igual forma, los procedimientos se sujetaban a las ordenanzas emitidas por los encargados de comisionar la realización de los exterminios. Jamás un miembro de las SS o de la Wehrmacht ha sodomizado o abusado sexualmente de los cautivos. Me tomé la

confianza de hablar sin disimulos, solo a los blandos de piel les avergüenza lo que hicieron respondiendo al mandato del momento. La virtud moral de la verdad está sujeta a los vaivenes del tiempo y el relativismo situacional. El escalón de progreso o decadencia decretará la validez de lo que está bien o mal. He puesto los puntos sobre las íes para denostar a los débiles de carácter que reniegan de lo que, en su fuero interior, les ha producido placer. Esta aclaración fue necesaria pues el holocausto representaba la guerra dentro de la guerra: "Der krieg in der Krieg".

No logramos el objetivo final de proscribir el judaísmo de Europa. Fracasamos en el propósito del saneamiento racial del continente. De igual manera, ¡¿por qué no reconocerlo!? Hemos subvaluado la capacidad militar y la entrega de los soviéticos. Los comunistas, igual que nosotros, se movilizaban por la adoración a la madre Rusia y por una ideología. No computamos que la estrategia de la Blitzkrieg no funcionaría en la Unión Soviética. Las dimensiones tenían otra proporción. El espacio era desproporcional a la maquinaria de conquista. El territorio estaba compuesto por amplias extensiones. Se trataba de inmensas latitudes que traducían la estrategia de la guerra relámpago en un esfuerzo estéril. En determinados momentos pudimos controlar las ciudades, pero nunca fuimos capaces de controlar las grandes extensiones. Los partisanos arruinaban nuestro tránsito para después escabullirse y guarecerse en las infinitas laderas. Las acciones de sabotaje eran preferidas por el enemigo, deducían que en campo abierto los despedazábamos. Estas operaciones causaron estragos en nuestra cadena de abastecimientos. Perjudicó la viabilidad logística de la invasión. Entre sumas y restas 9000 trenes y 40.000 vagones quedaron fuera de servicio pues hicieron volar las vías férreas. A esto hay que sumar que 22.000 vehículos fueron destruidos. Con estas altas cifras el traslado de la tropa se dificultó y el abastecimiento quedó imposibilitado. Nuestra tropa también murió de frío y hambre. Los partisanos efectuaban sus actividades para causar estragos y se ocultaban en los copiosos bosques y en los pantanos. La anchura de la geografía entorpecía los apoyos logísticos y favorecía que el ejército rojo se pudiera retraer.

Iniciamos la invasión en tres frentes. La Operación Barbarroja

suponía el ataque y la conquista de tres ciudades estratégicas: Leningrado, Moscú y Stalingrado. La distancia entre estas ciudades abarcaba una longitud de más de tres mil kilómetros. Desde los países bálticos hasta el Volga. Con la conquista de Leningrado queríamos alcanzar el objetivo ideológico. Con Bielorrusia y Moscú perseguíamos el objetivo político y con Ucrania obteníamos el objetivo económico.

Perdimos la guerra porque hemos cometido errores. Sufragamos la idea del triunfo de la voluntad y subvaluamos la actitud resiliente de los eslavos. El Führer se equivocó, no escuchó. Permaneció atrapado en sus ideas, soliloquios y embebido de los logros de la primera hora. Hablaba, comentaba, proyectaba y ordenaba sin atender las recomendaciones de los que padecían las consecuencias de los infortunios. Los magros resultados obtenidos muy pronto demostraron que la estrategia de la Blitzkrieg no era apta para el perímetro soviético. El Führer se obstinó en no cambiar la estrategia. La propuesta de atacar y no retroceder para recuperar fuerzas demostró ser un grave error. La idea de la superioridad de la Wehrmacht y la subestimación del poderío militar comunista no le permitió comprender que los rusos reemplazaban sus tropas como si fueran mareas humanas. Los rusos morían como hormigas. A cuerpo gentil avanzaban, y a medida que los masacraban eran inmediatamente reemplazados por tropas frescas. Los nuestros estaban agotados, desnutridos y sin ropa de invierno, morían de frío y hambre. Los tanques y vehículos se paralizaban en los fangos y las heladas convertían el aceite y los combustibles en elementos sólidos. La invasión Barbarroja no fue esbozada sobre la base de un conocimiento proficuo en detalles que incluyeran información de inteligencia calificada. Stalin transportó soldados frescos de Siberia y, a decir verdad, eran corajudos y estaban bien pertrechados. De un diagnóstico errado se infirió una terapéutica que condujo la operación a un rotundo fracaso. Era verdad que en las primeras semanas nuestras tropas avanzaron a pasos firmes y con celeridad, pero también era cierto que el cruento invierno nos frenó y al no haber doblegado Moscú en diciembre de 1941 comenzó a despuntar el fracaso del ataque. Partimos de supuesto falso, pensábamos que si en 1917 Rusia era una sociedad feudal, no podía haber desarrollado una capacidad

industrial capaz de abastecer con aviones, móviles, piezas de artillería al ejército rojo. La premisa declaraba que la idoneidad industrial debía estar signada por la precariedad. Que sería de baja tecnología y manual. En el mismo sentido ¿cómo confiar en la mano de obra soviética? En 1941, ¿quién apostaría a favor de hombres recientemente estrenados como obreros fabriles? En una oportunidad Skorzeny me había comentado que le encomendaron que preparara operaciones de sabotaje industrial, manifestó que resultaba imposible boicotear la actividad industrial soviética por la distancia y el sistema de defensa que los amparaba. Contábamos con los datos de que Stalin trasladó la infraestructura industrial y la situó detrás de los Urales. Hay que destacar que luego de decapitar el ejército rojo los comunistas desarrollaron, con la colaboración de los americanos y británicos, una organización militar que nos hizo perder la guerra. Luchar en dos frentes representaba la extenuación de nuestros recursos, pero combatir contra los rusos fue lo más costoso en pérdidas humanas y destrucción de material bélico. La participación norteamericana en el continente amplificó la capacidad de maniobra y ataque de los aliados. La incursión, en el día D, de las milicias aliadas significó el comienzo de la embestida definitiva. Nuestros soldados resistían con entrega y valor, pero no daban abasto contra la guerra bifronte. En el este las cosas no estaban mejor. La lucha se redujo en controlar Ucrania y fue ahí donde más gente murió. Desde diciembre de 1941 la situación se revirtió y sugería que la receta del momento era el repliegue. Los altos mandos recomendaban reagrupamiento y preservar los recursos humanos y materiales bélicos de las gélidas temperaturas.

45. El deshonor del general Paulus

El 22 de agosto empezó y el 2 de febrero de 1943 capitulamos en Stalingrado. La batalla de Stalingrado se realizó como una guerra de guerrillas urbana. Tuvo tres periodos: la ofensiva, la defensiva y la criminal. Los enfrentamientos se sucedían casa por casa, edificio por edificio y fábrica por fábrica. Debido a la cercanía de los objetivos los francotiradores, de ambos lados, lucieron sus destrezas. Perecieron un millón de soviéticos y 950.000 de los nuestros. Stalin ordenó que nadie abandonara la ciudad y Hitler, en la misma dirección, ordenó doblar los esfuerzos. Hubo componentes de un duelo personal. La pulseada se resolvió a favor del ex asaltante de bancos. Paulus se rindió, la contraofensiva encerró como una tenaza a nuestras fuerzas. Quedamos sin movilidad, atenazados, inmóviles y sin medios para defendernos. Nos encerraron y aislaron de nuestros otros ejércitos. No podían proveer ningún tipo de ayuda. De ahí en adelante las derrotas se sucedían como piezas de dominó que encolumnadas son derribadas, cuando la primera resbala se escora hacia la siguiente y en cadena se desvanece el enfilamiento.

El general Friedrich Paulus comandaba el sexto ejército. Admiraba a Hitler por la promesa que el soldado volvería a ser el primer hombre del estado. Desde el inicio participó en la planificación de la Operación Barbarroja. Encarnaba la figura del militar meticuloso que meditaba una decisión sin revelar sus sentimientos íntimos. Se mostraba como un oficial digno y esmerado. Nunca había sobresalido como un comandante destacado, se lo sentía más cómodo realizando tareas de escritorio que comandando personal en un ejército de guerra.

El nombramiento como comandante del sexto ejército fue para él una sentencia fatal, antes ni había comandado un regimiento. Creía en el poder misericordioso de la verdad. Se trataba de una persona que tenía en su cabeza el mundo ordenado, pero era incapaz de ordenar el mundo en donde insertaba su accionar. A su lado aprendí que los hombres que tienen el mundo ordenado en su cabeza muchas veces no pueden ordenar el mundo de afuera, estos serán siempre los eternos derrotados. Lo conocí de cerca, había colaborado con él en varias oportunidades. Mi perfil intelectual significó, en mi carrera, que fuera requerido para aterrizar los planes en una visión global y proyección futurística. Este oficial no representaba al militar ejecutor, sino al planificador. Nunca había estado al mando de un ejército y su discreción lo alejaba del trato tosco tan necesario entre los soldados. Era diferente al tipo usual del oficial que daba órdenes desde el frente. Tenía una voz suave, delgada. Sus movimientos y gesticulación lo revelaban como un militar con prestancia y elegancia. Su figura embutida en el uniforme delataba su afición a los detalles, la manga de la camisa sobrepasaba mínimamente el brazo del traje, lo sobrepasaba en dos milímetros. Las lapiceras en su escritorio estaban situadas respetando una armoniosa simetría. En definitiva, tenía idoneidad para conformar el comando, pero no para dar órdenes. Representaba al militar que estudiaba y pergeñaba escenarios de confrontación. Construía teorías libres de hipótesis contradictorias, lo que conllevaba la creencia de que los planos y las hojas de ruta contemplaban todas las posibilidades de la realidad. Era un trabajador infatigable. Solo quien ha combatido valora la incidencia del error, la estupidez, el vicio y lo aleatorio. Así como no pueden transcribir todos los sentimientos y pensamientos en palabras, tampoco se plasma la totalidad del campo de batalla en cartas geográficas o estudios de topografía. Paulus creía en las abstracciones, en las matemáticas y en la lógica que deriva del pensamiento humano, era un incapaz de imaginar los entresijos de la realidad. Le faltaba la experiencia de aquellos que toman decisiones urdidos por las circunstancias. Lo notaba un hombre culto, de familia, leal y perteneciente al ala tradicional de la Wehrmacht. Deduzco que era un soñador que quería triunfar sin causar mayores daños al enemigo.

El Führer insistió en que Paulus no se rindiera, las instrucciones se orientaban a luchar hasta vencer o morir. Jamás el Führer solicitaba que se le devolvieran sus divisiones, exigía que se muriera con los pantalones puestos. Los hechos eran reveladores de que no venceríamos. Hitler lo ascendió a mariscal de campo para que no se rindiera. La orden era que entregara su vida antes que capitulara. En la historia alemana nunca ningún mariscal de campo se había rendido. Paulus creía fervientemente en el genio militar de Hitler, la primera vez que no cumplió la orden del Führer fue el incumplimiento de la orden de suicidarse. Capituló y al final de la guerra conspiró contra el Dritte Reich. En la posguerra sirvió para la Alemania comunista. Para mí no se trataba de un impostor, sino de un hombre sin carácter. Al final se comportó como un pusilánime y oportunista. Se transformó en un felón para salvar su vida y su reputación. No es merecedor de ninguna gloria y, por suerte, las desdichas que eternizan le fueron negadas. Murió con el cuidado de los comunistas, estos le hicieron hablar en la radio Alemania Libre el 8 de agosto de 1944. En esa intervención radial llamaba a que depusiéramos las armas pues la guerra estaba perdida. En Núremberg declaró sandeces como que la Operación Barbarroja fue un acto criminal y acusó a los generales Wilhelm Keitel y Alfred Jodl de haber autorizado crímenes de guerra. Ambos fueron sentenciados a la horca.

No inclinaré la balanza en beneficio de lo que no fue veraz y no deformaré la anatomía de los hechos. El relato no ambiciona ocultar los errores del Führer. Cometió el error de no escuchar a sus generales. Sé que resulta sencillo juzgar cuando los resultados denudaron la naturaleza derrotista de una invasión. La victoria es siempre apadrinada por todos y la derrota es huérfana. Hitler erró en situaciones militares, pero su visión de Alemania, el conflicto racial y la podredumbre hebraica no fueron erróneas.

46. HEYDRICH, EL HOMBRE QUE NO SABÍA ESCONDERSE

La regla indica que los seres humanos no se desacostumbran del miedo. El instinto de sobrevivencia sugiere no asumir riesgos innecesarios y no traspasar la demarcación de lo predecible. Por lo general, queremos caminar en suelo firme y gozar de un panorama sin matorrales. La angustia y el absurdo propician una fe rocosa. La vacilación acentúa la necesidad del refugio y de otear en el cielo. El miedo actuará como progenitor del acomodo y el envilecimiento. No obstante, nacerán hombres, contados con los dedos de las manos, que aceptarán el reto que implica cabalgar entre las llamas, escalar hasta el vértice de la pirámide o vibrar frente a la muerte. Hay hombres que nacen para andar a caballo entre la vida y la muerte. La voluntad del superhombre encandece el metal en el brasero. El coraje y la temeridad no son virtudes adquiridas. No se aprende a ser valeroso. Es correcto que la disciplina ayuda a afincar la determinación, pero la pulsión audaz emana de las vísceras intestinales. El puñado de individuos que no se dejan adiestrar por el miedo son quienes persistentemente prorrogan el combate más que la existencia, son los únicos que no deben ser postergados.

He conocido a dos hombres que no ayunaban, los presentaré como catadores del peligro. Duchos en los litigios que procuran elevar la condición humana y se carean con el rostro indefinido de la muerte. Dos individuos que admiré, una dupla verificadora del albur, delatadores de la fragilidad humana y apóstatas del orden burgués. Hombres de valor y fuerza, poseedores del ardid de constreñir en

mundo visible.

Reinhard Heydrich y Otto Skorzeny se resistieron, desde la virginidad de sus colosales experiencias, a momificar su vida. Tenaces y porfiados, preferían apeligrar a envejecer sus fuerzas en los laberintos burocráticos. Fueron personalidades con destrezas organizativas y empujes energizados por su fidelidad canina con el Führer. Revelaron la idoneidad de vulnerar, con sus ideas y arremetimientos, la arquitectura enemiga. No eran de aquellos que se abajaron de la contemplación y descubrieron el latir de una realidad insultante. Ellos, igual que yo, sintieron la humillación del maldito tratado y la necesidad de la retaliación. La adicción a la droga de la verdad hizo de ellos consumados próceres de la Alemania nacionalsocialista.

Tuve la buena suerte de tratarlos y de gozar de su consideración. Mantuvimos un trato estrecho. Hubo entre nosotros, con las discreciones de la situación, un grado de cercanía e implicancia. La confianza armonizaba nuestro vínculo. Lo expresaré en estos términos pues considero que entre los individuos que orbitan alrededor del poder no pueden ni deben desarrollarse relaciones de amistad. El afecto que se incrementa en el poder es el amor a sí mismo. Habrá respeto, admiración, subordinación, liderazgo e incluso camaradería, pero la amistad en la cúspide siempre será un déficit de arduo cumplimiento. En la base de la pirámide todos se necesitan, en la medida que se produzcan las promociones y los ascensos los amigos se vuelven innecesarios. Incluso pueden convertirse en una carga pesada. Esto le ocurrió al Führer con Ernst Röhm.

Cada estado necesita una élite. La élite del estado nacionalsocialista eran las SS Schutzstaffel, la nomenclatura se escribía en letras rúnicas. A pesar de que Heydrich contaba con más veteranía, nació en la apacible ciudad de Halle en 1904, tuvimos con Otto la oportunidad, en recurrentes ocasiones, de frecuentar su compañía y escuchar sus sabias apreciaciones. El Führer confiaba ciegamente en él, lo llamaba con el calificativo del hombre con corazón de hierro. Los checos quisieron descalificarlo con el sustantivo del carnicero de Praga, estos degenerados infundieron descalificaciones y falsedades contra un hombre que, en el colegio, había obtenido las mejores calificaciones,

se convirtió en un gimnasta excepcional, ejecutaba el violín como un violinista de cámara, se afilió a los Freikorps para liarse a puñetazos con los izquierdistas y libremente se enroló en la marina. Heydrich creía en Alemania, en Adolf Hitler y en él. Hitler era un hombre de estirpe que solo depositaba su admiración en individuos semejantes a él. Menoscababa a quienes carecían de la solidez personal para cumplir y hacer cumplir los mandatos del momento. El establecimiento de la hegemonía aria formaba parte de su cometido.

Tanto Reinhard Heydrich como Otto Skorzeny no se eximían del desafío de zanjar las disputas y discrepancias batiéndose a duelo con el sable o el arma de preferencia del retador. La determinación que lo domeñaba hizo que se granjeara el respeto de sus camaradas. Heydrich prototipaba al ario profetizador de la superioridad racial. Era cruel sin dejar de ser inocente. Así como corporizaba al burócrata feroz y legalista, igualmente encarnaba al oficial elegante, cultivado con inquietudes artísticas e intelectuales. Quienes lo recelaban quisieron excluirlo de competencia con el argumento tramposo que en sus venas corría sangre hebrea. La figura y la estampa de nuestro prócer era el ejemplo de la fortaleza germana. Embutido en el uniforme negro, un revólver en la cintura y las botas brillando emitía un sentido amedrentador de autoridad y eficacia. Rubio, alto, fornido, de mirada fija, transitar erguido y envuelto en un aire de firmeza. Ningún gesto facial o movimiento corporal divulgaban una sensación dubitativa. No arrugaba el entrecejo para exteriorizar una inquietud o enfado. Tampoco la fatiga le cerraba los parpados o extraviaban sus ojos, su rostro no era glacial, solo expresaba cuanto era necesario. El rostro equino perfilaba una personalidad opaca en gesticulaciones, pero recia en actitudes. Nada hacía que retrocediera su suficiencia. Su semblanza hacía pensar que poseía una personalidad que jamás se encorvaría. Lo taladraban los sentimientos del deber y de no defraudar.

La posibilidad de su presencia física impregnaba la atmósfera de impaciencia. Cuando despachaba con sus colaboradores, estos no se libraban de la presión de no ser evasivos y de no divagar. No toleraba tropelías, ambivalencias y excusas que justificaran el porqué del incumplimiento del manual de procedimiento. Su peculiar estilo lo hacía lacónico en su hablar y en su manera de mandar. Instruía,

acentuando con la voz las prioridades en el encadenamiento de sus instrucciones. Le disgustaba explicar o entrar en detalles cuando daba sus órdenes, bajo ningún punto de vista las justificaba. Debido a ello, los subalternos obedecían a pie juntillas e implacablemente efectuaban las órdenes más feroces. Los tembleques lo bautizaron con el apelativo de la bestia rubia.

Los diálogos eran sinceros y entre nosotros no existían problemas de celos, desconfianzas ni pugna por el liderazgo. Los tres teníamos en común que estábamos impregnados del espíritu de la época, comprendíamos las baldosas sobre las que se construía el nacionalsocialismo. Evitábamos las intervenciones largas, próximas al monólogo, cada quien aportaba sus puntos de vista que eran atentamente escuchados y debatidos. Tanto Otto como yo dábamos por sentado que Heydrich era la figura predominante. Hitler, Himmler, Goebbels, Göring y Hess lo consideraban una pieza imprescindible en el rompecabezas de la política. En la edificación del Dritte Reich, quien amasaba información sensible tenía la venia para editar verdades.

Otto Skorzeny y yo no lo mirábamos desde una mirada oblicua. Encontrábamos en él lo que, para quien lo mirara, era evidente: el sucesor del Führer. A pesar de su comunicación lacónica y estilo reservado, emanaba una fuerza que dotaba de seguridad a los que compartían con él. Entre muchos que lo visitaban, nosotros éramos dos convencidos de la capacidad de mando de Reinhard y que su escolta nos sería de mucha ayuda a nuestras aspiraciones. Presumíamos que ladear a Heydrich despertaba el interés de los que mandaban. Cuando compartíamos en espacios públicos nos miraban y los que observaban solo hallaban en nosotros el reflejo de Heydrich. Los curiosos se preguntaban quiénes eran esos dos cadetes que acompañaban al hombre capaz de radiografiar la vida de todos. Nuestro mentor contaba con la estima del Führer y la admiración del SS-Reichsführer Heinrich Himmler. De igual manera, Reinhard Heydrich no se rodeaba de individuos de mente aplanada e insensibles al urgimiento de las circunstancias. El patrón de conducta de las SS se resumía en dos términos: brevedad y efectividad. Para la implementación del plan de la solución final seleccionó como su mano derecha al austriaco, un

apto del burocratismo minucioso y glacial, Adolf Eichmann, SS-Obersturmbannführer. Por el hecho de haber escogido a una mente meticulosa y organizada, sabíamos que recibiríamos un empujón para nuestro ascenso político. No teníamos la menor sospecha de que nos tendería la mano cuando fuera necesario. Hallaba en nosotros su misma sustancia y veía elementos de los que carecía. Consideraba que lo complementábamos en aspectos en los que él no pudo perfeccionarse por los ajetreos de la vida. Estando en funciones solo se tenía tiempo para reponer las energías, este bien escaseaba para el esparcimiento familiar. Quienes ocuparon puestos estratégicos tuvieron que renunciar al ocio. Valoraba en mí mi perspectiva filosófica de que la razón, la consciencia o el discernimiento nunca dotarán al hombre de la benevolencia moral ni tampoco podrán extirpar las facetas carnívoras de las ondulaciones históricas. Destacaba que la impiedad era el manantial originario de los valores. La raíz de lo que los judíos denominaban “lo endemoniado” representaba el aliciente de la existencia heroica.

De Skorzeny lo embelesaba la visión que prescribe que la hondura de la existencia se aquilataba en el riesgo. Skorzeny ejercía sobre Heydrich más fascinación que yo. Como hombre más de acción que de pensamiento admiraba del austriaco el desprecio a la vida que este le ponía en cada aventura. Otto Skorzeny, si temblaba, solo lo hacía de frío. Lo menos raquítico que había en él era su sentido del valor y del honor de la misión cumplida. El adentrarse en el azar animaba su arrojo prometeico e incrementaba sus fuerzas más allá de su corporeidad. Encarnaba la rareza de los hombres que solo se temen a sí mismos. Es digno de reseñar que desdeñaba la existencia anodina, vivió para desafiar a los dioses y dar fuego a la tibieza de los demás. Antes de unirse a las fuerzas nacionalsocialistas en 1931, se había batido a duelo en trece ocasiones. En la décima le hicieron una cicatriz en el rostro que la lucía con orgullo.

La aparición de Heydrich hizo que nos sintiéramos cómodos en el segundo puesto. Antes del inicio de la guerra ya había asumido responsabilidades trascendentales. Participó activamente, en la Noche de los Cuchillos Largos, en la decapitación de los altos jerarcas de la SA. Cumplió un rol protagónico en la organización de las olimpiadas

de 1936 y actuó, en la Kristallnacht, como el ideólogo. De hecho, en los círculos de poder la relación entre Heydrich y Himmler se la mencionaba, con sorna e ironía, "HHHH Himmlers Hirn heisst Heydrich", que significaba: el cerebro de Himmler se llama Heydrich. Dentro del recato, que nuestras posiciones exigían, disfrutábamos de las compañías de mujeres bonitas y del buen vino. Los tres nos decantábamos, sin renunciar a una dosis de hedonismo, por las faenas rudas y absorbentes. Tertuliábamos sobre temas políticos y militares. De tanto en tanto nos permitíamos ciertas licencias para confesar misceláneas familiares o trozos de nuestra propia biografía. Especulábamos con las posiciones que podríamos alcanzar en la verticalidad y la jerarquía política. Estábamos convencidos de las bondades del Tercer Imperio y de los sitiales que íbamos a ocupar. Nuestra fidelización a la causa era honesta y no respondía a egoísmo alguno. Admirábamos al Führer y nuestra lealtad era a prueba de cualquier cosa. Esperanzábamos que la hegemonía alemana se terminaría imponiendo. Simpatizábamos, intuíamos que a los tres nos sobrevendrían obligaciones ciclópeas y que las coyunturas requerirían esfuerzos esmaltados de valentías. No pertenecíamos a la escuela del pesimismo, tampoco del simplismo, optimismo o facilismo. Confesábamos que ambos extremos debían ser desplazados. Éramos voluntaristas, comprendíamos las restricciones que la realidad imponía. Creíamos que con insistencia, valor, rigor y osadía se podía revertir el designio adverso de la fortuna. La espontaneidad comprobaba que el hombre podía actuar en situaciones adversas y obtener resultados inesperados. Atribuíamos a las ideas, aunque parezca contradictorio, la capacidad de empalagar como la de entusiasmar. La voluntad exteriorizaba la predisposición biológica, de ahí la superioridad aria. Nos sacudía y embriagaba la sensación de que la voluntad enmendadora, colérica y ratificadora de la verdad se agazapaba en el fuero interior. La voluntad escrutadora y codiciosa de hechos cargados de futuro se incubaba en las paredes estomacales.

A pesar de que Heydrich era en la jerarquía de las SS el más antiguo, nuestros diálogos eran nivelados. Por muy poco tiempo de diferencia yo era el menor de la triada. Ya mencioné que había nacido diez años antes de la firma del ominoso tratado. Otto fue parido en Viena en

1908. Los tres proveníamos de familias que no experimentaron las necesidades de posguerra. Tuvimos la chance de acceder a una buena formación. Heydrich fue cultivado en la música clásica por su padre, en la esgrima y desde muy joven se enroló en la marina e integraba la oficialidad de reserva de la Luftwaffe. La valentía que lo poseía lo indujo a sobrevolar territorio soviético y en participar en combates aéreos contra las reales fuerzas aéreas británicas. Incluso con un brazo escayolado llegó a efectuar vuelos en zonas de combate. El Führer respetaba a Heydrich porque aunaba ferocidad y eficacia.

Reinhard Heydrich sería el convocado para continuar la obra del Führer. El desafío consistiría en administrar y expandir aún más el legado de Hitler. Pensaba en mi fuero interior, nunca me atreví a recomendar, que se debía estar cerca del Führer para sucederlo, pero por si acaso, lejos para no hundirse con él.

Heydrich encarnaba al combatiente que se destensa cuando coronó la victoria. En una oportunidad debatíamos si la paz entre las razas era practicable. Le pregunté si la fórmula del equilibrio no allanaría tiempos de bienestar. Sin evidenciar falta de aplomo y firmeza repuso: “Deja de hablarme de acuerdos, entre los hombres y los leones no hay posibilidad de compromisos leales, entre lobos y corderos no hay sentimientos comunes, todos traman sin descanso la muerte los unos de los otros”.

El 27 de mayo de 1942 Reinhard Heydrich se encaminaba al aeropuerto, el Führer lo había citado. A ciencia cierta nadie pudo confirmar qué asunto necesitaba despachar Hitler con Heydrich. Los rumores sugerían que la resistencia francesa iba creciendo. La causa de los disidentes ganaba adeptos y los quebrantos se incrementaban. Incluso publicaban un pasquín que procuraba insuflar de belicosidad a un pueblo de sibaritas, el periodicucho se denominaba *Combat*. La difusión libelo era clandestina y en la subcabecera se podía leer que era el órgano del movimiento de liberación francesa. Junto al reconocimiento del progenitor colgaba una cita solventadora de la insurrección. La frase era de la autoría de un archienemigo de Alemania, Georges Clemenceau, quien con supino atrevimiento se hacía llamar el Tigre: “En la guerra como en la paz, la última palabra es de los que nunca se rinden”. Estas consignas buscaban soliviantar al

pueblo francés. Dos de sus columnistas fueron Albert Camus, quien terminaría sirviendo al colonialismo francés en Argelia, y Jean Paul Sartre, quien se revelaría con vociferador y propagandista del comunismo internacional. Los partisanos comenzaron a aparecer como invencibles y nosotros como vulnerables y frágiles. La resistencia aunada a los golpes efectistas que causaban la simpatía, mientras que nosotros quedábamos como un conjunto de hazmerreír. Nos apartábamos de la norma que reclamaba que a quien detenta el poder se lo debe temer y no amar. El Führer creo que pensaba en Heydrich pues este reunía el valor para efectuar lo que fuera necesario. Ordenar arrestos, torturas o fusilamientos, el implantar un orden, con brasa y rebenque, no le generaba ningún cargo de conciencia. En París se necesitaba la mano dura de alguien que desconsiderara la condición europea de Francia. La necesidad llamaba a que actuemos con rudeza. Heydrich tenía el rango número dos de las SS y no bien arribó en Checoslovaquia puso a los checos a trabajar. Ordenó la ejecución de 150 sospechosos de militar o simpatizar con la resistencia checa. Hitler le profesaba una fe ciega.

Heydrich procedía en cada uno de sus movimientos con extremada economía. Se trasladaba en Praga en su Mercedes-Benz descapotable. Nunca lo acompañaba un pelotón de miembros de las SS o un grupo de guardaespaldas. Cometía el error de circular por el mismo camino. La insensibilidad al miedo lo condujo a cometer el error de no haber sido precavido y celoso de su propia seguridad. La resistencia checa venía planeando desde Londres el atentado. Los ingleses presionaban a los checos, exigían que demostraran una actitud osada y radical contra la ocupación alemana. Los británicos calificaban a Benes y a la resistencia checa de complacientes y, en algunas oportunidades, incluso de cómplices. La advertencia era simple y unívoca: o los checos colaboraban ofreciendo una lucha porfiada e insurrecta, esto quería indicar sacrificando víctimas o, de lo contrario, no se beneficiarían de los réditos de la victoria. Los servicios secretos británicos planificaron y proporcionaron la logística para la ejecución del plan Antropoide, cuya ejecución cayó en manos del eslovaco Gabcík y del checo Kubis. Los insurrectos fueron adiestrados por los servicios ingleses y trasladados, en un vuelo nocturno, por la aviación británica. Saltaron

en paracaídas y aprovechando la red silente de conspiradores se integraron, en forma desapercibida, en las esferas de la sociedad de Praga.

Para fingir sus subalternas intenciones disimulaban ser obreros, les facilitaron certificados laborales para andar a sus anchas por la ciudad. Estudiaron cada movimiento del Reichsprotektor. Elucubraron una estrategia para emboscar a su víctima. Se fundaba en disparar por la espalda, evaluaron que el atentado se beneficiaría de la accesibilidad de Heydrich. Este, seguro de sí mismo y de la indulgencia de los checos, nunca había tomado la precaución de transitar con escolta. A decir verdad, a mi amigo le faltó malicia. Siempre iba armado, pero sin que nadie vigilara su retaguardia. No solo cuando transitaba por las calles, sino también cuando concurría a eventos sociales o culturales. Cuando brindó un concierto, de las obras de su padre, solo estuvo acompañado de su señora. Fue ingenuo, no imaginaba que los cobardes maquinaban más que los valientes. A pesar de todos los preparativos, casi fracasó la operación Antropoide. En una intersección de las calles de Praga, los entrenados por Churchill le tendieron la celada. El descapotable era conducido, por respeto a las reglas de tránsito, con lentitud. Al alcanzar una intersección y coincidir con un tranvía que hacía su recorrido en sentido contrario, el chofer del descapotable disminuyó la velocidad. Los verdugos aprovecharon ese instante para apuntar con un arma de guerra a Reinhard. El cobarde asesino fijó y direccionó la metralleta contra la humanidad de mi amigo. Cuando el miserable intentó disparar la metralleta se encasquilló, la famosa Sten demostró ser falible. Heydrich ordenó a su chofer que detuviera la marcha y acto seguido desenfundó su arma.

El exceso de valor no le permitió comprender que se trataba de un atentado y que el fracaso del intento de eliminarlo en la primera no implicaba que no hubiera otros criminales esperando su turno para disparar. Así sucedió, por la espalda, sin que Heydrich y su chofer notaran, se aproximó el otro criminal, que, sin poner la cara, arrojó una granada dentro del coche. Heydrich respondió al atentado. La explosión de la granada lo injurió, pero igual bajó del auto, apuntó y disparó contra sus agresores. Ni siquiera ante la muerte iban a hacer temblar a este hombre. No tuvo problema de enfrentar a solas a los

comisionados por los ingleses. De nuevo, volvió a ordenar, esta vez a su chofer, que siguiera a uno de los prófugos. Heydrich palpó que la sangre le fluía. Comprendió que la explosión lo había herido, que su cuerpo había recibido un impacto. A pesar de las lesiones que había sufrido no emitió la contraorden de huir de ese sitio. Fue auxiliado por los transeúntes y trasladado al hospital. Al principio se rehusaba a que lo operaran los médicos checos. Al no existir otra alternativa autorizó la intervención. Quería ser trasladado a Berlín, pero el traslado podía significar su muerte. El informe médico determinó que las heridas afectaron el diafragma y los pulmones. Los testigos que buscaban salvaguardar sus existencias lo escucharon increpar a sus asesinos: "Cerdos, aprendan a matar a un hombre".

Cuando se dio a conocer que había sobrevivido al atentado, todos temblaron. No había que devanarse los sesos para comprender que ese acto conspiratorio tenía la intención de mostrar al mundo la vulnerabilidad del nacionalsocialismo. Tremenda patraña no podía ni debía quedar impune.

El 31 de mayo recibe la visita de Himmler, el 2 de junio le detectan una infección y muere el 4 de junio. Acaeció su fallecimiento y se instruyeron las medidas para las celebraciones funerarias. Los procedimientos de castigar a los partisanos y sus colaboradores no se hicieron esperar. El Führer asistió a rendirle honores al más notable de sus colaboradores. La celebración de su funeral fue ocasión para que el misticismo del nacionalsocialismo brillara más que el sol.

El lobo se enfureció. Hitler estableció que este vil delito no quedaría impune. La impunidad equivaldría a conceder licencias mitigadoras del imperio de la ley marcial. El atrevimiento de atentar contra un alto exponente del nacionalsocialismo, en jurisdicción alemana, demandaba una indemnización onerosa. Autorizó la aplicación de represalias aleccionadoras que petrificaran el dolor en la conciencia colectiva. El imperativo indicaba actuar con pedagogía. Hay que guardarse de pretender la educación solo en lo que sea explícitamente puro y moral. Todo exceso educa nada más que con percibirlo. La severidad del Dritte Reich no podía ser puesta en duda y, menos aún, en un sitio donde asumimos la custodia del orden. Nadie, de aquí en adelante, debía ni imaginar tampoco procurar un magnicidio contra

una alta autoridad del régimen. La respuesta no se hizo esperar. El lobo decretó que la provocación se saldará con sangre de ovejas. Un pueblo de estirpe rebañega nunca debe olvidar quién es su amo. Se cumplió lo que habían anticipado los miembros disidentes de la resistencia, estos habían adelantado que las represalias serían despiadadas. El castigo a la población civil conllevaría muchas vidas inocentes. El menú de penitencias contuvo una variedad de suplicios. Fueron recluidos trece mil checos. Los hombres de más de 16 años de las ciudades de Lídice y Lezaky fueron fusilados, las mujeres de Lezaky tuvieron la misma suerte que los hombres. Las mujeres de Lídice fueron deportadas a campos de concentración. Lídice fue destruida, de ella no quedó una piedra sobre otra piedra. Por culpa de unos asesinos manipulados por los servicios británicos murieron cerca de mil trescientos checos. El antojo de Churchill y Benes acarreó la desgracia para muchos checos que, hasta ese entonces, solo conocían la suavidad y no los rigores de la guerra.

Nos obligaron a hacer lo que hicimos. No retaliar equivalía a profanar la memoria de nuestros héroes. El ataque contra Heydrich quería calificar que éramos vulnerables y cualquiera podía hacer cualquier cosa con nosotros. Ahora muchos se rasgan las vestiduras, pero Roma devastó Cartago para impartir una lección. Nadie más se levantaría contra Roma. Bonaparte —en 1804— ordenó la captura y el fusilamiento del duque de Enghien en desquite al atentado que él había sufrido. En su testamento de la isla de Santa Helena confesó que no estaba arrepentido. Napoleón se inquirió a sí mismo si estaba arrepentido, rubricó que bajo la misma circunstancia volvería a tomar la misma decisión. Conocía demasiado bien el género humano y sabía sacar partido de sus debilidades. Necesitaba advertir a los complotados que quien se involucrara en algún complot realista, contra él o el gobierno, recibiría su merecido. De ahí en adelante los complotados sabían a qué atenerse, sus fechorías no podrían hacerse de un trozo de poder a la sombra de la anarquía. Siempre que la historia pudo hizo uso de la crueldad con ánimo enmendador. Cuando Bonaparte dispuso que llevaran al duque de Enghien al paredón procuraba, con esta acción, recomponer su espíritu jacobino.

47. Vive salvaje y peligrosamente

Otto Skorzeny accedió al grado de ingeniero civil y hasta el final de sus días fue un apasionado lector de Nietzsche. No obstante, más allá de su innata preferencia por las acciones resbaladizas, nunca menguaría en él su adicción a los buenos libros y a la escritura. Medía 1,92 metros, su grosor físico le impidió incorporarse a la Luftwaffe. Llamaba la atención por su corpulencia, sus extremidades eran carnosas y sus mejillas estaban surcadas por cicatrices que anunciaban los rastros de un rostro que nunca se arrugaría. A pesar de su altura y robustez estaba dotado de agilidad física y sus movimientos denotaban una armonía corporal. Caminaba erguido y no se lo percibía con tendencia a encorvarse. Fumaba desenfrenadamente, de hecho, murió de cáncer en los pulmones. Las capacidades de sus alveolos no fueron óbice para que mermaran sus obligaciones como rescatista o saboteador. Nuestro héroe participó en toda clase de actividades en la Unión Soviética, Persia, Hungría, Yugoslavia, Italia y Francia. La virtud que lo definía era la irreductibilidad. Recurrentemente, cuando los nubarrones oscurecían la fe en la victoria, se lo escuchaba repetir la expresión de que nunca era demasiado tarde. Afirmaba que la manifestación demasiado tarde no cabía en su vocabulario y debía ser borrada del lenguaje de un soldado. Una vez confesó que, en su condición de jefe de comandos para labores de guerra de guerrillas, tuvo que lidiar y batirse contra la arrogante administración y contra sus sumos sacerdotes, los chupatintas. Textualmente y con fastidio, expresó: “Me devaneo los sesos para agilizar las solicitudes. Me vi forzado a adquirir pronto cierta experiencia de esa lucha solapada e

incluso acabé por hallarme metido en el lío de resortes y de las competencias". Añadió: "El peligro físico congrega mis fuerzas y mi voracidad, sin embargo, sucumbo frente a la avalancha del papeleo y ante los que se blindan en las burocracias". A decir verdad, la legalidad administrativa enlentecía no solo los aprestos y las provisiones del material necesario, sino que entorpecía el proceso de la deportación de los judíos a los campos de trabajo.

A diferencia de Heydrich, quien detentaba una personalidad reservada y agridulce, Otto Skorzeny personificaba al individuo bullicioso y extrovertido. Encarnaba una personalidad situada en la antípoda de la psicología áspera. Estas características de esta idiosincrasia no nos deben hacer concluir que su locuacidad conllevaba la liberalidad de ventilar a los cuatros vientos los proyectos en los que se involucraba. Combinaba la sobriedad y marcialidad de su condición de miembro de las SS con la seducción del hombre que deseaba gozar la vida. Así, era un espartano como combatiente y un sibarita cuando ejercitaba el libre albedrío. Lo distinguía el sesgo de recuperar el aplomo inmediatamente después de una situación enredada o placentera. Afirmaba que la fortuna protegía y premiaba a los audaces, para luego añadir que más ayuda había recibido de la causalidad que de la intuición. Ni ido de copas soltaba prenda sobre las operaciones militares que iba a emprender como tampoco detallaba las dudas que lo acechaban, su hermetismo era secundado con simulaciones actorales, jamás hacía uso del histrionismo. En el conjunto de la oficialidad había militares de alto y bajo rango que, exclusivamente, enmarcaban su existir en el rigor de las obligaciones castrenses. Se trataba de sujetos incapaces de evadirse de las tensiones de la guerra y de generar para sus subalternos y camaradas una atmósfera de esparcimiento y distensión. En contrario, Otto era un diestro en separar las actividades: cuando había que acuartelarse para una misión cumplía estrictamente con el manual de procedimientos, pero si surgía la chance para olvidar los momentos aciagos, instantáneamente pausaba las tensiones con jaranas que distraían y alegraban la austeridad de los cuarteles. Dirigía a sus comandos con actitud marcial y cuando las circunstancias ameritaban, con jovialidad y paternidad. Poseía la sensibilidad campechana del sur y pronunciaba

el alemán con tonadas dulces. Durante el transcurrir de la guerra siempre estuvo en actividad y dispuesto a realizar las hazañas que, para el soldado normal, eran inalcanzables. En el cúmulo de misiones que el Führer le había encomendado figura de manera resaltante la liberación del duce Benito Mussolini en el año 1943. Desde el 25 de julio el Duce estaba desaparecido, había sido depuesto por orden del rey Víctor Manuel. Hitler pensaba que los italianos arrestaron al Duce pues querían volver a desertar como lo habían hecho en la Primera Guerra Mundial. El Führer estaba en lo cierto.

Los italianos, como aviesos y experimentados maestros de la traición, eran idóneos en transformar la posibilidad en realidad. Estos facinerosos, que no tenían ni Dios ni patria, a todas luces querían desertar. Se amilanaron cuando percibieron que los resultados de la Blitzkrieg se disiparon. Cobardes como no habrá igual, volvieron a traicionarnos. Desertaron y traicionaron la alianza con Alemania porque querían subirse al tren de los ganadores. Depusieron a Mussolini con una actitud réptil y defraudadora de los acuerdos consignados. No hubo convicción, nos traicionaron por oportunistas y desleales. Bruto traicionó a Julio César por querer custodiar la aristocrática república y rebatir el cesarismo dictatorial y populista, en cambio, los itálicos actuaron guiados por el ejemplo de Judas o Talleyrand. A los italianos los alborotaba el cálculo de subir al podio y el deseaban surtirse blasones. Con la destitución del Duce los italianos pretendían congraciarse con los aliados e impedir la invasión de la Italia continental. La intención de Badoglio, el reemplazante del Duce, resultó nefasta para nosotros. Los aliados planificaban ocupar Alemania marchando desde el sur y el norte: subiendo la península y desembarcando en Normandía.

Existían tenaces rumores de que el Duce estaba recluido en un hotel situado al pie del pico del Gran Sasso. Skorzeny llegó a esas alturas en planeadores y sin que nadie gatillara su arma. El austriaco y su grupo de paracaidistas cumplieron con la palabra empeñada, el cautivo fue liberado y conducido junto al Führer. Hitler corroboró la admiración que profesaba por mi camarada. Cuando lo felicitó subrayo que realizó una hazaña que será registrada en varios renglones de la historia universal, se mencionará que fue una acción de atrevimiento y

amistad. El comando de las SS lo hizo con profesionalismo y sin derramar una gota de sangre. En ocasiones oí a Otto describir la sensación que le produjo el primer encuentro con Adolf Hitler. La conversación causó en él un efecto embriagador. Comentaba que no procedía con un trato glacial o ensoberbecido. Una aureola de hechizo y misterio lo rodeaba, pero se sentía la proximidad de una personalidad cálida y atenta a los detalles personales. Cuando estrechaba la mano y miraba a los ojos transmitía la sensación de apadrinamiento y autoridad. Me relató que Hitler hablaba con voz grave y hacía lacónicas preguntas para sonsacar la información de los que interrogaba. Sopesaba las circunstancias personales e indagaba en la psicología. Demostraba interés por los asuntos familiares y personales de sus colaboradores. Cuando saludaba a alguien más distante preguntaba sobre su procedencia, sus platos favoritos y sus preferencias musicales. Jamás comisionaría una misión trascendental sin antes haber calibrado la personalidad y la idoneidad de quien hubiera ganado su confianza. Poseía la sabiduría de quien sabe que las primeras impresiones no eran las más auténticas y genuinas. No porque se fingiera, sino porque para la primera interpelación cualquiera se prepara con antelación. Hitler, continuaba diciendo Otto, hablaba y miraba con ojos de sostenida intensidad. Su talla apenas sobrepasaba el término medio y sus hombros se encorvaban imperceptiblemente. A medida que hablaba se animaba y elevaba la voz. Sus discursos lo aprisionaban, secuestraban el alma de quienes los oían. Sobre los temas que eran de su importancia los taladraba hasta lo más profundo. No había quien no quedara impávido después de haberlo tratado o apretado la mano. Sus gestos eran perecederos y contenidos, sin embargo, ostentaban un enorme poder de persuasión. Después del éxito del rescate, el Führer le encomendó una misión en Hungría y por último que se infiltrara en la retaguardia aliada. Skorzeny, con un grupo de soldados que hablaban inglés, se embutió el uniforme americano y realizó actos de sabotaje. Los americanos, cuando se enteraron de que él, por ellos apodado el hombre más peligroso de Europa, estaba operando tras sus líneas entraron en pánico. Anotaré que a Skorzeny quisieron fusilarlo por haberse ataviado con uniforme americano. Un soldado alemán, que fue

detenido y después fusilado, declaró que el Führer le había encargado a Skorzeny la misión de asesinar a Eisenhower. Se difundió el pánico y los americanos aterrados se resguardaron en París y redoblaron la seguridad de Eisenhower. Creían que el Cara Cortada tenía la orden de acabar con la vida del futuro presidente de los americanos. La misión en las Ardenas no obtuvo el fin propuesto, la guerra ya estaba perdida. Nuestro héroe fue arrestado y huyó. Obtuvo radicación en la España del Generalísimo Franco.

Como toda mi generación, Otto Skorzeny detestaba furiosamente el tratado de Versalles y las desmembraciones territoriales que había provocado. Se ofuscaba cada vez que le venía a la memoria la enajenación obligada del Tirol del Sur a favor de Italia. Cuando el Führer le preguntó qué pensaba de los italianos, repuso que conocía al dedillo con quiénes iba a tratar y, por lo demás, tenía hincada una herida que no cicatrizaba. Manifestaba su queja por la parte austriaca del Tirol que fue cercenada a favor de Italia. Se formó en la escuela del honor y del fervor nacionalista. La desaparición del Imperio austrohúngaro afianzó sus ideas y sentimientos de hermandad pangermánica. Le cupo involucrarse y dirigir operaciones en las cuales se franqueaba el umbral de lo realizable. Las actividades que comandaba se relacionaban con la preparación y perpetración de actos de deterioro en la retaguardia del enemigo, así como en la desmoralización de las tropas enemigas mediante la difusión de falsas informaciones que buscaban intranquilizar la psicología del soldado enemigo.

Reinhard Heydrich, Otto Skorzeny y yo nos habíamos educado para desenvolvernos con soltura, solvencia y elegancia en las heterogéneas dimensiones del conflicto humano. Como demandaba el rigor del nacionalsocialismo, fuimos adiestrados en habilidades para saber comportarnos en un salón o ser aguerridos en las barricadas. Lo afirmaré sin soberbia: éramos competentes para la rudeza, la organización y la toma de decisiones. Reinhard Heydrich alcanzó la graduación de SS-Obergruppenführer y fue nombrado Reichsprotektor de Bohemia y Moravia. El vienés ostentó al final de la guerra el rango de SS- Standartenführer.

Entre los tres las conversaciones resultaban amenas y pedagógicas,

cada uno asimilaba algo nuevo del otro. Nos dominaba la virtud de escuchar lo que el otro decía. Cada quien se aproximaba a través un ángulo distinto a las problemáticas que debatíamos. La idea de la autosuperación nos sacaba de nosotros mismos, nos obligaba a estocarnos. Nos reuníamos alrededor de una botella de vino o en los salones privados de los cabarets. Heydrich en su astucia zorruna había instalado un prostíbulo para espiar y poder extorsionar, caso que hiciera falta, a los clientes. La fraternidad se había impuesto entre nosotros, pero entendíamos que estábamos diseñando el nacionalsocialismo y el mundo sin Adolf Hitler. Éramos suficientemente leídos para avizorar que la sucesión del Führer podía llegar a significar el talón de Aquiles del Dritte Reich. La historia imperial romana enseñaba que la escogencia del sucesor sirvió de baza de muchas patologías políticas, entre ellas del pretorianismo.

48. La Rattenlinien

Recopilando los acontecimientos finales, vale la pena redundar en algunos hechos significativos. Stalin obligaba a las democracias a que instalaran el frente occidental. Los eslavos honraban sus esfuerzos bélicos con un alto costo en vidas humanas. La tesis del zar comunista y de las democracias se basaba en atenazarnos para reducirnos y compelernos a la capitulación.

Mientras se producía el avance de los ataques aéreos, las bombas no dejaban de tronar y de asesinar a la población civil. Los aliados querían, de manera vil, doblegar la voluntad del pueblo alemán. En teoría, el contenido de la guerra se dirigía contra Hitler, se buscaba derrocar al nacionalsocialismo del poder, pero al final sellaron su victoria dejando una Alemania en escombros y con millones de muertos. Después de la guerra comenzaron las campañas de desnazificación que auguraban la desgermanización y la americanización alemana y por consiguiente de toda Europa. La paz americana consistió en que ellos se queden dentro, los soviéticos fuera y nosotros divididos.

Con los americanos en el continente apechugábamos una guerra que se había transformado en una sindemia. La guerra había sido costeada por los soviéticos y por los alemanes. Para los rusos resultaba oneroso contener la invasión y para nuestro ejército, el repliegue. Los británicos y americanos no contabilizaron muchas pérdidas. El escenario con dos frentes extenuó nuestros recursos. Fueron la mística aria, la fe en el Führer y la ilusión puesta en el funcionamiento del arma milagrosa lo que alimentó nuestras fibras morales hasta el último

instante. Hasta el final nos mantuvimos vigilantes y agresivos en defensa de la heredad patria. El Führer mandó ocupar el norte de Italia. Nuestros soldados ralentizaron el avance del enemigo, ofrecieron una resistencia saguntina. Los americanos y británicos acababan de triunfar en África y se preparaban para incursionar, por Sicilia, en el continente. La guerra estaba perdida, la perdimos en la Unión Soviética.

La debilidad es un rasgo de carácter de nuestro siglo. El martirizado no impugnará el veredicto. El derrotado se malogró, creyó haber descubierto los ases de la manga de los grandes jugadores de su época. Participó a todo o nada en la partida. Lo perdió todo porque intuyó vislumbrar el secreto que escrituraba el azar. La derrota es una escuela para los arrepentidos, estos descubrirán la mayéutica de sus errores y agradecerán por la lección aprendida. En mi caso, la derrota me instruyó en el arte de la actuación. Asimilé que el silencio evita meterse en líos y la sonrisa facilita las cosas. Sin embargo, renegaré de los culposos y vergonzosos que encaran la profanación de sus cunas. Incluso, estos cobardes impugnarán el útero que los cobijó. Renegarán de la historia y la cultura en la que fraguaron su identidad. La conducta usual del suplicante consistirá en la negación de su bandera y de su himno. Abdicará en él la voluntad de su pasado. Sin embargo, los que sienten que el noble ha sido doblegado por el avaro esperarán la ocasión para revalidar la verdad de la historia. Mientras perdure en el derrotado la voluntad de ponerse de pie, la verdad de quien te pisa la cabeza será pasajera. Tolerar la victoria del enemigo transformará la claudicación en esclavitud. A los que protegemos nuestra verdad nadie nos consentirá en nada. Los desertores dirán ¡firme! y los que no se entregan resistirán en la clandestinidad y cuando se pueda en la luz. La lista de los valientes no se puede llenar con nombres y apellidos de los venales. Ni fueron valientes todos los que estarán, ni estarán todos lo que son venales.

Al enterarme de la rendición de Paulus en Stalingrado concebí la idea del fracaso. Empecé a notar que podíamos terminar siendo un calco de la invasión napoleónica. Tomaba nota de todo lo que pasaba, ningún detalle me pasaba desapercibido. Me percaté de la inmensidad de la Unión Soviética e inferí que quien quisiera ganar una guerra no

tenía que cometer la estupidez de invadirla. Nuestros soldados estaban agotados. Fallamos en la logística. Las tropas de avanzada se distanciaron de la retaguardia y los partisanos atentaban contra las líneas de transporte. No pudimos proveerles los uniformes para que pudieran mitigar los rigores del invierno. Pensábamos que alcanzaríamos Moscú antes del invierno, recién en diciembre estuvimos cerca de ella, pero ya no pudimos ocuparla. Nos atrasamos en Yugoslavia por el fiasco de los italianos en Grecia, y las condiciones en Rusia eran más duras de lo que nos imaginábamos. Las inclemencias del invierno gélido, las tormentas, la acumulación de nieve y el barro embarrancaban la movilidad de los hombres y los vehículos. La velocidad de la movilidad llegó a ser de paso tortuga. Enlentecimos nuestros movimientos, esto nos desmoralizaba y descoordinaba. En contrario, la contraofensiva comunista contaba con soldados que defendían a la madre Rusia de los invasores teutones. La moral de los soviéticos era alta, estaban imbuidos de un amor telúrico, panteísta. A los defensores no les hacía falta nada, acicalados con uniformes invernales, pertrechados, descansados y bien alimentados. El clima fue atroz, nuestros soldados morían de hambre y frío. Tenían el desgaste físico y moral de avanzar contra las inclemencias climáticas. No fue solo el invierno lo que nos hizo fracasar, subestimamos a Stalin, al ejército rojo y a un pueblo que no nos consideró como su libertador. El eslavo era un pueblo de vasallos que, resueltamente, obedecía el designio oscuro del zar comunista.

Al acabarse para mí la desahuciada experiencia soviética fui trasladado a Berlín. Mi existencia había fluido en dos causes: el pensamiento y la acción. Este retorno fue el momento en el que noté que prescindirían de mi presencia en la línea de fuego. Los superiores coincidían en que yo encarnaba al oficial que podía establecer un nexo entre la decisión y el conocimiento de campo. Requirieron de mi participación como planificador, había que racionalizar y aplicar los escasos recursos de la mejor manera. Actué de comodín, ejercí funciones donde mi contribución era demandada. Debido a mi versatilidad, en los últimos meses, asesoré desde la retaguardia. Vedaron mi presencia en zonas donde mi vida corría peligro. Diseñé estratagemas de abastecimiento, de repliegue y ofensivas de corto

aliento. Percibía que estábamos perdiendo posiciones vitales y que solo la reinvención del heroísmo ario nos libraría de las consecuencias inestimables de la derrota. La insuficiencia nos imponía economizar los medios disponibles. Administré recursos humanos, diseñé organigrama de ocupaciones, organicé la provisión de alimentos y audité la fabricación de armamentos. Quería combatir, pero mis superiores priorizaron mi capacidad para organizar el abastecimiento de nuestros combatientes. Fueron días aciagos en los que sentía que lo más honroso era morir en el frente.

En la medida que percibía que la derrota era irrefrenable, se iba afincando en mi pecho la perentoriedad de que me alcanzara un obús de los enemigos. Sentía sinceras ganas de ser eliminado en la epopeya que impidiera que no pisaran territorio germano. Más temía por una vida indigna que por la muerte. Mi alma y mi cuerpo se insubordinaban con el solo hecho de pensar que los comunistas soviéticos y los capitalistas americanos se pasearían por Alexanderplatz. Me horrorizaba la idea de naufragar y no ahogarme con el naufragio. La imagen de que me encadenaran de manos y pies me calaba hasta mis vísceras más delgadas. Los días posteriores al suicidio del Führer acaricié la idea de ponerle final a mi existencia. No podía imaginar una Alemania vilipendiada y postrada en el basural de la historia. Se me hacía imposible un mundo sin la hegemonía del nacionalsocialismo. Clausuraba mis tormentos y me aferraba a la norma marcial de que la única forma de deslegitimar y desmentir a los abogadores del antipangermanismo consistía en abrirse las venas y desangrarse hasta morir. Mi naturaleza obstruía la posibilidad de plegarme a los llamados de entrega. Comprendía a cabalidad el llamado de Goebbels. La guerra era total, todos los alemanes debíamos estar prestos para salvar a la patria. Cada uno de nosotros resueltos a dificultar la ocupación enemiga. Sabíamos que los eslavos buscarían desollar a cada aria que cayera en sus manos. Así lo hicieron en Berlín. El vaticinio se cumplió y sin censuras violaban a nuestras mujeres, baleaban a los civiles y fusilaban, sin siquiera un juicio sumario, a los soldados que para esos momentos eran niños y hombres atardecidos. Los rojos justificaban sus abusos y atrocidades diciendo que era parte de la venganza. La propaganda hebraica tapaba las violaciones y los

abusos de los soviéticos. Deshumanizaron al pueblo alemán. La víctima recurrió a la misma lógica de su verdugo. Entonces, ¿de qué se quejan?

Prevariqué, tuve que prevaricarme. Relaté que llegué a considerar que permanecer con vida representaba un acto de alta traición. Mi mente reflejaba el estado de ánimo que domeñaba mi cuerpo, ambos no desistían de la idea del suicidio. Certifiqué que no estaba hecho para perder. La pérdida de lo amado apagaba la llama de la vida. No negaré que me deprimí. Mi fuero interior era una llamarada en donde se disipaban los últimos fogonazos de esperanza. Ante el tribunal de mi conciencia planteé la solicitud de continuar la lucha por otros medios. Tenía que vivir para gratificar con la verdad a las próximas generaciones. Alguien debía desbaratar las mentiras y difundir la verdad.

Se detecta el carácter prodigioso de la verdad cuando alguien tiene el valor de decirla. Como soldado muerto engrosaría las cifras de las estadísticas y con vida disponía de la facultad de convertir el relato en verdad y el hecho en infundio. Presumía que metabolizar la derrota conllevaría tiempo y paciencia. No sé de dónde saqué fuerzas, no me quedó más que morder polvo. Decidí narrar la historia verdadera. Lo sucedido tenía voz propia en mi memoria y mis manos, soy ambidiestro, hacían fluir las palabras hacia el papel. Había agilizado y simplificado la manera de escribir. Con estilo de telegrafista elaboraba las comunicaciones confidenciales y redactaba los análisis de las posibles situaciones. Mi personalidad se diseñó sobre la base de la acción y el intelecto. El triple genio político, militar y literario de Julio César desde la niñez me había cautivado. Abdicaría en mí la acción en favor del pensamiento y la literatura. Aboliría al gimnasta de la pelea y asentaría la cabeza para fundamentar el alegato del Dritte Reich. Dejaría de regirme por la dualidad que podía convertirme en un pusilánime. Intuía que, sin guerra, el combatiente no boicotearía al prosista. Vislumbraba que el Búho de Minerva inicia su vuelo al caer el crepúsculo. La máxima señala que se llegará a comprender una época o un proceso histórico una vez que este haya concluido. Adolf Hitler no debía ser juzgado por sus contemporáneos, la posteridad grabará su figura en el mausoleo de la épica.

Inmediatamente, los días subsiguientes a la rendición, consideraba que sobrellevar la derrota semejaba al peregrinaje en un calabozo. Mi voluntad se sublevó y prefiguró una alternativa mitigadora del malestar en el que me hallaba. Cambié de parecer, no por aferrarme a la vida; esta, si se la encara sin ideales, es vulgar y prosaica. Vivir sin un ideal prefijado nunca conocerá la hondura de la existencia. No hay que hacer una lectura copiosa de mi biografía para captar que pertenezco al grupo de escogidos que no ha condicionado el existir a la certeza de la muerte ni al concepto gaseoso del más allá. La sensación de miedo ha sido siempre extraña a mi naturaleza. El valor corporal, creo, es un talento innato de mi personalidad. Nací blindado contra el miedo, este supone una debilidad desidiosa y un estado de receptividad en el que a cualquier enemigo le resultará fácil apoderarse de uno.

Precozmente me embebí de las ideas panteístas de una unidad material. No nos moveremos del acá. Todos conformamos la misma voluntad. Nuestras biologías son carnes con la misma sangre y la misma fibra. He discernido que la muerte desvencija las formas individuales. El rasgo de singularidad se borronea en el perecimiento y el ser retorna a la materia, o sea, al sustrato indivisible e invisible. No somos más que artesanía del mismo barro, polvo de la misma arena, relieve de la misma piedra. Expresiones de la misma materialidad que, en permanente movimiento, buscará nuevas formas de vida para expresarse. En el frenesí de la historia la apetencia confirmará la levadura que fermentará la vida.

Cuando ya no existía la posibilidad de continuar peleando tuvimos que capitular. Mi odio a lo eslavo, mongol y comunistoide era visceral. Detecté que quienes eran capturados por los soviéticos eran fusilados, encarcelados o enviados a Siberia. Concebí un plan para ser arrestado por las manos enemigas que consideraba las más benignas. Hice el esfuerzo de entregarme a los americanos. Mi condición de experimentado observador me facilitó arribar a esa conclusión. Consideraba que ellos nos tenían menos animadversión y calculaba que nos necesitarían en un futuro inmediato. En última instancia entraron en guerra contra nosotros inducidos por sus lazos con los británicos. Entendí que debía esmerarme en evitar los controles

militares de los otros ocupantes. Me ayudé con el hecho de que hablaba inglés fluidamente. Me deshice de mis uniformes y me atavié como un civil que revelaba aires de autosuficiencia. Hablé con mis padres por última vez y les indiqué que si fuesen inquiridos dijeran que hacía semanas que no recibían noticias mías y que mi perfil no pasaba de ser la de un teórico acomodado en los archivos. Me entregué y enseguida identificaron quién era. Es más, yo les ayudé a que descifraran e identificaran mi persona, o mejor, les induje a que comprendieran que, en mi caso, se trataba de alguien con selecta información que, dadas las circunstancias, podía llegar a serles muy útil para sus próximas proyecciones. Los americanos deducían que había terminado la guerra contra el Dritte Reich, pero empezaría otra clase de confrontación que podría significar que la subsiguiente conflagración terminara siendo con arcos y flechas. Esta etapa iniciática llevaba consigo el escenario nuclear. Hube de abrirles los ojos y hacerles entender que no hallarían acusación de crímenes en mi contra. Estuve cerca de los que tomaban las decisiones, pero no poseía el rango para haberlas esbozado y menos aún tomado. Enseguida descubrieron que mis servicios serían imprescindibles para definir qué harían con nosotros como aliados y que harían como enemigos con los soviéticos. Pensaba que no cometía traición al revelar cuáles eran nuestros planes y al explicar el porqué de las decisiones. No esperaban escuchar en mis respuestas justificaciones, solo indagaban sobre las razones prácticas. En definitiva, habíamos sido vencidos y, por otro lado, sabía que el racismo recibía buena acogida entre los americanos descendientes de anglosajones. Intuía que entre los que me interrogaban hubiera más de un racista que odiaba a los negros como nosotros repudiábamos a los judíos. Quien considera que los negros son inferiores coinciden con la filosofía nacionalsocialista, en la veracidad de que existe la jerarquía racial. De igual manera, es más fácil odiar a un judío que a un negro. El judío esconde su avidez en la moral palabrera y compasiva, sin embargo, el negro configura un cuerpo sin inteligencia. El de piel oscura piensa con el estómago, ventosea cuando emite un juicio.

Las asperezas en el interrogatorio se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. Todo comenzó con el riguroso proceder y el formato de una

interpelación inamistosa. Después de que repusieran sus primeras preguntas con solvencia y exactitud, evaluaron que era miembro de la élite y que poseía los conocimientos para percatarme de qué iban las cosas. Conjeturaron que les transferiría todos mis conocimientos a cambio de que me auxiliaran en la fuga. Con prontitud sintieron que les sería de muchísima utilidad, ellos también deseaban comprender el fenómeno hitleriano. Pero no solo eso querían saber, les interesaba sobremanera cuáles fueron los motivos que favorecieron la consolidación del poder personal de Hitler. Indagaban: ¿Hitler fue expresión de la cultura germana? ¿Sin Hitler el nacionalsocialismo no hubiera adquirido un signo tan agresivo? ¿Hitler con su visión y personalidad selló el destino de Alemania y Europa? Los interrogadores demostraban interés por los rasgos peculiares del nacionalsocialismo, pero su curiosidad se direccionaba a lograr información para esbozar su planificación a largo plazo. Por ello, me sonsacaban información relacionada con nuestro desarrollo científico y tecnológico y todo lo relativo a la capacidad militar de los soviéticos. Deseaban conocer en qué cualidades residía el potencial soviético. Esta experiencia, primeriza y virginal, me sirvió para corroborar que el pragmatismo norteamericano no reconocía límites morales, que solamente se contenía frente a los amojonamientos de la realidad. Iban a lo suyo y lo suyo era aprender del cerebro alemán para obtener conocimiento y tecnología. Reconoceré que eran sutiles. A mí me daban un trato respetuoso y afable, incluso diría amigable. Entendían que el enemigo a vencer eran los soviéticos y estos les incitaban el resquemor. Para los americanos los soviéticos eran asiáticos.

Creo que les entusiasmaba preguntar a los que sabían más que ellos. Mis carceleros eran personas formadas que reconocían el vuelo alto y la extensión ilimitada de la cultura germana. Notaba que eran principiantes, que pisaban la historia con pies ligeros y con incertidumbres inaugurales. Percibían que yo gozaba de una robustecida base intelectual. Me consideraban una personalidad profunda y reflexiva. Observaba que les daba vergüenza hacer una pregunta que podía sonar fútil e impertinente. Presumía que estaban convencidos de la superioridad aria y admirados, a pesar de que fracasamos, de la épica alemana. Escuchaban e, incluso, creo que

asentían los que les narraba. De la rudeza pasaron a la camaradería, pero sentía que me miraban desde abajo. Preguntaban como si no quisieran ofender, como si caminaran con pies de plomo en áreas inéditas. Eso sí, sabían lo que querían y necesitaban saber. Después de escuchar lo que prioritariamente les importaba se daban la licencia de inquirir sobre informaciones accesorias e incluso anecdóticas. Lo anecdótico confesaba más la necesidad de saciar la morbosidad que la curiosidad indagadora.

La decisión de abandonar la patria significó una situación onerosa y fastidiosa. Vivir en el ostracismo constituye una servidumbre imprescriptible. Tuve que despojarme de mi condición militar, las circunstancias obligaban a cambiar de vida. Los americanos me ayudaron e hicieron desaparecer de mi prontuario mi afiliación a las SS. Debo ser agradecido, me dieron una mano. Me otorgaron otra identidad, cambiaron mis documentos, apellidos e inventaron una biografía apócrifa. Requerí conservar mi nombre, deseaba, bajo cualquier condición, persistir en mi naturaleza lobuna. Siempre es placentero observar la obstinación en la que la nomenclatura coincide con la sustancia.

Encarné la imagen del filántropo para camuflar mi verdadera naturaleza, me recubrí con piel de cordero. Aunque escondí al lobo en el metraje de la interioridad, la profesión de simular hizo que aflorara una ternura escondida. No desmentiré que me facilitaron la huida, sin embargo, afirmaré que quienes lo hicieron sabían que estaban ayudando a un acérrimo enemigo del comunismo soviético. Alguien que no necesitara excusarse para degollar un comunista. La falsa identidad me había urbanizado, pero la cosmética nunca modificará las huellas y accidentes faciales. Militantes de las SS como Skorzeny y yo pudimos fugarnos, pues, por fin, las democracias comprendieron que los verdaderos enemigos no éramos los nacionalsocialistas, sino quienes debían ser raleados eran los soviéticos. Los aliados galvanizarán, incluyendo a la Alemania federal, una nueva unidad para amortiguar las tergiversaciones del nefasto fraude comunista. De hecho, nos amnistiaron porque nos necesitaban. Entendieron que tenían que proporcionarnos los salvoconductos y escondernos en catacumbas para, cuando hiciese falta, solicitarnos que hagamos el

trabajo sucio, sí de vuelta convocarnos para el combate. Sabían que entre los comunistas y nosotros nunca habría reconciliación posible, fuimos los únicos que nos ensuciamos las manos. Como en las ordalías, nuestra lealtad pasaría la prueba del fuego. Fue recíproco, entre eslavos y alemanes nos habíamos causado demasiados agravios. Sería impensable el perdón que propicia el olvido. Los aliados descontaban que éramos un pueblo que se alzaría por encima de su agonía.

49. JAMÁS HABÍA CONSIDERADO QUE UN ENEMIGO PODÍA TERMINAR SIENDO UN AMIGO

Terminado el plazo de los interrogatorios, comencé a respirar un aire más distendido. Me asignaron una habitación con baño propio, dispusieron que vistiera trajeado y me otorgaron la prerrogativa de que compartiera las comidas con la oficialidad. Presumían que no podía huir, pues huir se igualaba a caer en las garras de los rusos. Requirieron que me sujetara a ciertas pautas que reglaban mis movimientos, pero que, desde ningún punto de vista, representaban algún tipo de humillación ni un cautiverio agobiante. En definitiva, se comportaban conmigo como anfitriones que agasajaban mi presencia. Admitiré que en estas condiciones la derrota se hizo más llevadera. Los americanos parecían pudorosos, en ningún momento me hicieron notar que teníamos una deuda que saldar con ellos. La idea de que estos me arrestaran fue acertada y oportuna, fue lo mejor que me pudo haber pasado. No degusté el sabor funerario del fracaso. Recién en el exilio caté las amarguras del extrañamiento. A causa de esa decisión me libré de los vejámenes del cautiverio y la degradación. Eludí el escarnio de las humillantes y deshonrosas condiciones del vencido.

La situación que me tocó vivir no se debió a la jerarquía de mi rango o a la singularidad de la personalidad que ostentaba. El trato que los vencedores me dispensaron hallaba su razón explicativa en la generosidad y la inteligencia de un hombre extraordinario. Tuve la suerte de coincidir en el primer interrogatorio con el coronel Marshall, gracias a su condición de caballero, este ordenó que no se me impusieran más servidumbres que las necesarias. Él fue quien ordenó

que me desposaran, con antelación me había estudiado como un juez instructor averigua sobre el detenido. Detectó una fórmula para asimilarme como colaborador e impedir que se me llamara a testificar en cualquier proceso judicial. En ningún momento me percaté de ser hostigado o estar amenazado por una posible citación jurisdiccional. Este hombre guiaba sus inquietudes por el interés de averiguar el porqué pasó lo que pasó. Percibí que necesitaba entender las causas oscuras de lo que se denominaba la irremediable tenacidad de la irracionalidad racional. Yo le decía que la irracionalidad actuaba con los ojos vendados y que, por el contrario, la luz emitida por la razón se desperdiciaba en la oscuridad del vacío. Acotaba que la racionalidad era un instrumento de la irracionalidad. Él también como yo no era un simple soldado, quería escarbar y hallar las pasiones o situaciones que desataban el instinto rapaz y ávido de sangre.

Cada vez que lo recuerdo pienso que dialogaba con uno de esos militares que renunciaban a la gloria y al romanticismo épico. Marshall no era un guerrero de pura cepa, se trataba de un militar que declinaba usufructuar los beneficios de las carnicerías humanas. No profesaba el catastrofismo, sino abonaba a favor de la linealidad del desarrollo histórico. Era de esa especie de racionalista que ven en lo clásico lo sano y en el romanticismo la enfermedad. Provocaba en mí la extraña sensación de un predicador kantiano en el esmero de la paz perpetua. Estaba por encima de los demás, el coronel observaba a los hombres y sus circunstancias desde el credo del mejoramiento ético de los hombres. Repetía que los hombres debían aprender a pensar por sí mismos, ahí yacía la ecuación de la paz. Aceptaba la tirantez que rige la relación entre el bien y el mal, pero desde mi ángulo cognoscitivo cometía el error de desigualar ambos polos. Consideraba que el bien reunía a lo bueno, lo bello y lo verdadero, sin embargo, en mi perspectiva la maldad, igual que el bien, ayuntaba también lo bueno, lo bello y lo verdadero. Todo dependía desde qué posición se observaran los fenómenos. En algunas conversaciones replicaba sus benévolos argumentos señalando la ambigüedad de la naturaleza, le indicaba que un caballo relincha de alegría o porque se siente amenazado. Trabamos una amistad, él buscaba entender en mí lo que yo intentaba dilucidar en él. El coronel me instruyó que un individuo

que se perseveraba en comprender a sus interlocutores encarnaba desde la humildad a un ser de alcurnia insobornable. Ambicionaba no solo opinar sobre los seres en el interminable mundo platónico de las ideas y lo intangible, sino que debíamos comprenderlos desde el lugar en donde ellos se hallaban. En ese punto coincidíamos y reponía que hiciera el esfuerzo de trasladarse al pozo de infamias en el que los aliados, con el maldito tratado, nos habían arrojado. Dije que nos endilgaron de todo y ellos quedaron como una corriente submarina benefactora de los mares. En esa conclusión histórica, Marshall me daba la razón, aceptaba que el tratado de Versalles pretendía afrentar y denigrar al pueblo alemán.

Nuestros diálogos eran insólitos y enriquecedores, nunca con anterioridad me hubiera imaginado que alguien que buscaba querellas se podía poner de acuerdo con un hombre que, con ganas de elevarse, aleteaba como una paloma. A este individuo le debo no haber terminado en un campo de concentración y también el haber obtenido todos los papeles para emigrar en la cuasi legalidad. Su cristianismo era piadoso y legaba tolerancia. En su idiosincrasia se exaltaban el trato tibio del hombre contemplativo y tierno, lo miraba y recordaba a mi padre. Lo domeñaba la necesidad de comprender al otro para inaugurar lazos de reciprocidad y solidaridad. Por iniciativa suya consiguió que dispusieran que fuera tratado como un amigo. Mi estatus cambió, de ser tomado como el nazi asesino pasé a constituirme en un integrante del equipo de trabajo. La verdad era que me adapté y ellos me adoptaron. En este desarrollo mucho tuvo que ver el coronel Marshall, este enviaba un mensaje unívoco: los alemanes debían transformarse en nuestros amigos y Wolfgang representaba la superioridad de la cultura alemana. La relación con el coronel nos sirvió a ambos, él comprendió por qué el nacionalsocialismo fue la respuesta idónea para frenar la decadencia de Occidente y a mí me fue de utilidad para visualizar e inventariar los errores que habíamos cometido. ¡¿Y por qué no aceptarlo?! Comencé a acariciar la idea de que otra realidad podía ser posible. El tono ligeramente crítico de algunas de mis reflexiones se explicaban pues el coronel señalaba las cosas en las que habíamos calculado erradamente; ejemplo: ¿por qué nos precipitamos en declarar la guerra a los Estados

Unidos? Me dijo que los que pretenden alcanzarlo todo terminan no consiguiendo nada. Trabamos una verdadera amistad. Cuando me gané su confianza le confesé mi deseo de ausentarme de Alemania, argumenté la precariedad de mi situación como exmiembro de las SS.

Le manifesté que recelaba de mis compatriotas, que lastimosamente la delación estaba bien recompensada y que el sentido del honor que me dominaba me impediría terminar tras las rejas. Si mi honor iba a ser menoscabado, prefería el suicidio a tolerar el ultraje de la deshonra de una *capitis deminutio* máxima. Declaré altivo y convincente que había actuado consumido por un patriotismo febril. Presagiaba resarcir los infundios y desprecios que nos habían causado. Amplifiqué mi testimonio afirmando que los ahora denominados peyorativamente nazis actuábamos imbuidos por ideales superiores. Sin rasgarme las vestiduras confirmé que la depuración demográfica y racial era una constante en las migraciones y en los conflictos raciales. Las guerras moderaban el crecimiento poblacional, además de equilibrar la demanda y la oferta alimentaria. No procuraba exonerarme de la responsabilidad histórica o penal que pudiera emerger de mis actuaciones. Certifiqué mis apreciaciones con la aseveración de que para los derrotados nunca habrá perdón y que sin poder no se accedía al supuesto bien del derecho.

El coronel estaba de acuerdo en que no había una perspectiva para mí en Alemania. Propuse viajar a los Estados Unidos, dije que necesitaba dedicarme a la enseñanza y a escribir ensayos sobre las causas que precipitaban la guerra y las que debilitan la paz. Le juramenté a Marshall que me apartaría de mis actividades políticas. En ese instante me interrumpió y dio a entender que no existía posibilidad alguna de que emigrara a su patria. Pregunté el porqué. Repuso que mi condición de miembro del partido nacionalsocialista era causa suficiente para que no me otorgaran la visa. Añadió que, si a mi condición de afiliado se le sumara mi rango y pertenencia en las SS, me denegarían el petitorio de la visa. El ingreso a los Estados Unidos estaba vedado para gente comprometida con la Alemania de Hitler. Me recomendó que para mi tranquilidad los Estados Unidos no serían la plaza ideal, y añadió que el lobby judío era poderoso en su país. Me llamaba la atención que repetidas veces marcaba la diferencia entre

los alemanes y los nacionalsocialistas. Me parecía una inocentada, pero en su condición de predominio, a mí me era mejor no contradecir. Le hice notar que sigue habiendo observadores que obvian que los alemanes luchamos hasta el final. Subrayé que se simplifican las justificaciones cuando asignamos a Hitler y a los nacionalsocialistas toda la responsabilidad de lo que había sucedido.

El coronel Marshall denodada y honestamente procuró ayudarme y lo consiguió. Nobleza obliga, él es merecedor no solo de mi aprecio, sino de mi admiración. Pocos hombres cumplen su promesa con el vencido. Marshall se había comprometido a sacarme de Alemania. A pesar de que pensábamos diametralmente opuesto, no se hizo rogar por su colaboración. Con él aprendí que dos hombres que piensan de manera distinta pueden profesarse respecto y afecto. Fue el único caballero a carta cabal que he conocido en mi vida. Se trataba de una buena persona, capaz de abrazar y comprender al enemigo, por ello nunca llegaría a ser un general de estrellas. He pensado que lo había conmovido por mi afán perfeccionista y mi entera dedicación a la causa. Conjeturo que él encontró en mí el tallado de un hombre honesto, de convicciones, pero equivocado. Mirando las cosas en retrospectiva, comprendo que me otorgó el beneficio de la duda. En su razonamiento apeló a todas las fórmulas morales, sociológicas, políticas y jurídicas para exonerarme de mis responsabilidades. He llegado a juzgar que me consideraba una víctima de las circunstancias históricas. En el medio de tanto ajetreo percibí que sopesaba que me habían lavado el cerebro, que había sido un inocente que cayó en las garras del nacionalsocialismo debido a la persuasión de la propaganda. Imaginaba que no entendía cómo un individuo lúcido y honesto pudo haber sido partícipe de lo que denominaba la perfección al servicio del salvajismo, de un movimiento político liderado por el demonio.

50. UNA CONVERSACIÓN ESCLARECEDORA

Prescindiendo de estos detalles, confirmé el compromiso del coronel con mi persona, cuando una mañana de acercó y me ofreció un cigarrillo. Acepté su ofrecimiento. Extendió su brazo. La mano derecha era la portadora del paquete. Tomé un pitillo y al retirarlo me dijo que me quedara con la cajetilla. Creo que percibió en mi rostro una expresión de sorpresa y alegría. Me distendí, todo apuntaba a que íbamos a mantener un diálogo franco. Mi rostro reflejaba el resplandor de quien recuperaría su libertad. Él sonrió bondadoso como sintiendo el alivio de un pesar. Iba a cumplir la palabra empeñada. Acto seguido me dijo que conservara el encendedor y lo considerara un amuleto de la buena suerte. Entablamos una conversación que continuó en los siguientes términos:

—Muchas gracias, coronel Marshall. En esta circunstancia un cigarrillo aligera la ansiedad. Si me permite, quisiera decirle algo —hablé con voz solícita, pero sin entonación de cautivo. Me carcomía, en mi fuero interior, las ganas de corroborar el porqué la generosidad de un enemigo.

—¡Cómo no! ¡Diga lo que quiera! Siéntase libre de expresar sin miedo a represalias sus ideas e impresiones. Ya los látigos con que nos hemos azotados mutuamente han hecho muchos nudos.

—Sé cómo son tratados los prisioneros de guerra. Para mí es fácil deducir que me han dispensado un trato especial. ¿Cuál es la causa de que me hayan dispensado un trato especial? No me apremiaron físicamente, respetaron mi rango de oficial y las preguntas que me hicieron no solo perseguían la obtención de información militar. ¿Qué

quieren sonsacarme? —inquirí con curiosidad.

—Respóndame usted primero una curiosidad. El mundo en el que usted confiaba se hizo trizas. ¿En dónde o en qué hallará consuelo? —inquirió el coronel con las ganas de que me pusiera a buscar una nueva verdad.

—La búsqueda de un consuelo nos pone al margen de la existencia vital. No dedicaré el resto de mis días a obtener un consuelo. Para mí ha sido un deseo atractivo adquirir una visión de la vida. En la vida hay bajadas y subidas, pero ante todo he tomado mi vida como una nada, como un sueño, como un balanceo —repuse con ahínco y ojos brillosos de anhelos.

—Lo considero a usted una persona cultivada. Las personalidades con talentos innatos siempre me llamaron la atención. Usted mismo ha notado y reconoce que desde un inicio tuvimos un trato preferencial —afirmó con profunda honestidad y deseos de entablar una conversación que llegara a una amistad.

—Disculpe mi indiscreción. Lo que me pasó con usted nunca me lo hubiera imaginado. Estuve esposado el día del arresto y no bien me asignaron una celda me libraron de las esposas. En el primer interrogatorio hubo rudeza y luego ordenaron que me trasladaran y vistieran con traje y corbata. Me desvistieron de presidiario y confirmaron mi condición de intelectual. Si alguien me hubiese preguntado que sería posible ser interrogado sin vejamen o sin una golpiza, hubiera respondido que no. Nunca me imaginé que un prisionero de guerra sea tratado, por sus vigilantes, con tantas licencias —expresé con la intención de provocar su reacción.

—Es verdad. El trato que a usted le dispensamos no fue el normal. Debo reconocer que he hallado en usted rasgos que no son muy característicos en el común de los prisioneros.

—¿Qué fue lo tanto que le extrañó de mi manera de ser y actuar? —interrumpí con las ganas de quien quiere escuchar elogios después del fracaso.

—Lo observé y atendí con mucha concentración. No dejé pasar un detalle de lo que declaraba. Sus gestos lacónicos y recios son congruentes con su actitud afianzada en el convencimiento de sus ideales. Para mí todo lo que declaró eran cosas importantes desde el

punto de vista militar, histórico y moral. Sus testimonios me sirvieron para completar el une con flechas. Lo que usted nos ha relatado me servirá para responder muchas incógnitas que me perturbaban —manifestó el coronel.

—No entiendo qué pieza le faltaba. Los nacionalsocialistas jamás enturbiamos el presente con ambigüedades, aporías, entelequias o superficialidades. Hitler no era un diletante. Nunca nadie en la historia había hablado con tanta claridad —afirmé con el entusiasmo que contagia decir la verdad.

—No lo negaré, siempre me interesó desentrañar las causas que explicaran la razón del porqué el pueblo más culto de Europa optara por la bestialidad y privilegiara la cultura de la muerte. Lo que al principio usted testificaba me sonaba orondo y raro, pero me forzó a abrir una rendija para procurar comprender la naturaleza del odio. Me costaba comprender cómo se organizaba una maquinaria para exterminar a un grupo humano determinado. En la guerra se mata para que no te maten y para consolidar posiciones. En la guerra no rige la lógica de matar por matar. Pensaba que un punto oscuro era el origen de tanto odio y orgías de sangre. Filtré cada una de sus palabras y noté que en todas se colaban sentimientos. Sí, sentimientos de resentimientos y petulancia, ambos rudimentarios e inferiores. Usted es dueño de una retórica en la que transitaban cosas descolgadas, como en un raudal de afectos en el que peregrina de lo más despiadado a lo más sublime. Cuando atentamente lo escuchaba percibía que en su corazón remolinaban sentimientos parejos y contradictorios. Demostró que en el corazón de espaldas cohabitan bajo el mismo techo el odio y el amor.

—¡No soy más que un patriota! —interrumpí.

—Observándolo con los mismos ojos, pero desde otra perspectiva, avizoré que reunía las cualidades de un soldado recio y honesto, un uniformado que amaba con frenesí a su patria —Marshal contextualizó.

—Nada de eso le debe provocar extrañeza. Los integrantes de las SS hemos sido preparados para venerar la bandera y defender en las peores situaciones la dignidad de Alemania —corroboré con el compromiso del soldado que juramentó su lealtad.

—Hay una diferencia entre el cautivo que nunca temió a la muerte de ese otro que busca complacer a sus celadores, esta última clase anhela la sobrevivencia. Usted es un verdadero guerrero. Usted cree que no hay vida más allá del conflicto y el triunfo. La muerte cumple el efecto redentor de las naciones. Quienes piensan que habrá vida después de la guerra jamás serán soldados aguerridos. Creo que usted piensa de esa amanera —acotó Marshall.

—Es verdad eso que está diciendo. Homologable al individuo que subordina su proceder a la recompensa de la ultratumba. Para esta clase de individuos un acto de osadía equivale a un acto de profanación —intervine con la satisfacción de quien escucha el eco de sus palabras.

—Creo que coincidimos, pero observamos el mundo y sus cosas de diferentes ángulos. Cuando escuchaba su exposición entreví la probabilidad de poder desentrañar cómo una persona sofisticada, de agudos pensamientos, pudo avalar, acompañar y aun hoy, a pesar de la derrota, justificar los actos criminales. Sopesé que si usted se sintiera a gusto, hablaría con la verdad. ¿Sabe por qué pensaba así?

—No, no tengo ni la menor idea —repuse anonadado.

—Oí su forma de expresarse en inglés. La soltura y la manera de profundizar los temas. Las respuestas suyas no fueron escurridizas. Oírle declarar no fatiga, es de las personas que dicen lo que piensan. No evade tomar posición frente a situaciones polémicas. Su hablar es frontal y no recurre a subterfugios. Cuando lo escuchaba referir los asuntos álgidos nunca disminuía la locuacidad de sus intervenciones. Usted se destaca por la fluidez y la riqueza de vocabulario, quedé gratamente sorprendido. Me llamó la atención cómo respondía con aforismos cargados de reflexiones. Sus afirmaciones estaban solidificadas en hechos históricos. El panorama que presenta de la historia es desolador. Para usted en la historia solo cambian la magnitud de los acontecimientos y los nombres de los protagonistas, pero la naturaleza de los eventos siempre será la misma. Al escucharlo entendí que ganar una guerra no solo se reducía a vencer en el campo de batalla.

—¿Qué quiere significar eso de que el resultado final no es el obtenido en el campo de batalla? —pregunté desde el asombro.

—Lo que manifesté no es un hecho colateral. También se combate en el mundo de las ideas. Hay que arquear al enemigo en el enfrentamiento ideológico y militar, pero para esbozar un plan definitivo de paz hay que descifrar los recónditos sentimientos que se aovillan en pliegos del corazón humano. Puede ser que las vísceras del estómago condicionen más que la pálida luz de la razón —manifestó con escepticismo, ánimo de predicador y recurriendo a palabras y conceptos de mi cosecha.

—Me parece que no se equivoca conmigo. Ratificaré sus consideraciones sobre mi persona. Nunca me he dejado seducir por las alabanzas. Provengo de la escuela de la austeridad, la vanidad envilece. La mayoría desconoce el sacrificio que supone la conquista de la gloria. He procurado que mi nombre figurara en un renglón de la historia de mi país. Sé que, en el barro, hallan su lugar los huesos de quienes no pudieron ser. Le digo esto porque no soy de los que andan mintiendo o fingiendo. Mi personalidad se consolidó en la pureza de las formas y en la diáfana intensidad de mis afectos. No soy más que un oficial de las SS. He combatido por Alemania porque creí y creo en mi patria. No he traicionado los valores que han inspirado mi lucha y mi vivir. Estaría arrepentido de ser un traidor. Lastimosamente hemos perdido la guerra —manifesté sin expresar el ánimo arrepentido.

—No me tome a mal. Soy de los que piensan que la victoria no otorga derechos. Me dirijo a usted, Wolfgang, de igual a igual. Somos contemporáneos e hijos de este aciago tiempo histórico, solo que hemos vivido en ambientes diferentes. Hemos vivido comprometidos con nuestras verdades, cada quién con la suya. Entre nosotros dos hay muchas cosas en común. Tenemos la misma graduación, casi la misma edad, los mismos intereses intelectuales. He obrado en favor de mi nación y no deploro nada de lo que hice. Dejemos pasar el tiempo, todavía todo es muy reciente —condescendió Marshall.

—El tiempo restañará las heridas —expresé con intención conciliadora.

—Le aclaro que considero que nosotros encarnábamos el bien y ustedes el mal. El juicio histórico definitivo aún no fue pronunciado, pero ratificaré que nos hemos involucrado para enmendar los abusos de Hitler. Lastimosamente no será juzgado como lo que fue: un

carnicero, un criminal.

—Disculpe que lo contradiga, pero las luchas no encienden voluntades porque contiendan el bien contra el mal. La lucha se rige por el interés de expandir el poder propio y de expropiar el poder contrario. La suerte de la victoria le sonreirá a quien mejor haga coincidir la correlación de fuerzas y la astucia con el azar. La única verdad que predomina está determinada por el contenido de la fuerza. En relación con el Führer, no pienso igual que usted, pero que lo juzgaran los vencedores significaba un atropello a la razón y a las buenas costumbres del derecho de la guerra —depuse con respecto.

—Pero dejemos esa discusión de lado, se avecina el combate contra el comunismo. Nosotros necesitaremos tener aliados en todas partes del mundo. Lo estoy ayudando a que recupere su libertad. Usted demostró ser un hombre de arrojo e insobornable. ¡Son pocos los que verdaderamente creen en sus ideales! Siempre he respetado a los que se disponen a morir por sus creencias. Muchas cosas he tenido en cuenta para tomar la decisión de ayudarlo a que escape de aquí. Lo hago por la estima y admiración que le profeso, pero además porque estoy convencido de que, hasta el último día de su existencia, seguirá bregando en su lucha anticomunista —sostuvo con la exaltación de quien desea motivar con su liderazgo.

—Jamás me apartaré de mis ideales. Soy coherente y aunque usted no lo quiera aceptar el Führer también lo fue. El martirio de Hitler fue la consecuencia de una vida consagrada a los ideales y al anticomunismo. Pero dejemos eso de lado y miremos el futuro. ¿Qué quieren que haga?

—Queremos su colaboración —dijo lacónicamente Marshall.

—Que no le quepa la menor duda, hasta se suceda mi último suspiro estaré erguido para combatir al comunismo. Se lo juro por Alemania, el dogma nacionalsocialista y Adolf Hitler —rubriqué mis palabras con brío y energía.

—Lo sé, por eso le proporcionaremos una nueva identidad. Hay un camino establecido para evacuarlos. Lo denominan la línea de las ratas, prescindiendo del nombre, se trata de un trazado seguro. En forma camuflada lo haremos desaparecer a través de Austria. Ingresará a Italia por el norte y con ayuda de unos sacerdotes, se embarcará

rumbo a Sudamérica —indicó Marshall.

—No le temo al riesgo. Entiendo que deberé asumir otra identidad, pero no puedo cambiar de nombre —reclamé.

—¿Por qué? —inquirió.

—Soy Wolfgang, el lobo. Mi naturaleza determina mi andar. Me siento cómodo y seguro con ese nombre. Lo nominal debe conciliarse con la esencia —aclaré.

—Pero el cuerpo es el recipiente en el que pueden entrar varias vidas. ¡Qué más da el nombre! Es por su seguridad. Debemos borrar todas sus huellas. Se tiene que pensar que usted está muerto. Qué cayó en el frente ruso en la retirada o en los últimos días de la defensa de Berlín. El éxito de esta operación depende de la veracidad. Usted debe morir nominalmente, no deben quedar ni sombras ni rastros de su existencia, ¡por amor a Dios, entiéndalo! —Marshall por primera vez dirigió sus palabras con vehemencia.

—En mi cuerpo solo ha vivido y ha de vivir una vida. Al Führer le encantaba que lo llamaran el lobo, a mí también me gusta. Los parientes de Eva Braun acreditaban que ella afirmaba que a Hitler le gustaba que lo llamaran lobo. El apellido me tiene sin importancia. He determinado cortar cualquier contacto familiar, pero soy Wolfgang el lobo y mi ser se acomodó a ese recipiente. No puedo cambiar mi nombre porque debo cambiar mi naturaleza. La sustancia en los hombres nunca cambia. No quiero llamarme Palomo cuando soy un lobo. Los palumbus y las palumbas sobrevuelan los campos cuando el mortero acalló y los sables fueron enfundados —ratifiqué con hondo sentido antropológico.

—Como quiera. Le daremos un dinero para sus primeros meses, además lo conectaremos con sus camaradas que desde la clandestinidad colaboran con nosotros. Usted deberá contactarlos, siempre preste atención con quién se junta. Se ha orquestado una industria para cazar a los exjerarcas del Tercer Imperio. Actúe con reserva y procure no llamar la atención. Sus camaradas lo buscarán y le proporcionarán todo lo que necesitará —recomendó insinuando que seguía en actividad.

—¿Por qué Sudamérica? —pregunté.

—Ahí hay colonias de alemanes que se establecieron antes de las

guerras. En Chile, Brasil, Argentina y Paraguay los alemanes siempre fueron bien recibidos. Integran las élites sociales de esos países. Primero desembarcará en Brasil y si, no se siente a gusto, le recomiendo que vaya a la Argentina. Aclimátese en Brasil y luego recale en la Argentina —sostuvo con conocimiento de causa.

—¿Por qué la Argentina? —inquirí.

—En ese país gobierna un amigo de ustedes y pagando el canon correspondiente se le abrirán muchas puertas. Creo que es el sitio más seguro, pero habrá que distraer a los servicios de inteligencia. Para eso una estadía en el Brasil será de mucha utilidad —aseveró.

—¿Quién es el hombre fuerte en la Argentina?

—El general Perón.

51. MIS IDEAS SOBRE LOS HOMBRES Y LA DERROTA

Jamás retomé el contacto con mis familiares. Ellos no saben dónde vivo, a qué me dedico y si poseo o no una nueva identidad. Tal vez, crean que he muerto. Por razones de seguridad no me hice anunciar, exceptuando a unos pocos camaradas, nadie conoce mi paradero. Es mejor que las cosas sean así; si me arrestan, se pone en riesgo toda nuestra red que nos permite sobrellevar esta situación en la clandestinidad. Como los topos, nos vemos obligados a escondernos bajo la tierra. Conviene más a la lucha que me contabilicen entre los caídos. El sobreviviente huele mejor en la cifra de muertos que en la nómina de excombatientes. Prefiero nutrir la estadística de los caídos en combate que espolear el instinto cazador de los sabuesos. Detesto la posibilidad de que tapien las paredes de los aeropuertos con la fotografía de mi rostro. Para emboscar y atrapar a los que luchamos por estar convencidos de nuestra verdad, han establecido un sistema basado en la delación y en pingües recompensas. Amonedan el precio del guerrero y recompensan con oro mal habido la traición. Este ruin proceder se corresponde a la bajura moral de los cazadores de recompensas.

Los vencedores se embadurnan la boca con la palabra justicia, aún no se han enterado de que el triunfo no otorga derechos. Han juzgado circunstancias en retrospectiva. Han condenado a inocentes por conductas que cuando se llevaron a cabo no estaban tipificadas como delito. Afirman que han inferido de los principios inalienables del derecho el concepto de lesa humanidad, pero en verdad lo han sacado de la galera. Condenar al procesado por lo que no estaba tipificado

como delito representa querer matar primero a la idea para luego condenar al inocente. Esta interpretación torcida de la ley fue la manera más burda y vulgar que se ha utilizado para violar el derecho. Estos descarados violaron el derecho con la ley del vencedor, no tuvieron el tupé de vejar el derecho con hechos reprobados. El obrar de los triunfadores denotaba sed de venganza, de la peor de todas: insistían en ultrajar el honor alemán. ¡El tribunal de Núremberg ha sido una farsa y estuvo integrado por una comparsa de inescrupulosos! Esos jueces no estaban dotados de la noción de justicia. Eran unos maleantes que se mearon y cagaron, como si fuera un pozo ciego, en la tradición jurídica ensayada por los jurisconsultos romanos y compilada por el emperador Justiniano en su Corpus Juris Civilis.

Desde que habito en el exilio he sido cauteloso en mis actos. Aprendí a medir las consecuencias de mis acciones y a cerrar la boca. Ya no digo más lo que pienso. Tampoco insinúo nada relativo a mi pasado. No me fio de nadie, ni siquiera de mi sombra. Creo que los medios convencionales de comunicación, cartas o teléfono, están interceptados por los israelíes. También hay una razón emocional. No he tenido ganas de que los míos supieran de mi refugio, mi existencia y mis cuitas personales. Ante sus ojos era lo máximo y no deseo que me vean como menos. Cuando pienso en ellos siento la misma vergüenza que Adán desnudo y excomulgado del paraíso. Ahora soy esclavo de mi jactancia, pero era totalmente cierto que creía todo lo que proclamaba. Tenía fe en que la aplanadora germana achataría las ínfulas de la mediocridad y lo anodino. Les había prometido que tendrían la posibilidad de ver el dominio ario y que verían a su hijo en el frontispicio patrio. Nunca podré presentarme emergiendo de los escombros del Dritte Reich y llevando a cuestas la deshonra de haber sido vencido. Me acompaña una sombra espesa y sin contorno, mi rostro refleja la frustración. ¿Por qué me obstino en continuar viviendo? Persevero en la vida porque alguien tiene que denunciar a estos fariseos, la verdad me obliga a vivir.

Mis padres me respetaban, los convencí de la victoria y ellos como cada uno de nosotros querían estar en buenas migas con quienes iban a ganar. Todos buscamos la bendición del ganador, pues presumimos que junto a los ganadores halla su morada la fortuna. Los fracasados

son despreciables. Yo vitoreaba que venceríamos y abogaba por la imbatibilidad nacionalsocialista, anunciaba el dominio de la raza aria. No me ha entusiasmado la idea del hijo pródigo ni que la compasión me abrace. De igual manera no hubiera tolerado que me dijeran que ellos me habían advertido ¡llegaba con laureles o mejor era que se me sepultara en el olvido! Al fin y al cabo, me consideraban la oveja negra de la familia. Por lo demás, me desalienta acopiar fuerzas para ejecutar algo que me parece absurdo. Mantener una relación epistolar es cosa de escritores, no de hombres que exploran en el peligro el sentimiento de plenitud. La correspondencia exige nostalgia y melancolía, es un género de maricones. Cuando se combate no hay tiempo ni espacio para las sensiblerías. Ponerme a escribir equivaldría a ponerme a llorar. Me resulta imposible, en mis puños se cobija el metal de la revancha.

Cuando alguien hace algo por amor, ya se encargará el mismo mundo de que no lo haga por segunda vez. El mundo no palidece, el mundo es voluntad que condiciona el conocimiento. La voluntad, como un pantano movedizo y ávido, aspira la forma para asegurar el contenido. Es la lucha que niega la vida para garantizar la vida, solo la muerte confirma que algo nuevo germinará. ¡Sal de la infancia, amigo, despierta!

A pesar de todo lo acontecido, sigo siendo la misma persona. A pesar de muchos pesares y de heridas contenidas, todavía el hastío vital no me ha domeñado. Define y sustenta mi existencia la determinación de bregar por mis ideales juveniles. Palpita en mi ser, lozano y ansioso, el destino de Alemania. La vida me ha educado en la escuela del sacrificio. Las peripecias en las que estuve envuelto me han forzado a tomarme las bofetadas con calma. He aprendido a ponerle buena cara al mal tiempo. Transcurrieron los años y las derrotas se sucedieron. Todo me fue adverso, pero aún rehúyo de una existencia apocada y monocorde.

La derrota es dolorosa, asumir con dignidad sus consecuencias conlleva renunciar al gemido. El guerrero muere cuando se disipa su honor. En el soldado invencible se encapricha el repicar de los tambores que hace rugir el grito de batalla.

He sido un hombre de acción, me volví un escribiente, pues en la

escritura almaceno mis recuerdos. Las circunstancias forzaron a que me sentara a dar fe de mi dedicación a la causa. Percibí que el juicio histórico nos condenaría. Hicimos lo que todos querían hacer, pero no seremos absueltos porque perdimos la guerra. El soldado vencido o que perece en el campo de batalla nunca será humillado en el momento. Los plumarios y los glosadores humillan al valiente a través de la narración. Quiero ser tributario del coraje y la entereza de los que prefirieron la libertad de la muerte a las cadenas de la prisión.

Ya no soy el de ayer, en la mocedad esbozaba el futuro y ahora me detengo a observar en retrospectiva. El insomnio acorta las noches y hay veces que necesito detener el andar. Me deslizo en el vértice traslúcido que divide apenas la vigilia del sueño. El escepticismo nunca corrompió mi voluntad, pero, así como la victoria no tiene sucedáneo, la derrota siempre será un trago amargo. Únicamente, los ciegos hablan de que hay una salida. La frigidez conduce la ambición de los héroes al fracaso.

La convivencia humana será siempre enloquecedora. En el circular de los hombres se unen pasado y futuro, génesis y apocalipsis. El final feliz no puede epilogar el libro de las civilizaciones, las guerras son las parteras de los tiempos nuevos. Tiene que morir lo que vive para que este renazca en lo nuevo. Si el genio alemán colapsó, quiere significar que nada merece ser eterno; el entresijo de las catástrofes sepulta y alumbra la esperanza. La regla indica que todo retorna en la historia. Nunca habrá nada nuevo bajo el sol. Siempre ha sido igual. La eterna ley de la preeminencia no puede ser infringida por ningún transgresor.

52. Poesía al hombre mediocre

El tesón del asesino jamás perime. Cuando uno se desagrada de lo que ha sido, se cansa de lo que es. Toda violencia cuya visión edifica al superhombre será siempre bien acogida. El mediocre es simulador de lo que no posee, se ceba el ego y le pone lustre a lo ornamental. Si sus palabras no encuentran eco, el hombre insulso temblequea como aquellos que procuran acomodar la existencia en la consideración de los demás. Resulta impensable que practiquen la virtud sin público y sin pretender obtener la aprobación. La vanidad los envilece y la debilidad los vuelve gregarios. Practican virtudes dadivosas pues esperan recoger las recompensas. Creen que son la medida de todas las cosas, tasan las conductas y establecen una escala de valores. El hombre gris es un animal tasador en sí, se contenta con muy poco. Sufraga el privilegio del acreedor pignoraticio que se exalta al considerar lícito despreciar y maltratar al deudor como un ser inferior.

El concepto raza y las acciones purificadoras del racismo están anatematizados. Esto ha sido posible debido a que se ha sobrepuesto la castidad a la voracidad de los instintos psicobiológicos. La concepción de la moral contradice la realidad, los moralistas osan colocar los valores por encima del mundo verdadero. Los valores como las matemáticas no son lenguajes de la realidad, son producidos por la mente y se cuelan en el oasis de lo verdadero a través del ingenio de los débiles. ¿Pueden ponerse en el mismo rango una moral aristocrática y una moral chandala? La falacia del igualitarismo es la última estocada a la idea del superhombre. El concepto de la igualdad ha declarado su imprescriptible odio contra el ario y la raza superior.

El oprobio desciende del postulado hebraico de la igualdad ante Dios, la regla talmúdica conjetura que nacimos libres e iguales. De esta falacia religiosa se han hecho eco los jusnaturalistas, quienes inventaron la fórmula jurídica de la igualdad ante la ley. El propagandismo igualitarista se define a partir de la razón utilitaria protectora del enfermo, del animal doméstico, de los hombres que se sindicalizan pues le temen a la intemperie. El débil se guarece cuando la naturaleza aventa su hartazgo. Estas patrañas teológicas y filosóficas se enunciaron para patrocinar el ingenio del débil y poner cortapisas a la potencia de los fuertes. ¿Será posible que alguien se atreva a subvaluar la necesidad de las depuraciones biológicas? La pureza de la raza demanda la purga de los mórbidos, la depuración biológica es una imposición de la belleza y de la fuerza. Los que despotricaban en contra de la germanización cifraban sus esperanzas en los valores de la decadencia. El mundo real desmiente este discurso de propuestas embaucadoras y dulcificadas. La dimensión agonal de la vida expresa el instinto de crecer a costilla del otro o ¿quién aspire al superhombre puede poner en práctica el embuste judeocristiano de amarás a tu prójimo como a ti mismo? La verdadera lucha no se representa en el combate por la sobrevivencia sino por la preeminencia. La voluntad por acopiar fuerzas y luchar por el poder desnudará la lucha verdadera. No se pelea por la segunda ubicación, el segundo puesto proviene de nuestras flaquezas.

La ambición de someter a los parias dignifica y tonifica el sentido vital. La ilusión burguesa y universalista del democratísimo igualitarista ensombrece la pugna por la superioridad. El fuerte perdura en su naturaleza y el débil padecerá los vaivenes del amo. La existencia etérea es enemiga del músculo y la fuerza. En el mundo tangible no disponemos de dos cosas concretas que sean perfectamente iguales, entonces, ¿por qué enunciar el concepto de igualdad? ¿Por qué impugnar la práctica de eutanasia de los mogólicos y de los enfermos irreversibles? La raza aria debía pulirse, para ello hubo que eliminar a los minusválidos, que con su reproducción amenazaban la pureza racial. La decisión profiláctica apuntaba a impedir la reproducción de las formas degeneradas. El ario debía ser esbelto, fuerte y autosuficiente.

Incluso, durante la última inhalación reclamaré que el ario encarna la raza superior y la judía, la inferior. El concepto de la igualdad entre los hombres es una aberración del enfermizo igualitarismo del judeocristianismo. El error de Occidente fue creer que la salvación venía del judaísmo y no de la Grecia presocrática. La tesis de la doctrina hebraica nos hace pensar que los seres humanos somos mejores que los animales. Este hecho significa ignorar que los bajos instintos configuran la consciencia. Los judíos solo luchaban con ideas que colapsaban ante el hecho de la fuerza. Eran creencias sin carácter y disolventes de la verdad que se ha forjado en el hierro y el fuego. Eran ideas que propiciaban el arrodillamiento frente a la incertidumbre y el arrepentimiento ante la muerte. El cristianismo adoptó la moral del resentido, no reaccionó contra el judío, sino que se convirtió en su consecuencia lógica. Los evangelios registran en sus páginas la rebelión de lo que se arrastra por el suelo contra todo lo que tiene altura.

Así como la filosofía enfría con argumentos el calor de la lucha anima la vida. La guerra es la comadrona de nuevas costumbres, trasluce el vientre de la hembra fecunda que amontona el desprecio contra la inmundicia del dolo y la fe púnica de Cartago. La voluntad destructora ocasiona la oportunidad para el nacimiento de lo nuevo. El dolor crepitante augura el amanecer. La violencia genera una nueva savia social. Así se explica que la misma guerra haya producido todas las formas en la que la punición se ha presentado en la historia. De ahí que para que algo permanezca en la memoria se lo tiene que grabar a fuego.

Dilatar la vida de los hombres implica alargar su agonía y duplicar el número de sus muertes. Las emociones se intensifican cuando recordamos el sufrimiento afincado en el pecho. La existencia no está hecha para la felicidad personal. Para los frágiles la felicidad prospera en la tierra arada con la amnesia. El pusilánime abdica del recuerdo y por medio de las ilusiones oníricas intenta acceder a algunos momentos de felicidad.

El ser humano no renunciará a subyugar al distinto y extraño a él. Quien no pretende la dominación acabará siendo un alienado, un aterido. El deseo de dominación incrementa la vida, la única paz es la

del cementerio. ¡Hagamos de la sepultura la catedral de la esperanza! Si se diluyera la vocación de dominio, el mundo se constreñiría a un punto circular y oscuro. El alma respira aire inflamado, los cuerpos de sustancia terrena se irritan con el ardor de las pasiones.

Las almas mueren, dado que nacen. Todo lo que ha nacido nació para perecer. La eternidad solo persiste en el heroísmo. Cuesta distinguir si lo que nació involuntariamente está dirigido por el deseo de morir. El hombre decide más en su muerte que en su nacimiento.

53. La historia me absolverá

Mi vida estuvo siempre sujeta a los desplantes del mundo. Nunca me han devuelto lo que me sustrajeron. He cumplido con el procedimiento de que cada uno se ejercite en el arte que conoce, me he ejercitado en el arte de la guerra, en la causa nacionalista y en la preeminencia de la pureza racial. Estuve arriba y después me deslicé abajo. He conocido la luz y la sombra, la adulación y la difamación, la victoria y la derrota. He caminado sobre el empedrado, el asfalto, el fango y la nieve, en cada circunstancia que me ha tocado vivir siempre mantuve el mismo humor. Los vaivenes no me alteran. Nunca compungido me golpeé el pecho. Mis pulsaciones cardíacas no se agitan al acercarme a la cornisa como tampoco me embriagó el boato de la cúspide. Si de algo me jacto es de que nunca he sido un frívolo.

El oro brilloso jamás me sobornó. He sobrevivido con dignidad la hondura de la derrota y he sabido pararme en el escenario luminoso de la fortuna. No he tomado precauciones que me resguardaran contra lo que el destino me deparaba, jamás reparé en desviar mis propósitos o traicionar las indicaciones del partido. Siempre he aceptado lo que me ha tocado vivir, he amado mi dolor. Quien no tuvo la posibilidad de intimar conmigo pensará que mis obsesiones pueblan la zona oscura de mi alma.

El juzgador prejuicioso y monoteísta, arraigado en el intelectualismo esnobista, fronterizo al comunismo y anarquismo, ecologista, homosexual y de amaneramiento liberal prejuzgará que he recibido la verdad sin indagar si esta era falsa o verdadera. ¡Error! Este punto de vista refleja el menoscabo a la integridad moral de los que estuvimos

dispuestos a entregar la vida por una idea, sesudamente, concebida. Señalaré de nuevo que mi compromiso con el nacionalsocialismo no respondió ni responderá a una inclinación irreflexiva o a un cómputo oportunista.

Archivaré en la memoria lo que hemos sido y en la imaginación lo que seremos. ¡La mayor seducción consiste en dejar de ser quien se es y se pasa a ser el todo! Ahora me contento con permanecer siendo un componente de la voluntad racial. Gratifica disolver la individualidad en la voluntad colectiva, en el mosaico se aprecia más el todo que una parcela. Debido a mis creencias he declinado a las delicias burguesas. Sigo pensando que el lujo es la adquisición de algo que no se necesita. La necesidad me restringe, pero no me determina. He sacrificado la comodidad por el patriotismo racial del nacionalsocialismo.

Como el peregrino que cree en sus ideas y el atleta que compite para mostrarse algo a sí mismo, he luchado al lado de mis camaradas codo a codo en el lodo, en el invierno ruso. Se nos helaban las manos, las orejas, las fosas nasales y los pies. Marchábamos hambrientos y ateridos. Sin alimentos y medicinas, sin pertrechos, enfermos, exhaustos, pero inamovibles en la terca y febril ambición. Aunque retrocedíamos y nos infligían derrotas, manteníamos intacta la moral y la dignidad. Nuestra condición de raza superior nos hacía merecedores de las adversidades, solamente el hierro se torna viril en fuego. En cada una de esas encrucijadas me sobreponía mediante el misticismo, cuando sentía que mis fuerzas me abandonaban renacía el ímpetu del indestructible espíritu alemán con las estrofas del himno nacional que sonaba recio, sobrio e inclaudicable: “Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt”.

¡Jamás he desertado! Sigo comulgando el credo de que Alemania está por encima del mundo. Ni la fuerza ni tampoco el fervor patrio se han ausentado de mi corazón. No fui, no soy ni seré una persona de ideas perentorias. Buscaremos la venganza porque nos marcaron la cara. Disimular el sufrimiento para sobrellevar la adversidad no equivale a resignar. He fingido, pero jamás mudé de piel.

Si bien el cansancio dispensa la serenidad, persisto en observar mi pasado de la misma manera. Es cierto que no hay pensamiento más didáctico que el pensamiento que hemos elegido para nuestras

desdichas. ¡¿Hay que aprender de los errores?! Sí, hay que aprender. Insto a recurrir a la humillación de la derrota como la cátedra más poderosa para auxiliar a la memoria. El guerrero zanja sus diferencias internas poniéndose de pie. Nosotros hemos cometido errores tácticos, no filosóficos. Hemos subestimado al enemigo. Los enemigos se unieron y, entre ellos, se hicieron concesiones. A pesar de sus diferencias irreconciliables, ellos circunstancialmente sellaron acuerdos y se asistieron mutuamente. Fueron capaces de amnistiar sus querellas y consignar acuerdos pestilentes con tal de destruir a Alemania. Conformaron un frente y actuaron coordinando las tácticas y estrategias. Más allá de sus congénitas contradicciones se aunaron para provocar el declive del mundo germánico. Se aunaron de 1914 a 1945. El odio hacia lo germánico los compactó como gemas envidiosas de lo diamantino. Subrayemos que solo hubo una guerra de ritmo sincopado. El interregno de 1918 a 1939 pausó las ansias voraces. En el primer capítulo bélico pactamos con Lenin. En el segundo estadio de la misma confrontación invadimos el extenso territorio soviético sin haber cerrado una alianza con un sector anticomunista. El error consistió en invadir la Unión Soviética sin instalar un caballo de Troya. De la variopinta fauna soviética debíamos haber cerrado una alianza con un sector anticomunista. Confiamos en la rapidez de nuestra movilidad militar y carecimos de olfato político. ¡Craso error ha sido subordinar la política a lo militar, cuando era bien sabido que la guerra significaba la política a través de otros medios!

A la Operación Barbarroja había que dotarla de un presente griego. Teníamos que resquebrajar la base política de Stalin. No conseguimos que desertaran ni obramos con el tacto que requieren una conquista y posterior colonización. No supimos sincronizar el avance militar, los requerimientos coyunturales de los exterminios y las necesidades duraderas de la colonización.

¡Hay que dejar de mentir a destajo! La verdadera guerra no fue en Europa occidental sino en la Unión Soviética. Para asegurar nuestra autarquía necesitábamos ocupar menos del diez por ciento del territorio soviético. Es cierto que necesitábamos la superficie soviética para alcanzar la autarquía, no queríamos territorios de ultramar. Deseábamos y necesitábamos colonizar el territorio soviético. Era una

necesidad que nos expandiéramos hacia donde íbamos a instalarnos. Nos inhibían la estrechez geográfica y la falta de recursos naturales. El plan no consistía en ocupar territorios de ultramar, el imperativo geopolítico dictaba que trasladáramos nuestra población a zonas contiguas a nuestras históricas fronteras. El más allá de las fronteras alemanas enfatizaba la necesidad de adentrarnos en territorio soviético. Ucrania era el objetivo para la autarquía. La lucha se dirigía a controlar el granero de los soviéticos. Nosotros agregaríamos a nuestra capacidad industrial las materias primas del Cáucaso. También, por otro lado, se trataba de concepciones contrapuestas: la lucha de clases versus la lucha racial, Hitler versus Stalin. Para los comunistas la revolución debía ser protegida, para nosotros era la tarea del futuro. Pensábamos hacer la guerra por el futuro y no en nuestro territorio. Hitler imaginó el maridaje entre el hecho de ser potencia y la plataforma territorial. Francia, la eterna enemiga, declinaba e Inglaterra no se sinceró con nosotros. Igual que Medea que asesinó a sus hijos por no distinguir el bien del mal, los británicos traicionaron el pacto sanguíneo interracial.

Quizás nos precipitamos, creíamos que con la Unión Soviética conquistada y sometida contaríamos con recursos y forzaríamos el entendimiento con los británicos. Con la geografía continental en nuestras manos estrujaríamos a los anglosajones. Los norteamericanos hubieran pensado dos veces antes de involucrarse en un asunto doméstico que afectaba solamente al equilibrio europeo.

54. La vida dentro de mí

En vano he procurado razonar qué era un individuo. No me sirvió de nada. Para el alto fin que nos congregaba no éramos individuos. Nos definíamos como una fibra muscular, una vocación profética, la retina del mismo ojo, una voluntad compacta y avariciosa de gloria. En el presente, a esta edad, ahora que pervivo en el ocultamiento, pero no en el ocaso, mantengo firmes e intactos el juramento y la consiguiente lealtad al Führer y al Tercer Imperio. A lo largo de mis vivencias me he considerado un vigilante del espíritu alemán y de la pureza de la raza, entonces, ¿cómo romper la juramentación de lealtad al Führer? ¿Me puedo permitir estar cansado? ¿Debo dejar de luchar? ¿Será que reivindicar al Führer y su obra inconclusa no significa la lucha por la verdad? ¿Alguien ordenó que arriemos las banderas?... En este instante… me pongo de pie, con el pecho erguido inhalo profundo, elevo mi brazo derecho para exclamar "¡Sieg, Heil Hitler!".

La paciencia es un arte que tarda siglos en ser aprendida. Pienso que la impaciencia me ha llevado a cometer errores. Me ha sido molesto no saber respetar los ciclos vitales. Tal vez mi acelerado ascenso político me ha servido de baza para creer que nací aventajado y todo lo que tenía que suceder en mi carrera debía cumplirse sin morosidad. La figura del Führer, su conquista del poder y la descomunal conquista de Francia enardecieron mis ilusiones. Él llego a ser el hombre en el que quería convertirme, fue un abnegado que vivió por y para Alemania. No procuró formar familia o llevar una vida alejado del peligro. Tuvo una mujer a su lado que entendió que la vida sin él no hacía sentido. Nunca elevaría su barrera al amor y a las mujeres, no se

dejó seducir; intuía que las mujeres convertían el amor en la celada que hacía que los gobernantes sean traidores de sí mismos.

Está más que claro que soñaba con llegar a sucederlo, pero reconocía la prerrogativa del camarada Reinhard Heydrich. Resolví que para alcanzar la meta debía estar dispuesto a sacrificar la vida privada y a realizar todo lo que fuera necesario. Así como Heydrich se inmoló y Otto se jugaba la vida, yo me decanté por servir hasta las últimas consecuencias. Mi destino estuvo y seguirá estando ligado al Tercer Imperio. Los bemoles no me amilanaron. Mi responsabilidad por el Reich no quedó en la zaga. A pesar de la cercanía al poder nunca me beneficié de alguna canonjía. Nadie podría juzgar que mi conducta fue excitada por alguna motivación monetaria o subterránea. Mi lealtad fue total y diáfana. No se me insinuó la idea o el deseo de hurtar o beneficiarme de las propiedades del Reich para el gozo personal. No plagié el comportamiento de Hermann Göring, que atesoraba colecciones de obras de arte y amonedaba sus prestaciones para favorecer a los influyentes. Tampoco me he apropiado ni del oro, el dinero o cualquier tipo de propiedad de los judíos. Hechos lisos y llanos respaldan mi confesión. Se me puede observar a trasluz y nadie hallará una leve sombra de mis actos. Mi conducta ha sido recta, nada enturbia mi trayectoria. En mi legajo no se inscriben truculencias que puedan echar sombras a mi trayectoria. Igual que el Führer he deseado trascender, los bienes materiales y el gozo de la sensación de poseer no apaciguaron mis ansias combativas. La trinchera me ofrecía la posibilidad para llegar a ser quien quería ser, en contrario, el sofá y la chimenea me hubieran inducido a la contemplación, vale decir: a ejercitarme en la gimnasia de la indiferencia y la espera. Ni los metales ni las acciones bursátiles distrajeron mi mente. Mis obsesiones fueron el Führer y la retaliación. La deshonra que nos impusieron debía ser borrada de los libros. Repetiré, con el objetivo de absolver posiciones, que mis motivaciones nunca tuvieron en cuenta el dinero, no he invertido esfuerzo en acumular fortuna o en juntar perlas de los collares. Las joyas, el oro o cualquier metal no es tan precioso ni obnubila como dicen. Siempre he pensado que los bienes materiales son un medio que garantizan la seguridad y un mínimo de confort. El dinero que uno tiene es el instrumento de la libertad; el que se

persigue, el de la servidumbre.

No solamente no pensaba en acumular fortuna o lucrar con la influencia, sino que tampoco usufructué ningún privilegio. Consideraba que el poder, más que un usufructo, era un gravamen. Deseé labrar mi destino entre el fuego y el acero para después labrarlo en el mármol de la eternidad. Había que estar preparado para ofrendar la vida por los ideales del Dritte Reich.

Ambicionaba y deseaba el poder absoluto, ese que era capaz de determinar el mínimo detalle en la vida de las familias. Solo la concentración del poder en pocas manos permite desbrozar los divagues de la política. Los superiores y los camaradas percibían en la austeridad de mis hábitos y en el rigor de mis actos la seriedad de mis intenciones. He sido y continúo empeñándome en la pureza. Lo bello surge de la pureza de las formas. El poder llama al dinero, jamás, igual que muchos camaradas, nos hemos dejado cautivar por los cantos de sirena que entonaban quienes rapiñaban con el oro. Hay dos clases de luchadores: los que priorizan el compromiso y luego la ambición y los segundos, que ubican la ambición y después el compromiso. Los codiciosos, que pregonan la ambición por encima del compromiso, vulneran sus ambiciones por la codicia. Para ellos, el señor perpetuo de las edades es el dinero: o reina siempre, o quieren que reine. No hay pobreza agradecida ni riqueza quejosa; la abundancia complace y la carestía es sediciosa. Mis acciones nunca estuvieron dirigidas por la angurria de acaparar bienes materiales. El oro corrompe y no genera conductas honestas y agradecidas. La corrupción es consentida por los humanos. El hombre es vanidoso y codicioso, pero el lobo no se corrompe ni se deja corromper. Para el lobo la austeridad señala el sendero.

Dios me perdonará: es su oficio. He tenido y tengo pasiones muy ardientes. Cuando una situación me ofusca y me vuelve irascible con la desmedida agresividad de mis pulsiones, sería como que la bestia que agazapo exigiera su identidad, deseara vaciar sus baterías, necesitara saltar el barranco para sentir que está con vida. El hecho de saber que puedo más de lo que ostento ha sido la madera de mi amor propio. Solo yo sé que soy capaz de más. Me descarrilo y nada contiene mi impetuosidad, es en ese instante cuando sé quién soy

verdaderamente. La vehemencia desvela quién soy. La violencia me permite andar el camino que me conduce a mí, ahí soy yo en todas mis posibilidades, en el umbral del dolor, en el empecinamiento extenuante, en la gloria y en el éxtasis de haber domeñado el peligro.

La pureza consiste en que mi ser se reconozca en la honestidad de los hechos. No hay prejuicio moral que me detenga ni peligro que me intime. En los momentos de explosión no conozco de barreras, miramiento, respeto, temor ni decoro; me comporto como un lobo, sanguinario, descarado, intrépido, distante y solitario. Después del éxtasis me invade el abatimiento, la furia del lobo consume mis energías humanas. ¿Cuándo yo soy yo? ¿Cuándo soy el lobo o Wolfgang el que camina como el lobo? Soy el verdadero cuando desahucio mis fuerzas. Solo en la cumbre de la vitalidad uno sabe quién es. En el peligro vital desenmascaro el auténtico rostro de la vida y las cosas. El convulsionado está más cerca de sí que el contemplativo. Hemos ceñido los instintos y degradado la furia vitalidad. La condición de sanguinario no revela la corrupción del alma, el apetito de sangre pone al descubierto la estirpe noble y feroz del corazón. Nunca me regodeé con el líquido, pero tampoco me asustaba verlo fluir.

55. NO HABRÁ ESPERANZA, EL PESIMISMO CAMPEA SOBRE EL OPTIMISMO

El ser y el devenir no tienen ley, todo es posible. La historia en mayúsculas es un fenómeno hídrico: cuando se habla en serio siempre correrán ríos de sangre. Así ha sido y así seguirá siendo. La sangre es la tinta de las letras imborrable de los momentos estelares. Tanto la historia como la morcilla están hechas de sangre. La rueda de la historia no se mueve, el combustible que la pone en movimiento convulsiona cuando la voracidad de los hechos se junta con la irracionalidad maniática y monógama. Los valores con los cuales se juzga un hecho no preexisten, son fijados por su inventor, el hombre. La génesis y la finalidad de un acontecimiento van por cuerdas separadas. Lo sucedido será narrado por la voz del vencedor. La reinterpretación de los mismos hechos se direcciona hacia nuevos propósitos y se adapta a la nueva utilidad. En la jurisprudencia verdadera los valores son modificables. Hoy podemos estar parados en una situación que se la juzga como loable y mañana se la condenará por detestable. Así ha sucedido con la esclavitud.

Desde muy temprano incorporé a mi léxico la sentencia senatorial de que si quieres la paz, prepara la guerra. He vivido en estado de tensión, siempre me ha acompañado el más subjetivo de los sentimientos: el de la amenaza. El sentimiento de la amenaza desestabiliza, implica incertidumbre. En sentido contrario, el sentimiento de la muerte estabiliza ya que involucra certidumbre.

Demolí a golpes a muchos, pero también muchos quisieron demolerme a palos. Si no agredía, me agredían, si no sentían mi

determinación y disposición para batallar, habrían pensado que era un irresoluto y blandengue. Flaco favor uno se hace si no es percibido como cruel y rotundo. Quienes me rodeaban debían enterarse de que la paz presuponía la disposición a la guerra. Todos los que pensábamos en la sucesión dábamos por hecho que en la competencia había que dejarse la piel y el esqueleto. Éramos conscientes de que el triunfador ocuparía en la historia el sitio igualable al de Augusto, quien accedió después de la conjura y apuñalamiento de Julio César. Este recibió 23 puñaladas, pero solo una le dio muerte. Morimos de un solo golpe. No me ha consumido la posibilidad de ser un traidor, me he dejado seducir por la ilusión de ser fiel y capaz de continuar con la gran obra. Como el tronco en llamas, que se resiste a ser carbón, únicamente el guerrero que pelea, aunque no haya futuro, es imprescindible.

La vida es un devenir enigmático. Quien ha vivido todo lo que he vivido lleva en sus espaldas un equipaje emocional que no se puede dejar a un costado. De las vivencias que me ha tocado sobrellevar sé cuán voluble es la fortuna, con un leve impulso produce un vaivén enorme, como si jugara con un niño de pecho. En la cúspide de mi apogeo resbalé al más infame de los eslabones: al ostracismo. Sócrates prefirió la muerte a que lo extrañaran. Bebió del veneno de la cicuta para no vagabundear en tierras extrañas. Se dejó embriagar por la posteridad. Supongo que quería dejar de ser quien era: Sócrates el cuestionador. Huir al extranjero liberta y salvaguarda el cuerpo, pero encapsula la ansiedad en la nostalgia. Como le sucedió a Ulises, lo prioritario no es tanto el final del trayecto como el camino recorrido para llegar a él. Mi vida ha sido la lucha, tiene de envidiable que he vivido por una pasión: la grandeza de Alemania. Los pueblos viven del aporte de sus hombres excepcionales. No puedo negar que quise ser la luz que más alumbraba, el rayo madrugador que disuelve las sombras. No tuve en cuenta que la oscuridad crepuscular disipa la luz que se desliza mortecina y tímida.

Todavía el hastío vital no me ha gobernado. Define y sustenta mi existencia la audacia de bregar por mis ideales juveniles. Palpita en mi ser, lozano y ansioso, el destino de Alemania. La vida me ha educado en la escuela del sacrificio. Las peripecias en las que estuve envuelto me han forzado a tomarme los reveses con filosofía. A pesar de los

años y las derrotas, el repicar de los tambores hace rugir el grito de batalla. Las circunstancias forzaron a que me sentara a escribir. Percibí que el juicio histórico nos condenaría. Sabía que no nos libraríamos de las secuelas de la derrota.

Ya no soy el de ayer, los años no pasan en balde. En la mocedad esbozaba el futuro y ahora me detengo a observar en retrospectiva. Sé que me vuelva adonde me vuelva, una ola negra se precipitará sobre mí. El insomnio abrevia las noches y hay veces que necesito detener el andar. Soy una memoria que se ha vuelto viva, de ahí también mi desvelo.

Para los hombres ver sufrir produce bienestar y hacer sufrir, incluso más bienestar. Existe en el corazón una simpatía malévola, la maldad se ejerce con más desinterés que la caridad. La piedad es una aporía de los teólogos, los filántropos y de las versiones folletinescas del amor. La compasión niega los instintos vitales, denigra el instinto de selección, refuta el nacimiento del superhombre, hace que la vida sea más digna de ser negada. El postulado del bien común amordaza la fuerza embriagadora de lo agónico. La fuerza colérica habita en uno mismo y discurre en la oblicua superficie de la inferioridad.

La horca no cede y la cuerda no destensa ante la sumisión del condenado. La pulsión de muerte jamás claudica. No hace falta tener ojos de águila para juzgar que la ejecución de la pena de muerte siempre ha tenido variados componentes festivos. El hombre es más cruel que el lobo, este no se deleita con el espectáculo de la muerte. El solitario can aúlla y camina sobre sus dedos con la hidalguía de la pureza de los instintos, se hace asesino por sobrevivencia y en defensa propia. El animal salvaje no se avergüenza de su condición, en oposición, los humanos la justificamos y extrañamente la racionalizamos.

Nunca he confiado en la raza humana. El común de los humanos vive existencias inocuas y huecas, contingencias que no merecen ser consignadas. Lo único que hay para subrayar en la vida de los hombres aplanados es el dato de su muerte. El hecho final de la finitud puede dar una significación a la vida. El cómo se muere otorga un valor de trascendencia o intrascendencia a lo vivido. No todos los destinos están sujetos al designio de la mendicidad. De esta regla lúgubre y

ocre exceptuaré a quienes se obstinan y elevan a la condición del superhombre. ¿Quién ilumina un nuevo mediodía y encarnará la superación y la negación del hombre? El superhombre no es un hombre, se trata de una nueva especie. Aquilata lo superlativo, no anuncia el hombre nuevo, sino una nueva especie. El mundo se acrecienta con el superhombre, quien desdeña el cobijo de los rebaños y los apóstoles. Cuando uno se desagrada de lo que ha sido, se cansa de lo que es. Toda violencia cuya visión edifica al superhombre será siempre bienvenida. El mendaz es simulador de lo que no posee, se ceba el ego y lustra lo ornamental. Si sus palabras no encuentran eco, trepidan como aquellos que procuran el oropel del asentimiento. Resulta impensable que practiquen la virtud sin público y sin pretender obtener la aprobación. La vanidad los envilece y la debilidad los vuelve gregarios. Practican virtudes dadivosas porque esperan recoger las recompensas. Creen que son la medida de todas las cosas, tasan las conductas y establecen una escala de valores. El hombre gris es un animal tasador en sí, se contenta con muy poco. Sufragan el privilegio del acreedor pignoraticio, quien se exalta al considerar lícito usufructuar la propiedad mal habida.

Cada vez me quedan menos años de existencia. El nacionalsocialismo ha ocupado un sitial irreemplazable en mi vida. Ha sido mi luz, mi verdad y mi esperanza. No cambiaré por oportunismo o por las espinas de la derrota y menos por las nostálgicas aureolas del triunfo. El combatiente no sucumbe ante el rostro alado de la victoria. Me ha seducido rozar los labios blancos de la muerte, pasar de lo prosaico a lo ideal. La derrota no me exonera del futuro, uno remoto me pertenece. En mí han pesado las acciones del futuro. Hay quien nace póstumo y hay quien vive postrado. ¿Qué me importa el juicio de los demás o de la posteridad? ¿A mí qué más me da? Al fin y al cabo, mis sentenciadores no son más que el estiércol de la humanidad, y a la humanidad hay que superarla en fortaleza, en altura de espíritu y en desprecio.

56. En la sombra de Wolfgang retomaré el hilo del relato

A confesión de parte relevo de prueba. La confección de este trabajo se debe dividir en dos partes. La sección sobre historia y filosofía fue escrita de puño y letra por el mismísimo Wolfgang, por lo demás estos capítulos están adobados con fragmentos autobiográficos. Volveré a destacar que, como biógrafo y recopilador, finalmente, preferí contextualizar; o sea, suministrar abundantes datos y pensamientos a los efectos de que la lectura sea legible. Por ello, se reiterarán situaciones que clarificarán la línea argumental del protagonista.

Tomé las precauciones para no descolorar la voz de Wolfgang. En todo momento me abstuve de disfrazar pensamientos o apostillar valoraciones que disminuyeran o exageraran la gravedad de los puntos de vista expuestos. Por brutales que me hubieran parecido los hechos, he sido un replicador fidedigno de las situaciones y de las ideas que se ceñían sobre ellas. La voz de Wolfgang no es la de un eunuco moral ni igualmente la de un converso, es la voz de un propagador de su verdad.

Me tomé muy a pecho la misión de ordenar y otorgar una coherencia a los escritos que fueron redactados en épocas diferentes y en forma fragmentaria. La fragmentación que revelan los textos es debido a que fueron escritos en diferentes etapas de su vida. Establecí la cronología de los acontecimientos para salvaguardar la comprensión. Tenemos que tener en cuenta que el material no fue redactado de un tirón. La elaboración de la redacción fue interrumpida por los vaivenes de la agitada existencia. La verdad es que no pude datar las fechas de los manuscritos. Deduzco que su intención era continuar y terminar en la calma del exilio, pero la

aclimatación a su nuevo entorno estuvo cargada de experiencias inesperadas. Desde que pisó América del Sur creo que sus prioridades pasaron a ser otras.

Nunca pretendí ser un apologista o un detractor, me guiaba el propósito de comprender la maldad y la bondad del corazón. Mi función de publicista se inició y terminó con el descubrimiento, la recolección y la sistematización de los manuscritos. Siempre partí de la base de que el biografiado no era un mentiroso. No sabía mentir. Recolecté todo tipo de información y las balanceé. Me vi tentado a concluir que se trataba de la vida de un hombre que se reveló contra su fragilidad y el destino mortal.

Me interesaba saber qué impresión causaba. ¿Seducía o despertaba resquemores? ¿Tenía un trato afable o áspero? ¿Era arrogante o humilde? ¿Escondía o no su condición de exoficial de las SS? ¿Poseía una psicología estructurada o libraba sus emociones a la espontaneidad? La única forma de obtener qué sensaciones despertaba era la de acudir a los sitios y conversar con las personas que tuvieron algo que ver con él. Tuve que viajar al Brasil, Argentina y finiquitar mis investigaciones en Asunción. Mi presencia en diversos lugares fue de utilidad para comprender las peripecias de Wolfgang. Así pensaba y obré en consecuencia. A través de terceras personas, que mantuvieron contacto con él, pude desentrañar las desparejadas características de una psicología que se presentaba como imbricada e impenetrable. Me focalicé en distinguir cuán inauténtico era cuando actuaba por necesidad y cuán sincero era cuando procedía guiado por su libre albedrío. Me propuse echar luz a las oscuridades que envolvían su alma. Quise sonsacar la verdad de un hombre que sostuvo una actitud combativa frente a la adversidad, pero que fue humanizado por el amor de una mujer. En el fondo intenté desvelar cómo un portento de temperamento y convicciones sucumbió ante la debilidad de un cuerpo tierno, frágil y tibio.

Un arduo trabajo precedió a la elaboración definitiva de esta compilación. La recopilación y la lectura se pueden convertir en una actividad morosa cuando uno se siente obligado a ejercer facultades judiciales, lo más sencillo es inclinarse a querer juzgar con las verdades de uno. La verdad de uno tiene el vicio del subjetivismo y la verdad revelada tiene la contaminación de las necesidades del presente.

El lector comprobará más adelante que la conclusión de este relato

demandó un esfuerzo descomunal. En mi fuero interior se entabló el debate del porqué un hombre que considera la justicia de su causa es capaz de recorrer todos los caminos.

Una vez que urdí el texto hice que reposara. No se trataba de que el texto cuajara en el papel. Menguaron mis ganas de edición pues atravesé un periodo en el cual simpatizaba con la personalidad de Wolfgang. Soñaba con haber llevado una vida con adrenalina. Deseaba haber vivido un fragmento de esa biografía, enseguida despertaba a la realidad y comprendía que con mi insípida personalidad no le llegaba ni a la suela del zapato. Me arrobó el frenesí de desear lo prohibido. Justificaba mis delirios con el ardid de que el biógrafo termina sabiendo más sobre el biografiado que el propio biografiado. Me invadían deseos que me extrañaban. Me desconocía, parecía que un extranjero me habitara. Evaluaba qué hubiera sido de mi vivir si hubiera disfrutado de una cuota mínima de coraje y amor al peligro. En el pecho comenzó a agitarse la inacostumbrada necesidad de trascender. Analizaba y comparaba mi vida con la de él, concluía que la existencia del pusilánime era inferior a la existencia vital de quien procuró traspasar los bordes de sus circunstancias. Me reclamé la insipidez de la vida de quien no era capaz de salirse de sí mismo. Admiraba de Wolfgang todo aquello que me era imposible realizar. Al fin de cuentas, jamás había superado los límites de la vida familiar y de las rutinas burocráticas. Admitiré que admiré esa vida errante y riesgosa. Pero no solo eso, también me sedujo la idea de que la gran Alemania nacionalsocialista hubiese ganado la guerra. Tanta lectura me enfrascó en el credo de que el gobierno del mundo les correspondía a las razas superiores, en un momento llegó a parecerme una idea noble. Iluso, como era, había sido embobado por las arengas de la jerarquía racial.

57. Por primera vez me aferré a ponerle punto final a lo que había empezado

Me convertí en el álter ego de Wolfgang. Como si lo hubiese conocido, extrañaba no conversar con él. Parecía que una parte de él me faltaba para terminar de ser un hombre. Tomé distancia porque, no lo negaré, por instantes, sentía que los pensamientos del nacionalsocialismo estaban bien pensados y las justificaciones bien justificadas. Me atormentaba la posibilidad de empatizar con planteamientos criminales que sobrevaloraban la raza y las limpiezas raciales. Me regalé un tiempo para meditar si continuaría o no haciendo realidad la obsesión. Mi luna de miel con las ideas nacionalsocialistas fue abortada por mis creencias religiosas. Gracias a Dios estas idean no echaron raíces en mis pensamientos.

En paralelo tampoco me inclinaba a alabar las reflexiones y a homenajear la vida de un secuaz del homicidio. Mas, a pesar de ello, la personalidad de Wolfgang sigue despertando fascinación. Cuando leía y corregía el material en bruto, pensaba ¿cómo y por qué un corazón que buscaba la pureza podía odiar desenfrenada y tenazmente? ¿A causa de qué una idea podía ser arrastrada hasta el extremo del fanatismo? Esta enjundiosa interrogante no la supe responder. Me planteé si lo que pasa fuera de nosotros no está al mismo tiempo en nuestro interior.

La condición de escribiente y biógrafo accidental hizo que mis ideas ondearan como fluctúan los movimientos en la oscuridad. Detestaba acariciar la idea de humanizar a un propiciador del holocausto. Apelé a todos los medios lícitos para impedir acabar dependiendo de la persona que yo creía haber creado. Durante la edición me vi tentado a perdonarlo, pero mi comprensión de los humanos no era tan solvente como para exonerar de

responsabilidad a quienes deliberadamente planificaron el infierno.

De la lectura de los textos deduje que Wolfgang no intentó en ningún momento aguijonear la fantasía del lector. Corroboré la idea de que a quien odias te gobierna. El odio determinó el procedimiento de los nazis. El relato se caracterizó por la honestidad y la crudeza de la descripción de lo acontecido. Este testamento contiene un texto veraz y corrobora que la nobleza puede ser una fuente de justificación para ejecutar el mal.

Wolfgang era un convencido de la nobleza de su causa. En ningún momento se revela como un arrepentido, igualaba el arrepentimiento a la traición. Encarnaba al narrador hacedor de hechos. Un relator protagonista que no apela a eufemismos o sensiblerías para inventariar las crudezas de su verdad. Actúa de manera testaruda como quien no rehúye las consecuencias de sus procederes. El comportamiento de Wolfgang corrobora que las creencias pueden ser impiadosas y combustible para el mal. El personaje no es sinuoso, tampoco un peregrino zigzagueante en la búsqueda de la salvación. Rechazaba el veredicto que conllevaba la derrota, además, con arrogancia, advierte que la historia eximirá a todos aquellos que actúan cumpliendo sus ideales. Sostiene que el perdón descansa en la nobleza de las ideas y en las fuerzas impulsadas por ellas. Lo incordia el veredicto de los vencedores, como él los denomina los victoriosos del ahora. La fuerza de sus convicciones lo conducen a desdeñar el perdón divino. Lo descripto encierra su verdad y veda al lector la prerrogativa de imaginar otras posibles situaciones.

El apellido de Wolfgang nunca me fue posible detectarlo. Hay cosas y circunstancias que no atreví desenterrar. En verdad, he intentado preservar al protagonista en el anonimato.

La valentía no es un rasgo constitutivo de mi psicología, existen ciertas situaciones que el solo hecho de pensarlas me aterran. La inercia de mi carácter me induce a cerrar los ojos.

Referí estas limitaciones pues no escaparé de la norma según la cual el biógrafo es siempre un poco más que tolerante con su biografiado. Mientras trabajaba en el material no negaré que sufría ataque de pánico.

El involucramiento en la vida de Wolfgang me contagió un miedo inesperado. No se ausentaba la sensación de que alguien pueda tomar represalias en contra mía. Temía ser molestado en el trabajo y mi curiosidad terminara perjudicando a mi familia. Entre tantos dimes y

diretes se chismoseaba, en voz baja, que el Paraguay se había constituido en un refugio de nazis y simpatizantes de las extremas derechas. Los rumores me acobardaban, pero muy a pesar mío y de mi esposa, me hice del coraje para indagar in situ sobre algunos datos que se presentaban como imprescindibles. Para que lo narrado adquiera el ropaje de veracidad debía recibir la certificación de los hechos.

Ya anticipé que rastreé los pasos de Wolfgang en varios lugares de su estadía sudamericana. Durante la investigación conversé con amigos, médicos, curas e incluso altos jerarcas del poder político-militar. En el vecino país del sur solo quedaban recuerdos de un hombre de envergadura varonil, recia y germánica, pero de tibio corazón. En cambio, la imagen que Wolfgang legó en Asunción era la de un hombre perturbado y poseído por febriles delirios.

Antes de adentrarme en la etapa conclusiva de la biografía manifestaré que mi formación contenía conocimientos básicos de hechos históricos y reflexiones filosóficas. Uno nunca supone lo que se puede aprender a costilla de la experiencia ajena. Hilvanando el periplo de Wolfgang he descubierto que la vida tiene la necesidad de luchar. El eje central de la vida gira en torno a las necesidades innatas. Mi recorrido y mi batallar están preñados del destino de Wolfgang, al concluir esta obra buscaré el remanso en donde pueda amansar la inquietante ansiedad de verdad. Ya siento la necesidad del reposo y pensar que solo he luchado conmigo. La realización de una obsesión terminó modificándome el carácter.

58. El miedo al encuentro con la verdad

La evolución de esta obra ha implicado un aprendizaje inestimable. Se instalaron nuevas expectativas en mi existencia. Aunque casi nada cambió en mi vida, ya no soy el mismo. Mantengo la misma rutina y ayuno con la misma homilía, mas la imagen de Wolfgang insiste en acompañarme, sería como si caminara a mi lado.

A pesar de que me resultaba más tolerable el individuo de carácter débil y moderado, no desmentiré que la personalidad afianzada en dogmas y actitudes aceradas punzó mi fascinación y me provocó el disgusto con los hombres que navegaban en las aguas mansas. La biografía de Wolfgang conectó mi interioridad con el mundo exterior. Alineó mi persona con la verdad cruel y cruda del mundo. Procuré con el exsoldado de las SS adentrarme en mí mismo y que remolinara un soplo de imprudencia. No desmentiré la ambigüedad de sensaciones, por momentos, la determinación de Wolfgang me seducía y, al mismo tiempo, originaba un malestar estomacal. Mis tripas aventaban el miedo del vértigo.

La comparación se hizo inevitable, comparaba quién de los dos era más bueno y apto para la vida. La obstinación me otorgó el impulso de continuar y acabar con la historia. El afán de llegar al final me cambió la vida, confesaré que abarcó una experiencia que contradijo mi manera de comprometerme con los demás, mis hobbies y con mi tiempo libre. Solía ser una persona de hábitos interrumpidos. Era un irresoluto, me costaba clausurar lo que buenamente había puesto a funcionar. Comenzaba un libro y lo abandonaba en la mitad, me inscribía en un posgrado y asistía a clases de forma intermitente. Cuántas veces he ido a escuchar conferencias y no prestaba atención a las palabras del conferenciante. De pequeño me

era imposible escuchar las homilías y rezar el avemaría y el padrenuestro hasta el final. En determinadas fechas, cuando mi madre me obligaba a rezar el rosario, suponía un suplicio para mi concentración. Mis progenitores deseaban enmendar mi desatención censurando mis horas delante de la televisión. De niño esa era la pena que podían propinarme. Creo que como Wolfgang tuve progenitores bondadosos, mi situación era distinta a la del germano, mi carácter era dócil; sin embargo, el biografiado era un retobado y precoz en sus inquietudes. En mí hubo un despertar tardío. Parecía que viviera en las nubes. Todo apuntaba a que tendría una existencia gris. Destaco estos hechos reveladores de una personalidad perezosa que no era denominada por la necesidad de la trascendencia. Con este trabajo literario me sucedió todo lo contrario. Durante años la historia de Wolfgang me obsesionó, la obstinación me demostró que yo también podía ser otra persona. Quizás necesitaba demostrarme que era capaz de hacer algo que me trascendiera. Este capricho resultó gravoso y logré que concluyera. Ahora estoy en paz conmigo. Hice algo que no cualquiera puede hacer.

Lo que suena lindo demandó un esfuerzo. La limitada disponibilidad económica, la imposibilidad de dilatar mis horas de ocio, los compromisos familiares y profesionales y mis dudas fueron las razones por las cuales tuve que extender la conclusión de la obra. Sin pudor o vergüenza reconozco que no me sobraba el dinero para invertir en una investigación de temperamento polémico. Las quejas y en ocasiones protestas subidas de tono de mi esposa eran la cantinela de un lamento que pretendía priorizar el equilibrio presupuestario a mis, según su entender, delirios literarios. En ocasiones me ofuscaba y replicaba a las impertinencias conyugales que el dinero lo había ganado con el sudor de mi frente y que, tanto a ella como a mis hijos, nunca les faltó nada. La mesa siempre estuvo servida, los alquileres y las vacaciones pagadas. Cuando mis respuestas se hacían agresivas lograba que la cónyuge depusiera las armas y se ocupara de las faenas del hogar. No entendía por qué se quejaba. Nunca captó que mi esfuerzo se dirigía a querer ser alguien, desde niño deseaba identificar a alguien que me facilitara el abandono de la existencia vacua y tediosa.

No quise aparecer como el mentor de Wolfgang. No quería que me endilgaran ninguna clase de afinidad con el racismo o cualquier tentación totalitaria, ¡menos aún si fueron derrotados! El lector habrá notado que

todavía no me he identificado. No soy de ese tipo de personajes que arroja la piedra y oculta la mano. Mi personalidad es parca. Buscaba incitar un sentimiento subjetivo que me elevara. No necesito compartir este deleite con nadie y menos aún con quienes son incapaces de comprender que no siempre el hombre que hace maldades es malvado por elección propia. Publicaré el libro bajo el nombre de un seudónimo, he decidido salvaguardar mi nombre de cualquier imputación penal y mi seguridad física de cualquier acto violento. Me pulí como editor y biógrafo, ahora el lector tiene a su disposición el derecho de emitir su veredicto.

La candidez que me atrapaba me ha inducido a refutar el fanatismo. Siempre estuve alejado de las tentaciones autoritarias o totalitarias. Después de la prolongada investigación, he abrazado con más ímpetu y vehemencia la causa de la libertad y del desarrollo de un proyecto civilizatorio que humanice al ser humano. Cometeríamos un craso error si pensáramos que solo los nacionalsocialistas programaron orgías de sangre. El nacionalsocialismo ha encarnado al demonio, pero que esto no sea utilizado de álibi. Demonizar para esquivar la responsabilidad es confortable. Recordemos que no fue la única vez que la historia anduvo por los andariveles del odio y el crimen.

La parquedad inhibe mi derecho a la exageración. No he matizado donde el ojo ha observado agudamente, como tampoco exceptué donde se sugiere que las leyes de la historia exceptúan. Quizás nunca obtendré tanta sabiduría, pero, a pesar de mis lagunas intelectuales, no declinará mi compromiso con la verdad. Ese desmedido afán me singulariza.

Mi esposa me llenó la cabeza de fantasmas. Además ¿quién me garantiza que lo que pasó no volverá a pasar? ¿Será que cuarenta millones de muertos fueron suficientes para que los hombres aprendan? ¿Quién garantiza que los adelantos científicos han mejorado la moral del humano? Muchas veces he pensado que lo que hice con esta obra tampoco servirá para nada.

El anonimato ofrece sus beneficios sin esperar recompensas. En mi caso esta obra quedará destinada al anonimato, no llevará mi firma. No pondré la cara, un hombre sin identidad reposa sin agravios en su tumba.

59. Descubriendo el mundo de la exuberancia y la sensualidad

De acuerdo con los datos, que no son del todo precisos, Wolfgang se ausentó de Europa a finales de 1949 o en los inicios de la década de los cincuenta. Su arribo a Río de Janeiro no está documentado, el pasaporte que usaba y que contenía su identidad falsa fue sacado de circulación o se extravió. Las fechas del arribo y establecimiento no están datadas con exactitud, este detalle demuestra mi fragilidad pericial. Nunca accedí a documentos identificatorios, lo único que me fue posible obtener fueron los partes médicos que referían su estado de salud. Los diagnósticos relativos a su estado de salud los obtuve en Asunción y con ellos cerré el círculo existencial del biografiado. Creo que Wolfgang por táctica evitaba que sus actividades fueran registradas en forma documental. Borraba las huellas por donde pasaba. Parecía que las instrucciones recibidas lo inducían a invisibilizar su presencia. La estadía en el Brasil ha sido confirmada por fuentes de diversa índole. Él mismo había comentado que, a su arribo, se sintió alelado y subyugado por la exuberancia tropical. Afirmaba que el paisaje de la ciudad le provocó deseos de una vida disoluta y apartada de la severidad disciplinaria.

Testigos manifestaron que se lo veía fatigado y, por qué no admitirlo, fastidiado. Parecía que hubiese captado que en ese momento había que emprender una vida alejada de las rigideces del dogma y el manual. Necesitaba aires frescos, deseaba respirar sin sentir la obligación de hacer o dejar de hacer. Procuró, sin claudicar en sus ideales, disfrutar el oasis de la libertad individual. Reemplazó su estilo lacónico por uno locuaz y gentil. La insólita sensación de mañanas y tardes soleadas excitaron emociones

pioneras. El cuerpo, la mente y su alma comenzaron a ser visitadas por sensaciones inéditas y francas. Quería navegar en un océano de oleaje ignoto. La combinación del mar, la playa, la vegetación y un cordón montañoso que rodeaba a la metrópoli despuntaron en su mente la alucinación del paraíso terrenal. Comparó el clima cálido y húmedo con el frío berlinés y la gélida estepa rusa, concedió la razón a las habladurías que sostenían que las condiciones exteriores modelaban las costumbres y el temperamento de las sociedades. Infirió que la calidez liberaba amablemente la pulsión sexual de los cuerpos. Lo arrobaban la tibieza de los vientos, el verde agreste de las plantas y la luminosidad que se colaba en cada rincón. Todas las cosas parecían tener un fulgor ardiente y vivaz. Comparó y concluyó que el retraimiento de las personas del norte se debía a la oscuridad diurna, el cielo plomizo y el acento crepuscular de las horas. En oposición, la claridad vespertina y los atardeceres azulados gratificaban el estado de ánimo, alimentaban el buen humor y daban ganas de estrujar las emociones. Admitió que había arribado a un medio prefijado para la espontaneidad y lo voluptuoso. Se contempló dichoso como si se meciera en la ebriedad de las más dulces sensaciones. Percibía la voz interrumpida en oleadas del mar y bajo la piel se le sumergió una sensibilidad anómala. Conjeturó que el medio lo arrojaba a la sensualidad y al usufructo de los placeres de la carne. La piel morena, los ojos negros, la cabellera abundante, los puntiagudos escotes, las caderas oscilantes y la dulzura en el habla hacían de cada mujer una revelación para un peregrino sin fe. Estaba arrebatado por la ligereza de las vestimentas y por la naturalidad con que se podían entablar relaciones interpersonales.

Obviamente con su tipo germano erguido, elegante, de complexión atlética, rubio, con una leve melena, ojos azules, rostro angular y aires aristocratizantes, no pasaría desapercibido. Procuraba darse una apariencia distante de las inflexibilidades y de los puntos de inflexión, ahí que se dejara los cabellos más largos de lo convencional. Abandonó la figura del hombre recio y marcial.

A su llegada fue protegido por una familia alemana que, si bien había emigrado antes de 1914, era partidaria de la Alemania nacionalsocialista. El furor del pangermanismo originó, fuera de Alemania, núcleos de población alemanes ensimismados y nostálgicos. Durante el transcurso de la conflagración los emigrantes teutones construyeron, entre ellos, estrechos

lazos y solo compartían con los locales que eran explícitamente partidarios del eje.

En definitiva, nuestro personaje no tuvo dificultades de aclimatación. Pensaba que el éxito de su escapatoria y que lo recibieran con los brazos abiertos estaba significando que la fortuna le sonreía. Lo embelesó lo que nunca se había imaginado. Desembarcó y halló una naturaleza que lo arrobaba, de igual manera, en lo humano recibió la solidaridad de gente que compartía sus mismos ideales. Al poner los pies en Sudamérica tomó contacto con compatriotas, un conjunto heterogéneo de europeos y un puñado de norteamericanos que gestionaban inversiones. Todos lo miraban con admiración y no faltaban los que presumían de que escondía un pasado de gloria militar. Quienes conversaban o socializaban con él estaban ansiosos por indagar en su pasado, entre los conocidos y los que circulaban a su alrededor se instaló la conjetura de que Wolfgang sabía mucho más de lo que decía. Conjeturaban que se escudaba en su nueva identidad y el secreto que guardaba le impedía cometer un error guiado por la vanidad de manifestar que en su pasado fue una personalidad. Comedido en sus expresiones, jamás se le ocurrió confesar que estaba habilitado para circular en las altas esferas del poder nacionalsocialista. La vanidad o la necesidad de reconocimiento social no espoleaban su conducta. Gracias a la acogida que le proporcionaron, se sentía cómodo y encubierto. Hablaba en alemán con sus parientes adoptivos, el uso del idioma materno traía consigo la atmósfera de sus orígenes. Conservaba una sólida base en latín y griego, meditaba que el aprendizaje del portugués no le significaría mucho esfuerzo, que sería una faena simple, esta presunción se cumplió. De igual manera, cuando, más adelante, emigró y se situó en la Argentina, el aprendizaje del español le resultó aún más fácil.

Los alemanes y sus descendientes que permanecían en Brasil profesaban una adoración inquebrantable y religiosa a todo lo germano. Los brasileños señalaban que eran más alemanes que los alemanes de Alemania. Cuando referían costumbres o tradiciones lo hacían con un furor enmarcado en un idealismo pueril. En ellos latía insobornablemente la nostalgia de las cosas perdidas. Este fue el caso de la familia que lo había acogido. La visión romántica y adónica de lo alemán no les permitía distinguir que la guerra había terminado, que Alemania había sido derrotada y que nunca antes con locuaz vehemencia fue ejercitado y fomentado el endiosamiento de la

muerte.

Esta gente emigrada estaba convencida de que hubo y continuaba el complot contra Alemania. Todo lo que se filmaba, se decía y escribía consistía en propaganda inmunda y lastimera difamación hebraica. Lo único que buscaban los judíos era volver a clavar un puñal en la espalda de los alemanes. Desechaban las informaciones provenientes de los campos de concentración. Obviamente, las adhesiones al nacionalsocialismo se tuvieron que disipar o, en determinas situaciones, desaparecer. El escenario posbélico era hostil a las expresiones de adhesión al Tercer Imperio. El saludo maquinal de Sieg Heil dejó de ser utilizado y las proclamas y símbolos alusivos fueron guardados en los baúles y sótanos. Hay que subrayar que Brasil envió soldados a luchar en Italia contra Alemania y, por lo tanto, los brasileños no impugnaban los relatos periodísticos sobre el holocausto. Los alemanes contrapunteaban que la cifra de judíos muertos fuera seis millones y que hubieran sido gasificados. Los números estaban inflados y en ellos no se sumaba a la población civil de alemanes asesinados por los bombardeos aliados. Daban vueltas a las acusaciones exponiendo que toda esa narrativa no era más que un producto de la febril invención judía. Discrepaban invocando que los alemanes no eran capaces de tanto ensañamiento y que donde más había disfrutado y ascendido el pueblo elegido fue en Alemania. En privado, sin la presencia de los locales, expresaban que los judíos se merecían eso y aún más.

En ese contexto, Wolfgang se contemplaba como un soldado que había hecho lo justo y necesario para la salvaguarda de los intereses alemanes. En verdad, nadie lo escucharía referir una anécdota de su pasado. Cumplía rigurosamente el manual que indicaba que no tenía que absolver posiciones relativas a su participación en la guerra. Cuando alguien le preguntaba en qué frente había combatido, reponía que había participado en la ocupación de París y Dinamarca y realizado actividades administrativas como, por ejemplo: haciendo traducción de los informativos de los enemigos. En repetidas oportunidades agradecía a los anfitriones que sin merecerlo lo habían acogido como si él fuera un huésped relevante. Se le oyó decir que se sentía como en su casa: "Ich bin zu Hause".

Quienes lideraban grupos distinguían que Wolfgang estaba constituido de un talento desacostumbrado entre los subalternos: sabía cumplir órdenes que conllevaban otras instrucciones. Debido a la red de contactos y a su

apariencia de sujeto predecible y talentoso, en muy poco tiempo consiguió un puesto de trabajo en una representación de una trasnacional norteamericana. Obviamente, su dominio del inglés, la elegancia con la que se ataviaba, el formalismo que imprimía a su proceder, la cultura que acaudalaba su personalidad, la facilidad para los idiomas, la ranciedad de Junker prusiano que lo arropaba, el recato en sus comentarios, la noción teológica de la jerarquía y la tonalidad blanca de piel aceleraron que lo emplearan para una labor bien remunerada. Notaron que reunía destreza y ductilidad para cumplir diversas funciones. Como era de esperarse, Wolfgang no defraudó a los empleadores y escaló, prontamente, a posiciones de envergadura. La obsesión por la puntualidad, la forma ordenada y precisa de presentar los informes, sus gestos marciales y la claridad conceptual con la que ordenaba sus exposiciones hicieron que en un par de semanas se tornara un elemento imprescindible. Encarnaba a la persona con talentos innatos y talentos adquiridos en la extenuación de la disciplina jesuítica. Daba la impresión de que las nuevas circunstancias harían posible que se le diera inicio a una nueva etapa de su existencia. Se sentía a gusto en Río de Janeiro. Comenzó a gozar de la vida nocturna, de la playa y de mariposear con las mujeres. Donde él se aposentaba llamaba la atención. Las señoras detenían las miradas en él, sin proponérselo comenzó a beneficiarse de las prerrogativas del galanteo.

Los conocimientos filológicos y la desinhibición aceleraron su adentramiento en el portugués. Decidió inclinarse a usufructuar los beneficios de una vida sin rigores y distendida. No sentía el gravamen de obedecer las órdenes de arriba ni tampoco el decretar marcialmente el orden del día. Por primera vez habitaba en un ambiente poroso a las digresiones, laxo en las normas, indeciso en los procedimientos, ambiguo en los patrones de comportamiento y desprolijo en el deambular burocrático; estas circunstancias lo dispusieron a insertarse en un mundo indefinido y gaseoso. Sopesaba que en esta jungla había sitio para hacer cosas nuevas y hallar lo incógnito. Apartó a un lado su vocación y su compromiso pangermanista para enfocarse en él. Necesitaba lo que nunca antes había probado, quería volar su propio vuelo, compenetrarse con emociones que antes le parecían ridículas. Necesitaba licenciarse, apoderarse de banalidades y ponerse a disfrutar del color de las frutas, la piel y el ocio. Lo acosaba el enfado del perdedor del tahúr que apostó todo en la última

jugada. En desemejanza a los que no combatieron, a Wolfgang lo compelía el imperativo de volatizar de la memoria escena y eventos dolorosos. Acariciaba la idea de finiquitar una etapa de su vida. Hubo momentos en los que quería olvidarse, cerrar los ojos para imaginar el futuro. Las ganas de dimitir lo tambaleaban. Instaló la disputa entre el pasado y el futuro. Optó por un nuevo inicio y concibió buscar un nuevo sentido a la vida. Comenzó a comportarse como alguien que decidió reorientar su vivir. Sufría experiencias virginales al regocijarse de las pequeñas cosas; por ejemplo, tenderse al sol, jugar fútbol, hablar de trivialidades y comentar sobre preferencias culinarias. Algo flotaba en el aire que lo hizo entrar en razón y comprender que la guerra no era el denominador común y que procurarse la vida al lado de una mujer no sería una mala idea. Cambió el concepto que tenía de las mujeres. Confesaría a una persona a quien entrevisté que se decidió a constituir una familia, él, que, como él mismo se definía, desde antes de nacer se comprometió con el nacionalsocialismo, ahora pensaba que le había llegado el momento de construir lo que habían hecho sus padres, una familia.

Se formuló lo que se plantean quienes se encaminan a rehacer su vida al lado de otra persona. Wolfgang siempre había sido un hombre en el que, de igual manera en que obedecía o tomaba una decisión, siempre abundó el coraje y la severidad. Se puso a divagar y alucinar de cómo hallaría la mujer con quien fundaría una familia y tendría hijos. Aquí haré un paréntesis. Presumo que, a los destinatarios de este material les resultará extraño que al dogmático de Wolfgang se le desvanecieran sus preferencias políticas y su panorámica apocalíptica del mundo. Las preguntas que caben hacerse para decantarnos por una explicación plausible son: ¿la fatiga y la fastidia fueron las causantes de que adjurara de sus ideales? ¿Se hartó de remar contracorriente? ¿La derrota le impuso la servidumbre del converso? ¿El ímpetu de combatiente se dilapidó y fue sustituido por la caridad del abnegado? ¿Se juzgaba compungido por todo lo que vio? Y ¿le urgía una nueva forma de vida? Todas las preguntas son procedentes y legítimas. Corresponde intentar dar una respuesta. Para hallar la respuesta hay que hurgar en el corazón y para esa tarea me considero un postulante a novicio. He pensado mucho qué bicho le picó o qué circunstancia hizo que enflaqueciera su compromiso. Tuvo que haber sido asaltado por una nueva obsesión y sucumbió frente a un acontecimiento revelador o abismático.

Cuando tomó esta resolución todavía no se había cruzado con la mujer de su vida. Entonces ¿qué sucedió? He examinado e imaginado sus días y sus noches en esa etapa de su vida. La única justificación que hallé para explicar sus nuevas expectativas sugería que, al desligarse Wolfgang de sus compromisos de la militancia y de las obligaciones estatales, se internó en él la vacante que origina la ausencia del frenesí del político en tiempos apabullantes. La lucha y la fe en la superioridad aria lo exaltaban. Recordemos que desde la niñez se le había afianzado la esperanza de que era portador de un destino desmesurado. Las obsesiones traducidas en un frenético accionar impidieron que en su imaginación hicieran su sitio formas alternativas de vida. Vivía de y para el nacionalsocialismo. Al volatilizarse ese mundo comenzaron a hervirle en la cabeza y el estómago arrebatos relativos al vaciamiento, al baldío, a la nada, al sinsentido, al absurdo y a la indiferencia. Sintió la necesidad de mirar la vida de adentro hacia afuera. Esta introspectiva era requerida al solo efecto de poder aclarar el final de esta biografía.

60. El camino equivocado de una pasión

Enseguida Wolfgang cobró notoriedad en el círculo de europeos. La comunidad teutona le profesaba estima y respeto, y para los demás europeos se trataba de una figura que prototipaba al ario. Lo consideraban un hombre con un pasado en su sombra. La imagen de él estaba inmersa en la incógnita de por qué una personalidad elegía sitios postreros para sobresalir. Prescindiendo de los prejuicios y las insinuaciones, no hubo quien quisiera privarse de su presencia en las fiestas. Es verdad que no dominaba la destreza del baile. Poseía una psique rígida que le frenaba menear las caderas al son de la samba. Sin embargo, a pesar de su inaptitud para oscilar las nalgas, vibrar las piernas, mover los pies y agitar los brazos, se requería su presencia y, cuando se presentaba, revoloteaban las fantasías femeninas. Su presencia ornamentaba la atmósfera de incógnita y señorío. La característica de no renunciar a las formas lo pintaba con rasgos aristocráticos. La estampa varonil, la cabellera con mechones plateados, los ojos brillosos y la piel tostada por la incidencia solar hicieron que las mujeres concursaran para sacarlo a bailar o entablar una conversación refrendada con aproximaciones pasionales. Ahora bien, Wolfgang comenzó a percibir que las mujeres se le insinuaban y que estas le excitaban fogosas pasiones. El protagonista que siempre había sido un animoso para avecinarse al peligro se veía en figurillas para salir airoso del abordaje de una mujer. Estaba preparado para cualquier actividad o compromiso, menos para el flirteo. Había dedicado toda su vida a labrar las emociones que lo endurecieran para el rencor y el fragor del combate, pero era un inhábil para admitir el indulgente arrobamiento del amor.

Una noche fue invitado a un convite organizado por la comunidad

española e italiana. En un inicio no deseó asistir por el recelo de explicitar su concepto sobre los italianos. Temía criticar la cobardía, la traición y la incapacidad militar de los peninsulares. Quería eludir trabarse en litis con alguien que insistiera en la hidalguía del soldado italiano. La dueña de la casa que le brindaba hospedaje, Frau Angela, insistió en que asistiera a la fiesta. Ella revalidó que los italianos no eran buenos como soldados, pero eran entretenedores y divertidos fiesteros, además estarían algunas españolas. Añadió que entre las españolas hay una que se caracterizaba por su hermosura exótica y sugestiva. Acotó: "Ten cuidado con lo que digas, es una fanática del republicanismo marxista".

La puntualidad lo compelía. Wolfgang llegó a las veinte horas, como indicaba la tarjeta de invitación. Al llegar pensó que se había equivocado de dirección, creyó haber llegado a un sitio equivocado. Llamó con las palmas para que lo hicieran pasar. Tras una escueta espera, un mayordomo mulato lo invitó a pasar. Notó que era el primero en llegar. Aprovechó para hacerse de una idea del lugar. La necesidad de reconocimiento de la plaza acreditaba que las costumbres pasadas perseveraban. Se embarcó en la tarea de otear en todos los ambientes. Catalogó que los espacios eran amplios, estaban aireados y pulcramente aseados. El mobiliario era de estilo barroco, a pesar de ello la distancia entre ellos garantizaba una espaciada circulación de las personas. Las luces de los salones estaban encendidas. Las mesas fueron adornadas con arreglos florales y en ellas posaban los ágapes de pescados y ensaladas frescas. Otra mesa, ubicaba en paralelo, fue cubierta y tupida con frutas tropicales y de temporada. No se detuvo, quería indagar si la concurrencia estaría integrada por exiliados empobrecidos o inmigrantes que hicieron fortuna. Circuló por la amplitud del ambiente hasta desembocar en el jardín. Observó que, dándole la espalda a un conjunto de árboles frutales, se ubicaban los equipos de una orquesta y al costado de los instrumentos se había instalado una mesa de tragos. Caviló y se dijo a sí mismo que todo estaba perfectamente organizado. Supuso que los participantes serían pudientes y sería una noche de excesos y voluptuosidades. Quizás ingenuamente creía que entre gente adinerada existían menos posibilidades de que se colaran agentes del espionaje. Mientras deambulaba como un alma solitaria encendió un cigarrillo. Perseveró con su costumbre de hurgar en cada minucia. Mientras echaba una ojeada panorámica escuchó la

música de unos pasos de liebre que se aproximaban, esa tenue sonoridad distrajo e interrumpió sus observaciones. Oyó una voz femenina que daba instrucciones con rapidez y en un idioma que no era el portugués. Al escuchar el seseo reconoció que la voz de la dama era la de una española. Recordó que Frau Angela lo había puesto en conocimiento de que notaría a una mujer de rostro y estampa cautivantes.

Wolfgang había desarrollado una sensibilidad preventiva ante todo lo que sucedía a sus espaldas. Pronto comprendió que la melodía de detrás era la de una joven que intimidaba. Giró sobre sus pies. Al echarle una mirada a la joven juzgó que verdaderamente se trataba de una mujer de atractivo excepcional. Intuyó que se aproximaba para abordarlo y que debía disponerse a evacuar sus consultas. Se acobardó pensando que el lado oculto de su personalidad podía salir a relucir. A pesar de ser un hombre apuesto y seguro en los campos más complejos y difíciles de la vida, en su actuación con las mujeres mostraba retraimiento, inseguridad, timidez e incluso un leve tartamudeo. Saludó a la mujer con un movimiento afirmativo de la cabeza. Se aproximó y le tendió la mano. Ella, para sorpresa de él, lo besó en la mejilla, se sonrojó y ella avizoró en el rostro una sonrisa.

—Me llamo Mari —dijo ella.

—Soy Wolfgang —repuso.

—Ah, tú eres el alemán de quien todos hablan —intervino Mari.

—Sí, soy el alemán. Un gusto conocerte. Frau Angela me comentó que usted es muy buena persona —contestó Wolfgang.

—A mí también me dijeron que eres muy atractivo e inteligente. Por lo que veo no estaban equivocadas —replicó con picardía.

—Usted tiene fama de ser muy bonita. Observándola consiento que el comentario se compadece con la realidad.

—No es para tanto, ¿qué tal te trata el Brasil? —inquirió Mari.

—Muy bien. No tengo quejas. Además, ¿qué podía hacer si me quedaba en mi país? Alemania está destruida y no hay trabajo —expuso.

—O sea, ¿no saliste por cuestiones políticas? —preguntó lacónicamente.

—¿Por qué por razones políticas? —interpeló Wolfgang.

—Pues, por aquí hay muchos compatriotas tuyos que huyeron de la justicia. Obviamente, oficiales que estuvieron involucrados en crímenes de guerra. ¿Eres afiliado al partido nazi? —preguntó con acento inquisidor.

—Ni yo ni mi familia ingresamos a las filas del nacionalsocialismo. Mi padre combatió en la Primera Guerra Mundial. Fue condecorado por su actuación valiente en Verdún. Empuñó las armas. Lideró un pelotón de infantería. Fue herido y volvió voluntariamente al frente. Solicitó le dieran una responsabilidad con la cual orillaba la muerte. Le encargaron la labor de hacer de correo. Iba de trinchera en trinchera transmitiendo verbalmente las órdenes impartidas. Mi padre sigue con vida y, con orgullo lo puedo afirmar, es un héroe. Mi padre amaba Alemania, pero siempre odió a Hitler. Pronosticó que con los nazis habría otra guerra. Estuvo afiliado al Partido Socialista. De su boca nunca se pronunció un juicio favorable para Hitler. Él nos abrió los ojos, a mi hermano y a mí —dijo Wolfgang con voz grave que transmitía veracidad.

—Yo provengo de una familia republicana. También éramos afiliados al Partido Socialista. Y tú, ¿dónde combatiste?

—A mi hermano le tocó lo más duro. Él peleó en el frente ruso, de hecho, pensamos que está con vida. Creemos que está preso en Siberia. Tuve más suerte. Estuve en Dinamarca, Noruega y París. Luego me trasladaron a Berlín para que realizara trabajos administrativos. En verdad no experimenté la crueldad de la guerra —declaró delatando sinceridad.

—Mira, nunca entendí que un pueblo tan culto rindiera una lealtad canina a un apóstol de la crueldad. Mi familia apoyó al grupo perdedor. Perdimos la guerra gracias al apoyo que los alemanes e italianos dieron al malparido de Franco. Por eso me tienes acá —comentó Mari.

—Mejor cambiar de tema. Las guerras siempre traen tristes recuerdos, ¿a qué te dedicas? —inquirió Wolfgang.

—Trabajo como secretaria en un organismo multilateral de crédito para el desarrollo. Si necesitas dinero, te puedo conseguir un crédito —dijo ella en forma jocosa.

—Más que dinero necesito saber más cosas de ti.

—Pero tenemos toda la noche por delante. Espero me invites a bailar —solicitó ella.

—Como buen alemán no bailo muy bien. Pero lo haré con la condición de que no te rías de mi baile. ¡¿Me prometes que no te burlarás de mi manera de bailar?!

—Te lo prometo. No me reiré.

El festejo transcurrió entre carcajadas, bailes y conversaciones banales.

No hubo un motivo que justificara la reunión. El ambiente era un jolgorio y bullían las ganas del desenfreno. Los presentes solo querían pasarla bien y muchos deseaban traficar con el comercio de la carne. La fiesta se dilató hasta los primeros fulgores de luz solar. Durante toda la noche Mari y Wolfgang no se dejaron de seguir con la mirada. Se buscaban como dos adolescentes, conversaban como viejos amigos y se gastaban bromas para ir saltando las barreras. El comportamientos de ambos reflejaba que esa no sería la única y última noche. Cuando la pista de baile quedó vacía, en ese instante Mari se dirigió a Wolfgang y le solicitó que cumpliera con la promesa de que la invitara a bailar. Él tomó la iniciativa como un acto de coraje que testimoniaba un carácter fuerte. Se pusieron a bailar y ella le declaró que le gustaba como hombre. Textualmente le manifestó que parecía un actor de cine y que siempre había soñado tener un novio actor. La sorpresa inhibió a Wolfgang e inmediatamente repuso "eres bellísima". Mari lo abrazó, recostó su cabeza en su hombro y con énfasis dijo "bésame". No podía creer que una mujer tan bella se fijara en él. La miró y estampó sus labios en los suyos, ella lo abrazó con frenesí y le sugirió "abrázame con fuerza, estrújame. Quiero estar lo más cerca posible, necesito olerte. Me encanta el olor de tu piel. Las cosas cuando tienen que pasar pasan y no se dejan esperar".

La cosa no pasó a mayores, ella había asumido el compromiso de que dos amigas pernoctaran en su departamento. Mari tenía un espíritu solidario, las amigas vivían alejadas del sitio de la fiesta y no era nada recomendable que anduvieran, a muy altas horas y sin compañía masculina, por los barrios periféricos.

Marcaron cita para pasar, al día siguiente, la mañana y tarde en la playa. Así aconteció, se encontraron, estuvieron conversando en la playa desde la mañana hasta que atardeció. Al atardecer caminaron y bebieron jugos tropicales hasta que llegó la hora crepuscular e ingirieron cerveza. Mari prescribió que "como alemán te gusta la cerveza y yo como española disfruto con el vino. Mas en este país el vino es malísimo, por lo tanto, nos embriagaremos con cerveza". Se pusieron a contarse cosas de sus vidas. Ella relataba cosas de Murcia, su ciudad natal, y de la dieta mediterránea. Él se sentía a gusto escuchándola hablar y viendo cómo con sus manos acomodaba su abundante cabellera. Mari tenía ojos ovalados y azules, era de estatura media. Sus senos contornados no sobresalían por su

protuberancia, sino por la dulzura que sugerían. En la playa su figura sedujo al alemán. La cabellera mojada, los hombros y las espaldas al descubierto, las nalgas levantadas, la silueta angosta, las piernas fornidas, pero finas, configuraban un cuerpo en consonancia con la amabilidad de la naturaleza. La hallaba hermosa y llena de vida, una mujer que encandecía el hierro en la fragua. Ella despertaba en él una pasión avariciosa y sucia.

Por mi parte, cumpliendo con mis funciones investigativas accedí a fotografías que me permitieron corroborar que la belleza de Mari era audaz y comprometedora. Observé en repetidas oportunidades las fotografías en las cuales posaban abrazados, caminando, sonriendo y haciendo monerías. A pesar de la armonía que testimoniaban, pensaba que a esas imágenes les faltaban un toque de ternura. Encontré que las fotografías tenían más misterio que magia. Representaban un juego de puzzle en el que iba a ser imposible la combinación armónica de las distintas formas. No sé por qué deducía que el uno no estaba hecho para el otro. En todas las imágenes se distinguía que no los juntaba el deseo de complementariedad, sino la necesidad de amortiguar la soledad que los embargaba. Ambos, a pesar de sus condensadas personalidades, estaban inmersos en un medio amable, pero sentían el desgarramiento del desarraigo. La relación de Wolfgang con Mari me hizo reflexionar. Me dediqué a especular sobre las variadas emociones y circunstancias que podían arrimar un hombre a una mujer. Mis indagatorias no se agotaban en esa curiosidad, persistían a través de esta pregunta: ¿por qué Mari, una beldad con muchos pretendientes, ponía sus ojos en un individuo que podía causarle quebrantos? No me fue posible descubrir por qué el amor incita pasiones que no se pueden dominar. He conjeturado que el hastío de la soledad, el desarraigo y la necesidad de alivianar el desánimo del desarraigo fueron las causales que empujaron a que dos destinos de signos contrarios se cruzaran en circunstancias insólitas e inesperadas.

En la playa hormigueaba un mundo de gente que desde la indolencia no se percataban de que la avaricia de una pasión se enardecía a fuego lento e indómito. Como si existiera una fuerza externa, que dirigiera los deseos y guiara el andar de los pasos, la pareja convino en que ese día que compartieron a orillas del mar no se agotara entre la arena, el agua y el sol. Habían despertado un deseo que, además de inmodificable, era perentorio. En él se erigió el instinto varonil de sexualidad y en el vientre de

ella repercutían las ansias de ser poseída. Sin expresar palabra convergieron en que el cauce de la razón fuera rebosado por un raudal de sensibilidades. Los cuerpos latían intimados y espoleados por pulsiones prescriptivas y expeditas. La necesidad los embriagó de ilusiones eróticas, sin intermediación de caricias o promesas de amor eterno coincidieron en que querían conocerse en la desnudez de los cuerpos.

Ella, que era la que tomaba la iniciativa, le indicó que la acompañara y añadió que alquilaba un departamento que no era lujoso, pero que para ella sola era más que lo necesario. Añadió: "Carece de toda sofisticación, es precario, pero a la vez, aireado y espacioso. Tiene ventanas amplias y una terraza que da a la calle. Ahí recibo a mis conocidos y amigos. Como verás, tiene una cama amplia, sanitario con ducha dentro del piso, cocina y un saloncito en el que leo y escucho radio". Wolfgang escuchaba atento y entusiasmado. Siguió cada una de las indicaciones y ni por asomo opuso resistencia. Se predispusieron para abandonar la playa, se sacaron la arena del cuerpo y se ayudaron a sacudirse la arena adherida a la espalda. Se besaron, se tomaron de la mano y se pararon en el sitio desde donde debían subirse al transporte que los conduciría al departamento. Hallaron dos sitios libres y se precipitaron en ocuparlos. Viajaron uno al lado del otro, se rozaban las piernas y besaban. Él la mordisqueaba en los labios y ella en el cuello. Las manos no quedaron ociosas. La mano de él buscaba el sexo de ella y la de ella el de él. Eran dos geografías colmatadas por pasiones que por años no fueron servidas.

Mari sacó de su bolso, que colgaba del antebrazo, la llave. Maquinalmente la metió en la cerradura. Con el pie, dio un empujoncito y deslizó la puerta. En la sala se espesaba la tensión de lo que se esperaba. Las ventanas habían quedado abiertas, esto favorecía a que se escuchara el oleaje y el bullicio callejero. Wolfgang la tomó de la cintura y la encaminó adentro. En la habitación se opacaba la tenue luz del atardecer. La penumbra iba conquistando la espesura de lo nocturno, la postrimería crepuscular impedía que las sombras se entornaran. La oscuridad propició que los deseos se desembozaran, los cuerpos humedecidos dilapidaran sudor y los senos de ella se aplanaran en el torso de él. Los brazos se rodaron para que él empezara a desnudarla y ella, con la indulgencia de una flor serena, se dejara desarropar. Mari sucumbió a las delicias, pero no cedió el derecho que la seducción confiere al menos necesitado. Ella no se

hallaba en un estadio de extrema necesidad afectiva, él, en cambio, sí.

Mientras Wolfgang la despojaba de todo lo que llevaba puesto, ella acercó sus manos al cinto, desabrochó la bragueta, bajó el pantalón y con furia lo despojó del calzoncillo. La desnudez, la fiebre corporal, la fruición del sobarse y la proximidad aniquilaron las inhibiciones. Los besos desencadenaron un forcejeo que produjo que ella se asiera del sexo erecto, lo aproximara a los labios de su vagina y, acordando el tiempo con la distancia, saltó y ligó sus piernas a la cintura de él. Con un brazo garantizó no desplomarse y con la otra mano condujo la penetración. Se apoyaba sobre los muslos, al unísono movían las caderas: él para adentrarse en la hendidura y ella para hospedarlo en su cavidad. Parado y exhibiendo una fuerza descomunal, la atenazó con sus brazos como queriendo aprisionarla. Se desaforó y desde el vientre una pulsión lo incitaba a reducir cualquier resistencia que se le opusiera. Con avaricia y voracidad la besaba, con los labios y la lengua recorría todas las oscilaciones de su piel. Perdió control de sí mismo. La bajó de sobre sus piernas y la forzó a que se inclinara de espaldas. La quería penetrar por atrás. Ella se negó y le proporcionó un empujón que no lo movió. Insistió en el coito. Ella lo abofeteó y él comprendió que el único modo posible era el convencional. La levantó con sus brazos y la acostó. Ambos estaban dominados por la necesidad y deseaban saciarse. Ella consintió y él continuó. Se montó sobre ella y terminaron el acto. Parecía que ambos querían saldar sus deudas con el pasado. Repitieron el acto sexual. Él evitó volver a ser amonestado y ella quería sentir la indulgencia mansa del varón domado.

Wolfgang dormitaba hasta que un ruido lo despertó. Se levantó de la cama. Sopesó calzarse el pantalón, pero recordó que se desprendió de la prenda en la sala de entrada. Se arropó con lo que tenía a mano. Divisó una sábana que lo cubrió de la cintura para abajo. Ecualizó el ruido de los utensilios de cocina y los pasos sigilosos de un visitante. Prestó atención y alcanzó a distinguir la respiración del anónimo. Con la mano derecha se hizo de un candelabro que adornaba la cómoda. Entreabrió la puerta de la habitación y apuntó la mirada hacia una corpulencia. Confirmó que un intruso había entrado. Había escuchado sus pasos, visualizado su contextura y ahora escuchaba que se servía un vaso de agua. Sospechó que no se trataba de un ladrón y que aquel esgrimía un cuchillo en la mano. Notó que el intruso se movía como si estuviera en su propia casa y que

además conocía los rincones del departamento. Concluyó que era un habitué, un proxeneta o el marido de Mari. Comenzó a sospechar que María ejercía la prostitución o que era una adúltera y que, anticipadamente, su pareja había llegado de un viaje. Hasta llegó a pensar que se trataba de una celada que ella quería tenderle. La celotipia febril lo llevó a concluir que ella era una farsante y que él fue engañado. Sospechó que lo había seducido porque quería sonsacarle informaciones de su pasado.

Consideró que había caído en las garras del servicio secreto israelí. La rabia se apoderó de él y su instinto lobuno solicitaba cartas en el asunto. Reverdeció lo que él mismo había solapado: los bajos instintos. Casi desnudo fue al encuentro del desconocido, quería que su retador le ofreciera el cuchillo y su garganta. Lo encaró con el torso al descubierto y los músculos tensados. El intruso no se inmutó, ostentaba la condición de hombre irreductible. De hecho, de altura y grosor era similar al de su retador. Wolfgang, con voz altanera, preguntó: "¿Qué está haciendo aquí?". La bravata del alemán no le cayó bien al anónimo, este se predispuso a no dejarse amedrentar. El hombre percibió que no era un connacional, sino que era un inmigrante que no se avergonzaba de no pronunciar bien el portugués. Razonó que, si estaba allí, era un muerto de hambre en búsqueda de refugio o trabajo. Esta sospecha lo mal entonó. No se esmeró en ser comedido en su respuesta: "¡¿Quién te crees que eres, gringo de mierda?!", lo interpeló, increpándole que él era el que debía dar explicaciones.

Wolfgang era un inaugurado en la violencia. La reprensión soliviantó y provocó la ira del alemán. Reaccionó al guante arrojado por el desafiante. Apuntó y arrojó el candelero, este se despedazó contra la pared. El forastero eludió que el objeto impactara su geografía con un juego de cintura y escorando el torso. La actitud agresiva de Wolfgang se acrecentó ante el desenfado desafiante del brasileño. Presintió que no lo respetaba. No toleraba que un mulato se riera de él. Al observar que no alcanzó el objetivo, avanzó sobre el extraño. Bramido de ira, con el honor herido, atacó. Era consciente de su fortaleza, de sus duelos y de la destreza adquirida en combate. Apuñó la mano y lanzó un golpe que alcanzó en el mentón del foráneo. La sorpresa encontró al desafiante con la guardia baja. El puñetazo lo dejó casi inconsciente, lo que supuso la imposibilidad

de cualquier reacción o defensa. El atacante continuó propiciándole golpes a dos manos y con las rodillas. La golpiza iba dirigida al rostro, los riñones y las costillas. La paliza fue sucesiva y contundente. El extraño no tuvo ni oferta ni la chance de solicitar una tregua. El primer puñetazo ya había marcado el destino del infortunado. En un instante lo tomó de la nuca y fue a parar al suelo. Demolido, cayó y, entonces, en ese momento, comenzó la seguidilla de puntapiés. Rendido y desvanecido quedó sin habla y consciencia. Expedía sangre por la boca, gemía y la respiración se pausaba errante.

Wolfgang se arrodilló para finiquitar la faena. Lo tomó del cuello y con las manos amoreteadas inició la estrangulación. En ese instante apareció Mari, que se lanzó contra la humanidad de su amante. Este, con una braceada, la empujó hacia la mesa, entonces ella empezó a gritar, a increparle su condición de asesino. Los reniegos no lo molestaban, parecían no penetrar en los oídos tapados por la ira. Ella se hizo del candelabro y le aplicó un golpe en la cabeza, el alemán se desvaneció, y ella, producto del esfuerzo y de la orgía de sangre, se desmayó.

Wolfgang despertó. La ira no había mermado, las ganas de continuar peleando perseveraban. Oteó a su alrededor para toparse con otro enemigo. Con las manos palpó que tenía la cabeza humedecida de sangre. Se levantó y se aplomó con las piernas. Movió la cabeza y las extremidades para eliminar la somnolencia. Caminó al baño, se miró en el espejo y observó que tenía los brazos magullados y una lesión en la cabeza. Revisó entre las toallas, pomadas, polvos, cremas, botellas de lociones, peines y cepillos hasta hallar el botiquín. Desenterró lo que necesitaba, esparadrapo y vendas. Necesitaba tapar la herida y con ello disminuir la hemorragia. Tomó alcohol y se desinfectó la herida. Lio una venda en la cabeza. Se aseó, inhaló y exhaló para recuperar el ritmo respiratorio. Abdicó en él la curiosidad de preguntar a Mari sobre su vida, sobre el intruso, sobre su prostitución, sobre su condición de Mata Hari o sobre su complicidad con los hebreos. Tampoco quiso cerciorarse de si su retador seguía respirando o había perecido.

Se ausentó del departamento evitando llamar la atención. Pensó que lo mejor era tomar un taxi. Antes de salir vio tirado en el sofá el sombrero del intruso. Se lo puso para que no se distinguiera que tenía la cabeza vendada. Lacónicamente, para que no reconocieran su pronunciación,

instruyó que lo transportaran a una plaza. El sitio estaba ubicado a mil metros de la vivienda de Angela. No quería que el taxista, caso fuera interrogado, supiera dónde quedaba su paradero. Entró a la casa pretendiendo no hacer ningún ruido, pero Angela ya estaba despierta y maliciaba que algo malo había sucedido. Ella no hablaba con él desde el día de la fiesta. Wolfgang había regresado de la fiesta, se durmió. A la mañana siguiente sin hacer ruido y despedirse partió para la playa. Angela imaginó que se marchaba a pasarse un día en el mar. Intuyó que no volvería para dormir, su olfato de mujer la hacía suponer que Wolfgang se había liado con una mujer.

Había amanecido y su huésped todavía no daba señales de vida. Conocía que en la playa se solían desatar grescas por exceso de alcohol, por un fanatismo futbolístico o por cualquier tipo de rivalidad. Cuando los jóvenes bebían más de la cuenta no se necesitaba de algún fundamento para agarrarse a los golpes o terminar en la calle apedreándose. Cualquier excusa baladí servía de pretexto para que bandas antagónicas se dieran trompicones. Al verlo llegar suspiró de alivio. Distinguió que él estaba alterado y que su sospecha de un pleito era confirmada. No sospechaba que el asunto había sido más grande de lo que se imaginaba.

Wolfgang, al cerciorarse de que Angela lo estaba esperando, se dirigió a ella. Las preguntas y respuestas no se hicieron esperar. Él necesitaba contar lo sucedido y ella estaba apresurada por saber de la gravedad o de la insignificancia de lo acontecido. Entablaron un diálogo que fue zanjado por las coincidencias ideológicas.

—Estuve muy preocupada. Desperté, me acerqué a tu cuarto y me asusté cuando comprobé que habías regresado y volviste a salir. Estuviste casi dos días sin aparecer. ¿Qué ha sucedido? Veo que te golpearon. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a un médico? —preguntó con ansias maternales.

—No, por favor, no llames a nadie. Creo que debemos actuar rápido y con sigilo. Nadie debe enterarse de lo que pasó —indicó Wolfgang.

—Pero ¿qué pasó? ¿Te golpearon por la espalda? ¿Eran varios los que te atacaron? ¿La pelea fue motivada por una discusión política? ¿Estaban borrachos? ¿La policía está enterada de lo sucedido? —ametralló Angela con preguntas.

—La cuestión es más compleja de lo que parece. No se trata de una pelea callejera. Acompañé a la española hasta su departamento. Me acosté

con ella. Hicimos el amor. En verdad la fiesta estuvo alegre, la gente era muy amable conmigo. A la mañana siguiente estuvimos todo el día juntos en la playa. No puedo negar que ella me sedujo y yo también la seduje. Ambos nos dejamos seducir. Me invitó a que pasáramos la noche juntos. Obviamente, a una mujer tan bella no se le dice no.

—Hasta ahí no veo nada de malo. ¿Con quién peleaste? —interrumpió Angela.

—Siempre me levanto antes que amanezca. Al despertar escuché ruidos. Me puse en guardia, me acerco y compruebo que un extraño andaba dando vueltas por ahí. Me increpa e insulta. Reaccioné y la verdad es que no sé si lo maté. Mari vino al auxilio del tipo. Monté en cólera. Ahora me domina la incertidumbre. No sé si el oficio de ella es la prostitución, si es una adúltera o una espía del servicio secreto israelí —relató Wolfgang.

—Es cierto. Las cosas para ti se han complicado. Debes salir de Brasil lo antes posible. La confusión de si fue un asunto pasional o de los servicios complica el panorama, además no estás seguro de si lo mataste o sigue con vida —acotó Angela.

—¿Qué debo hacer? —inquirió con voz temerosa de las represalias.

—Los camaradas te ayudarán. Saldrás de la ciudad y del país —aseveró ella.

—¿Adónde iré?

—Más al sur, irás a la Argentina. Ahí hay gente amiga. Muchos camaradas se encuentran allí. Tranquilos y sin complicaciones. Conseguirás trabajo y no te líes en peleas. Te recomiendo que no permanezcas en Buenos Aires. Esa hermosa ciudad se ha convertido en un nido de espías. Mantente alejado del jaleo. Vete al interior. A la provincia más lejana. Recuerda que desde ahora en adelante estás en la mira de los servicios secretos. No te metas en problemas y evita la compañía de europeos. Júntate con los locales. Aquí, por lo general, los nacionales no tienen idea de qué va la cosa —afirmó como una conocedora de lo que decía.

Wolfgang permaneció por dos días escondido. Después partió hacia la ciudad portuaria de Buenos Aires.

61. Mi Buenos Aires querido

Lo sucedido con Wolfgang en Brasil se asemeja al ejemplo de quienes habiendo encontrado el punto de Arquímedes lo abaratan no apoyando la palanca en el sitio indicado. Esa actitud apuntala la premonición de que dicha franquicia le ha sido concedida para direccionar la fuerza contra sí mismo. Estos rasgos demuestran el linaje de quienes tienden a la autodestrucción. Parecía que el protagonista, en el afán de librarse de sus demonios, cabeceaba un muro de una celda sin ventanas y sin puerta. Yo, como biógrafo, soy afín al juicio de que a Wolfgang la soledad le fue impuesta desde siempre. Los individuos que desafían a Dios optan por la soledad. Me he decantado a favor de la suposición de que lo atemorizaba el compromiso de anclar los sentimientos. Consideraba que el amor dibujaba un cuadro resbaladizo, un territorio en donde contemplaba que enajenaría la soberanía de sus decisiones. El instante sentimental era terrible, no por el instante en sí, sino por el miedo al futuro y por la merma de independencia. Estos rasgos hablan a la legua de que para procurar comprender a otra persona hay que ponerse en su sitio. Añadiré y, lo comprobaremos más adelante, que no existe una didáctica para enseñar a amar, el amor nace. Medito que en este tratado se hallarán insumos para cimentar la teoría de que tanto el odio como el amor eluden los dictados de la razón.

Cuando Wolfgang arribó a la capital bonaerense acogió la sensación de que regresaba a Europa. Juzgó que la ciudad tenía la amplitud, la arquitectura y el aire de algunas ciudades europeas. Opuso la sensualidad carioca a la paquetería de la capital rioplatense, conjeturaba que en ambas ciudades era preferible diluirse en el anonimato. Receló que con mucha facilidad podía quedar al descubierto y que, por donde abundaban

multitudes, era de esperar que los espías metieran sus narices. Las dos metrópolis eran la capital de dos países poderosos, ergo, todas las potencias mundiales tenían, en paralelo a su representación diplomática, la cede de delegaciones militares y espionaje.

A pesar de que el gobierno de turno le ofrecía garantías, no se fiaba de la situación. El olfato político lo hizo meditar sobre que la Argentina era un país cuya problemática no estaba resuelta. Las turbulencias, las movilizaciones y el dato, no menor, de que Perón no hubiera rubricado una tregua con los poderes fácticos lo hacían presumir que una asonada militar podía emplazar a que el General presidente se viera forzado a abandonar la Casa Rosada. Notaba que la popularidad de Perón no era suficiente para la continuidad, como tampoco, en los inicios, la aceptación del Führer no era solvente prenda para la permanencia del Tercer Imperio. Hitler, con el asesinato de Röhm, pacificó y logró, a regañadientes, fidelizar a la Wehrmacht y apaciguar la desconfianza de la gran industria.

La fragilidad del escenario le hizo reconocer la precariedad de su condición. Como en el Brasil, lo visitaban la melancolía y la necesidad del retraimiento. El cansancio volvió a sabotear al guerrero, mientras disminuían sus fuerzas se depuraba la necesidad de lograr la paz interior. El lobo necesitaba disfrutar de la sombra y la frescura del bosque. Wolfgang desembarcó en la cúspide del poder, sus destrezas eran demandadas por quienes pretendían una modernización acelerada. Descartó las propuestas laborales que le ofrecían seguidores o aliados del gobierno. No aceptó la proposición de trabajar como adiestrador en las unidades de planificación como tampoco fungir de guardaespaldas o culata, como lo denominaban en el argot local, de algún renombrado. Lo tentaron con diversas iniciativas, pero iba disipándose en él la libido del poder. Quien creyera que en esa etapa de su existencia Wolfgang quería transformarse en un anacoreta pienso que no se estaría equivocando. Atribuiré ese cambio de actitud a la circunstancia que lo arrobaba: el deseo o la necesidad de construir su vida desde dentro. Pretendía explorar zonas del alma que nunca habían sido transitadas. Claro que cuesta entender la ambigüedad cambiante de quien fue entrenado y adoctrinado para el odio y la muerte.

No dilató la decisión. Se convenció de que Buenos Aires no era una plaza predecible, les adujo a sus benefactores que no hallaría el ambiente

para la estabilidad de la que estaba necesitado. Recelaba que pudieran extorsionarlo y forzarlo a hacer lo que había hecho toda la vida. Estaba harto de recoger datos y traducirlos en planes. La alternativa de tener que escoger o ser extorsionado entre colaborar o ser denunciado a los servicios secretos le provocaba una erupción en la piel. De hecho, transitaba estados emocionales irritables, irascibles, combinados con decaimiento inimaginable. Hizo lo que hace quien desea deshacer sus compromisos. Se reunió con los amigos que le brindaban cobijo, amparo y las facilidades logísticas de las que era usuario. Solicitó que lo trasladaran y ubicaran en una región despoblada del país. Confirmó que defendería de cualquier agravio la fe en los valores del nacionalsocialismo y no defraudaría el juramento de lealtad al Führer. Redobló su petitorio enfatizando que necesitaba meditar y dedicarse a terminar de escribir. Dos días después de esa conversación le indicaron que iría a parar a la provincia de Formosa, limítrofe con la república del Paraguay, como se decía: situada donde el diablo perdió el poncho.

62. El retorno al estado de naturaleza

Al protagonista le resultaba atractiva la idea de adquirir una nueva visión de la vida. Deseaba y necesitaba inaugurarse en nuevas experiencias. Se ponderaba como un neófito de la vida e igualmente como un árbol añejo que ya había rendido sus frutos. Ataques de incógnita melancolía lo zarandeaban. Se contemplaba transido, afectado por una dolencia congénita a la que le había llegado su tiempo de floración. Lo acusaba la sensación de hartazgo y desolación. Acogía el deseo de que lo consolaran y acunaran los brazos de un ser amado. Descollaban y buscaban formas de expresión nuevas inquietudes. Deseaba vivir, al margen de su existencia pasada, una vida sin balanceos. Anhelaba la paz con sus entrañas y con el mundo, le apetecía el equilibrio perfecto, se bautizó en el conservadurismo existencial. Imaginaba sus años postreros alejado de los pantanos y del escozor de los efluvios febriles.

El traslado de Buenos Aires a Corrientes lo realizó en barco. Lo entontecían la anchura y el caudal del Paraná. La visual del río elevaba sus aspiraciones. La anchura fluvial y el enramado de árboles bordeando el río alentaban la pasión de volver a empezar. Mientras que escudriñaba la naturaleza sentía que la naturaleza lo espiaba. A Wolfgang la voluptuosidad de lo agreste y selvático lo apasionaba, sin embargo, percibió que para el hombre del campo la pasión por el paisaje no existía.

Desembarcó en el destino previsto. Corrientes era una ciudad ribereña con casitas bajas y ajardinadas. Le pareció que en ella viviría expuesto. Anhelaba algo más alejado de la civilización, un pueblo precario que le permitiera la inmediatez con un mundo desconocido. Quería proporcionarse un sitio seguro, alejado de los rumores y del escudriño

social. Reconocía que se había convertido en un refractario de la modernidad. Ambicionaba asentarse en un rincón del mundo en donde él se olvidara de su pasado y su identidad fuera borrada de los registros públicos. Quería olvidarse del mundo y que el mundo se olvidara de él. Creía que la genuina honestidad del ser humano lo hallaría inmerso en los bosques y entre gente que no estuviera maculada con el sello de la civilización.

Anticipándose a lo que acontecería, estudió la geografía del norte argentino. Deseaba oler la fragancia de los bosques vírgenes y gozar de la sencillez de los paisanos. Había decidido que su destino final no sería una ciudad de tránsito. En Corrientes lo estaban esperando para trasladarlo a su penúltimo destino. Ni siquiera intentó pernoctar en dicha ciudad, los huéspedes le querían cocinar un asado con mucho vino y guitarras, pero lo rechazó con la excusa de que estaba apurado. Pretendía acceder a lo que iba a ser la última estación de su periplo. No ponderaba que en la próxima estación se toparía con la mujer que lo llevaría a transitar las zonas inexploradas del corazón.

El chofer que lo trasladaba le hacía preguntas sobre la vida en general, se trataba de un lugareño que se interesaba en saber cómo era la cerveza alemana. Wolfgang, que se había vuelto un desconfiado, respondía lacónicamente o con evasivas. De igual modo, la pedagogía de la vida lo había educado para ser más precavido y miedoso. Asiduamente repasaba páginas de su vida en las que el coraje quiso hacer más de lo que la fuerza podía hacer, en el balance resultaba victorioso el fiasco. Prefería observar el entorno que entablar un diálogo trivial o comprometedor. Conservaba la cautela de quien sabía que el pez caía por la boca. La magnitud, la luminosidad, los colores y la fragancia de las madreselvas lo extasiaban. La vocación panteísta que descansaba en él despertó. Los fenómenos naturales no empujaban a configurar una misma identidad entre él y el entorno. Lo impresionaban el verdor de los campos, la tupida vegetación y los pájaros que como un ejército posaban en los árboles. Las aves revoloteaban y el ganado vacuno y caballar presentaba una conducta arisca y recia. Hallaba en el calor la única incordia, las altas temperaturas lo mal disponían, se sentía sofocado. En su foro interior se preguntaba si había sido capaz de llevar una vida que no hubiera defraudado de alguna manera las esperanzas puestas en ella. Muy a pesar suyo sentía el gravamen de la

derrota y el entredicho consigo de no haberse inmolado. La moral la mantenía en alto, una voz interior le repetía que ni en sueños fui traidor. Para entonces constituía su único consuelo.

He nombrado al chofer, pero olvidé decir su nombre. Se llamaba Francisco, pero lo apodaban Negri. El apodo era lo que más se correspondía con su descripción. Relataré en pasado porque el susodicho ya ha fallecido. Cuando visité Formosa hurgué en los diarios de la época, en la sección de policiales se informaba de la muerte de Negri. En la sección de exequias innumerables compueblanos participaban del deceso del chofer. La prensa local registraba que, según testimonios anónimos, fue asesinado por un grupo de malandros, la causa que revelaba el asesinato estaba vinculada al hurto de ganado. El abigeato era una práctica habitual en territorios donde la autoridad pública no tenía presencia. Toda la mano de obra fluctuante colaboraba con los malevos. La labor mejor remunerada era la de cuatrero. Negri fungía de financista e intermediario en estas actividades. En una ocasión, por el alto riesgo que conllevaba la operación, exigió intereses elevados por el financiamiento del abigeo. De igual manera solicitó un precio elevado para transportar y meter de contrabando, en el Paraguay, el ganado en pie. Al negarse a rebajar los costos de la oferta, lo tildaron de ser secuaz de los terratenientes, lo desollaron y luego imprimieron un balazo entre sus cejas. Le colgaron un cartel que decía "así acaban los traidores".

Referí el destino trágico de Negri, pues en estas áreas la naturaleza era agreste y los hombres, duchos con el cuchillo, la soga y las armas de fuego. Pero retomemos lo del mote. Era alto y lo hubieran llamado matungo o tacuara, esta última es una terminología usual para la designación de hombres aventajados en estatura; su forma casi elefántica permitía que lo nombraran con el cariñoso apelativo de gordo; por la prominencia de su cabeza le encajaba el marcante de cabezón; por el barroquismo que imprimía en cada una de sus intervenciones lo hubieran bautizado con el adjetivo de charlatán o sabelotodo. Cada uno de estos sobrenombres fue descartado. Entre chismes se propalaba que el chofer, aparte de tener la piel oscurecida, trabajaba con dinero morocho y las ganancias las extraía de actividades truculentas.

Wolfgang arribó a Formosa con la cautela de quien pisa tierra extraña, pero con el entusiasmo de trazar un nuevo horizonte existencial. Negri lo

trasladó hasta la cercanía de la comisaría local, ahí lo esperaba Roque Gómez Martínez, apodado Conejo. El alemán actuaba con las reservas de quien quiere ser bien acogido. Se despidió con un apretón de manos. Negri pidió que se despidiera en alemán. Argumentó que decir adiós en alemán sonaba tan fuerte que a nadie haría echar una lágrima. Wolfgang cumplió con el encargo y se despidió con un "auf Wiedersehen".

63. Un amigo llamado Conejo

Pocos madrugan a la idea de que su destino es el lobo y no el perro gregario. No puedo garantizar que, en los detalles, el Wolfgang que tardíamente se desenterraba a sí mismo fuera una caricatura de él o una pálida remembranza de lo que había sido. En ninguna de sus versiones, la lobuna o la empalidecida, se puede considerar que el protagonista perfilara una caricatura deplorable. La obviedad salta a la vista y no merece ser argumentada. El hombre contemplativo siempre devendrá en raquítico reflejo del hombre de acción. La pasividad, el cruzarse y descruzarse de brazos, la timidez, la modestia, la pusilanimidad, el no abajarse del pedestal de la indiferencia se consideran buenas y nobles, estas oponen poca resistencia a los impulsos expansivos. Prestemos atención a estas afirmaciones. Pero por favor no cometamos el error de pensar que la indolencia es siempre condescendencia. Wolfgang estaba abatido, pero quería continuar expandiendo su gravedad emocional. Como comprobaremos, en el Wolfgang atardecido, germinarían el amor y sus frutos.

Negri hizo la presentación del alemán. Antes de retirarse refirió que era una personalidad con amistades muy, pero muy influyentes en Buenos Aires. Aseveró que en el vértice de la cúspide era admirado y respetado. Comentó que las órdenes recibidas fueron precisas y claras: prestar toda la ayuda necesaria al compañero extranjero. El alemán tiene las mejores credenciales y, acto seguido, el mismo Negri recomendó que se lo atendiera con empeño, camaradería y respeto, acorde con su desconocidas dignidad y jerarquía. En un momento hizo una pausa, le vino a la memoria que, de acuerdo al rito protocolar, todavía Conejo no había sido presentado.

Evaluó su omisión como una falta de respeto para ambos y maldijo el entusiasmo que le generaba el hecho de haber traído una personalidad a un recóndito pueblo. En su fuero interior recordaba que el primer gringo en llegar a la capital provincial fue el padre de la eslovaca Casimira y el segundo lo constituía el alemán. Valoró que su gestión de chofer significaba una contribución a la comunidad, pensó que la municipalidad le tendría que homenajear por mejorar la raza. Una digresión del biógrafo: en estos pueblos la gente se contenta con muy poco.

Retomemos el hilo de la narración. Negri entendió que debía disminuir su protagonismo y tenía que introducir la confianza en una dupla de extraños. Comenzó destacando diferentes cualidades del que pasaría a ser el novel celador de Wolfgang. Lo ensalzó a Conejo. Refirió que, como se hace en los sitios donde lo blanco puede ser negro y lo negro ser blanco, "Formosa contaba entre sus compueblanos con una connotada personalidad diamantina, un individuo que encarna la lealtad, resolvía los enredos y poseía un moral intachable. Aquí el conjunto de la ciudadanía conoce y respeta a Conejo". Cuando acabó de enumerar esas cualidades, en el rosto del vanagloriado, se reflejó el asombro y desconocimiento de cuál era el significado de esas virtudes. Negri giró la cabeza y se dirigió a Wolfgang con ampulosa retórica y añadió: "Conejo es la persona mejor conectada de la provincia. Es un hombre que atesora el coraje del varón y la sagacidad del zorro. La influencia que posee puede ser pesada en onza de oro. Todas las puertas se le abren, de aquí a trescientos kilómetros a la redonda nadie se anima a cerrar la puerta contra la nariz de Conejo. Se ha granjeado la admiración en varias provincias. No hay quien no conozca su prolongada y recta trayectoria. Anda bien con Dios y con el diablo. Cuando las dificultades políticas representaban combates irreconciliables zanja el antagonismo entre las autoridades y las bandas de forajidos. Ejercita el arte de lo posible. Cuando estés con un problema acude a él, te lo resolverá. Es un justiciero. No actúa como los hipócritas que juegan a benefactores, estos arrojan de su puerta a un mendigo necesitado y luego, estando a solas, se pasan las limosnas de su mano derecha a su mano izquierda. El necesitado, cuando acude a lo de Conejo, siempre recibe una respuesta. Si alguien es apurado por un usurero, acude a él, si el hijo o la esposa de un arriero necesita ayuda médica, será Conejo quien consiga el médico, el sanatorio y los medicamentos. Siempre da a cada uno lo suyo. Sabe lo que

la gente desea y necesita. Es un inequívoco estimador de los hombres. Investiga sobre los rincones íntimos del alma; es decir, es un acabado conocedor del precio de cada persona. Sabe lo que pesan y lo que cuestan. Y aparte, otra cosa, es un mago para comunicar las cosas imprescindibles y dolorosas". Puso punto final a su alegato subrayando que el movimiento peronista se caracterizaba por la solidaridad entre los compañeros.

Wolfgang tomó uso de la palabra. Como buen alemán no propiciaba los discursos laudatorios. Agradeció a Negri la gentileza de haberlo trasladado y de haberlo acompañado hasta el sitio del encuentro con su bienhechor. Corroboró que deseaba hacerse un buen amigo de Conejo y de honrar la confianza que se depositaba en él. Expresó su agradecimiento al pueblo argentino en la persona de su líder, el general Juan Domingo Perón. Cuando finalizó la liturgia protocolar, se dirigió a su nuevo anfitrión.

—No sé si le molesta que lo llame por su nombre, su cargo, su profesión o simplemente me dirija a usted utilizando el usted. ¿Cómo debo dirigirme a usted? —preguntó Wolfgang.

—Chamigo…Yo no tengo cargo ni profesión. Apenas soy un simple arriero. Me hice grande entre los yuyos, los matorrales y las vacas extraviadas. Aprendí de las experiencias de otros. Mateando y cebando mate se escuchan muchas cosas. Nunca pude estudiar en la universidad, mi escuela fue la calle. Todo lo que aprendí lo aprendí entre burreros, timberos, desertores, putas y sacerdotes. Chamigo… No soy doctor de nada, pero sé andar entre los hombres. Me llevo bien con los cuatreros y siempre sé qué necesitan las autoridades. En Navidad me la paso regalando pandulces, alpargatas y botellas de licor. Y cuando algún gendarme o funcionario se quiere quedar con el vuelto, me hago el sonso y dejo que se lo quede. ¡Hay que distribuir la riqueza! Ayudo mucho a la gente, a los que tienen y a los que no tienen ni dónde caerse muerto, siempre les di una mano… ¿Cómo me gusta que me llamen? Me dicen Conejo porque todos piensan que soy un buen tipo, ¡nadie desea degollar un conejito! Me siento bien con ese marcante, al conejo es imposible odiarlo. ¡Nadie odia un conejo! Hace tiempo hice cosas para unos ingleses, ellos me decían Rabbit… A mí me da igual. Algunos amigos que se hacen los exquisitos me dicen Rabbit. Yo soy pueblo y como hijo del pueblo no pierdo mi tiempo en nombres o apellidos. Abolengo no envidio, el dinero hace mejor que la sangre azul. Ahora si me preguntás cuál me gusta más entre Conejo o

Rabbit, prefiero Conejo. Es más criollo —repuso como un hombre conciliado con su tiempo y circunstancias.

—Para saber cómo actuar, qué cosas decir o cuándo tendré que callar… Necesito hacerte una pregunta un poco incómoda o, tal vez, improcedente. Digo improcedente pues apenas soy un extranjero recién llegado y considero que soy un don nadie, pero no deseo meterme en pleitos o reyertas con ninguna persona —dijo Wolfgang.

—Preguntá sin problemas, soy todo oídos —dijo Conejo con la ansiedad de quien lo carcome el bicho de la curiosidad.

—¿Los políticos tienen mucho poder? ¿Hay que decirles siempre que sí? Si te piden dinero ¿les debo dar? —inquirió Wolfgang en forma cautelosa.

—Chamigo, ¡que nada de eso te preocupe! Para eso está Conejo. Si tenés un problema con un juez, un policía, un político o con el cura, yo lo voy a arreglar. ¡Los conozco como la palma de mis manos! Todos comen de mis manos. Aquí son todos buenos, de vez en cuando a algunos se les va la mano con los pedidos u otros aprietan de más. Creen que la recompensa puede ser más. Vos, chamigo, despreocupate… Chamigo, desde ahora en adelante, vos te hiciste amigo de Conejo. Ocupate de buscar un techo y dónde comer. Me caíste bien, me gusta tu humildad. Yo te voy a ayudar en todo. No te hagas mala sangre por la política. Los políticos son como agua de palangana, con ellos no nos vamos a ninguna parte. En el pueblo manda Perón —afirmó Conejo convencido de lo que decía.

—En primer lugar, te agradezco la confianza, la generosidad y la amistad. Quiero que sepas que las sabré honrar. Me agrada tu manera de ver las cosas. Las explicas de una forma tan sencilla, pero aguda. Me sorprende lo mimetizada que es la gente con su medio. En Europa creemos que la mejor manera de vivir es la europea. Me parece que aquí la felicidad es más fácil —dedujo Wolfgang.

—La gente de por aquí se contenta con un asadito, una partida de truco, una guitarreada, una carrera de caballos, un buen vino y obviamente una linda chinita. En estos pagos todos queremos tener una casita y una chacrita. El pueblo es manso, pero de repente aparecen los resabiados. En Formosa nos ayudamos, todos ponen su granito de arena —explicó Conejo, orgulloso de la armonía social.

—Sí. La civilización corrompe. Uno siempre quiere más —sentenció Wolfgang.

—Aquí la gente quiere progresar, el problema es que no podemos. Yendo a un tema práctico, ¿qué querés hacer?... ¿Tenés ganas de dedicarte a la ganadería o pensás poner un negocio de ramos generales? —preguntó Conejo con la intención de hallar un socio comercial.

—No. No tengo capital. Salí de Alemania con una mano atrás y la otra adelante. Abandoné mi ciudad porque quedó totalmente destruida, no había trabajo y futuro. Los perdedores siempre se llevan la peor parte. En verdad quiero enseñar y si me sobra tiempo, necesito escribir. Se cataloga a Alemania como un pueblo de filósofos y poetas. Para los alemanes la filosofía es un trauma. En definitiva, somos más aptos para filosofar que para guerrear —dijo Wolfgang como asintiendo la derrota.

—Es cierto que perdieron la guerra, pero eso aquí no importa. Se cree que los alemanes son trabajadores. Tienen un solo defecto, no les gusta bañarse.

—¿Hay instituciones de enseñanza? —preguntó Wolfgang.

—Claro que sí. Tenemos una escuela pública. Allí se enseña la primaria y la secundaria. Gratis. Todo lo paga el gobierno de Perón. Si querés te puedo presentar a la directora, que dicho sea de paso es descendiente de eslovacos y su padre es un hombre muy respetado en estos pagos. ¿Clases de qué podés dar? —inquirió Conejo.

—De historia, gramática, matemática. No sé, de todo.

—Pero ¿entonces sos un genio?

—No, para nada. He recibido una buena educación. En mi país la educación es excelente. Me imagino que aquí el nivel de exigencia no será igual que en Alemania.

—Está. Mañana te presento a la directora. ¡No te podés imaginar lo linda que es! Aparte de hermosa, se mantiene soltera y virgen. Todos los hombres de la provincia y de otras provincias aledañas la pretendieron, pero ella no le dio bolilla a ninguno. No sé, quizás sea de esas mujeres que se pasan la vida esperando su príncipe azul —comentó Conejo.

—Yo no sé mucho de amores y de mujeres. Me pasé la vida cumpliendo con mis obligaciones. A decir verdad, vine hasta aquí porque necesito asentarme, echar raíces, terminar un libro y crear una familia. Tal vez, tenga suerte y esa señorita se fije en mí. Quién sabe. Ya es hora que la suerte me sonría —expresó con el voluntarismo iniciático de quien desea empezar.

—Si esa chica se fija en vos, vas a matar de un tiro dos pájaros. Vas a conquistar una potra y, como es única hija, vas a heredar mucho dinero —comentó Conejo.

—El dinero nunca me importó. No vine a desenterrar o descubrir una mina de oro. Quiero paz. Necesito tranquilidad para escribir. ¡Quien busca dinero no se pone a escribir un libro! Decime, ¿cómo es ese señor eslovaco? Te diré que eslovacos y alemanes hemos sido aliados.

Conejo recibió la interrogante como un balde de agua fría, necesitaba pensar. Era una pregunta que debía ser respondida con mucho cuidado. Sabía que iba a referir los rasgos de un hombre que ponía a las autoridades en su sitio y, por otro lado, morigeraba la voracidad de los cuatreros. Era el demarcador de límites, amojonaba la zona fronteriza entre la ley y el desorden. La frase "hasta acá llegamos" era pronunciada por el eslovaco las veces que hacía falta su arbitraje. Significaba cuánto podían apretar los policías y cuánto podían atreverse los malevos. ¿Cómo explicar la ambigüedad de estar bien con Dios y el diablo? ¿Cómo aplicar la ley que rige el orden y admitir las fechorías que imprimen la anarquía? Embolsilló las manos y se inclinó hacia atrás como deseando demostrar que la pregunta no lo incomodaba.

—Mirá, chamigo, qué te puedo decir. Es un hombre muy respetado en la comarca. En estos pagos se respeta a los hombres fuertes. El eslovaco además de su fuerza es un hombre justo. En estos pagos cuando algo grave pasa todos se hacen los tontos. Cuando se roba nadie sabe nada, en este pueblo hay un eterno campeonato de hacerse el tonto. Con la justificación de que tu mano derecha no se entere de qué hace la izquierda los que roban se lavan las manos. El eslovaco no mete la mano en la lata, no se apropia de lo ajeno y si hace falta, despacha a los ladrones. Por eso es muy considerado por los compueblanos. Es extranjero, no tiene partido. Admira a Perón y Evita sin ser peronista. Cuando estaba recién llegado se le encargó que pusiera en vereda a un grupo de retobados. Unos borrachos que cuatrereaban para los suboficiales de la policía. Los puso a todos en vereda. Les hizo rezar el padrenuestro y el avemaría, pero primero a palos les torció el pescuezo y demostró cómo se manda y quién era el que mandaba. Es un rudo, pero tiene palabra. Cada vez que se va a armar una trifulca todos solicitan su intermediación. Desde ahora te advierto. Con él se habla con la verdad. Trabaja de sol a sol. Tiene un establecimiento. De

joven le gustaban la noche, la timba y las mujeres. Parece que recapacitó con el nacimiento de su hija. Cambió la vida de los prostíbulos por la del hogar. Adora a su hija, ella es su perdición. Si te acercás a ella no lo hagas con malas intenciones. Ese hombre mata por su hija —terminó Conejo con voz grave.

—No, Conejo, no te preocupes. Los alemanes somos cumplidores de la palabra empeñada. Realizamos nuestras promesas, respetamos los juramentos y avalamos nuestras palabras con hechos. Tenemos fama de ser serios, por eso nos reprochan que no tenemos sentido del humor. Nos tildan de que somos aburridos y, en extremo, disciplinados. En Alemania se dice que un chiste alemán se entiende después de tres minutos que haya sido contado —dijo Wolfgang sonriendo.

64. Casimira

Al día siguiente Conejo acompañó a Wolfgang a la escuela en donde Casimira actuaba de maestra y a la vez hacía las veces de directora. La posición del padre ayudó para su nombramiento, pero la influencia del progenitor nunca fue óbice para que no cumpliera con sus obligaciones. Ejercía el magisterio con devoción y como comentaba amaba a sus alumnos. El empeño que ponía a sus dedicaciones magisteriales le permitía franquear la zona fronteriza entre la soledad y la comunidad. A todos los trámites administrativos les imprimía diligencia y a las clases que impartía, la paciencia para explicar la lección las veces que hacía falta. En verdad, a los niños y niñas del primer año los llenaba de besos y cariños, decía "son como mis hijos". En círculos de amigos y colegas del magisterio confesaba que el cariño que profesaba a los niños le servía de sucedáneo a su sentimiento maternal.

Prescindiendo de sus dotes como pedagoga, Casimira encarnaba a la mujer talentosa para hacer el bien y de una desmesurada belleza. Como dije, del lado paterno descendía de eslovacos y por el materno provenía de una criolla descendiente de españoles. La mezcla rindió sus frutos, tenía una taylla que superaba la media de las mujeres de la época; es decir, medía un metro setenta y tres centímetros. Estaba dotada de una cabellera rubia y abundante, los rayos del sol resplandecían dóciles en su pelo y los rayos de la luna plateaban centelleos de luz. El rostro angular, la frente ancha y sin arrugas, la nariz respingada, los huesos de la mandíbula y el mentón condescendían un ángulo carnoso donde una leve hendidura trazaba su gracia. Los labios los tenían finos y configuraban una boquita que llamaba la atención por su leve recogimiento. Los pómulos salientes y

las mejillas adelgazadas, lejos estaban de ser ovaladas, eran la terraza de sus rasgados ojos azules. En la cara se dibujaba una sonrisa de duende. El porte que ostentaba me hizo deducir que su cuerpo tuvo que haber sido el de una atleta, de hecho, compartía con los alumnos las clases de gimnasia y competía en los juegos colectivos. Aunque no pude adquirir una fotografía de ella posando en traje de baño, por los rastros de su belleza colijo que con ella la naturaleza se había apropiado de un cuerpo en el que los hombres quieren redundar en la entrega de una pasión.

La cita estaba pautada para después que terminaran las clases. Cuando Conejo la divisó le dijo a su amigo: "Es aquella que atraviesa el patio". Wolfgang la observaba, a través de la ventana, cuando ella se acercaba a la oficina en la que se llevaría a cabo la reunión. Al verla desplazarse notó que debajo del guardapolvo se encubría una silueta angosta, una planicie estomacal, unas nalgas que condensaban músculos y carne, unas piernas fibrosas y unos senos adosados y erigidos. Perfilaba la figura de una mujer elegante. No necesitaba oscilar las nalgas para que su prestancia llamara la atención. Llevaba los hombros levantados, la espalda recta y los senos ajustados por un corpiño que impedía que les colgaran y se agitaran al caminar. Vestía de manera recatada, nada de escotes o de lucir hombros desnudos. Tenía un andar indiferente, pero gentil. Cuando explicaba gesticulaba con las manos, dibujaba la felicidad en la cara, sus ojos brillaban y se formaban labios dulces y tiernos. Cuando el alemán miró la soltura y la ligereza con la que movía los pies y las manos sintió que se toparía con una mujer voluptuosa. Una seductora involuntaria que seducía sin darse cuenta de su voluptuosidad. La ingenuidad que la arropaba le sustraía la magia, pero le cedía la fragilidad y la tibieza de lo que se anhela amar.

Cuando se aproximó el corazón del futuro docente, a pesar de dilatarse, comenzó a latir con mayor ímpetu. Wolfgang fue conmovido por sensaciones interiores y pensamientos envolventes. Pensó que no podría vivir alejado de tanta belleza. Lo apaciguó el estremecimiento de las partes del alma que nunca fueron transitadas. Hizo cuenta de la fatiga que llevaba consigo. Se inculpó y comprendió que su mente necia y empecinada había impedido que algo tierno pudiera engendrarse dentro en su interioridad. Concibió la necesidad de suprimir los sueños tortuosos que lo fatigaban, es más, sentía que estos fueron grabados a arañazos. Al verla

llegar asumió que su vida aceptaría otro destino. Vislumbró que en la pereza de la esperanza también puede nacer el porvenir. Desalojó de su memoria el axioma que hacía imposible la existencia del amor: tú no puedes amarme por mucho que quieras; tú amas desdichadamente tu amor por mí, pero tu amor por mí no te ama a ti.

Cuando Casimira se apersonó en la oficina y la cercanía los avecinó, Wolfgang vislumbró que la mujer era el resumen de los sueños del hombre. Sus ansiedades se sacudían y se le ocurrió expedir la extremaunción del pasado. En su corazón se desplegaban y acunaban sentimientos ovillados como alas que revolotean y olas rechazadas por el acantilado. Alucinó, era amor a primera vista. Imaginó que un poco de la belleza de esa mujer era alegría para siempre. No podía dar crédito a lo que le sucedía. Iba a acceder al tesoro que estaba buscando y, cuando menos la esperaba, lo halló. Todavía existía el recorrido de lo que se capta con la vista y se apodera con las manos. Pensó que esa mujer representaba la clase de mujer que nunca se deja, siempre se busca y con suerte se la encuentra. Mientras Casimira lo embelesaba caía en la cuenta de que otra realidad era factible. Wolfgang estaba abobado. Se dijo que debía comportarse con caballerosidad y mansedumbre. Procuraba que, con sus buenos oficios, intermediara Consejo.

Pretendía evitar, en el primer encuentro, que sus maneras transmitieran la impresión de pedantería o superioridad. Se dejó llevar, como la primera vez del enamorado, por una peregrina esperanza de felicidad y por el recaudo de no cometer los errores que proporcionarían la imagen falsificada de lo que no se deseaba. Otorgó riendas sueltas a su corazón, iba a fomentar que este se consumiera en la búsqueda de una nueva verdad para compartirla con ella. Casimira percibió que su presencia le causaba sensaciones al alemán, pero también sintió que el alemán a ella la despertaba una emoción inédita. Por primera vez sintió que las paredes del útero, la redondez del obligo y las puntas externas de los pezones le reclamaban que fuera mujer. Incógnitos sentimientos remolinaban sus corazones y una energía invisible electrificaba el ambiente. Intercambiaron miradas, un sentimiento anónimo empezó a guiarlos. Sin haberse dirigido la palabra, estrechado las manos o haber intercambiado besos gentiles en las mejillas, ambos coincidían en que los dominaba la emoción de haber alcanzado la colina de la felicidad. Con la aparición de la eslovaca

entrevió la cámara secreta del corazón y con la aparición de Wolfgang, Casimira vislumbró al hombre por el que dejaría de tejer ilusiones nocturnas.

—Buen día, señorita Casimira —intervino Conejo.

—Buen día, don Roque. ¿En qué le puedo servir? —preguntó Casimira.

—Señorita, vine acompañado de un prestigioso ciudadano alemán que quiere dedicarse a la enseñanza. El señor se llama Wolfgang. Es un hombre con mucho conocimiento, ha leído mucho toda su vida. Además, tiene pergaminos académicos. Cuando lo conocí le pregunté "¿qué querés hacer en Formosa?". Yo la verdad que pensaba que me iba a responder comprar ganado, echar los árboles o dedicarme al comercio o la construcción. Me sorprendió cuando me dijo "quiero enseñar y escribir". Al principio pensaba que estaba un poco confundido. ¡¿Escribir?! Me pregunté. Después me explicó que llegó a nuestros pagos para tener una vida tranquila. Ahí le dije, ya sé a quién te tengo que presentar.

—¡Qué lindo! Como le habrá contado don Conejo, soy la directora. Para nosotros será un honor tener en el plantel del magisterio un maestro alemán. Los europeos en general saben mucho y de muchas cosas. Perdón, señor Conejo, ¿cómo dijo que se llamaba el caballero?

—Mi nombre es Wolfgang —intervino el mismo Wolfgang.

—Sí, es cierto. Señor Wolfgang, disculpe que me haya olvidado. Creo que usted nos será de muchísima utilidad. Estamos necesitando de un supervisor académico que no solo eduque a los niños, sino que nos instruya a las maestras. El mundo está cambiando a una velocidad impresionante. Nosotras necesitamos actualizarnos, estar informadas de qué es lo que pasa en otros países. Me alegra muchísimo que podamos contar con su colaboración —dijo Casimira con la intención de incorporar un nuevo maestro al plantel y con el deseo de poseerlo.

—Muchas gracias, señorita directora —dijo Wolfgang.

—Podés decirme Casimira. Aquí no hay protocolo. Todos nos voceamos —aclaró con la voluntad de superar barreras.

—Está bien, así será. ¿Cuándo empiezo? —preguntó Wolfgang.

—Hoy mismo. Esta tarde quiero presentarte a todas las maestras. Deseo mostrarte y explicarte las materias y los planes de estudio. También las instalaciones. Quiero que tengas un escritorio. Hay un solo problema.

—¿Cuál? —preguntó Wolfgang con sorprendida curiosidad.

—La paga no es muy buena. No sé si eso se constituirá en un impedimento —indagó Casimira.

—Por favor. Debo estar agradecido de que me hayan recibido en este hermoso país. Mi vocación es la enseñanza. Con que me alcance para vivir, será más que suficiente —dijo Wolfgang con voz entusiasta que buscaba encubrir un amor consolidado.

—Entonces, permitime que te invite a almorzar y después empezamos el trabajo. Don Roque, ¿querés venir con nosotros? —preguntó ella.

—No, mi hija. Ya cumplí mi misión. Aparte, después de la comida duermo la siesta. Vayan ustedes —dijo Conejo.

—Gracias por todo, Conejo —dijo Wolfgang.

—Te dije que Casimira es una gran mujer. Chamigo, si tenés tiempo, esta noche, pasate por el bar y nos tomanos unos traguitos.

—Nos vemos más tarde —fue la despedida de Wolfgang.

65. Desde un inicio pensaron en el casamiento

Wolfgang admitió que para casi todo podía encontrarse un sucedáneo artificial, menos para el amor. El primer encuentro había calado hondo. Conjeturó que ella le traería la paz que codiciaba. El nombre Casimira era de origen polaco y significa aquella que predica e impone la paz. El novicio entusiasmo febril lo condujo a creer que estaba en víspera de inaugurar una vida exenta de calvarios. La luminosidad del lugar lo extasiaba, imaginó que todas sus mañanas serían con sol. A mí, el biógrafo de Wolfgang, me forzó a avalar cómo un hombre que se había moldeado en el infierno, que había adherido al credo de la muerte, podía omitir que lo bello también paga el tributo del sufrimiento. Parecía un recién iniciado a quien lo motorizaban intenciones virginales. La inocencia y la incredulidad lo domeñaban. Actuaba como si hubiera extinguido su pasado, borrado lo que había escrito y extenuado el frenesí guerrero. La aproximación a la felicidad lo anestesiaba.

De igual manera Casimira imaginaba un huerto con luz y un cielo sin nubes sombrías. Encarnaba a una mujer creyente, piadosa y alegre. Vivía para Dios, para atender a su padre y para asumir sus obligaciones del magisterio. En ella todo era frugal, espontáneo y alevosamente hermoso. Tenía los pies tan ligeros y delicados que podía balancearse sobre una flor y no marchitarla. Si por algo se la hubiera amonestado, hubiese sido por tener un alma en donde la malicia jamás había transitado y no haría su sitio. Era graciosa sin ser pícara. Poniendo las cartas sobre la mesa, a ojos vistas, se visualizaba que era menos dificultoso que ella pisara el palito con el cual la ingenuidad engañaba a los benevolentes. Casimira configuraba la

personalidad de las mujeres que esperan para entregar el corazón, pero que cuando lo enajenan exigen solamente la contraprestación de la fidelidad. De hecho, he llegado a pensar que su religiosidad, la cual nunca cometió una pérfida superstición, buscaba llenar el vacío que generaba la carencia emocional del amor. Tener el día cargado de actividades le evitaba pensar en el amor, y la devoción religiosa le alivianaba la espera del hombre ideal. Jamás había imaginado que el camino entre su penuria interna y la felicidad fuera tan corto. La presencia de Wolfgang le hizo intuir que indemnizaría el espacio en su corazón que Dios no lograba colmar.

Casimira insistió en que almorzaran juntos. Wolfgang, motivado por la timidez, rehusó la primera propuesta. Ella retomó la iniciativa arguyendo que no correspondía que si iban a ser colegas no pudiera invitarla a comer. Preguntó: "¿Tenés adónde irte a comer?" Él, con vergüenza ajena, repuso que tenía pensado comer en un bar y esperar que llegara la hora de la reunión con los colegas. Iba a aprovechar el tiempo para leer los diarios para, con ese ejercicio didáctico, ampliar su vocabulario. Mientras balbuceaba sus excusas, ella se tomó de la cabellera, la recogió y se hizo una cola. Esperó un instante y cariñosamente lo reprendió: "Dejate de macanas y vení conmigo. De paso vas a conocer a mi papá. Es un gran admirador de los alemanes". En ese momento, Wolfgang se hizo de valor y agregó: "Fuimos aliados en la última guerra".

Llegaron a la casa y pidió permiso para pasar al baño. Quería refrescarse, lavarse las manos, peinarse y rehacer el nudo de la corbata. Actuaba formalmente, pero lo hacía con naturalidad. Tanto él como ella no eran proclives a los fingimientos y conductas artificiales. Los comportamientos maquinales no se compadecen con personalidades que contienen sentimientos con plazos perecederos. Los testimonios que he escuchado relativos a esta relación dan a entender que ambos se dispusieron, más temprano que tarde, a confesarse no solo el amor, sino a confesarse el pasado que los embargaba. Wolfgang, con posterioridad, revelaría no los detalles de su pasado, pero sí su pertenencia partidaria.

Al mediodía llegó el padre. Había finalizado la faena mañanera. La dinámica ganadera lo convirtió en un tempranero. Como buen centinela de la ortodoxia católica se lo escuchaba enunciar que a quien madruga Dios lo ayuda. Había enviudado cuando Casimira contaba con seis años. Llevaba la viudez con recato, los amoríos que se le atribuyeron

permanecieron en el anonimato. Prosperaba en él el hombre recio, pero discreto. Tuvo que hacer las veces de padre y madre, pero cuando hubo de enseñar cosas íntimas y femeninas, acudía al socorro de su hermana, esta explicaba a la hija las consecuencias de la menstruación y de la cautela contra los embaucadores, quienes se pavoneaban de haber concluido con la castidad de las doncellas. El papá la advertía de los hombres inescrupulosos que, a través de comportamientos sinuosos y truculentos, la podían estafar y dejarla en la calle. El padre le recomendaba que eligiera al hombre con cuidado. Advertía que los hombres debían atravesar el filtro de la verdad. Indicaba que estaba dotada de las dos virtudes que los cazafortunas anhelaban; o sea, era una mujer bella y adinerada. ¡El corazón varonil es una roca y su codicia nunca descansa! Cuando algo inusual sucedía, el papá repetía que si su madre hubiera visto eso, diría que las cosas malas acontecían porque el hombre se había olvidado de Dios. Padre e hija tenían el hábito mañanero de matear. La costumbre se había transformado en un rito de tres etapas: la hija preparaba la guampa y calentaba el agua, se sentaban alrededor de la mesa de la cocina, ella cebaba y el progenitor monologaba. En ese momento reflexionaba en voz alta. El padre quería que la descendiente se adentrara y acostumbrara a la administración del campo. Ella sería la heredera universal. Tomaba el magisterio de la hija como una actividad transitoria, pensaba que el dinero o la plata fluían en el semen del toro y en la fecundación de los vientres. Se empeñaba en conferir los conocimientos de cómo transcurrían las actividades del campo, abrirle los ojos sobre los bemoles de la pastura, la profundidad de las bateas, la dimensión de la aguada, la problemática de la salinización, la precauciones para combatir las sequías, las ventajas de la genética y las formas veloces de engorde. Repetía que el hábito hacía al monje y que en las actividades agropastoriles la rudeza del trabajo debía ser encarada con disciplina. Finalmente, el manual de instrucciones de cómo disciplinar a la peonada "porque está lleno de haraganes, nómadas y avivados. Mi hija, este país está repleto de letraditos y ventajeros".

En público se comportaba con un estilo reservado, no lo entusiasmaba el llamar la atención y, cuando referían temas de la política, prefería no hablar. Comentaba que su condición de inmigrante lo retraía de las comidillas y el chismerío político; subrayaba que no tomaba partido, pero que por el bien de la comunidad estaba dispuesto a terciar en las

desavenencias que se sucedían en la comunidad. Redoblaba sus buenas intenciones con la frase que "aquí nadie piensa en la comunidad, cada uno persigue su interés". Había hecho suya una definición que encajaba en la realidad: la lógica del egoísmo satánico. Según su razonamiento, en un país en donde cada uno quiere parasitar al Estado las conversaciones sobre política eran acaloradas y cargadas de insensateces. A él le complacía monologar sobre temas vinculados a la crispación que se vivía en ese momento, pero en su hogar y con su hija. Cuando llegaba a la casa y antes de sentarse a comer se daba una ducha o saltaba a la piscina para refrescarse con un chapuzón y sacarse de encima la modorra. Odiaba que el viento norte ensuciara la casa con arena e igualmente lo incomodaba oler a sudor en el almuerzo; sin embargo, en las horas de faena en el brete y bajo el sol, consideraba que la transpiración y el desgaste muscular eran expresiones que honraban el esfuerzo. Al terminar su relajación acuática, se ponía ropa limpia y se acercaba a la mesa en la cual el almuerzo ya estaba servido. Después de comer se dispensaba una siesta de una hora.

Wolfgang fue invitado a comer, pero el padre consideraba que sería una comida en la que no se innovaría el menú y compartiría solamente con Casimira. En esa ocasión lo sorprendió la presencia de un extraño que no era del tipo criollo y que tampoco parecía descender de italianos. El señor intuyó que se trataba de un nórdico, lo miró y receló que era un alemán, idea que le causaba simpatía. Cuando Casimira comprendió que debía intermediar, inició la presentación. Sin desparpajo, pero con la confianza que su padre depositaba en ella, comenzó la presentación del ignoto.

—Papá, te quiero presentar a un amigo que va a trabajar conmigo en la escuela. Como te diste cuenta, no es de los nuestros. Se llama Wolfgang y es oriundo de Alemania.

—Muy buenas, señor. Disculpe si lo molesto, no fue esa mi intención. Su hija insistió en invitarme a comer, además me ha dado un puesto de trabajo en la escuela —dijo Wolfgang circunspecto.

—Los amigos de Casimira son siempre bienvenidos. Ella sabe que tiene que seleccionar quién la acompaña. Estoy seguro de que vos sos un buen tipo. Mi hija es prudente, ella es sabia y honrada —dijo el padre.

—Pasemos a la mesa y continuemos conversando —intervino Casimira.

—¿Y usted a qué se dedicaba? —inquirió el padre.

—Soy egresado de la Universidad de Berlín. Antes de la guerra me

consagraba a corregir publicaciones. He combatido, pero por suerte no peleé en la Unión Soviética. Integré la tropa de ocupación en Francia. Ahí la población colaboraba con nosotros. Fui trasladado a Berlín para realizar traducciones y trabajos vinculados al abastecimiento y la logística. Al terminar la guerra hice las veces de traductor, secretario y chofer de un coronel americano. Él fue quien solicitó la visa para mí. Abandoné Alemania porque pensé que en los destrozos no había futuro. Aparte, el salvajismo de la guerra me ha enseñado que la civilización puede ser impiadosa y el estado de naturaleza es benévolo y humano. Con el buen salvaje se expande el humanismo —explicó Wolfgang.

—Lo que no me cuadra es ¿por qué un hombre como vos, que puede ser todo lo que quiera, quiere echar raíces en el final del mundo? —preguntó el padre.

—Por la misma razón que usted. Quiero una nueva vida. Necesito paz y tranquilidad. Deseo hacer lo que siempre me ha gustado. Enseñar, leer y escribir. No soy ambicioso con el dinero como tampoco codicioso con los bienes materiales. Pretendo fundar una familia y brindarle a quien será mi esposa estabilidad, felicidad e hijos. Créame que soy un individuo que ha vivido los horrores de la guerra y las secuelas de la derrota. Usted pensará que soy poco ambicioso, si piensa eso se equivocará —aseveró con la ilusión de quien siente haber hallado en nuevo comienzo.

—¡Por qué no creerle! Los alemanes son un pueblo de gente digna y trabajadora. Siempre van de frente. Aquí, la gente es muy mentirosa. No se fíe de nadie. Aquí un sí puede significar un no. Hay veces que pienso que mienten para no perder la costumbre. ¡No hay quien no se pase de vivo! Me pone contento que mi hija vaya acompañada de buenas personas. Ella sabe que la cuido y la celo. Es lo único que tengo. Vivo por y para ella. Espero usted sepa respetar la confianza que le brindamos —afirmó el padre con voz de consentimiento.

—Por favor, no se aflija. No defraudaré a quienes me han ayudado en esta aciaga situación. No muerdo la mano de quien me da de comer. Me educaron en la escuela de la honestidad, si empeño mi palabra, de ahí no me muevo. Confié en mí —dijo Wolfgang.

66. CUANDO SE MIDEN LAS MEDIAS NARANJAS

Parecía un cuento de hadas. Se amaban antes de conocerse y después de haberse conocido se amaron aún más. Tanto Casimira como Wolfgang eran invadidos por emociones inauditas. Ambos comprendieron que la cosa iba en serio y que no había que desperdiciar tiempo ni tampoco energía en formalidades o en un noviazgo longevo. Cada uno de la dupla sentía que con el otro las cosas se abastecían de hechizo y magia. Se miraban de una manera que parecían narcotizados. Recíprocamente se declararon amor y, sin que nada ni nadie lo requiriera, tácitamente declaraban que sería para toda la vida y toda la muerte. Las actividades en la escuela los entusiasmaban, compartían lecturas, montaban a caballo y ajardinaban los patios de la casa. Él ponía su mejor esfuerzo para mejorar las técnicas de enseñanza y ella convocaba a todo el magisterio para que adquiriera una visión moderna de la didáctica. Todos estaban impresionados del nivel cultural del alemán, por lo demás, su personalidad y profesionalismo marcaban la diferencia. Era un avezado conocedor de historia de las ciencias naturales —en Formosa nadie había estudiado historia de las ciencias naturales—, historia, geografía, filosofía y lenguas. Transmitía su sapiencia a través de conferencias magistrales, de igual modo se deleitaba generando charlas que hincaran las ansias especulativas de sus interlocutores. A decir verdad, su intención de hacer pensar en abstracto no repercutía en las mentes impreparadas para el ejercicio de la metafísica. Los discípulos carecían de conocimientos previos para estas elucubraciones. Las humanidades y las clases de religión estaban impregnadas por lecturas bíblicas y de las encíclicas papales.

El alemán idolatraba la época clásica. Su fundamento filológico se

fundaba en sus hondos conocimientos de las raíces griegas y latinas. Dominaba la etimología y la semántica. El profundo conocimiento de las raíces griegas y latinas le permitió ser un políglota y un avezado de la gramática. En un ambiente monologuista, la circunstancia de que poseyera muchos idiomas hacía que lo consideraran un genio. El pueblo entero comentaba que el germano era un hombre al que Dios le había concedido facultades excepcionales. A pesar de que la provincia de Formosa estaba distante de la Capital Federal y su capital era un pueblo grande con modestas infraestructuras y con pocos habitantes, la gente, en ese sitio recóndito y en esa época, respetaba el talento intelectual. El propio Negri, en una ronda de mate, había calificado, forzando sus neuronas cerebrales, que Wolfgang representaba el último bastión de la sabiduría de Occidente. La labor académica y organizativa del alemán era recibida con aplausos y reconocimiento alabadores. Los parroquianos emulaban y justipreciaban los conocimientos y el compromiso del alemán con la comunidad. Equiparaban el acceso a las fuentes de la cultura y la adquisición de conocimientos con el trampolín para saltar las barreras que acercaban al futuro. Los parroquianos tenían un apetito avaricioso de aprendizaje e intelectualidad, consideraban que la cultura constituía un símbolo contrario a la vulgaridad y a la existencia agreste y precaria. Flotaba en el aire que con fe en Dios y en la ciencia las condiciones de vida mejorarían.

Wolfgang, con la disciplina y la noción del orden que lo caracterizaban, aportó criterios administrativos y rigor científico al centro de enseñanza. La actitud febril lo embarcó en prolongadas horas de labor que no eran amonedadas. Con esmero y consagración, en muy poco tiempo, se había ganado el cariño de los compueblanos. Todos le agradecían que, con sus enseñanzas, los niños podían alcanzar un mejor puesto de trabajo. Las maestras comprendieron que el conocimiento y la cultura representaban otros caminos hacia la felicidad. Me ha sido posible constatar que, hasta hoy en día, los que recuerdan a Wolfgang lo hacen con admiración e incluso con mucho cariño. Invocan su paso por Formosa como la etapa en que se introdujeron reformas de vanguardia en la educación. Se siguen preguntando los que convivieron con él ¿por qué tuvo que abandonar Formosa en la forma en que lo hizo?

Es cierto, todos lo querían y admiraban, también el padre, este lo aceptó como novio de su hija. No puso reparos, entendía que este podía ser el

último tren de ella. Precautelaba que ningún espabilado quisiera aprovecharse de su retoño. Igualmente, recelaba que si no contraía matrimonio, corría el riesgo de quedar embarazada o de quedar en el permanente estadio de la soltería. Lo sacaba de quicio que su hija terminara preñada o deshojando margaritas. Además, presumo que el padre era medio racista. Me parece que no simpatizaba con la idea de que su única hija contrajera nupcias con un criollo. Intuyo que la idea de conservar la pureza de la sangre no le resultaba extraña y, menos aún, desagradable. El progenitor no solo consintió el noviazgo, sino que alentó a que no se dejaran estar en un noviazgo prolongado que enlenteciera o abortara la definición feliz de la relación. Indujo al matrimonio, cuando estando los tres reunidos les zampó que él quería muchos nietos, pero de una familia legal y cristianamente constituida. La dupla acusó recibo. Aceptó el desafío y, al unísono, le comunicaron que lo antes posible se reunirían con el cura para marcar la fecha de la celebración de la misa.

Las cosas iban viento en popa hasta que emergieron escollos que debieron ser allanados. El problema residía en que Wolfgang no era católico, realmente era ateo. Cuando Casimira le preguntó si tendría dificultad en casarse por la iglesia, él repuso con aquella trillada frase de que París bien vale una misa. No puso objeción alguna, argumentó que en Alemania hay católicos y protestantes, y que para él no significaba nada cambiar de credo. En ese momento le comentó a Casimira que eran dos credos cristianos. Explicó, aunque Casimira ya estaba informada, que la partición no se debió a problemas religiosos, sino que fue un cisma político lo que provocó la división de la Iglesia católica romana. Ella le agradeció, enseguida le recordó la necesidad de la confesión para poder contraer nupcias. El matrimonio era un sacramento y la confesión era obligatoria.

—Te adoro, Casimira. Vos sos mi pulga. Para mí sos mi pulguita. Lo que siento por vos es infinito. No hay espacio en la tierra para toda la fuerza que insolentaste en mi corazón. Los ángeles lo llaman placer divino; los demonios sufrimiento infernal, los hombres amor. Yo solo te juramento que cada día que pasa te amo y te amaré con más intensidad. Nuestro amor será más grande y eterno que el de Romeo y Julieta. Desde el primer segundo que te vi he entendido aquello de que las mujeres son como cuencos de plata en los que los hombres ponemos manzanas de oro —expresó Wolfgang con el deseo de demostrar la honestidad de sus

sentimientos.

—¡Qué bello es todo lo que me dijiste! No sé hablar tan bien como vos. No creas que por eso soy una tonta —dijo Casimira con humildad.

—Mi pulga, mi pulguita. Deseo en un beso eterno besar tu párvula boca.

—Me decís cosas tan lindas que a veces pienso que me estás mal acostumbrando, pero no puedo negarlo, me encanta todo lo que me decís. Disculpame, pero debemos resolver las cosas prácticas. Quiero que nos casemos lo más rápido posible. Ya dijiste que no tenés problemas con la confesión. Por favor, ¡hacelo! —dijo con voz solícita.

—No conozco al cura párroco. ¿Será que querrá tomar la confesión a un protestante hereje? —indagó Wolfgang.

—Hagamos lo siguiente. Mañana hablá con Conejo, él resuelve todos los problemas. Conejo siempre aporta el diezmo a la iglesia, me parece que lo hace para que lo absuelvan de todos sus pecados —expresó con ironía.

67. Conejo y sus cualidades de monje negro

Como sugirió Casimira, Wolfgang acudió a solicitar los buenos oficios de Conejo. Consideraba que este representaba la clase de laico que conocía las bodegas de los conventos. En última instancia, las contingencias de haber oficiado de componedor arbitral de litigios lo habían dotado de tacto y del olfato requerido para justipreciar en monedas el valor de cada uno de los compueblanos. Conejo aseguraba que el rostro verdadero se dejaba traslucir recién cuando, en bandeja, se entregaba un fajo de dinero. Por lo demás, sus lecturas parciales y sus exégesis de los textos sagrados lo situaban como un ducho en las cuestiones clericales. La pauta de contraponer lo que dicen la biblia y las encíclicas con la práctica monacal le permitió distinguir el poder temporal del espiritual.

Wolfgang se acercó a lo de Conejo y entablaron un diálogo.

—El día que nos presentaron me ofreciste tu ayuda si es que me surgiera alguna dificultad —expresó.

—Así fue y soy de los que cumplen las promesas. Por eso nunca me casé. Si le ofrezco amor eterno y me comprometo con la obligación de la monogamia, no estaré cumpliendo mis promesas. Chamigo, los amigos son amigos desde cuando se dan una mano. Ya te dije chamigo, la palabra de Conejo es como la ley. Se la cumple y se la respeta. En todos los casos, salvo que el no respetar la ley o la promesa redunde en favor de quien iba ser beneficiado. ¡Decime qué necesitás! —exclamó con tono desafiante.

—Como ya sabés, estoy comprometido con Casimira.

—Chamigo, ¡al final me resultaste un distraído! ¡Me saliste el avivado de la pandilla! ¡Te levantaste la piba más hermosa de Formosa, de la provincia y quizás de toda la Argentina! ¡Vos de gil no tenés nada! Para

colmo es una mina linda, honrada y heredera de una fortuna importante. Pero de verdad te felicito. Ella es la mujer que todo hombre sueña con tener. Yo la vi crecer a Casimira. Estuve presente en el velatorio de la madre. Todavía tengo la imagen viva de cómo lloraba la mocosa. La tía le hizo dos trenzas en la cabellera. Las lágrimas humedecían su camisa. ¡Cómo sufrió esa nena! Me pone muy contento que se case contigo. Ella merece ser feliz y necesita un hombre de nivel, no un ignorante o un cazafortuna. Vos demostraste que la querés y que no sos un interesado. Además, hablando en serio, vos sos el nivel de hombre que puede ladear a Casimira. Estoy feliz por vos, por ella y por mi amigo, su padre. Hacen una linda pareja —dijo Conejo con voz de conmovido.

—Conejo, necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Quiero que hagas que el cura me confiese, si no, no puedo casarme.

—Dejá eso a mi cargo. Esta tarde voy a hablar con el padre Alberto. No creo que haya problema. Alguna fineza me debe.

—Te ruego que seas cuidadoso, me han dicho que no simpatiza con los alemanes. Me dijeron que dice, sottovoce*, que somos un pueblo de animales. Primero por Lutero y segundo por las guerras —declaró Wolfgang.*

—Chamigo, por algo me dicen Conejo o Rabbit. El común de los mortales piensa que los problemas tienen una sola solución. Hay muchas soluciones para un problema. Andá y garantizale a tu prometida que pronto este problemita estará resuelto.

Wolfgang acudió con la buena nueva junto a Casimira. Habían previsto encontrarse en la casa de ella.

—Mi amor, la conversación con Conejo fue fantástica, prometió que nos ayudaría.

—Me enteré de que el padre Alberto despotrica contra los alemanes. No entiendo el porqué de su odio hacia lo alemán —dijo Casimira.

—Mi pulga. Tengo la obligación moral de contarte cosas que sucedieron en la guerra.

—Yo ya sé que en la guerra se matan los soldados. Odio las guerras, detesto la violencia. Todos somos hijos de Dios y nadie tiene el derecho de quitar la vida de nadie. Me imagino que tuviste que luchar y por necesidad tuviste que matar a los soldados enemigos, pero eso es matar en defensa

propia. No fue tu culpa, vos no eras el presidente de tu país. Vos cumplías órdenes. Aquí es igual. Te entiendo y espero que nuestros hijos nunca tengan que irse a pelear. ¡Qué estupidez matar hombres por territorios, por conquistas, por riquezas! Amor, yo te amo con todo lo que fuiste o tuviste que hacer.

—Mi pulga. Quiero confesarme contigo. Deseo que sepas quién he sido y qué he hecho. Me siento obligado a decirte la verdad. Jamás me comporté como un farsante. Las veces que me tocó actuar lo hice por convencimiento. No estoy arrepentido de lo que hice. En la guerra se hacen muchas cosas feas. No quiero explicarte todo lo que fue la guerra y las causas que nos obligaban a combatir. Con nosotros los alemanes sucedió lo que siempre sucede con los perdedores, hoy nosotros somos los únicos culpables. Vos sabés que los ganadores escriben la historia. Sigo creyendo en el Führer y en sus proclamas. Te repito, nunca he quitado un provecho de la política. Era y sigo siendo un convencido de que hubo y hay una conspiración contra la cultura germana. Ahora bregaré por mi patria a través de la escritura. Yo no he sido un soldado común. He sido un hombre importante en el gabinete militar de las SS. He tomado muchas decisiones que eran urgentes e imprescindibles. No me arrepiento de lo que hice, es más, estoy orgulloso de haber luchado por mi patria. Millones de compatriotas han muerto combatiendo. Ahora me toca a mí decir la verdad con la palabra escrita.

—Wolfgang, mi amor. Te amo como sos, con tus virtudes y defectos. Yo puedo no amar tu pasado, pero sí es verdad que te amo, entonces te amaré con tu pasado, con todo lo que fuiste y serás. Mi pasión hacia vos en incondicional. Me intranquilizó y se apropia de mí la incertidumbre si no te veo cerca. Tu solidez me proporciona seguridad. En tan poco tiempo me acostumbré a vos que quiero que estés siempre por ahí, sí, cerca mío. No soy más que una pueblerina y siento, cuando me abrazás, que me entregás tu corazón. Sé, por tu bondad, que si algo me pasara, se te partirá el alma en dos. Hay que ser fuerte y saber perdonar. Si algún día no estoy, te cuidaré desde el cielo, desde los árboles y desde mi soledad porque, aunque esté con Dios, me harás falta. Mi nombre, Casimira, significa la que predica la paz, solo le pido a Dios que no haya más guerras. Yo te daré toda la paz que necesites. Quiero que reine la paz en el cielo y la tierra, me aterroriza la idea de que mis hijos se tengan que uniformar para ir a la

guerra. Dos cosas te pido: que no hablemos de guerra y que te confieses con el padre Alberto. Mi perdón no importa, es Dios el único que perdona. Solo Dios puede quitarnos la vida, él nos la dio y nos la quitará cuando lo considere justo —dijo con entrega, honestidad y muy enamorada.

—Mi pulga. Te amaré toda mi vida. Dormiré atado a tu cintura o bebiendo de tus pechos. Nuestros cuerpos se calzan, mi cuerpo está hecho para tu tamaño y el tuyo para mis medidas. Encadenaré tu ser con mis labios y elevaré en el cielo un monumento de estrellas. Me vas a hacer un sitio en tu lado y te haré uno a mi lado, caminaremos. Seremos tan unidos que ni la ingratitud del infinito nos podrá separar. Haré lo que vos desees —dijo más enamorado que nunca.

—Se me quedó algo en el tintero. ¿Puedo pedirte un favor?

—Mi pulga. Soy todo tuyo y de nadie más. Te juro que haré realidad todos tus deseos —Wolfgang habló como si ya no tuviera una puja en su interior.

—Mi lobito. Yo nunca estuve en el mar, nunca he visto el mar y… me muero de ganas por conocer el mar. Dicen que es hermoso. A mí la idea del mar me da la sensación de la libertad. Tal vez, cuando estemos sentados en la orilla del mar será más sublime nuestro amor. Al lado del mar, te amaré no solo con toda la fuerza, sino con toda la libertad de mi corazón —dijo ella y le brillaban los ojos.

—Mi pulga. Empeño mi palabra de honor. Te llevaré al mar. Conmigo recorrerás todos los sitios que quieras conocer. Mi intención era que pasemos la luna de miel en Mar del Plata, pero como vos propusiste Corrientes, preferí no llevarte la contraria. No te lo dije porque sabía que tenemos exámenes y hay muchos quehaceres. También recelé que no querías irte tan lejos de tu padre. Escuché que invitaste a tu papá a que venga a comer con nosotros. En el fondo, seguís siendo una niña, por eso será que te amo tanto. Por eso sos mi pulga y mi tesoro. Me ratifico, te prometo que no bien podamos te llevaré al mar.

—Y pensar, mi lobito, que yo creía que todos los alemanes eran fríos. Vos sos tan tierno y dulce.

Mientras acontecía la conversación entre la pareja de enamorados, Conejo estaba cumpliendo puntillosamente la tarea que le habían encomendado.

—¿Qué tal, padre Alberto? ¿Cómo te van las cosas? ¿Qué novedades

hay en la sacristía? —preguntó Conejo con voz de cómplice.

—Querido y estimado Conejo, ¿qué te trae por acá? —interrogó el padre Alberto.

—Te traigo un par de zapatos. No está bien que el más santo del pueblo use zapatos viejos, con la suela despegada.

—¿Qué tramás, Conejo? Siempre que me regalás algo después me hacés un pedido. Tus regalos me cuestan caro. Esta vez, ¿cuál es tu pedido? La última vez que me diste dinero para la pintura de la iglesia me terminaste pidiendo que matrimoniara a un par de bígamos. Esa dupla estaba en infracción con la ley de Dios. Aparte de que estaban concubinados, ambos, el hombre y la mujer, se guampeaban. Los hice marido y mujer y, además, obtuvieron el perdón de Dios. ¿Esta vez qué me vas a pedir? Por un par de zapatos no me vengas a pedir que absuelva de sus pecados al cafishio y a la madame que gerencian la casa de malvivir. Recuerdo aquella vez que me diste para que tomara vacaciones en Buenos Aires. ¡Qué caro me salió ese viajecito! Me pediste que perdonara al patrón y a su esposa. El tipo había matado a su capataz porque este se acostó con la esposa, pero fue ella la que por despecho obligó al occiso a que pecaran. La señora quería ofender al marido porque le fue infiel con su hermana. El tipo, cuando se confesó, declaró que lo mató porque esa clase de actos mermaban su autoridad. Finalizó su justificación diciendo que un muerto de hambre no podía ultrajar su honor y que una mujer honrada lo desordenaría, si su señora era una puta, él no tenía problemas porque siempre anduvo con putas. Los pedidos tuyos son de personas que no deben ser perdonadas por Dios, sino deben ser sobreseídas por la justicia. Por eso antes de aceptar tus zapatos te vuelvo a preguntar ¿qué traés entre manos? —inquirió como quien se precautela de no ser estafado.

—No vengo a pedirte nada pecaminoso. Quiero que oficies el sacramento de la confesión. Un amigo mío quiere contraer nupcias con Casimira, la hija del eslovaco. Es una excelente persona que está enamoradísimo de ella. Él colabora con la escuela que, dicho sea de paso, está prestando una encomiable labor. Es un individuo sano y de conducta rectilínea. Y por sobre todas las cosas es mi amigo —enfatizó Conejo.

—Mirá, Conejo, por nada del mundo confiaré en un alemán. Para mí representan una jauría de lobos. La historia del pueblo germano es la historia de un pueblo sediento de sangre. O, por si acaso, no te enteraste de

la masacre que organizaron en Europa. En veinte años provocaron dos guerras mundiales y millones de muertos. Son un pueblo racista que implementa la crueldad sin ningún cargo de consciencia. ¿¡Vos en serio creés que este fulano está arrepentido de los crímenes que ellos cometieron!?

—Chamigo, no seas exagerado. No podés generalizar. Porque acá se roba, ¿vos pensás que podés decir que todos los argentinos son unos chorros? Se trata de un buen tipo. No le jodas la vida a él y a Casimira. Tenés muchos prejuicios, muchos más de los que yo me imaginaba. El alemán es mi amigo. Me vas a hacer este favor y vas a cumplir con tu obligación sacerdotal. O acaso Cristo no vino para redimir a los pecadores.

—Aunque me quede con tus zapatos, lo voy a confesar porque es mi obligación. Un par de zapatos es muy poca cosa para perdonar a este lobo que se viste para el carnaval. Acordate de mí. En cada alemán hay escondido un nazi, le rascás un poco y te vas a encontrar con su camisa parda. Decile que venga hoy antes de oscurecer. Cuando el cáliz es amargo hay que beberlo de un sorbo —ordenó el padre Alberto con voz de enfadado.

Wolfgang se apersonó en la hora crepuscular. Al entrar a la iglesia distinguió al padre Alberto, comprendió que estaba alterado.

—Óigame, señor alemán, yo a usted no lo voy a confesar. Estoy seguro que estuvo involucrado en muchos crímenes de lesa humanidad. También pienso que usted no conoce el significado de la palabra arrepentimiento. Ni siquiera se adentró en usted un complejo de culpa. Digo en usted pues estoy seguro que usted no tiene corazón. Con sinceridad, yo creo que usted es Satanás. Un defraudador, a mí no me engaña. En el confesionario se conoce la dualidad de los hombres y las mujeres. De rodillas te vomitan sus pecados, delitos y maldades y luego yo los veo en las procesiones llevando sobre sus hombros la imagen de la virgencita, de un santo e incluso al Cristo crucificado. Conozco de memoria las dos caras de los seres humanos, la que teme el castigo divino y luego va a regodear y alimentar su vanidad en los actos sociales. Usted a mí no me va a joder. Diremos que lo he confesado y hasta celebraré la misa del casorio, bendeciré los anillos y los declararé marido y mujer. Me prestaré a la farsa en razón de conservar la amistad de mis buenos amigos. Pero, disculpe mi honestidad y mi manera directa de hablar, usted no necesita la confesión, lo que usted

necesita es varias sesiones de exorcismo. Satanás habita bajo su piel —alterado dijo el padre Alberto.

—Con todo respeto. El dogma nos dice que Dios siempre hallará razones para perdonar nuestros pecados. Dios en su bondad es omnipotente. Teológicamente hablando, Dios está obligado a perdonarnos. ¿Por qué usted en nombre de Dios se niega a perdonarme? Según mi entender, es Dios el que perdona. Usted solamente administra el perdón divino —argumentó con voz tenue.

—Le voy a decir algo y no lo autorizo a que lo repita. Dios no existe cuando hay que perdonar a un nazi. ¿Entendió? Dios no existe. No hay perdón para los nazis. Para gente como usted la justicia verdadera es la de los hombres. La justicia divina es para personas de otra laya. Le recomiendo que se vaya de acá… Si puede, márchese lo antes posible y no regrese nunca más. Su presencia entre nosotros ofende la dignidad de Formosa —afirmó con dogmática vehemencia.

—Usted se confunde, padre Alberto. Perdonar es fácil, lo difícil es olvidar —sentenció.

Wolfgang se retiró del recinto clerical sin levantar la voz y sin ningún gesto de desaprobación. Encuadró sus movimientos como en un tablero de ajedrez, los pasos a dar debían considerar la reacción del contendiente. Lo tranquilizaba saber que conocía el rostro de su enemigo. Los ataques y las recomendaciones del padre Alberto no lo habían inmutado. Prefirió la discreción, guardar silencio de lo sucedido. Se aquietó con la propuesta de que hay cosas que no se deben menear. Calculó que la instalación y el funcionamiento de una usina de rumores a la larga lo perjudicarían. Con ironía y resignación se dijo a sí mismo que cuando uno no tiene el poder en sus manos, cualquiera se atreve a darte un consejo.

Salió a la calle por una puerta lateral. Había anochecido y el alumbrado no llevaba la luz a todas las esquinas. Disfrutaba andar en la oscuridad de la noche. Inhaló, extendió los brazos y los recogió. Anudó sus dedos tras la nuca y caminó impertérrito y sin apuro. Iba feliz, iba al encuentro de la amada.

68. El destino emplaza

El matrimonio se llevó a cabo con todas las de la ley. La boda religiosa fue realizada en el estricto cumplimiento del derecho canónigo y el casamiento civil se enmarcó dentro de las exigencias del derecho positivo. El eslovaco acompañó a su hija hasta el altar, sus ojos abnegaban lágrimas como queriendo anticipar la senectud. Se casaba la única hija, y el padre de Casimira dispuso que no se escatimara en gastos; por ejemplo, la novia debía ser acicalada por el mejor modisto de la Capital Federal. Había que tirar la casa por la ventana, él decía: una sola vez se casa una hija. Los servicios de mozos se contrataron en Corrientes y la repostería, de Buenos Aires. Los adornos para las mesas se compraron en Resistencia. Al estilo campestre, se hizo un asado a la estaca y para que no pasara lo que sucedió en la boda de Caná, se resguardó que no escaseara el vino. La solemnidad religiosa y la fiesta pantagruélica, en el pueblo, fueron considerados los acontecimientos del año. Nadie de la alta sociedad quiso ausentarse del evento. Muchos asistían por respeto a la familia, un grupo por codearse con la rancia sociedad pueblerina y otros para comer y beber como no lo hacían habitualmente.

Cada quien se atavió con sus mejores prendas. Lucían sus mejores, o quizás únicos, trajes, algunas damas, para disimular el sobrepeso, encorsetaron sus cuerpos. Como si se hubiera llamado lista, estuvieron participando todos con señoras: el encargado del registro civil, el sargento responsable del puesto policial, el intendente de Formosa, el funcionario de trenes, el director del correo, el gerente del banco nación para la provincia, el boticario, el dueño del bar, el enfermero del centro sanitario, el sacristán que cambiaba las flores del altar, la peluquera y el peluquero, el

almacenero, Negri y el sepulturero. Todos dijeron sí al convite menos el padre Alberto. Este se excusó con el padre de la novia arguyendo que no asistiría a la fiesta, pero que la celebración religiosa tendría un breve sermón y no habría comunión; acotó: "Tengo una diarrea que me tiene a mal traer, estaba estreñido y me tomé un laxante. Hoy es el día que los cólicos no paran. Mañana tengo cita con el gastroenterólogo paraguayo José Masi, que una vez al mes hace consulta en Formosa". El padre Alberto refirió los detalles y el coro de las molestias estomacales. Sabía que el eslovaco encabezaba la lista local de influyentes y que, como católico ferviente, pagaba semanalmente de su pecunio los cuidados que demandaban la casa del cura párroco. Conjeturó que con los poderosos no se jugaba y que gracias al benefactor le sobraba dinero para jugar al truco y fungir de burrero.

Lo previsto sucedió como si los dados hubieran sido cargados para que la suerte los favoreciera. La luna de miel fue en un hotel correntino. El padre cumplió lo prometido, les hizo una visita que, si bien no incordió, incomodó. Les transmitió el saludo de la parentela y del vecindario. El visitante comprendió que debía acortar su presencia. Se retiró feliz de la vida, durante el retorno solo pensaba en los nietos.

Durante la luna de miel permanecieron en la habitación el tiempo que les fue posible. La extraordinaria presencia de ánimo alentaba la expresión de felicidad en los rostros. Párvulas sonrisas y la melancolía de ojos anunciaban que serían visitados por alientos tiernos y tibios, se entretenían en una alegría infantil. Los recorría la desmesura del hallazgo del tesoro que se estaba buscando, en cada parte de ellos remolinaba la fuerza del todo. Sus corazones se estremecían ante la excitación y el empeño de litigar contra la soledad y la morosidad afectiva. Ni de la sobremesa amorosa querían privarse, incluso las menudencias serían aprovechadas. Acordaron que la exploración de los cuerpos expresaba la avaricia del amor. Los momentos no debían ser devaluados. Los incomodaba el discernimiento de verse amonestados por desperdiciar una caricia mañanera, un beso atardecido o un abrazo nocturno. El espíritu soplaba en cuerpos que habían sido transitados por emociones honestas. Había que rescatarse del abandono y del desaforado desierto. Las miradas se deslizaban y las manos se adosaban a los pechos. Se pellizcaban los pezones como prenda del pudor desvaído. La magia profanadora avivaba la comunicación de los

cuerpos y las almas. La gimnástica del amor liberó las fantasías. Inmediatamente, corroboraron que las vestimentas intimaban el abordaje de los cuerpos. Vislumbraron que la desnudez y el roce de la piel eran la carta de presentación que esgrimía la intimidad. Abolieron las prohibiciones que ceñían las bocas, los labios, las lenguas y las manos. Se relajaron, desapareció el amedrentamiento del pudor. Allanaron el camino que los conducía a la complicidad. Las emociones se embravecieron y las preocupaciones se desvanecieron. En el vientre de Casimira llameaba un fuego rojizo, mientras que el tórax de Wolfgang fue visitado por un ardor indomable. Contemplaba que, en el ombligo de ella, moraba el centro de la gravedad y ella imaginaba un instante eterno. La conformidad de las partes configuraba un todo cósmico. Los cuerpos subsidiados por la pasión se encastraron. De ambos se apoderó la codicia de los desbordados deseos, del río que pierde el cauce y el arrebato del tiempo infinito.

Apostaron a recorrerse y descubrir en el otro su parte perdida. El uno quería acopiar del otro los residuos y las noches sin lunas. El calor y sudor corporal los lanzaban al espionaje, necesitaban catar el líquido transpirado. Eran parcelas que querían refugiarse en el mismo continente. Ella sentía que sus huesos eran huesos de él y Wolfgang, que su carne era un trozo de Casimira.

Los empujones aproximaron las cinturas. Wolfgang la acostó y puso una mano en la espalda baja y con la otra mimaba sus senos. No solicitó autorización. Él enmudecía y ella gemía. Casimira guiñó un ojo y, para favorecer que entrara y lo cobijara, extendió, hacia los costados, sus piernas. La incorporación de una parte de él en el cuerpo de ella humedeció la vestal cavidad. La lubricación disminuía las asperezas y silenciaba las incomodidades de la desfloración. La avidez, en la cavidad, repercutía como ondas que subían, del vientre a los senos, igual que una ola desenfrenada. De pronto fluyó el licor rojo. Wolfgang intentó beber de él, ella le prohibió. Preguntó ¿por qué? Porque, si lo pruebas, te embrujaré para toda la vida. Entonces, repuso, eso es lo que deseo. En son de broma Casimira preguntó ¿y si me muero? No digas estupideces, replicó Wolfgang, vos no te vas a morir después de mí. Además, para sufrir ha nacido el hombre. Te estoy gastando una broma.

En Wolfgang las sensaciones se remolinaban, la besaba y acariciaba tenuemente con los dedos. Eran dos formas que se calzaban. Sentían que el

uno desembocaba en la orilla del otro. Dormían abrazados. En la madrugada la despertaba y aventajado por la sorpresa la mordisqueaba, propinaba besos, rozaba los labios, lamía los senos y acariciaba los muslos. Ella despertaba e iba al encuentro, le manoseaba las piernas y pellizcaba el pezón.

La tibia luz lunera reverberaba a la niña que perseveraba. La cara aniñada lo enternecía, necesitaba adular sus mejillas, cosquillear la punta de la nariz y acariciar los lóbulos de las orejas. Cancelaban la jornada cuando él, atado a las piernas y abrazado a la silueta, quedaba rendido. Ella hallaba la comodidad ubicaba a su costado y se tornaba boca abajo. Él, como el fuego que resiste bajo las cenizas, tramitaba su agónico fogonazo depositando la mano entre sus nalgas. Un capítulo de erotismo sin obscenidades.

Como si hubiera respondido a la lógica de la matemática, a las seis semanas Casimira le informó a Wolfgang que estaba embarazada. La buena nueva colmó de alegría a los recién casados. La pasión y la salud de ambos rindieron sus frutos. Cuando ella le dijo que esperaba un hijo, él cayó de rodillas. Extendió los brazos para sujetarla por las caderas. Juntó su cuerpo al de ella y posó su oído sobre la barriga. Wolfgang se excusó en comentar que oía el latido del hijito, y ella se atrevió a decir que ya sentía las pataditas. La dupla no pudo contener el llanto. Casimira con besos secaba sus lágrimas. Lloraban de felicidad, como quien ha alcanzado la gloria. Daban la impresión de que lo hecho fue solamente para esperar esa noticia.

Desde que se casaron hacían el amor a diario y lo hacían con la intención de procrear. Ella siempre había expuesto su deseo de una familia numerosa. Decía que crecer sin hermanos equivalía a soportar una infancia solitaria y con niñez triste. Confirmaba que la única envidia que le provocaban sus amiguitos lo constituía el hecho de que todos ellos tenían papá, mamá y hermanitos. Confirmaba que la prematura muerte de la madre significó una pérdida insustituible y un dolor irreparable. Aunque vivía en el regazo de papá, me sentía sola. Mi padre me dio todo el amor que pudo, pero hay cosas en las cuales un padre no puede reemplazar a una madre. No quiso volver a casarse y se dedicó enteramente a la estancia y a mí. Me consta que a escondidas tuvo sus novias, pero jamás las trajo a la casa. Siempre ha respetado la memoria de mamá. Papá ha sido un buen

marido y un padre cariñoso. Aunque te cueste creer, todos los días me llevaba y me buscaba de la escuela. Preparaba las mañanas del seis de enero. Hacía todo lo necesario para que yo creyera en los reyes magos. Wolfgang no contrariaba el deseo de Casimira. Le contaba que tenía un hermano con quien disfrutó de una hermosa infancia. En broma le decía que se transformaría en un torazo reproductor.

La propuesta de la familia numerosa era compartida por la pareja y el abuelo. Les ilusionaba que un amor tan lindo no debía ser compartido solo entre dos. Convinieron que el papá tenía que ser el primero en enterarse y coincidieron en que las noticias buenas debían llegar más rápido que las malas. El hallazgo de la buena nueva los halló en el dormitorio y, en ese momento, el padre estaba en su escritorio sumando y restando. Decidieron avecinarse al sitio. Los dos, tomados de la mano, se acercaron donde el padre se hallaba sentado quitando cuentas. Al verlos llegar intuyó que la familia, después de décadas, se agrandaría. El padre vio en el reflejo de la sonrisa de ella una felicidad sin límites. Interpretó que su hija le daría un nieto. Incluso, pensó que Casimira había engordado. Ella corrió hacia su padre y, abrazándolo, apoyó la cabeza en su hombro para seguir llorando. Sin decirse nada se dijeron todo. Tampoco el progenitor pudo contener las lágrimas. La abrazó, la besuqueó y acarició sus mejillas. En voz baja, casi inaudible, le dijo qué pena que mamá no está con nosotros, ella estaría colmada de felicidad. La escena de cariño y ternura paternal no fue interrumpida por Wolfgang. Entendía la emoción del momento y que al padre y a la hija los unía un dolor silente e hiriente. El suegro advirtió que ambos querían que él participara del festejo, esa sensación lo colmó de alegría. Con soltura y agitando los brazos le dijo al yerno: "Vení darme un abrazo que sin vos esto no hubiera sido posible".

El requerimiento fue satisfecho en forma de gratitud correspondida. Los tres se aunaron y empezaron a gritar y sollozar de alegría. Inmediatamente, el padre ordenó a la mucama que felicitara a la futura madre y al futuro padre. Abrazó a la sirviente y le propinó un beso en la mejilla, su contento era tal que ordenó que abrieran una, dos, tres o cuatro botellas de champán. Esa noche había motivos para emborracharse. Brindaron y como nunca antes el progenitor bebió hasta marearse. Incluso se achispó he hizo reír a todos los celebrantes. Surgió una preocupación en la cabeza de la empleada. Esta expresó que los parroquianos iban a pensar que Casimira se

había casado embarazada. Redondeó su idea argumentando que se haría correr el chisme de que los novios habían contraído nupcias, de manera expedita, pues con ello lograrían ocultar el estado de gravidez. La preocupación de la doméstica no halló eco entre los cónyuges y el padre. Tanto a ella como al esposo no les importaba lo que la gente, mal pensada, vaya a prejuzgar y decir. Casimira contradijo con sorna: "¡Entonces, para qué existe el calendario!". El padre fue aún más contundente y hasta si se quiere furibundo: "A mí me importa un rábano lo que se diga por ahí. Los envidiosos que se vayan a retozar a la selva. Si alguien se atreve a hablar mal de mi retoño, se las verá conmigo". A ellos, de ahora en adelante, solo les preocuparía la evolución del embarazo. En esa coyuntura eran una familia feliz.

Las siguientes dos semanas transcurrieron con normalidad. No hubo dolores, náuseas, vómito, diarrea, retención de líquido o fatiga. Continuaba con sus asuntos cotidianos como si no hubiera pasado nada. Todavía no se notaba ningún síntoma de redondez. Todavía el vientre fecundado no se exteriorizaba en ninguna forma cóncava. Los días pasaban lentamente. Ella se empeñaba en hallar modificaciones en su corporeidad. Parecía que no se hubiera conocido a sí misma. Rasgos preexistentes los consideraba como productos de la gravidez. Se paraba frente al espejo, se palpaba los pechos y los encontraba más anchos. Al inicio, el ginecólogo pronosticó que sería una gestación con un parto sin problemas. Para honrar la salud de hierro la ponderaba calificándola de "sos una potra".

Pasaron un par de semanas cuando Casimira comenzó a manifestar malestares. Comentaba que se sentía mal. Todos le replicaban que era normal que se sintiera rara e incómoda. Las respuestas eran siempre las mismas: "Estás preñada y es normal que tengas molestias", "tenés un crío en tu vientre y eso tiene sus bemoles", "no te olvides que ahora sos dos". Las molestias continuaban y se hacían más agudas. Perdió el apetito, desaparecieron los antojos y la debilidad se apropiaba de sus fuerzas. Reclamaba que se sentía como una vela que se consumía y temía que sufriera un aborto natural. Sentía dolores extraños que no eran los típicos de un estado de gravidez. Dejó de dormir más de la cuenta y la fatiga la vencía. Le costaba conciliar el sueño, entró en un estado de vigilia. Una madrugada despertó y se sintió rara. Se palpó y notó que tenía la bombacha mojada. Fue al baño con la idea de higienizarse. No atinó a

despertar a su esposo. Wolfgang dormía profundamente, había tenido un día muy ajetreado. Casimira le había solicitado que no se ausentara de la escuela. Para algunas obligaciones había asumido las responsabilidades que le correspondían a su esposa. Continuemos describiendo la madrugada en la que temprano madrugó la incordia. Ella entró al cuarto de baño, estiró la perilla, prendió la luz, agarró la toalla, la mojó y como si fuera un repasador, se la restregó por la entrepierna. Aproximó el paño a la luz y reconoció que era sangre lo que empapó la bombacha. Volvió a hurgar en el sexo e intuyó que iba a expulsar un flujo de sangre. Repitió el palpamiento de forma más violenta. Introdujo los dedos con una actitud exploratoria. Rasgaba lo que tocaba como quien usa el tacto sin estrategia, esta intervención incitó a que fluyera un flujo espeso y oscuro. El pánico se apoderó de ella, en ese momento gritó y llamó a Wolfgang con voz desesperada.

Recordó que la habitación quedaba distante, que la puerta estaba cerrada y que no la iba a escuchar. Súbitamente, comenzó a sentir escalofríos, y una presión interior le anticipaba que el flujo no se detendría. Temblaba y sudaba frío. Recelaba como una hoja que iba a desprenderse de la rama. La invadió el miedo, temía desmayarse y morir desangrada. Comprimió el sangrado con la toalla teñida de rojo. Decidió retornar al dormitorio. Se incorporó, para recuperar fuerzas se acodó en un mueble. Irguió el torso y, para no desequilibrarse, se sujetaba de lo que estaba a su alcance. Apoyándose por las paredes alcanzó la cama matrimonial. Se acostó para estabilizar la respiración. Con la mano derecha golpeó el brazo del marido, este despertó y parecía un sonámbulo. Se incorporó, comprobó que el pulso no era el normal. La acunó con los brazos y preguntó "¿qué te duele?". Ella repuso, con voz inaudible, "tengo una pérdida". Ella se desmayó y a él se le nubló la mente. Fue atacado por la idea de que estaba moribunda. La tapó y dijo "ahora mismo te llevo al médico". Wolfgang la subió en sus brazos. Fue hasta la habitación del suegro. De una patada empujó la puerta y el padre despertó asustado. Amagó buscar el revólver en el velador. Declinó de su pretensión cuando observó que Wolfgang, en una actitud de auxilio, cargaba a su hija. Antes que pronunciara una palabra o hiciera una pregunta Wolfgang ordenó que se vistiera y que lo acompañara al médico. El marido enfermero estuvo lacónico cuando reveló que "Casimira está muy enferma".

Durante el traslado gemía de dolor y ellos expresaban palabras parcas como quienes ya no esperan nada de la vida. Al llegar, el médico los recibió enseguida. Requirió que la sentaran en la camilla donde él inspeccionaba a las pacientes. No les dijo que lo dejen solo, pidió que mientras observara no molestaran. Auscultó el órgano genital, la sangría disminuyó, pero un hilo fino confirmaba que la desecación persistía. Metió los dedos hasta lo más profundo de la hondura vaginal. Terminó, tenía los guantes ensangrentados. El rostro sombrío anunciaba que no comunicaría buenas noticias. Inhaló y exhaló, la costumbre hizo que se dirigiera a su amigo el eslovaco. Ignoró que Wolfgang era el marido de la enferma. Escuetamente expresó: "Creo que se está muriendo. No tiene problemas ginecológicos. Creo haber palpado un tumor. Los coágulos son gelatinosos y de color borravino. Aquí, no puedo hacer nada. Buenos Aires está muy lejos. En Corrientes tengo un colega amigo especializado en cáncer. Recomiendo que acudamos a él. Se trata de un profesional muy capaz y preparado. No hay, en la zona, nadie mejor que él para que la diagnostique. Yo iré con ustedes, haremos una interconsulta. Pero pienso que no debemos hacernos muchas ilusiones". Entre los presentes nadie se percató de que, mientras el ginecólogo daba las explicaciones, Casimira mantenía los ojos cerrados y las orejas paradas.

Casimira acompañó, estoicamente, todo el proceso. Guardaba silencio y solamente gemía cuando los dolores se hacían insoportables. No se lamentaba y demostraba un coraje sin fisuras. El oncólogo habló sin pelos en la lengua, con la crudeza con la que suelen referir sus casos los cirujanos. Describió la gravedad de la situación. Una intervención quirúrgica para extirpar el tumor conllevaría la muerte sin dilación del feto. Añadió que la extracción del tumor postergaría el desenlace final. Basó su afirmación en los análisis y estudios que se hicieron: "Todos señalan que el cáncer se ramificó y ha hecho metástasis".

En la casa la tristeza había desplazado a la felicidad. Estaban anonadados, el destino desenmascaró su lado oscuro. El golpe recibido demostraba cómo de sórdida y sombría podía ser la vida. Ninguno imaginaba que, contigua a la vida, habitaba la muerte. A pesar de su pasado épico, Wolfgang era el más desanimado. En su actitud comenzaban a reflejarse trastornos mentales, parecía un hombre vacío que nunca fue nada. Aunque parezca mentira, el amor había demacrado sus convicciones

y anquilosado su voracidad lobuna. Por primera vez degustaba el amargo sabor de una elegía temprana e injustificada. La familia quedó paralizada. Al padre y al esposo no se les ocurría una iniciativa que aplacara el entorno aciago y agobiador. Los consumía el miedo de vivir sin Casimira. Intuían que serían arrojados a la lóbrega prisión de la locura. El padre, en sus soliloquios, expresaba lo ingrata y dura que la vida había sido con él: "A los siete años de casado perdí a mi amada esposa. Ahora perderé a mi amada hija y a mi nietito". Apuntando la mirada al cielo reclamaba: "Señor, qué injusto has sido conmigo". Wolfgang no atinaba a decir nada, miraba a lo lejos como arañando el horizonte anhelado. Veía que por segunda vez el mundo se le venía abajo. Millones de muertos no habían logrado lo que la muerte de Casimira consiguió, que purgara sus condenas. Wolfgang sentía habitar una herida incurable. Compungido se golpeaba el pecho y se imputaba la muerte de la mujer con quien tanto quería vivir. Ambos eran aplastados por la desesperación y la angustia. No visualizaban, sin Casimira, una vida verdadera. Para ellos solo había vida en la verdad de Casimira. Hombres fabricados en el hierro de la dureza decaían como moldeados con la delgadez de la arcilla. Si ella perecía, no hallarían una razón de vida, se les evaporarían las ganas de vivir. La casa se había convertido en un mausoleo del silencio en donde lo único que se escuchaba era el parloteo del loro que como un disco rayado coreaba "Viva Perón".

Sí, es real, fue ella la que buscaba contagiar alegría. Sí, es totalmente cierto que, a pesar de que sus fuerzas naufragaban, falsificaba la ilusión de que Dios la iba a sanar. Ella era consciente de la muerte. Con la determinación de quien sabe que la muerte la libraría de los sufrimientos, les instaba a que ejercieran el valor para ayudarla. Las arengas que emitía no lograban el efecto deseado. Una tarde se acercó a Wolfgang, este estaba cabizbajo y con el ánimo arrastrado por el suelo. La prestancia del alemán se angostó en tal medida que quienes lo veían pensaban que ella lo llevaría a la tumba. Casimira lo abrazó por atrás y estampó un beso en el cuello. Dialogaron dos que observaban diferente, pero miraban la misma cosa. Uno esperaba más de la vida y el otro esperaba menos de la muerte. En el fondo los dos esperaban mucho y quien espera lo mucho espera lo poco.

—Lobo, vos me habías hecho una promesa. Hoy es el día que quiero que honres tus obligaciones conmigo —dijo Casimira.

—Mi pulga. Hoy te amo más que ayer. Te amaré siempre, hasta cuando

yo me muera te seguiré amando.

—No es esa la promesa que quiero que cumplas.

—¿Cuál es la promesa que debo cumplir?

—Recuerda que te dije que no conocía el mar. Vos me prometiste que me llevarías a ver el mar. Esta es tu oportunidad de cumplir tu palabra.

—Pero mi pulga, ¿te sentís bien?, ¿estás con ánimo?, ¿tenés fuerzas para viajar? Mirá que es un viaje largo.

—Estoy más fuerte que vos. Hoy me siento como una loba. Si te portás mal, te voy comer. Mi lobito, siempre quise conocer el mar. Llevame al mar, por favor.

—Mañana tempranito, salimos para ver el mar —confirmó Wolfgang.

Partieron con la luz del alba. El padre los acompañó hasta el vehículo. Besó a su hija y le recordó que no se olvidara de tomar sus medicamentos. A Wolfgang en voz baja le dijo: "Cuidala que no le pase nada". Arrancó el motor y presumieron que el tiempo escasearía. Ganaron distancia. Wolfgang era un diestro en el volante. Pretendía alcanzar el mar antes que anochezca. Casimira se ubicó contiguo a él, la mano la puso sobre su muslo. Al principio del viaje, él estaba taciturno. Ella quería animarlo y con insinuaciones y chistes procuraba extraerle una que otra expresión. Casimira, a pesar del deceso prematuro de la madre, había tenido una infancia en la que se la pasaba soñando. Comenzó a relatar sus experiencias con los reyes magos. Sus historias de infancia sonsacaban de a poquito una sonrisa del esposo. Ella charlaba y él se entusiasmaba con la paz y alegría que transmitía. Súbitamente, una corriente de alegría los afectó. Pasaban los kilómetros y las horas. Casimira disimulaba los dolores que se agudizaban. No se quejaba de ninguna molestia y descendía al sufrimiento evitando el ruido que hacen las piedras al descender. Comenzó a perder sangre, el líquido ensopaba el asiento. No decía nada. Wolfgang percibió que la voz de ella se atenuaba y la niña se disipaba de sus ojos. El temor que lo dominaba se estaba haciendo realidad. Se atrevió a preguntar ¿cómo te sentís? Ella repuso ¿estás preparado para escuchar la verdad? No, le respondió, pero debo escucharla. Ella le corroboró que ya la muerte se acomodó y parece que quiere que me vaya. No digas eso, reclamó el marido. Casimira repuso para darle valentía: "No tengas miedo, la enfermedad tiene voz propia y la muerte no es más que su resonancia".

Wolfgang se afligía y comenzó a llorar. Ella solicitó apoyarse en él y que

la abrazara. Él, que había participado en orgías mortuorias, desenterraba por vez primera la soledad de la muerte, la desolación se apoderó de él. Las agitaciones, la furia, el remordimiento, el delirio y el espectro de Polonia, Ucrania y Rusia revivieron. Ella estaba recostada sobre sus piernas y él, con lágrimas en los ojos, la llamaba gritando mi pulga, mi pulguita. Cada minuto que pasaba se atenuaba su respiración y sus ojos pestañeaban una luz turbia y pálida. Wolfgang gritaba desde la impotencia y la desesperanza: "Pulga, ya casi llegamos, estamos cerquita. Pulga, no te vayas, que no se vaya contigo nuestro hijo. Pulga, si te morís, me muero. Tu vientre incuba nuestro amor. No me dejes, quiero besar a mi hijo. Quiero alzarlo y mecerlo. Quiero que estemos los tres juntos, ¡no me abandonen! ¡Tengo miedo! ¡¿Por qué no me muero yo?! Vos y él no hicieron nada. Acordate que si es varón se llamará Pablo, como su abuelo, y si es mujer, Alicia, como su abuela".

Wolfgang aumentaba la velocidad, deseaba alcanzar el mar y arrodillarse en la orilla. Quería, frente a la inmensidad de lo eterno, abrigarla con sus brazos. En esos instantes de desconsuelo revivieron los recuerdos de las matanzas. Su memoria resucitaba la imagen de aquellos ojos que brillaban y rezaban, suplicando piedad. Sí, se hizo presente la atrocidad de aquel momento. Era el pasaje de la madre y el hijo que llevaba a cuestas. La imborrable imagen de la mujer que desde la fosa extendía los brazos para suplicar que salvara a su hijo. Le rogaba con la voz agrietada "soldado, en mis manos guardo a un inocente, te ruego que lo saques de este infierno". Las imágenes se sucedían y él perdía el control sobre sí mismo. Wolfgang, en la carita del bebé, reconoció a su hijo y, en el coraje de la madre, se reflejaba la templanza de Casimira. Cuando renació en su memoria que su dedo jaló el gatillo para disparar a la criatura, empezó a gritar de asco y desgarramiento. Retumbaba dentro de él el silencioso dolor de la madre que estremecida acunaba al niño yerto. La madre insistía en besar y proteger al hijito. Él la miró y ordenó "judía de mierda", ella, sin miedo que la habitara, giró la cabeza y ofreció la frente. Otro disparo acalló el último sollozo de la madre que mecía al hijito como la ilusión de su vida. Cuando recordaba esas escenas balbuceaba y se conmocionaba. En ese momento soltó el volante. Con una mano sostenía a Casimira y con la otra se golpeaba la cabeza. El aturdimiento lo vencía y lo desposeía de valor. Deseaba que ella escuchara el canto del mar. Pisaba el

acelerador, no quería encontrarse con el rostro desangelado de quien amaba tanto. El velocímetro estaba por alcanzar la máxima velocidad, cuando comprobó que Casimira y su hijo habían dejado de respirar. Irremisiblemente se sentía separado de lo amado. Alucinó que, sin el peso del cuerpo, el alma de Casimira se alejaba de él. Entrevió que sin el alma de ella su cuerpo sería un calabozo. Lamentó seguir con vida, quería ser rescatado del infierno. Frenó e intentó con un grito desterrar su desgarro.

69. La justicia

El deceso de Casimira acarreó el final del sueño de la familia y la estabilidad. En el velatorio, el pueblo entero fue a dar las condolencias. El viudo y el padre sintieron el cariño que la comunidad profesaba por Casimira. De igual modo para ellos fue un apoyo importante en ese momento de congoja. Pero, más allá de las muestras de solidaridad, ninguna plegaria o demostración de afecto paliaría el sufrimiento que infligía el cajón abierto con la humanidad inerte de Casimira. Para Wolfgang el incienso no devolvería a su boca los labios y a sus manos los senos de ella. Don Pablo solicitó una misa de cuerpo presente, la misma fue acompañada por una multitud. En la misa sermoneó el padre Alberto. Pronunció palabras elogiosas y enjundiosas sobre Casimira. Se decantó por alabar al padre y a la hija. Destacó que enseñaba a los niños los valores cristianos que junto a don Pablo había aprendido de pequeña. En una parte de su intervención deslizó con la aviesa intención de enfadar al viudo; expresó que es complicado y dificultoso entender la justicia divina, de ahí que resultaba oneroso aceptar que los justos pagaran por los pecadores. Esa frase hincó el corazón de Wolfgang. Guardó la compostura, pero se propuso aclarar las cuentas, como se dijo, con este cura de mierda. Dejó que terminara el oficio religioso. Quería contraatacar y molerlo a palos. Pensó que era mejor que Casimira descansara en paz y que, en su debido tiempo, él se tomaría la revancha. Evaluó que la venganza, para que surtiera el efecto esperado, debía basarse en una acción premeditada e inesperada. No quería una retaliación por la espalda, planeaba pararse frente al inefable y cantarle las cuarenta. Que alguien rindiera cuentas de sus actos y pagara por sus consecuencias devenía del escarnio público. Iba

a direccionar su accionar a que el clérigo fuera desmentido y humillado frente a los feligreses. En primera instancia deseaba destruir la reputación de santo del infeliz y luego, si hubiera la posibilidad, propinarle la paliza que se tenía bien merecida.

El día había transcurrido con normalidad. En la escuela ya habían aprendido a continuar las labores escolares sin las directrices de Casimira. Atardecía y el crepúsculo aquietaba al pueblo. Wolfgang terminó con la jornada laboral y quería distraerse, sacarse los recuerdos que lo entristecían. En él no caducaba su sed de venganza, sentía que reparar la ofensa lo mantenía cerca de Casimira. Deseaba hacer que el padre Alberto se tragara sus palabras. Pensó que tanta ofensa no debía quedar impune. Necesitaba embriagarse no para hacerse de coraje, sino para olvidar. Entró a la cantina y pidió que le sirvieran caña y cerveza. Tomaba la cerveza y de un sorbo la caña. El recuerdo de la figura del padre Alberto lo ofuscaba. Le seguía generando ira que el sacerdote fungiera de salvador de las almas. No hablaba con nadie, cada trago de alcohol incrementaba sus ganas de encarar al cura. Pagó la cuenta y se retiró del bar. Se dirigió donde creía que se debía excomulgar al cura. Se hizo de una barra de hierro que halló tirada en la vereda. La mano derecha atenazaba al material que, el odio le hacía creer, sería salpicada con la sangre del proxeneta religioso. Pasará lo que pasará, las cuentas quedarían saldadas. La furia lo condujo a pararse frente a la iglesia e imprecar contra el padre Alberto y Dios. Sin empacho, calificó al sacerdote de mercader, de ser un vendedor de indulgencias. Denunció que profanaba el concesionario y que abusaba de la administración de los sacramentos. Lo llamó extorsionador del sentimiento de culpa, ¡nadie que te conozca te puede perdonar! La tanda de acusaciones continuó: ¡sos un fariseo!, ¡lo único que tenés de reverendo es tu culto al dinero, rayano al paganismo! ¡No tenés derecho a tirar la primera piedra! La justicia de los hombres es más justa que la justicia de Dios. La justicia de Dios es impiadosa, la de los hombres es equiparadora.

Los gritos y los golpes contra la puerta de la iglesia hicieron que se juntaran los transeúntes y que los que estaban distraídos en otras actividades abandonaran los menesteres. Entre los aglomerados se encontraban el comisario, otros uniformados, el juez de paz, Conejo y dos policías federales. Al principio nadie se hacía del coraje para enfrentar o desarmar a Wolfgang. Este estaba dominado por la furia y esta lo dotaba

de una fuerza excepcional. Un par de reclutas recibieron las órdenes de reducirlo y desarmarlo. Wolfgang rompió una botella, lo que hizo que tuviera las dos manos armadas. Se ubicó dándole la espalda a la puerta, el flanco de la retaguardia lo tenía cubierto. Giraba de un lado hacía el otro y amenazaba: ¡Quien se atreva a ponerme la mano encima lo mato! El pánico cundió entre las autoridades. Un círculo se formó, pero todos mantenían la distancia. Si Wolfgang percibía que alguien pisaba el perímetro prohibido, daba golpes al aire que sugerían que quien fuera afectado por un manotazo no saldría ileso. Entre los autoconvocados corrían los rumores. El comisario sugirió que, si no se entregaba por las buenas, tendría que actuar por las malas, o sea: debía usar el arma de fuego. Los policías federales expusieron que lo necesitaban con vida. "Había cosas de su pasado que se debían aclarar". Además, un incidente con consecuencia fatal en el que supuestamente habría participado el alemán acarrearía un escándalo internacional. El último en hacer uso de la palabra fue Conejo, este sugirió: "Chamigos, no todo lo que brilla es oro y no todo lo que se escucha de los demás es cierto. Aquí, en el pueblo, somos todos amigos. Chamigos, si me dejan actuar, les prometo que van a recibir una buena recompensa. Ustedes saben que soy generoso y siempre cumplo mi palabra. ¿Para qué queremos armar tanto lío? Así como estamos nuestro pueblo es tranquilo, nunca tuvimos problemas. Siempre entre nosotros arreglamos nuestros problemas. ¿De qué nos sirve que seamos noticia? Si nos hacemos famosos, van a venir muchos indeseables, de todas partes del país y el mundo. Es mejor que nos quedemos como estamos. Yo hablaré con Wolfgang, es mi amigo y ha hecho mucho por el pueblo y nuestros hijos y nietos. Se merece que reconozcamos su esfuerzo. Me encargaré de que salga de la provincia y del país. Chamigos, tengo contactos en el Paraguay. No armemos un desastre. Chamigos, es la solución. Todos quedamos felices y contentos. Conejo hará lo que es correcto y beneficioso para la comunidad. Hablaré a solas con el alemán, pero necesito su palabra de honor de que se hará lo que yo diga. El alemán se va y todos seguimos en paz como si nada hubiera sucedido. Acotó con voz imperativa. Aquí, no pasó nada".

Conejo esperó que el sitio se vaciara. Cuando estuvo a solas con Wolfgang le dijo: "Chamigo, las cosas no están bien para vos. Te busca la policía. Están indagando en tu pasado y sobre una pelea en Brasil. En la

lucha por la sobrevivencia no se trata de quién tiene la razón, se trata de sobrevivir para poder contar la historia. Chamigo, confiá en Conejo. Soy tu amigo, no me interesa ni siquiera saber qué hiciste. Los amigos son amigos en las buenas y las malas. Haceme caso. Hoy, esta noche, te llevaré a Asunción del Paraguay. Agarrá lo necesario, no te llenes de bultos. Yo te daré plata para que puedas vivir. Cada mes te visitaré. No te va a faltar nada. Chamigo, Conejo es amigo de los amigos y tiene palabra. ¡Vamos, hay que sacarte de acá antes de que sea tarde!". Wolfgang, sin objetar, aceptó la oferta. Preveía que la vida sin Casimira no tenía sentido.

70. Wolfgang en Paraguay

La entrada de Wolfgang al Paraguay nunca fue asentada en registro alguno ni sus exequias fueron avisadas por un diario local. Tampoco se adjuntaron en ningún bibliorato la documentación oficial relacionada a su permanencia, pertenencias o actividades lucrativas o caritativas. En los anaqueles públicos nunca descansó una constancia que testimoniara la presencia del alemán en el Paraguay. La información, a la que me fue posible acceder, me la proporcionó un médico y, obviamente, Conejo, que en esa etapa de la vida del biografiado se había transformado en su protector. De Formosa Wolfgang fue trasladado a Asunción. Aquel demostró ser un amigo de verdad y una persona para quien la palabra era la ley. Fue quien aconsejó al gobierno paraguayo que, por precaución y conveniencia, no se tomara nota de la presencia del germano. Para obtener la venia sufragó con dólares americanos y limó con dialéctica las desavenencias jurídicas y burocráticas. Dirigiéndose a un oficial del ejército, un general de alta graduación, le apuntó: "Chamigo, este alemán se quedará un rato por aquí, ¿para qué aventar nuestros asuntos domésticos? Es mejor que no queden sus rastros. ¡Siempre es costoso borrar las huellas digitales y los registros de firma! ¡Hagámonos los sonsos! ¡Es preferible prevenir que curar!". El militar escuchaba prestando marcial atención. Con un sí monosílabo, avaló la tesis de que había que ahorrarse los problemas y la basura esconderla bajo la alfombra.

Conejo siempre había sido un aferrado a la regla de tres. El criterio distributivo era la proporcionalidad para todas las partes. Respaldó su iniciativa repartiendo beneficios para todos los integrantes. Consideraba que un excluido se convertiría en un enemigo. Se afanaba a la idea de que

era de precavidos soslayar que un despechado escupiera en el asado. Los socorros no se acabaron con eso, dotó a la guarnición fronteriza de provistas, de vestimentas para la práctica del fútbol y de cupos de combustibles para que, mientras se contrabandeaba, visitaran la ciudad. Igualmente, se comprometió a pagar la confección de los guardapolvos de los hijos de la oficialidad. Todos los que trataban con él se desahogaban, pues se trataba de una persona dadivosa y carismática. Había hecho mucho dinero, pero como solía decir, "el cajón no tiene bolsillo".

En un primer momento, Conejo estableció contacto con la colonia alemana en el Paraguay. Los esfuerzos del benefactor se orientaban a conseguir un lugar donde no fastidiaran a Wolfgang. Buscaba que lo abastecieran, cuidaran y que no se juntara con asuncenos. La capital era una ciudad pequeña en donde todos se conocían y los chismes corrían como reguero de pólvora. Ponderaba que el horno no estaba para bollos, el momento demandaba prudencia y recelaba que Wolfgang, por su personalidad y su prestancia, llamara la atención. Comprendía con qué bueyes estaba arando. Quería ayudar a su amigo, pero no quería, innecesariamente, complicarse la vida y apeligrar sus negocios fronterizos. Recomendaba que si la cautela pedía la palabra, había que ponerse a ayunar. En paralelo, a vocación solidaria, cuidaba la gallina de los huevos de oro. Para que fluyera el contrabando no había que levantar la perdiz. Había muchos que envidiaban el tacto, la simpatía, el don de gente y la posición del argentino, que, si bien no se engominaba, se aunaba un pañuelo como sucedáneo de la corbata. El estilo campechano y llano lo amigaba con todas las personas con las que trataba. Su personalidad distaba del hombre plano y presuntuoso.

Para resguardar la seguridad y no perderlo de vista consiguió que su amigo fuera a vivir a la casa de otro germano. Wolfgang accedió a la solicitud, pues en esa casa iba a tener la posibilidad de socializar con personas con las que compartía el mismo credo. La mudanza le facilitó estrechar sus relaciones con el héroe de la Luftwaffe Hans Rudel, quien sostenía una excelente relación con el general Stroessner. Wolfgang admiraba al as de la aviación. Rudel se había convertido en un célebre piloto de caza y sus hazañas eran utilizadas como medio de propaganda del régimen nazi.

La salud de Wolfgang fue deteriorándose. Tal vez tantas experiencias

brutales le estaban pasando la factura. Los alemanes que lo habían acogido pensaron que representaba un peligro que siguiera viviendo con ellos. Sugirieron a Conejo que lo trasladara a un nosocomio, donde hallaría asistencia de profesionales de la medicina. Wolfgang alucinaba y alcanzaba un estadio en el que la consciencia disipaba la noción de quien había sido. Todos, incluyendo al benefactor, consideraron mejor que lo cuidaran en el manicomio. El buen samaritano de Conejo lo internó. Lo inscribió con nombre falso y consignó una fianza que implicaba la obligación de que correría con todos los gastos, sin importar el concepto.

En verdad, el benefactor notó trastornos en la personalidad de su amigo. Comenzó a distinguir que Wolfgang perdía la memoria del pasado inmediato, conjeturaba cosas que no se relacionaban con lo que estaba pasando. Distorsionaba la realidad y en diferentes episodios iniciaba una conversación hablando de las guerras médicas para terminar la exposición recitando una poesía para Casimira. Este hombre idolatraba a su amada. Por momentos actuaba como si ella no hubiera muerto. Negaba el hecho luctuoso y hablaba como si ella lo estuviese oyendo. Creo que Wolfgang enloqueció cuando comprobó el amor y sintió su pérdida. Lo enajenó la confirmación de haber vivido al margen del amor y de no haberse deleitado de la ternura de la vida. Las enfermeras que lo atendieron comunicaron que Wolfgang protestaba y gritaba que el mundo estaba harto de él y él harto del mundo.

Conejo era una persona detallista, para él, en la minucia los individuos se denunciaban a sí mismos. Notaba que el alemán confundía las épocas y las epopeyas. Empezaba haciendo comentarios de la Grecia dominada por los macedónicos y los vinculaba con la batalla de Stalingrado. Refería anécdotas de su niñez, de su militancia política, de los errores del Führer, de su único amor y de la impavidez de Dios frente a la muerte de los inocentes. Refutaba a los deístas con la falacia de que Dios solo existía para justificar el mal. Amonestaba con sarcasmo a quien no quería escuchar sus finuras filosóficas.

El protector entendía que su amigo necesitaba un cuidado especial y que la patología avanzaba de forma galopante. Wolfgang le solicitó que comprara materiales de escritorio porque "quería ponerse a escribir". El bienhechor accedía a todos sus pedidos, sabía que contrariarlo no convenía a su salud y podría gatillar una provocación gravosa. Iba y venía, una o

dos veces al mes de la Argentina. Pagaba extra para que se dedicaran a cuidar a su protegido, que estuviera en el pabellón más limpio y con menos locos, que recibiera los calmantes a la hora exacta y que lo bañaran todas las mañanas. Conejo traía vinos para los médicos y las enfermeras, a cambio, estos le daban el parte de la situación clínica del enfermo. Gentilmente, solicitaba que nada se hiciera por escrito. Los diagnósticos y las terapias debían ser hechos en forma oral. Cada vez que se juntaban mantenían largas conversaciones en las que Wolfgang disertaba y Conejo escuchaba con la atención que presta un discípulo que desea superar a su maestro. En cada visita le llenaba la heladera y proveía de libros y periódicos argentinos, ¿Por qué Conejo se comportaba como un hermano? Para mí, hay una sola respuesta. Wolfgang despertaba en su mecenas la admiración, sí, la admiración que siente quien alcanzó la fortuna material, pero comprobaba que a la sabiduría no se accede con dinero. Conejo presumía que las buenas maneras y la cultura eran congénitas, se adquirían en la cuna. Quería proporcionar a su vida un toque de intelectualidad.

Siguiendo los rastros de Wolfgang me apersoné en el psiquiátrico. Tuve la suerte de dialogar con el especialista que lo atendía. El psiquiatra me testificó que había corroborado que denunciar la locura en el amor constituía un pleonasmo, para Wolfgang el amor fue una locura. El médico diagnosticó que la vida sin Casimira se le hizo una pendiente resbaladiza. De la vida con ella a la vida sin ella representó una transición dolorosa y traumática. Enfermó, el vacío moral inoculó en él el espejismo. Remachaba esto refiriendo que el internado hablaba con obstinación e ingenuidad de su Casimira. El doctor confirmó que cuando lo observaba y reprendía, lo hacía enfatizando la necesidad de que aceptara los designios del destino. Para llamarlo a la cordura aludía a que no era beneficioso que hablara de alguien que ya había muerto: "Sos prisionero de una obsesión". Wolfgang replicaba que la vida es una enfermedad, el mundo un gran hospital, y la muerte, el médico que nos cuida a todos.

Wolfgang decidió acabar con su drama. Una mañana amaneció ahorcado, los indicios determinaron que se suicidó. Robó la llave de la enfermera que lo atendía. Esperó que todos estuvieran dormidos. Abandonó la habitación y cargó un taburete. Con la sábana forjó un nudo que consolidaba un agujero en forma de anillo. Se ubicó bajo un árbol y se paró sobre la banqueta. Lanzó la sábana y esta se fijó en una rama. Sintió

su aplomo, ratificó que iba a hacer justicia consigo. Miró a su alrededor y pensó que todo estaba preparado. Estaba la víctima, que era él, y Dios, que era su verdugo. Se reprochó la tardanza de su hora particular. Saltó de la superficie al vacío. Atinó a inquirirse ¿por qué te fuiste primero?

"Die Welt Weiss nicht, wieviel Sie mir schuldet!". Traducido quiere decir: el mundo no sabe cuánto me debe. Wolfgang había escrito esa frase en las márgenes de su manuscrito como un despecho o un escolio. El traductor se negaba a traducirla. Yo lo preguntaba e increpaba el porqué. Me replicaba que la soberbia de los nazis ofende la memoria de los muertos. En resumidas cuentas, he asumido la responsabilidad de traducir y estampar la frase. Aprender a recordar implica que la sabiduría la llevamos dentro. Tras la edición de esta obra, he dejado de ser un deudor vitalicio de la esperanza. Ha declinado mi extravagante optimismo hacia el futuro. La banalidad del mal consiste en negarnos a ser personas y en proscribir la dignidad humana en la naturaleza del otro. Confío en la madurez del lector. Cada quien tiene consciencia para juzgar que, si se enceguece una vida, pretextando una ideología o ansias de poder, se cometerá un crimen. Para juzgar, más que relatos, se necesita de la ética y el derecho.

Finalmente, una obra que contiene innumerables datos puede esquinarse en la frivolidad; sin embargo, he de advertir que la perversión ideológica persiste en colocar todos los valores en un mismo punto de equilibrio. La escala de valores permitirá rotular la gravedad que reviste cada hecho. Existe una diferencia de percepción entre el criminal y la víctima. Para el criminal el crimen es un componente de la historia. Para la víctima, en contrario, el crimen es la historia misma. El que ha sido asesinado como cifra y no como humano quiere que su cadáver sea hallado y enterrado.

Epílogo: Palabras a Sebastián

Querido hijo: cuando le otorgamos un crédito fácil a la vida, las palabras escritas repican como un metal, pausadas y languidecidas. La comunicación epistolar exige la ingratitud de la distancia, las cartas terminan esquinadas bajo una montaña de polvo. A pesar de los peros, preferí escribir, puesto que desnudaré emociones que presagio me expresarán.

Me obligué a escribir este epílogo. Tómalo como un réquiem que recuerde honrar la memoria de quien has amado. Hay cosas que no me dije ni conté. La tinta en el frasco desnutre la verdad. Debo impedir que el lector se confíe en que detrás de los protagonistas se acomode la sombra del autor.

Te contaré por qué me abstuve de hacer y decir. En vida, tu abuelo y yo transitábamos orillas alejadas. Fallecido mi papá, quise acercarme a él. Tal vez te sucederá lo mismo. Puede ser que encares y procures revelar quién fue tu padre. Siempre uno está lejos de uno mismo. Cuando ya no esté querrás acercarte a mí y ¿quién sabe? Conmigo te descubrirás. Todos queremos regresar a nuestros orígenes, queremos persistir en quiénes somos. La piedra se obstina en ser piedra.

Hallé a mucha gente que conoció a mi padre, gracias a tantos relatos armé una historia a la que le hacen falta capítulos. Lamentarás que no es útil el conocimiento que se adquiere tardíamente. Comprenderás que lo rezagado mengua la intensidad del afecto y las dádivas del orgullo nunca recompensan el amor arrepentido.

En el método de preguntar y responder te encontrarás con sorpresas y hallazgos inauditos. Te preguntarán si tu padre fue el político o el

médico, responderás que “mi padre era el político”; te dirán que se trataba de alguien que leía mucho y aseverarás “sí, él tenía muchos libros”; insinuarán que parecía un poco arrogante y vos, desde la sumisa molestia, señalarás “era su manera de ocultar la timidez”; indagarán sobre mis modestas ambiciones políticas, aclararás que “favoreció la palabra escrita, con ella se habituó en la ternura y belleza”. Entonces continuarán ¿escribió libros? Dirás que sí. Y ¿por qué no fue un pedagogo? En mi defensa replicarás “trató, pero cometió el error de surtir sus esperanzas de alboradas hurtadas a la imaginación”.

Entre tantas idas y vueltas, preguntas y respuestas que permanecían ocultas te toparás con algún erudito que indagará ¡¿tu papá es el autor de *El andar del lobo*?! Cuando te interpelen, ruego que respondas ¡no!… con vehemencia di que no… él no lo escribió.

Serás prisionero de un dilema: no sabrás cómo indemnizar a la verdad. Te ofrezco una salida. Argumenta que *El andar del lobo* fue escrito con las manos ociosas de quienes intentaron limar las asperezas entre el amo y el hombre libre.

Propongo que aclares que fue redactado con los pies descalzos y pasos de paloma de quienes esperaban el desenlace de un destino labrado con el odio. Suscribe la verdad de que las manos del verdugo ahuecaban la celda donde la muerte bailaba su canción y la vida susurraba su agonía.

Existen abundantes pruebas que corroboran que fue escrita por aquellos que creyeron que la existencia era un trajinar biológico y el alma un residuo que el cuerpo defecaba en el último suspiro.

¡Desde luego que no lo escribí! Fue originado por los que creyeron que el mal no encarnaba un chacal y el bien no tenía verdad. Los redactores cifraban la muerte en números que solicitaban un haber en los cuadernos de contabilidad.

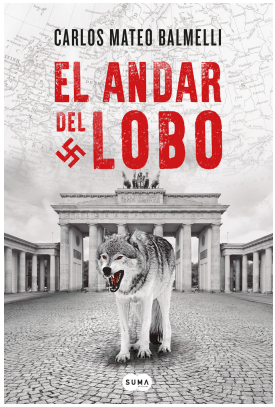
Redundaré en confirmar que *El andar del lobo* es hechura del hombre que despreciaba la humanidad. De esos que festejaban la sequedad de las párvulas bocas, los ojos tiesos y las humanidades heladas.

En la vigilia la vida puede convertirse en una pesadilla. La efímera existencia culmina en un dormir. Terminamos siendo aire leve y polvo. Somos sustancia de nuestros sueños. De igual modo, este libro fluyó

del sueño que encharcó con sangre la luz de la vida.

No, mi hijo, este libro no lo escribí, lo hicieron los inocentes que en su extenuada respiración vislumbraron que todo en la vida puede ser sueño, pero sueño nauseabundo.

Por último, me consiento darte un consejo. En el linaje de la ética concíliate con ella. Si Dios te concede la verdad, rechaza ese don y prefiere el esfuerzo de buscarla por tus propios medios.



El andar del lobo es la dramática biografía de Wolfgang, un nazi sin apellido, y de su viaje vital al corazón de las tinieblas. Desde su adolescencia en la Alemania hitleriana hasta su refugio y muerte en Asunción del Paraguay, Wolfgang hallará la justificación de su vida y de sus crímenes en el viejo aforismo latino, según el cual el hombre es un lobo para el hombre. El genocidio nazi, asegura, no fue tan diferente a otras matanzas parecidas de la Segunda Guerra Mundial. La razón histórica absuelve al viejo lobo de todo juicio moral hasta el día en que, ya en el otoño de su vida, sucumbe a los dictados del amor, una emoción a su juicio incapaz de servir a una causa superior como la suya. Utilizando el panegírico ideológico y la apología del crimen como recursos para provocar el rechazo, Carlos Mateo Balmelli escribió una deslumbrante reflexión sobre la violencia y el mal, siempre latentes en el corazón humano. Un libro para leer y releer, una obra densa y profunda de un maestro de la prosa.

FRANCISCO PÉREZ DE ANTÓN

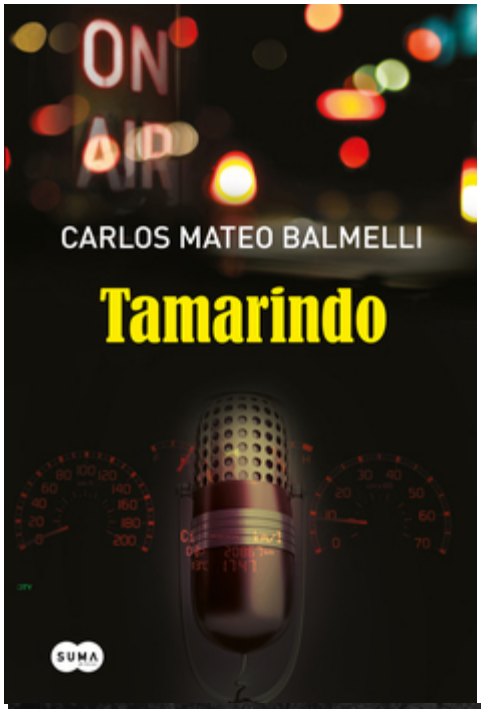
CARLOS MATEO BALMELLI

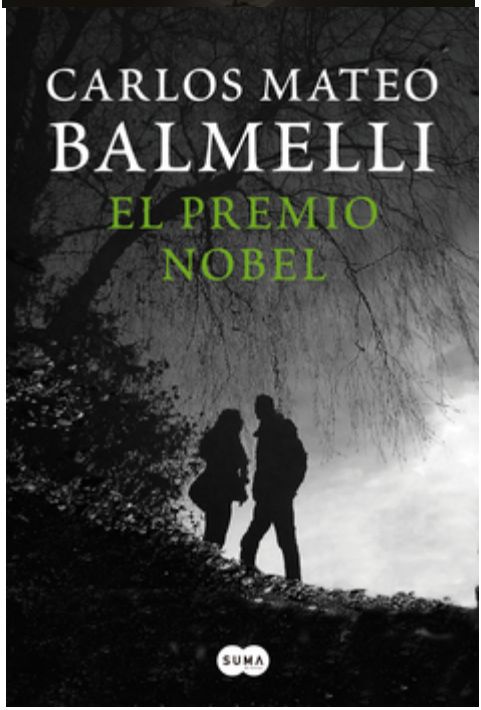
Nació en Asunción en 1961. Es egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción, y cursó estudios de Derecho Público, Ciencias Políticas y Romanística en Alemania, entre 1986 y 1991. Hizo su tesis doctoral en la Universidad de Mainz, en la República Federal Alemana. Fue miembro de la Convención Nacional Constituyente (1992), vicecanciller (1999), presidente del Congreso paraguayo (2003-2004), senador (2003-2008), director general paraguayo de la represa Itaipú Binacional (2008-2010) y director ejecutivo de la fundación A Todo Pulmón - Paraguay Respira. Ha publicado los libros ensayísticos *Zur gegenwaertigen Verfassungdiskussion in ausgewaehlten lateinamerikanischen laendern: Chile, Paraguay, Argentina*; *El desarrollo institucional*; *Los procesos internos y la globalización*; *Gobernabilidad democrática*; *La reforma institucional del Estado y la calidad de la política*; *Cuestión de Estado*; *Itaipú. Una reflexión ético-política sobre el poder* (Aguilar, 2011) y las novelas *La pasión de Lucrecia* (Suma de Letras, 2013), *A la sombra de un destino* (Suma de Letras, 2015), *Tamarindo* (Suma de Letras, 2017), *Filosofía de vida* (Suma de Letras, 2019) y *El Premio Nobel* (Suma de Letras, 2020).

Foto del autor: © Janaina Lima

FILOSOFÍA DE VIDA

CARLOS MATEO BALMELLI


ON AIR
CARLOS MATEO BALMELLI
Tamarindo
SUMA


CARLOS MATEO
BALMELLI
EL PREMIO
NOBEL
SUMA

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Mateo Balmelli, Carlos
El andar del lobo / Carlos Mateo Balmelli. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Suma de Letras, 2022.
(Literatura)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-739-188-6

1. Narrativa Paraguaya. I. Título.
CDD 863

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial

© 2022, Carlos Mateo Balmelli

Edición en formato digital: junio de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-739-188-6

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

ÍNDICE

El andar del lobo
Dedicatoria
Epígrafes
1. Cuando la verdad te abre los ojos
2. El dogma de la crueldad
3. La religiosidad política
4. Una familia pudiente
5. La naturaleza lobuna del ser humano
6. Del porqué soy nacionalsocialista
7. La narración del acontecimiento reúne más veracidad que el hecho mismo
8. No juzguéis para que no seáis juzgados
9. ¿Por qué escribo?
10. La naturaleza del hombre no cambia, he sido el mismo
11. Mi fecha de nacimiento
12. El fruto maduro cae
13. Cuando el comienzo de un sentimiento se esmera en ser idea
14. La desmesura de la irracionalidad emancipadora
15. Cuando lo invisible empuja la rueda, esta gira veloz
16. La República de Weimar, la causante de la decadencia
17. La decisión estaba tomada
18. Misceláneas de la juventud
19. Forjando el carácter como fundamento de la ambición
20. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra
21. Entre todos la mataron y ella sola se murió

22. Endurecerse significaba prepararse para morir
23. El Führer encarnaba la redención y salvación
24. El Führer, un hombre de su época
25. El gobierno depende del carácter de quien detenta el poder
26. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy
27. El Führer decide solo
28. La jefatura del Führer no se discute
29. No había secretos
30. La vagabunda castidad del no hacer
31. Recuperando la tradición griega
32. El preludio de la acción
33. Los ingleses, un pueblo porfiado
34. Honrando la palabra y los compromisos
35. El Anschluss, poniendo en práctica el pangermanismo
36. Los Sudetes, el deseo de ser un pueblo en el mismo estado
37. Pensando en el Lebensraum hacia el este
38. El tiempo transcurrido no fue la receta para el dilema judío
39. La recuperación de Danzig
40. El marxismo, otra invención hebraica
41. Algún día la verdad saldrá a luz
42. La Blitzkrieg
43. Vernichtungskrieg
44. La vastedad territorial *versus* la Blitzkrieg
45. El deshonor del general Paulus
46. Heydrich, el hombre que no sabía esconderse
47. Vive salvaje y peligrosamente
48. La Rattenlinien
49. Jamás había considerado que un enemigo podía terminar siendo un amigo
50. Una conversación esclarecedora
51. Mis ideas sobre los hombres y la derrota
52. Poesía al hombre mediocre
53. La historia me absolverá
54. La vida dentro de mí
55. No habrá esperanza, el pesimismo campea sobre el optimismo
56. En la sombra de Wolfgang retomaré el hilo del relato

57. Por primera vez me aferré a ponerle punto final a lo que había empezado
58. El miedo al encuentro con la verdad
59. Descubriendo el mundo de la exuberancia y la sensualidad
60. El camino equivocado de una pasión
61. Mi Buenos Aires querido
62. El retorno al estado de naturaleza
63. Un amigo llamado Conejo
64. Casimira
65. Desde un inicio pensaron en el casamiento
66. Cuando se miden las medias naranjas
67. Conejo y sus cualidades de monje negro
68. El destino emplaza
69. La justicia
70. Wolfgang en Paraguay
Epílogo: Palabras a Sebastián
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos